

CARTAS DE UN PORTEÑO



Don Juan María Gutiérrez en 1876

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ

POLÉMICA EN TORNO AL IDIOMA Y A LA REAL ACADÉMIA
ESPAÑOLA, SOSTENIDA CON JUAN MARTÍNEZ VILLERGA,
SEGUIDA DE "SARMENTICIDIO"



Prólogo y notas de D. ERNESTO MORALES

EDITORIAL AMERICANA
BUENOS AIRES

Derechos reservados de acuerdo a la ley 11.723.

Hecho el depósito que marca la ley.

**Copyright by Editorial Americana,
Avenida Leandro N. Alem 428.
Buenos Aires, 1942.**

INTRODUCCIÓN

LECTOR: *El libro que vas a leer inmediatamente es un libro único. Tiene actualidad a más de seis décadas de haber sido escrito. Firme prueba esta de la sustancialidad de la polémica que tuvo por contendores a don Juan María Gutiérrez y don Juan Martínez Villergas. La EDITORIAL AMERICANA ha juzgado oportuno exhumar los artículos que uno y otro, el escritor argentino y el publicista peninsular, escribieron allá por el año 1876 y entregarlos a la inquietud de los lectores actuales. Y yo conceptúo digna de aplauso esta actitud editorial. El motivo de la polémica está aun en pie. Las razones de uno y otro contendiente —ambos de calidad— son repetidas hoy, generalmente sin conocer los artículos de Gutiérrez y de Villergas, por los escritores que, llevados de su temperamento, a una u otra tesis inclinan su juicio. El problema del idioma en América sigue apasionando, y los libros que tal tópico estudian hallan seguros lectores.*

No es, pues, el libro que te dispones a leer, lector, un rimerito de páginas anacrónicas. Además, tiene él la singularidad de presentarte, alternadamente, los artículos que Villergas y Gutiérrez fueron dando a luz —ataque y

contraataque— en ANTÓN PERULERO y en LA LIBERTAD, las dos publicaciones que de tribuna les sirvieran. La época era propicia para las polémicas, y muchas hubo. Y no pocas terminaron en duelo a muerte. La historia y la literatura, entonces, no constituían un refugio de almas apacibles, sino un campo donde hombres de acción bregaban, vehementes, anhelantes de encontrar la verdad. ¡Y de imponerla! Hasta hoy, aquellas polémicas en las que palpita el alma de nuestro pasado, no se han recogido tal como en este libro se hace. Sarmiento, cuando la polémica con Alberdi, publicó sus “Ciento y una” y Alberdi sus “Cartas Quillotanas”; Mitre y López, separadamente, sus páginas de investigación histórica; pero en la mayoría de las veces, como en la polémica sobre la guerra del Paraguay entre el general Mitre y el poeta uruguayo Juan Carlos Gómez, aquellas páginas permanecen olvidadas en periódicos que muy escasos estudiosos frecuentan. Tal ocurría hasta ahora con esta polémica, interesantísima, entre don Juan María Gutiérrez y don Juan Martínez Villergas. Darla a luz es obra de mérito, es realidad y ejemplo a la vez, es revivir el pasado, no con finalidad de erudito sino con cálida emoción de artista. De sus páginas brota vida bullente.

Pero es necesario que el lector se informe acerca de los protagonistas de esta polémica, así como del motivo que la produjo, de las condiciones en que ella se desarrolló, del eco que alcanzara en el ambiente literario de Buenos Aires y de su repercusión americana.

Y este es el objeto de mi intromisión.

Hablaré primero, lo más sucintamente posible, de la múltiple y admirable figura de don Juan María Gu-

tiérrez: escritor, hombre público, educador, crítico, historiador, erudito . . . Precursor de cultura, sembrador de civilización, hombre muy superior a su ambiente y, como tal, no reconocido por su época. Su obra y su actuación han merecido elogios de Echeverría, Alberdi, Vicente Fidel López, Sarmiento, Cané, Mitre, Vicuña Mackenna, Zinny, Menéndez y Pelayo, Groussac, Rodó, Rojas, Arrieta, por citar solamente a los más conspicuos. Yo creo haberle estudiado con prolijidad y fervor en mi biografía "Don Juan María Gutiérrez, el hombre de Mayo". Desde su nacimiento —en Buenos Aires, el 6 de mayo de 1809— hasta su muerte —en su amada ciudad nativa el 26 de febrero de 1878— he seguido la vida integérrima y fecunda de nuestro gran hombre de letras.

Joven estudioso e inquieto, actuando en el Salón Literario de Marcos Sastre o fundando con Echeverría y Alberdi la Asociación de Mayo que le vale la prisión y el destierro durante el angustioso año de 1840. Emigrado en Montevideo, compartiendo las penurias de los sitiados y escribiendo en sus periódicos contra la tiranía. Su viaje a Europa, su estadía en el Brasil, su actuación en Chile como periodista, investigador, antólogo y fundador de la Escuela Náutica de Valparaíso. Ya caído Rosas, su regreso a la patria en 1852 y su decidida intervención en la causa pública como Ministro del Gobierno de Vicente López, como diputado del Congreso Constituyente de Santa Fe, como periodista, fundador de "El Nacional Argentino", como Ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación. Luego, poco antes de Cepeda, su retorno a Buenos Aires, dispuesto a alejarse de la política para consagrarse, principalmente, a su voca-

ción, las letras. En Buenos Aires lo vemos actuar como Rector de la Universidad, como Presidente del Consejo de Instrucción Pública, como Jefe del Departamento de Escuelas; a la par que produce su obra literaria, obra multiforme y valiosa. Don Juan María es, además de poeta, polemista, narrador, didáctico, bibliófilo, epistógrafo... La influencia de su pluma y de su palabra flúida de contertulio cordial, siembran cultura, riegan el afán de cultivar los predios del espíritu. La juventud se le acerca, respetuosa y segura de que es el espíritu de un verdadero maestro, paradigma de sinceridad, quien mueve aquella bien cortada pluma, quien habla por aquella voz serena. Tal su ancianidad. Y se le ama. A su muerte, la Patria comprende que es un prócer quien de ella se aleja, después de una larga vida generosa.

La mayor parte de su obra quedó dispersa. En vida, publicó: "América Poética" —la primer antología de poetas americanos— "Noticia histórica sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires", "Estudios sobre las obras y la persona del literato y publicista argentino Don Juan de la Cruz Varela", "Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX", "Poesías" y numerosos ensayos como los que realizó sobre San Martín o Rivadavia, sobre "La Literatura de Mayo" o "La Revolución de Cuba y sus poetas", y libros de texto escolares. Dirigió la "Revista del Río de la Plata".

La obra realizada por este investigador del pasado de América es tan importante que sin ella hubiese sido imposible la lograda por otros, entre los cuales citaremos a Menéndez y Pelayo y su famosa "Antología de poetas

hispanoamericanos". El nombre de Gutiérrez aparece de continuo en la pluma del erudito español, como un reconocimiento a cuánto le debe.

De este sabio artista afirmo en mi biografía, y me place ratificarme: "Gutiérrez es un maestro, como crítico y como orientador ideológico. No tuvo vacilaciones ni altibajos. Desde sus primeras páginas, las del Discurso en el Salón Literario (1837), hasta su Carta a Alberdi, escrita la noche antes de morir (1878), toda su obra tiene ruta. El sabe adónde va y qué quiere. No hallamos en él contradicciones. El credo de Mayo le inspira, tiene fe en la democracia y lucha por ella sin dudas, pese a la época tumultosa en que le tocó vivir. Liberal y progresista, cree también en el porvenir de América, y si va a su pasado es para decirle a los hombres del futuro las obligaciones que tienen los que tal pasado ostentan".

También dije:

"La publicación de las obras selectas de Don Juan María Gutiérrez, tendría un aspecto de resurrección".

Y ello es lo que pasa con las páginas de esta polémica. Muchos son los que han escrito y siguen escribiendo sobre el debatido tema del idioma en América: Florencio Varela, Echeverría, Alberdi, Sarmiento, Berra, Pelliza, Mariano de Vedia, Del Solar, Vicente y Ernesto Quesada, Cané, Groussac, Menéndez Pidal, Wilde, Obligado, Oyuela, Zeballos, Olivera, Carlos Octavio Bunge, Lugones, Terán, Costa Alvarez; larga lista que podría prolongarse indefinidamente en caso de incluir a los contemporáneos más recientes, ya que el tema parece inex-

tinguible; pero nadie lo ha hecho con la claridad de concepción y la profundidad de conocimientos, con la seria altura ideológica que Don Juan María lo hizo en las diez cartas de esta polémica, según vamos a verlo.

Antes, necesario es presentar también a su contendor, el temido y valiente satírico don Juan Martínez Villergas, guerrillero literario. Siempre ha existido, y hasta abundado en España, un género de publicista que puede homologarse al guerrillero y que es, respecto al crítico, lo que el guerrillero al soldado. La guerrilla es una ofensiva que está dentro de la topografía de España y del espíritu de su pueblo. Al orden y la disciplina, cualidades del ejército regular, el guerrillero opone el ímpetu. Al estudio que supone todo análisis de la crítica, el guerrillero literario lo sustituye con la improvisación. Lo festivo y lo mordaz son sus armas. El ingenio y la gracia prodigados en las mil y una charlas del café, se hallan igualmente en la guerrilla literaria, su prolongación.

Tan en lo idiosincrásico del alma española se halla esta especie de críticos que en su falange podríamos anotar un nombre tan alto como el de Quevedo. En América, esa mordacidad festiva, capaz de condenar toda una obra con un epíteto —frivolidad peligrosa de niño que se ha apoderado de un revólver— ha tenido, naturalmente, sus adeptos, y en América logró Martínez Villergas éxitos tan sonados como en España. En la Argentina fundó "Antón Perulero", periódico de guerrilla político-literaria, y tuvo oportunidad de atacar en su literatura a dos hombres eminentes: Domingo Faustino Sarmiento y Juan María Gutiérrez.

Cuando llegó al Plata, traía Martínez Villergas de sus andanzas por España, Francia, Cuba y México, fama de poeta y polemista. Nacido en 1817, en Gomeznarro (Valladolid), comenzó muy joven sus guerrillas político-literarias. Ya en 1840 funda periódicos: "El Entreacto", "El Semanario Pintoresco", "El Huracán" y "El Regenerador", el primer órgano republicano de la península. Luego edita la serie: "El Tío Camorra" y "Don Circunstancias", hasta que su "Paralelo Militar de Espartero y Narváez" da con él en la cárcel y el destierro.

En París, colaborando en "El Eco de Ambos Mundos" y en "El Correo de Ultramar", prosigue, incansable, su inquietud de guerrillero. (Es entonces que escribe también: "Juicio crítico de los poetas españoles contemporáneos", su mejor libro, y en el que su crítica asciende de categoría, y "Sarmenticidio", donde ataca los "Viajes en Europa, Africa y América" de nuestro civilizador). La revolución del 54 le permite volver a la patria. Funda "El látigo" y luego sale de cónsul para América. En Cuba y México sigue fundando periódicos y revistas. El más nombrado es "El Moro Muza". En 1866 lo vemos de nuevo en Madrid al frente de "El Jeremías" y más tarde de "Los Espadachines". En 1872 es elegido diputado y apoya la aventura de Castelar. Derribada la república, vuelve de nuevo a Cuba a proseguir sus guerrillas desde "El Moro Muza", a estrenar obras de teatro, a escribir novelas y epigramas. Aunque amante de la libertad en España, como español, se opone a la de Cuba, y escribe defendiendo "la integridad nacional". En 1875 llega a Buenos Aires y funda el "Antón Perulero". Luego parte para Chile y Perú. Ya enfermo, se llegó a creerle loco; pobre y decaído, regresa a Cuba.

Pero no es el de antes. Su vena festivo-satírica parece agotada. Retorna a España, donde vive hasta muy viejo, achacoso y silenciado. Muere en Zamora el año 1894.

Sin contar los artículos y epigramas que dejó desperdigados por los periódicos de todos los países donde pasara, Martínez Villergas publicó cincuenta libros. Pero de él podría decirse lo que su propio epigrama dice de Quirós:

*Los diez tomos, vive Dios,
que ha publicado Quirós,
con notas y suplementos,
como los Diez Mandamientos,
pueden reducirse a dos.*

Si a los diez tomos de éste los reducía a dos, los cincuenta de Martínez Villergas podrían reducirse a tres. Y en la literatura española merece figurar como poeta —un poeta festivo, un poco chabacano a veces, pero ingenioso, lleno de sal y pimienta— por sus “Poesías Escogidas” (dos tomos publicados en 1885 en La Habana, homenaje del Casino Español); como novelista, por “La vida en el chaleco” (novela original de costumbres no menos originales), también editada en La Habana, en 1859; y como crítico, por su ya citado “Juicio crítico de los poetas españoles contemporáneos”, París, 1854.

Poeta de vena retozona, su versificación flúida y llana, en sus momentos felices produce epigramas como éste:

*Varias personas cenaban
con afán desordenado,
y a una tajada miraban,
que, habiendo sola quedado,
por cortedad respetaban.*

Uno la luz apagó
 para atraparla con modos.
 Su mano al plato llevó,
 y halló... las manos de todos,
 pero la tajada no.

O como este otro en el que resume una amargura posiblemente propia:

Aquí vive don Andrés,
 aquel que con tanta gloria
 anda enseñando el francés,
 la gramática, la historia...
 y los dedos de los pies.

“La vida en el chaleco” lo presenta como un escritor de costumbres, lleno de donaire e intención. Hablando de esta novela, hubo quien lo llegó a comparar con Larra. Tiene sus méritos ella, indudablemente; pero no cabe tal cotejo. Como crítico, sus juicios valientes y certeros, demoledores por instantes, de poetas en aquel momento celebrados —más celebrados entonces que ahora— prueban su claridad y videncia. Mal salen de su pluma Zorrilla o el duque de Rivas o Ventura de la Vega o Mesonero Romanos. Para otros —García Gutiérrez o la Avellaneda— tiene elogios, aunque nunca desmedidos. Cuando el epigramático se olvida de su manía por ser chistoso y el polemista de ser verdugo, señala a un crítico libre y ponderado a la vez. Abundan en el libro pasajes tan felices como éste, por ejemplo: “Apareció el romanticismo, esa tempestad literaria que desplegando su imponente magnificencia en el cielo de la Francia, envió a nuestra patria alguno que otro relámpago, como el autor de “El Trovador” —Antonio García Gutiérrez—, algu-

nas gotas de agua como el duque de Rivas, Vega, Escosura, Ochoa y Larrañaga, y algunos sapos cuyos nombres no hacen aquí falta".

Por donde pasara, Martínez Villergas dejó un recuerdo grato. Lo prueban los homenajes que se le brindaran en Cuba o en la Argentina, por ejemplo, y esta anécdota de México: Viajaba de Jalapa a Veracruz, año 1859, cuando la diligencia fué detenida por una banda de salteadores. Martínez Villergas entregó su reloj, y el jefe de la banda, leyendo en él su nombre, le preguntó si lo había robado al conocido escritor que, por su chispa, entraba en las admiraciones del bandido. Pero otro reconoció al despojado como al escritor mismo, y el jefe, devolviéndole el reloj, le dijo: "Bastante robados son los escritores en sus producciones para que también lo sean en los caminos".

El "Antón Perulero" obtuvo en Buenos Aires el mejor de los éxitos. Apareció desde el 2 de diciembre de 1875 hasta el 31 de agosto de 1876: 40 números, y vió suspendida su aparición, durante el gobierno de Avellaneda, por los excesos de su lenguaje. Lo constituían dos páginas de caricaturas, debidas al lápiz de Carlos Clerice y Enrique Stein y dos de texto del que Martínez Villergas era casi el único redactor. (A veces la vena festiva de Casimiro Prieto). Los jueves, días de su aparición, "los números de Antón Perulero" —nos dice un cronista de la época— se devoraban, se los arrebataban a doble precio a los vendedores en las calles".

En una carta "confidencial" de Gutiérrez, hallamos un comentario despectivo sobre Martínez Villergas; lo llama "especie de Maese Pedro literario, espulgador de

yerros gramaticales y gracioso de profesión". También encontramos un juicio rápidamente desdeñoso sobre Martínez Villergas en el tomo XXIX de las "Obras Completas" de Sarmiento, aunque en distintas ocasiones le demostró estima personal. (Por ejemplo: al inaugurarse el Parque 3 de Febrero, le envió una invitación particular). Pero Sarmiento tenía motivo para recordar al polemista español, ya que éste era autor de un libelo contra él. Titúlase: "Sarmenticidio o A mal Sarmiento buena podadera". Y lleva esta explicación: "Refutación, comentario, réplica, folleto o como quiera llamarse esta quisicosa que, en respuesta a los "Viajes" publicados sin ton ni son por un tal Sarmiento, ha escrito a ratos perdidos un tal J. M. Villergas".

El librero editor Benito Hortelano, en sus "Memorias", nos narra la génesis del libelo de Martínez Villergas contra los "Viajes": Obsequió el librero, residente en Buenos Aires, un ejemplar del libro de Sarmiento a un oficial de la corbeta española "Luisa Fernando", visitante de este puerto; y a los pocos días el capitán de ella lo invitó a un almuerzo. Fué Hortelano, y se le recibió con ceremoniosa frialdad. A los postres, un sargento escoltado por dos guardias, trajo en una bandeja el libro de Sarmiento roto en pedazos. Se le hizo al estupefacto librero un breve proceso del cual salió convicto y confeso de "haber cometido un crimen de lesa patria introduciendo un libelo infamatorio de la nación española en donde ondea el pabellón de España". Todos los oficiales, entre bromas y veras, juraron batirse con ese Domingo Faustino Sarmiento donde lo hallasen, y el librero Hortelano se obligó a escribir a Martínez Villergas, entonces en París, y por todos conocido como satírico sin pelos

en la lengua ni en la pluma, encargándole que escribiera una refutación. A los cuatro meses de estos hechos, recibió 500 ejemplares del libelo que a los pocos días haría popular en Buenos Aires a su autor. “Mucho esperaba yo de la venenosa pluma de Villergas —confiesa Hortelano—, pero no podía figurarme hiciese un trabajo de tanto mérito como el que en tan corto tiempo hizo”.

El “Sarmenticidio” obtuvo éxito. Hecho explicable: los enemigos del gran hombre público lo empuñaron como arma; lo reprodujeron en los diarios y se hicieron reediciones en América y Europa hasta medio siglo después de haber aparecido. De los tres capítulos de que consta la obra, en el tercero sale Martínez Villergas a controvertir los juicios que mereciera a Sarmiento aquella España de mediados del siglo XIX que él —llegado por vía Francia— vió como una Europa no empeñada en la obra de construcción que acababa de presenciar en otras naciones. Pero Martínez Villergas, aun residente en París, no alcanza a comprender la crítica de Sarmiento. No ve lo que éste, esencialmente constructor, observa en aquella España recogida en la contemplación de sus glorias pasadas, y feudal, en medio de una Europa burguesa, laboriosa y progresista.

La crítica de Martínez Villergas, chancera y gramatical, se entretiene en cazar gazapos o en componer epigramas. ¡Y qué gazapos! Por ejemplo, es curioso constatar hoy que él critique a Sarmiento que a la plaza de toros le llame “arena” o al espada “matador”, ya que hoy así se les llama en la misma España. Se cierra el “Sarmenticidio” con un soneto: “Retrato del insigne y nunca bien ponderado D. F. Sarmiento, profesor de via-

jes, aprendiz de literato y misionero providencial para servir... de estorbo a la educación primaria". Y comienza: "Este escritor de pega y de barullo...".

Curioso también es observar que Martínez Villergas, pese a su inquina, presiente en Sarmiento a un "maestro", y repetidas veces lo considera como a tal, aunque, por supuesto, para negarlo: "Maestro que no ha hecho ni un discípulo, no porque le falten deseos y laboriosidad, sino porque nadie lo ha entendido".

El fogoso Sarmiento, tan dado a la polémica, no se tomó el trabajo de refutar al libelista, ni le guardó rencor. Por el contrario, su ingerencia en la política argentina, sus caricaturas y chistes, le hacían gracia. Ya viejo, en Carapachay, conservaba la colección de "Antón Perulero" y la hojeaba y releía con gusto.

Parecido aprecio logró el ingenioso y desenfadado Martínez Villergas en la sociedad de Buenos Aires. Estando él en Perú, llegó la noticia de que se hallaba pobre y enfermo. Se constituyó una Comisión protectora, y a su beneficio se realizó una conferencia-concierto en el teatro Colón la noche del 17 de febrero de 1878. Y se publicó, por la imprenta de "El Correo Español", una "Corona poética en honor del eminente literato D. Juan Martínez Villergas" que trae reputadas firmas del momento, como Gervasio Méndez, Eduardo Bustillo, Casimiro Prieto y Pastor S. Obligado.

Prueba esto que Martínez Villergas, aun cuando vivió combatiendo a políticos y escritores, cuanto sabiendo costumbres y leyes, lo hizo con ingenio tal que logró hacerse apreciar por los mismos burlados. Su "Antón Perulero", precursor del semanario "Don Quijote", se-

ñaló una etapa, indudablemente, en el periodismo ilustrado de Buenos Aires.

Y he aquí, por último, la historia de la polémica cuyos textos tienes ahora en un cómodo volumen, lector actual, lector afortunado, ya que para conocerla no debes ir a revolver las amarillentas, empolvadas, difíciles páginas de "La Libertad" y de "Antón Perulero" donde hasta ahora descansaban, casi olvidadas, para mal de todos:

En su sesión del 11 de diciembre de 1872, y a propuesta de los individuos de número Antonio María Segovia, Juan Eugenio Hartzenbusch y Fermín de la Puente y Apezchea, la Real Academia Española nombró a don Juan María Gutiérrez miembro de la corporación en la clase de correspondiente extranjero. La carta del secretario, Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, comunicándole al interesado el nombramiento, lleva fecha del 30 de diciembre de 1873 —un año después de la designación—; pero el Cónsul de España en Buenos Aires no le transmitió el comunicado hasta el 29 de diciembre de 1875, dos años más tarde. Lo cual prueba que andaba bastante emhobecido aquel engranaje burocrático. Entre sus reproches, Villergas hace a Gutiérrez el de su poca urbanidad por la demora en responder, ya que la epístola de su rechazo lleva fecha del 30 de diciembre de 1875. En su 8ª carta, donosamente, se defiende el agraviado: "La correspondencia académica —escribe— navegó sin duda en buque de vela, que es modo clásico y arcádico de viajar, y no en vapor, artificio novísimo en los usos, equivalente a un pecaminoso neologismo en las palabras". Que el doctor Gutiérrez no recibió hasta

el 29 de diciembre de 1875 su nombramiento, lo prueba la forma con que comienza su epístola al Secretario: "Ayer he tenido la honra de recibir" . . . , etc.

El rechazo de Gutiérrez era lógico en él: Antes —1856— había también rechazado la cruz con que el Emperador del Brasil lo quiso honrar por haber intervenido en la reanudación de las relaciones internacionales entre ambos países. Su actitud fué denostada. Se le provocó a la polémica. El sólo respondió: "En mi pecho republicano sentaría mal una distinción aristocrática".

La carta, verdaderamente admirable en concepto y forma, por la cual don Juan María Gutiérrez comunica al Secretario de la Academia su rechazo del nombramiento de miembro correspondiente, se publicó en "La Libertad", uno de los mejores diarios de la época, dirigido por Manuel Bilbao, chileno, hermano de Francisco, gran liberal y revolucionario, ambos desterrados de su país nativo. "La Libertad" era el diario más popular del momento, ya que Bilbao, con él, introdujo la costumbre de hacerlo salir por las calles, voceado por vendedores, y a bajo precio: un peso moneda antigua. Hizo Bilbao en el Plata lo que Monsieur de Girardin en París. Su innovación tuvo éxito e imitadores, y desde "La Libertad", los diarios fueron en busca del lector transeúnte.

Publicada en el periódico de más circulación, la carta-rechazo fué leída por todos, y comentada y discutida: negación y aplauso. La reprodujeron a los pocos días, "La Prensa" y "El Tribuno". En libro, antes de ahora, puede hallarse en el de Mariano Pelliza, "Críticas y bocetos históricos" (1879), en el de Teófilo Martínez, "Contemporáneos Ilustres" (1910), en el "Boletín de la Academia Argentina de Letras" (1933), en "Estudios

Histórico-Literarios”, de Juan María Gutiérrez, elegidos, prologados y anotados por mí con carácter antológico (1940).

La actitud de don Juan María apareció como insólita en el Buenos Aires que pisaba el último cuarto del siglo XIX. Se le criticó, se le caricaturizó, se le calumnió. Desde Alberdi, su querido amigo de la juventud, desde Vicuña Mackenna, su admirador en los días del destierro en Chile, hasta Francisco Berra y Juan Martínez Villergas, que lo hacen con acritud, interpretando torcidamente la clara y lógica actitud del recto repúblico. Fogueado en la polémica desde los tiempos del general Urquiza, salió Gutiérrez a la pedana, sereno y vigoroso por su cultura, ágil de ingenio, pulcro en la forma, manejando la ironía con gracia de esgrimista. Sus diez cartas, firmadas “Un Porteño”, vieron la luz también en el diario “La Libertad”, desde el 22 de enero al 6 de febrero de 1876.

“Al evocar en nuestra mente la figura de Gutiérrez en tales circunstancias —escribe Arturo Costa Alvarez—, erguida, fuerte, ágil todavía —a la sazón tenía 67 años—, su cabeza nos atrae sobre todo. Cobijada por gruesa mata de cabellos canos, asoma su frente alta y luminosa; y a través de ella, en el cerebro del pensador, detrás del velo tenue de las reflexiones literarias y docentes del momento, vemos sus opiniones siempre desfavorables sobre los estadistas en candelero, más hábiles que él en arte política, pero no más preparados en la ciencia del gobierno; y surgiendo entre esas opiniones, percibimos el juicio de su propia actuación junto a Urquiza; mas sus ideales políticos superpuestos a los recuerdos de su vida en el destierro y de su obra de proscrito, como poeta, periodista y educador en tierras extranjeras; un poco

más lejos vemos los haces de su brillante consagración en el certamen de Montevideo, y de su íntima vinculación con Echeverría, alternando con los destellos de su abominación al tirano; en fin, en lo más profundo de su mente, junto a sus primeras nociones del mundo, del arte y de la ciencia, vislumbramos su prevención personal contra España, formada en sus años de adolescente por la guerra de la independencia y su prevención histórica contra ella a causa de la tutela colonial obscurantista; conceptos estos dos que, en el círculo de sus abstracciones, se funden en una animadversión sistemática, de republicano genuino, a todo régimen monárquico absoluto, y especialmente al borbónico”.

Pero el ambiente, el literario sobre todo, del Buenos Aires de entonces, no respondía ya a la concepción mental de don Juan María sexagenario. La reconciliación con España era un hecho. Pavón había lanzado al escenario argentino nuevos hombres y para éstos la España de los Borbones no despertaba encono. Era el pasado, el ayer que se conceptuaba superado definitivamente. Para ellos, España no significaba la colonia, con su doble férula virreinal y teologal, férula de dómine rancio; España era para ellos la ola de labriegos trabajadores que llegaban a poblar las pampas, la legión de maestros y de intelectuales que venían a ocupar cátedras y puestos de avanzada en el periodismo y desde éste a influir en la lucha política, mordaces, agudos, inteligentes. Los intelectuales de América, de Buenos Aires en particular, sentían por unos y otros —docentes y publicistas— admiración y camaradería. Sus escritores aspiraban como a una meta la consagración que de España podía llegarles

con el nombramiento de "correspondiente" a su institución oficial. El rechazo de don Juan María, pues, sonó a escándalo en tal medio, más por venir de él. En Sarmiento hubiérase conceptuado una de sus "locuras"; Alberdi ya era correspondiente. ¿Por qué Gutiérrez, el más castizo de los escritores porteños, el más consciente conocedor de la gran literatura hispánica, tomaba tan inesperada actitud? . . . ¿Qué tremolina en los cafés, en los clubs, en las redacciones de los diarios, hasta en los pasillos de las cámaras! Tan inesperado fué el rechazo que la propia Academia, en su sesión del 11 de febrero de 1876 —cuando aún no había tenido tiempo de recibirlo—, había nombrado a Gutiérrez "para coadyuvar a la corrección y perfeccionamiento del nuevo Diccionario de Autoridades". La comunicación está firmada por Manuel Tamayo y Baus.

Blando y casi al soslayo, su gran amigo Alberdi le reprocha como justificándole: "Yo me explico ese movimiento de Gutiérrez por un arranque de mera probidad". Vicuña Mackenna califica el repudio de "escándalo innecesario, casi una gauchada" y a su autor de "ilustre reo e ilustre culpable del crimen de desacato literario". ¿Desacato? Esto supone aceptar una autoridad reconocida; para el escritor chileno lo era, evidentemente, la de la Real Academia.

En carta del 6 de marzo de 1876, dirigida a un amigo de Chile, el propio don Juan María nos da la explicación de su actitud: "¿Qué le parece mi cobete a la Academia? Tenemos un sílabus y un concilio en Roma; tendremos un Diccionario y una Academia que nos gobernará en cuanto a los impulsos libres de nuestra

índole americana en materias de lenguaje, que es materia de pensamiento y no de gramática. Tendremos una literatura ortodoxa y ultramontana, y no escribiremos nada sino pensando en nuestros jueces de Madrid, como los obispos que sacrifican los intereses patrios a los intereses de su ambición en Roma. Yo he cumplido con mi deber, cediendo a propósitos más altos que los que puede comprender el autor del "Deber" (Julio Simón) y el mismo Bello si viviera. He rechazado el diploma con que hasta Alberdi se engalana en el título de "Luz del día", como ha podido observar. Advierta Vd. que este amigo me criticaba amargamente mi respeto por la gramática y la ortografía de nuestro idioma, creyendo que estos cuidados eran nimiedades, y afectando tal adversión por ellos, que sus primeros éxitos le avergonzarán ahora cuando le caigan a la mano".

Iba dejando don Juan María pasar los comentarios a su "arisca", "insólita", "rebelde" actitud; dejábase tildar de antiespañol —que no lo era; pero sí anticolonial, que no es lo mismo—, cuando el escritor uruguayo Francisco Berra publica en "La Nación" de Buenos Aires un artículo en el que analiza la carta-rechazo de Gutiérrez (14 de enero), y Martínez Villergas, en su "Antón Perulero", se aventura a salir por los fueros del españolismo, según él, lesionados por el escritor porteño. Berra acusa a Gutiérrez de retrógrado y de antipatriota, pues, interpreta que éste predica la localización de nuestro idioma y la entrega de su legislación al vulgo. Don Juan María, progresista y patriota, no puede guardar silencio y se enfrenta entonces con el más vehemente de sus detractores, el español Martínez Villergas, en tanto Berra

se ensarza en polémica con Mariano Pelliza, que ha salido a responderle desde "La Nación".

En mi citada biografía sobre Gutiérrez comenté ya largamente las cartas de "Un Porteño". No necesito hacerlo en estas páginas prologales porque el lector pronto va a leerlas, y son tan claras, tan convincentes sus razones que todo comentario huelga antes de su lectura. Martínez Villergas, si ingenioso y desenfadado, no es contendor para él, y lo vemos debatirse frente a su adversario, esquivar inútilmente, mediante cabriolas, sus certeros golpes, callar por fin, en tanto su profundo y serio contendiente, que no pasó de la ironía, sigue abonando el tema que provoca en él agudas disquisiciones acerca de las letras, la historia, la política, la religión, la filosofía, y le da motivo para exhibir su robusta erudición en forma orgánica y bella.

La polémica tuvo eco. A raíz de ella, Rafael Obligado fundó la Academia Argentina, institución que proponíase publicar un "Diccionario del lenguaje argentino"; pero no cuajó, trezándose más tarde el autor de "Santos Vega" en discusión con Juan Antonio Argerich. Nuevos paladines aparecieron; pero cada vez que acerca del idioma se discutió, se hizo en torno a lo que don Juan María escribiera en aquellas diez cartas, siempre vivas. Así Juan Cancio (Mariano de Vedia) y Alberto del Solar (1889), Ernesto Quesada (1900), Juan Selva y Juan José García Velloso (1908), Carlos Urien (1909) y Menéndez Pidal (1918); todos adjudicando a Gutiérrez la idea de que preconizó la creación de un "idioma nacional argentino". ¡Mal lo habían leído! No así Miguel Cané y Paul Groussac que en "La Nación" y en

los "Anales de la Biblioteca" (1900), comentaron las tan citadas como mal leídas cartas del maestro de todos. Cané y Groussac no le atribuyen tal idea, más aún: lo defienden de quienes, por incomprensión o ligereza, se la adjudican.

Don Juan María, buen conocedor, gran admirador por lo tanto del castellano y de su portentosa literatura, (leer su poesía: "Ogaño et Antaño", trova al modo de Juan de Mena), sostiene que el castellano es y será siempre el idioma de los argentinos; pero que ese castellano, adaptándose a las necesidades impuestas por los nuevos tiempos, irá aprovechando los indispensables neologismos, americanos y europeos, sin dejar por ello de respetar lo fundamental del idioma, su estructura orgánica, su sintaxis. Y esto hará imposible que degeneren en dialecto, que se estreche a un limitado localismo. La inmigración cosmopolita y la lectura de libros en idiomas extranjeros, a que es tan inclinado el intelectual de Buenos Aires, particularmente, enriquecerán sin corromperlo —afirma en tono de predicción— el idioma en que escribió Cervantes. Tal es en esencia su teoría idiomática, lo cual se halla bien lejos de preconizar la creación dialectal que muchos de sus interpretadores le suponen.

Don Juan María da al idioma una cabal importancia. Recordemos que para él los problemas del lenguaje eran "problemas de pensamiento, no de gramática". Espíritu, no simple forma. Y recordemos también las tres razones fundamentales de su rechazo:

1ª El escritor americano no debe acatar legisladores de su lenguaje, porque pueden convertirse en legisladores de su pensamiento.

2ª *La Real Academia, fundada con fines políticos para servir al trono de los Borbones, enemigo de la libertad americana, no puede extender su mandato a pueblos que se separaron de ese trono, después de larga y sangrienta lucha.*

3ª *El purismo del idioma español es un mito, ya que la raza de la península metrópoli está formada por un conglomerado de pueblos disímiles. Pretender cristalizar el idioma de América en nombre de aquel purismo es, pues, una aberración.*

Tres razones —política aparte— que aún pesan en las discusiones que acerca del idioma a hablarse y escribirse en América se suscitan. Ante tal supervivencia, preciso es confesar que las razones de don Juan María Gutiérrez tenían raíz filosófica.

Y ella justifica la publicación de este libro.

ERNESTO MORALES

A propuesta de los individuos de número de esta Real Academia Sr. D. Antonio e María Segovia, Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch e Ilmo. Sr. D. Fermín de la Puente y Apezuequea, Srte. V. S. nombrado en 14 de Diciembre de 1872 miembro de la misma Corporacion en la clase de Correspondiente extranjero En participarlo a V. S. para su satisfaccion la tengo yo muy complida y en que la Academia pueda contar con la cooperacion de persona tan ilustrada.

Son adjuntos el diploma del expresado cargo,

un ejemplar de los Estatutos y otro del Reglamento de este cuerpo literario. Del resto de esos documentos ruego á Vd. tenga á bien darme aviso.

Dios guarde á Vd. muchos años. Madrid 30 de Diciembre de 1873.

El Secretario occidental,

Jurisdiano J. Guerra
y ortiz

So. D. Juan Maria Gutierrez

DIPLOMA

La Academia Española en consideración a las relevantes cualidades y reconocida ciencia del Señor D. Juan María Gutiérrez, residente en Buenos Aires, se sirvió nombrarle en la junta ordinaria de 11 diciembre de 1872, Académico correspondiente extranjero, acordando que se le expida el presente diploma firmado por el Excmo. Señor Director, refrendado por el Ilmo. Señor Secretario accidental y autorizado con el sello mayor de la Academia.

Madrid, 30 de Diciembre de 1873.

(Fdo.): MARQUÉS DE MOLINS

El Secretario accidental

(Fdo.): AURELIANO F. GUERRA Y ORBE

CARTA AL SEÑOR SECRETARIO DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

Al señor Secretario de la Academia Española:

Ayer he tenido la honra de recibir, por conducto del señor cónsul de España residente en esta ciudad, una carta de V. S. fecha en Madrid a 30 de diciembre de 1873, acompañándome el diploma de miembro correspondiente de la Academia Española, y un ejemplar de los Estatutos y Reglamento de ese ilustre cuerpo literario. Y, como al final de la muy estimada de V. S. me previene darle aviso del recibo de esos documentos, me apresuro a satisfacer los deseos de V. S. suplicándole al mismo tiempo manifestar mi más profunda gratitud, a los señores miembros de la Academia, y muy particularmente a los caballeros Segovia, Hartzenbusch y Puente Apezechea, por el favor con que han querido distinguirme considerándome capaz de contribuir a los fines de esa afamada corporación.

Según el artículo primero de sus estatutos, el instituto de la Academia es cultivar y fijar la pureza y ele-

gancia de la lengua castellana. Este propósito pasa a ser un deber para cada una de las personas que aceptando el diploma de la Academia, gozan de las prerrogativas de miembros de ella y participan de sus tareas en cualesquiera de las categorías en que se subdividen según su reglamento.

En presencia de una obligación que espontáneamente se impone un hombre honrado, debe, ante todo, medir sus fuerzas, y hecho de mi parte este examen con escrupulosidad, debo declarar a V. S. que no me considero capaz de dar cumplimiento a cometido alguno de los que impone a sus miembros el citado artículo primero de los Estatutos Académicos, por las razones que someramente paso a indicar, suplicando a V. S. las reciba como expresión sincera y leal de quien no quisiera aparecer desagradecido a las distinciones y beneficios que se le hacen, mucho más cuando provienen de una corporación a la cual todo hombre culto que habla lengua castellana, tributa el respeto que se merece.

Aquí, en esta parte de América, poblada primitivamente por españoles, todos sus habitantes, nacionales, *cultivamos* la lengua heredada, pues en ella nos expresamos, y de ella nos valemos para comunicarnos nuestras ideas y sentimientos; pero no podemos aspirar a *fijar* su pureza y elegancia, por razones que nacen del estado social que nos ha deparado la emancipación política de la antigua Metrópoli.

Desde principios de este siglo, la forma de gobierno que nos hemos dado, abrió de par en par las puertas del país a las influencias de la Europa entera, y desde entonces, las lenguas extranjeras, las ideas y costumbres

que ellas representan y traen consigo, han tomado carta de ciudadanía entre nosotros. Las reacciones suelen ser injustas, y no sé si en Buenos Aires lo hemos sido, adoptando para el cultivo de las ciencias y para satisfacer el anhelo por ilustrarse que distingue a sus hijos, los libros y modelos ingleses y franceses, particularmente estos últimos.

El resultado de este comercio se presume fácilmente. Ha mezclado, puede decirse, las lenguas, como ha mezclado las razas. Los ojos azules, las mejillas blancas y rosadas, el cabello rubio, propios de las cabezas del Norte de Europa, se observan confundidos en nuestra población con los ojos negros, el cabello de ébano y la tez morena de los descendientes de la parte meridional de España. Estas diferencias de constitución física, lejos de alterar la unidad del sentimiento patrio, parece que, por leyes generosas de la naturaleza que a las orillas del Plata se cumplen, estrechan más y más los vínculos de la fraternidad humana, y dan por resultado una raza privilegiada por la sangre y la inteligencia, según demuestra la experiencia a los observadores despreocupados.

Este fenómeno, no estudiado todavía como merece, y que, según mis alcances, llegará a ser uno de los datos con que grandes problemas sociales han de resolverse, se manifiesta igualmente, a su manera, con respecto a los idiomas.

En las calles de Buenos Aires resuenan los acentos de todos los dialectos italianos, a par del catalán que fué el habla de los trovadores, del gallego en que el Rey sabio compuso sus cántigas, del francés del norte y medio-día, del galense, del inglés de todos los condados, etc.

y estos diferentes sonidos y modos de expresión cosmopolitizan nuestro oído y nos inhabilitan para intentar siquiera la inamovilidad de la lengua nacional en que se escriben nuestros numerosos periódicos, se dictan y discuten nuestras leyes, y es vehículo para comunicarnos unos con otros los *porteños*.

Esto, en cuanto al idioma usual, común, el de la generalidad. Por lo que respecta al hablado y escrito por las personas que cultivan con esmero la inteligencia y tratan de elaborar la expresión con mejores instrumentos que el vulgo, cuyo uso por otra parte es ley suprema del lenguaje, debo confesar que son cortas en número, y aunque de mucha influencia en esta sociedad, tampoco tienen títulos para purificar la lengua hablada en el siglo de oro de las letras peninsulares, de que la Academia es centinela desvelado. Los hombres que entre nosotros siguen carreras liberales, pertenezcan a la política o a las ciencias aplicadas, no pueden por su modo de ser, escalar los siglos en busca de modelos y de giros castizos en los escritores ascéticos y publicistas teólogos de una Monarquía sin contrapeso. Hombres prácticos y de su tiempo, antes que nada, no leen sino libros que enseñan lo que actualmente se necesita saber, y no enseñan las páginas de la tierna Santa Teresa ni de su amoroso compañero San Juan de la Cruz, ni libro alguno de los autores que forman el concilio infalible en materia de lenguaje castizo.

Yo frecuento con intimidad a cuantos en esta mi ciudad natal escriben, piensan y estudian, y puedo asegurar a V. S. que sus bibliotecas rebosan en libros franceses, ingleses, italianos, alemanes, y es natural que adquiriendo

ideas por el intermedio de idiomas que ninguno de ellos es el materno, por mucho cariño que a éste tengan, le ofendan con frecuencia, sin dejar por eso de ser entendidos y estimados, ya aleguen en el foro, profesen en las aulas o escriban para el público. Hablarles a estos hombres de *pureza y elegancia* de la lengua, les tomaría tan de nuevo, como les causaría sorpresa recibir una visita vestida con la capa y el sombrero perseguidos por el ministro Esquilache.

Por muy independiente que me crea, incapaz de ceder a otras opiniones que a las mías propias, confieso a V. S. que no estoy tan desprendido de la sociedad en que vivo, que me atreva, en vista de lo que acabo de exponer, a hacer ante ella el papel de Vestal del fuego que arde emblemático bajo el crisol de la ilustre Academia.

El espíritu cosmopolita, universal, de que he hablado, no tiene excepciones entre nosotros. Son bien venidos al Río de la Plata los hombres y los libros de España, y está en nuestro inmediato interés ver alzarse el nivel intelectual y social en la patria de nuestros mayores; pues nada tan plácido y sabroso para el espíritu como nutrirse por medio de la lengua en que la humana razón comienza a manifestarse en el regazo de las madres. Es penoso el oficio de disipar diariamente esa especie de nube que oscurece la página que se lee escrita con frase extranjera, y a este oficio estamos condenados los americanos, so pena de fiarnos a las traducciones, no siempre fieles, que nos suministra la imprenta europea.

Podría decirme V. S. que todo cuanto con franqueza acabo de expresarle, prueba la urgencia que hay en levantar un dique a las invasiones extranjeras en los domi-

nios de nuestra habla. Pero en ese caso yo replicaría a V. S. con algunas interrogaciones: —¿Estará en nuestro interés crear obstáculos a una avenida que pone tal vez en peligro la gramática, pero puede ser fecunda para el pensamiento libre? ¿Mueven a los americanos las mismas pasiones que al patriota y castizo autor del ardoroso panfleto —“Centinela contra franceses”— impreso al comenzar el siglo, cuando la ambición napoleónica exaltaba el estro de Quintana y el valor del pueblo ibero, contra la usurpación extranjera? ¿Qué interés verdaderamente serio podemos tener los americanos en fijar, en inmovilizar, al agente de nuestras ideas, al cooperador en nuestro discurso y raciocinio? ¿Qué puede llevarnos a hacer esfuerzos por que al lenguaje que se cultiva a las márgenes del Manzanares, se amolde y esclavice el que se transforma, como cosa humana que es, a las orillas de nuestro mar de aguas dulces? ¿Quién podrá constituirnos en guardianes celosos de una *pureza* que tiene por enemigos a los mismos peninsulares que se avecinan en esta Provincia?

Llegan aquí, con frecuencia, hijos de la España con intento de dedicarse a la enseñanza primaria, y con facilidad se acomodan como maestros de escuela, en mérito de diplomas que presentan autorizados por los institutos normales de su país. Conozco a la mayor parte de ellos, y aseguro a V. S. con verdad, salvando honrosas excepciones, que cuando se han acercado a mí, como a Director del ramo, he dudado al oírlos que fuesen realmente españoles, tal era de exótica su locución, tales los provincialismos en que incurrían y el dejo anti-estético de la pronunciación, a pesar de la competencia que

mostraban en prosodia y ortología teóricas. Con semejante cuesta que subir, sería tarea de Sísifo mantener en pureza la lengua española.

A mi ignorancia no aqueja el temor de que por el camino que llevamos, lleguemos a reducir esa lengua a una jerga indigna de países civilizados. El idioma tiene íntima relación con las ideas, y no puede abastardarse, en país alguno donde la inteligencia está en actividad y no halla rémoras el progreso. Se transformará, sí, y en esto no hará más que ceder a la corriente formada por la sucesión de los años, que son revolucionarios irresistibles. El pensamiento se abre por su propia fuerza el cauce por donde ha de correr, y esta fuerza es la salvaguardia verdadera y única de las lenguas, las cuales no se ductilizan y perfeccionan por obra de gramáticos, sino por obra de los pensadores que de ellas se sirven. La prueba la dan manifiesta aquellos idiomas desapacibles para oídos latinos, idiomas pobres y mendigos de voces ajenas, que sin embargo, sirven desde siglo atrás a las ciencias y a la literatura de modo a dar envidia a los mismos que se envanecen y deleitan con la afonía de algunas de las lenguas oriundas de la romana.

Siento no poder dar forma técnica a estas generalidades. Pero la vulgaridad de la forma no impedirá a la sagacidad de V. S. penetrar en el fondo de mis palabras, y la Academia que tan ilustrada curiosidad manifiesta por conocer el estado en que se encuentra en América la materia de sus estudios, podrá tal vez sacar algún partido de la franqueza con que hablo a V. S. poniéndole de manifiesto los inconvenientes que encuentro en conciencia, para aceptar el diploma con que se me ha favorecido.

Permítame V. S. darle honradamente, otras razones para justificar la devolución del valioso diploma.

Creo, señor, peligroso para un sudamericano la aceptación de un título dispensado por la Academia Española. Su aceptación liga y ata con el vínculo poderoso de la gratitud, e impone a la urbanidad, si no entero sometimiento a las opiniones reinantes en aquel cuerpo, que como compuesto de hombres profesa creencias religiosas y políticas que afectan a la comunidad, al menos un disimulo discreto y tolerante por esas opiniones; y yo no estoy seguro de poder amañar mis inclinaciones a las de la Academia, según puedo juzgar por antecedentes que me son conocidos y por algunos artículos de su Reglamento.

Descubro ya, un espíritu que no es el mío en los distinguidos sudamericanos, especialmente de la antigua Colombia, que han aceptado el encargo de fundar Academias correspondientes con la de Madrid. Algunos de ellos me honran e instruyen con su correspondencia, y a los más conozco por sus escritos impresos. Adviértoles a todos caminar en rumbo extraviado y retrospectivo, con respecto al que debieran seguir, en mi concepto, para que el mundo nuevo se salve, si es posible, de los males crónicos que aflijen al antiguo.

La mayor parte de esos americanos, se manifiestan afiliados, más o menos a sabiendas, a los partidos conservadores de la Europa, doblando la cabeza al despotismo de los flamantes dogmas de la Iglesia romana, y entumeciéndose con el frío cadavérico del pasado, incurriendo en un doble ultramontanismo, religioso y social.

No puedo convenir, por ejemplo, en que el lenguaje humano sea otra cosa que lo que la filología y la historia

enseñan sobre su formación. No puedo estar de acuerdo a este respecto, con el autor de un "Diccionario de la lengua castellana. . . Enciclopedia de los conocimientos útiles", etc. que actualmente se publica en Madrid y en Buenos Aires, por entregas, bajo la dirección de D. Nicolás María Serrano. Según este caballero en la primera página de su obra, bella bajo el aspecto tipográfico y por los grabados que la acompañan, Dios nos ha dotado de la facultad preciosa del lenguaje para que le bendigamos, glorifiquemos en la tierra a fin de obtener el *bien absoluto* después de nuestra peregrinación en este valle de lágrimas. . . etc.

Reducirnos a orar a Dios con la palabra y no con el pensamiento tácito, por los labios y no con la conciencia, es dar pábulo a prácticas idolátricas y caer en el materialismo del rezo de los devotos; es conducirnos a imitar como lo más perfecto las prácticas ascéticas del claustro, donde se pasa la vida cantando salmos y rezando el oficio divino.

No creo que este pueda ser el destino del hombre en esta vida. Si tal fuera, no le quedaría tiempo para estudiar la naturaleza y para encontrar en sus leyes el motivo de la adoración que la criatura racional pueda rendir al creador invisible y desconocido de tanta maravilla como la rodea.

Pongo en manos del señor cónsul de España, caballero D. Salvador Espina, el diploma de socio correspondiente que devuelvo respetuosamente suplicándole dé dirección segura a estos renglones. Al mismo tiempo tengo verdadera complacencia en manifestar mi más profundo agradecimiento a la Academia de que es V. S. intérprete, pidiéndole que con la tolerancia propia de

un sabio se digne disimular los errores de que puedan adolecer los juicios que con franqueza me he atrevido a emitir.

De V. S. atento S. Servidor.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ

Ilmo. Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe,
Secretario accidental de la Academia Española.

Buenos Aires, Diciembre 30 de 1875.

AMOR CON AMOR SE PAGA

I

En 30 de diciembre de 1873, escribió desde Madrid el secretario de la Academia Española, D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, al Sr. D. Juan María Gutiérrez, natural y vecino de Buenos Aires, remitiéndole el diploma de miembro correspondiente, con que dicha corporación había creído darle una muestra de aprecio; y hasta dos años después, o sea el 30 de diciembre de 1875, no se ha dignado contestar el que no sé si llamar agraciado o agraviado.

¿A qué causa podemos atribuir tan extraña dilación? ¿Será que la carta y el diploma que vinieron de Madrid han tardado dos años en llegar a su destino, o será que el señor Gutiérrez necesite dos años para contestar a una carta? Esto no se concibe y aquello tampoco; pero ello, como dijo el otro, en algo tropieza, y se ponía los calzones por la cabeza.

Ese algo no será que el señor Gutiérrez mire con soberano desdén a la Academia, que de buena fe creyó

complacerle; pero como en este mundo no sucede nada que no tenga explicación, nosotros nos inclinamos a dársela al caso de que se trata, diciendo que alguna imperdonable ofensa infirió en su escrito el señor Guerra y Orbe al señor Gutiérrez, cuando éste, después de haber estado durante dos años rumiando lo que aquél le dijo, ha concluído por despreciar el diploma que se le había enviado, y por contestar con la acritud propia del hombre delicado que se siente herido en su honra, o, cuando menos, en su amor propio.

“¿Para qué he merecido la distinción de ser nombrado *miembro correspondiente*? Para demostrar que sé *corresponder* a una injuria grave con otra mayor”, ha debido decir el señor Gutiérrez, y de ahí la lógica *correspondencia* de desfavores que existe, sin duda, en el asunto de que nos ocupamos.

Que el señor Gutiérrez ha de estar cargado de razón, lo prueba el solo hecho de la devolución del diploma; porque, entre hombres de sanas ideas, se renuncia una pensión, se renuncia un título aristocrático; pero no es costumbre dar feos a las corporaciones literarias, y así lo han comprendido muy respetables varones del Río de la Plata, aceptando distinciones como la que acaba de despreciar el señor Gutiérrez; pues, sin ir más lejos, ahí tenemos al estimable literato don Andrés Lamas, que no se considera rebajado por llamarse “Miembro de la Academia de la Historia”.

Gordo, pues, muy gordo debe ser el agravio que el señor Gutiérrez ha recibido; tanto, que, además de aconsejarle lo que el mundo tomará por una ingratitud, y aun por una infracción de las leyes de la urbanidad, le ha trastornado el cerebro hasta el punto de hacerle decir

cosas indignas de un hombre de indisputable talento, y voy a citar algunas de esas cosas, para que no se me diga que veo visiones.

Dice el buen señor que, en Buenos Aires, se han adoptado desde hace muchos años los libros y modelos ingleses y franceses, para el estudio, y añade: "El resultado de este comercio se presume fácilmente. Ha mezclado, puede decirse, las lenguas, como ha mezclado las razas. Los ojos azules, las mejillas blancas y rosadas, el cabello rubio, propios de las cabezas del Norte de Europa, se observan confundidos en nuestra población con los ojos negros, el cabello de ébano y la tez morena de los descendientes de la parte meridional de España".

Por que, amados lectores, prescindiendo de la anfibología del estilo, que no nos consiente averiguar si es *el comercio* de que el señor Gutiérrez habla, o si es *el resultado* de ese comercio, lo que ha producido el fenómeno de mezclar razas y lenguas, aunque debe ser lo primero, porque no parece natural que un hombre de reconocida instrucción tome el efecto por causa, miren ustedes que eso de suponer que los libros extranjeros han traído la mezcla, real o aparente, de las razas, no se le hubiera ocurrido al que asó la manteca.

Sería gracioso el que, porque un alemán estudiara en libros españoles, cambiasen de color su cutis y su pelo; como daría gusto el oír en Sevilla este diálogo sostenido entre marido y mujer: —Oye, Curro, ¿también tú te pintas la cara y el pelo, como las señoritas? —No, prenda; pero ¿a qué viene esa pregunta? —Como veo que te vuelves blanco y rubio, tú que, por el pelo y la tez, parecías un gitano. . . —Calla tonta; si es que estoy estudiando el inglés, y desde que comencé esa tarea, noto

que se opera en mí algo parecido a lo que Jedeón, el de la comedia, observó en el loro que se convirtió en gato.

A consideraciones como éstas dan lugar los extraños conceptos que, en el calor de la improvisación, ha vertido el señor Gutiérrez, al contestar a la carta del señor Guerra y Orbe, que otra carta de Urias ha debido parecerle, según la alteración de espíritu que le ha ocasionado. Es claro, el que sólo se toma un par de años para pensar lo que ha de decir, en contestación a una carta, corre el peligro de deslizarse, sobre todo, cuando le han ofendido.

Pero es el caso que el señor Gutiérrez, no contento con lo que dejamos referido, ha llegado a hacer la indicación de que, en su concepto, no será una desgracia el que, de los varios idiomas que por aquí se hablan, surja un dialecto que participe de todos, cosa que, en el estado normal, no hubiera dicho un hombre de su talento; pues a cualquiera se le alcanza que no debe dejarse perder un instrumento de comunicación política y mercantil poseído por tantas naciones de América y tantas poblaciones de Europa, Africa y Asia; y que ese utilísimo instrumento desaparecería, si los argentinos, los uruguayos, los chilenos, los peruanos, etc., se hicieran todos la cuenta que se ha hecho el señor Gutiérrez, podemos tenerlo por seguro. ¿Cómo, pues, a un hombre de grandes condiciones intelectuales se le ha ocultado lo que es evidente para cualquiera? Esto nos confirma en la sospecha que abrigamos de que el señor Guerra y Orbe, queriendo o sin querer, dijo en su carta algo que ha sacado de sus casillas al señor D. Juan María Gutié-

rez, lo cual nos sorprende mucho, porque sabemos que el señor Guerra y Orbe es hombre culto y bien educado.

Y no crean nuestros lectores que hemos concluído de enumerar las peregrinas ocurrencias que hallamos en el escrito del señor Gutiérrez. Falta la más negra, como diría el consabido mayoral, y es la siguiente:

Publícase ahora por entregas, en Madrid y en Buenos Aires, un Diccionario de la Lengua Castellana, en que se define el humano lenguaje, diciendo que es la facultad de que Dios nos ha dotado para que le bendigamos y glorifiquemos, a fin de obtener el bien absoluto. “¡Cómo! —exclama el señor D. Juan M. Gutiérrez— reducimos a orar a Dios con la palabra, y no con el pensamiento tácito, por los labios y no con la conciencia, es dar pábulo a las prácticas idolátricas y caer en el materialismo del rezo de los devotos”.

Puede que tenga razón en esto el señor Gutiérrez; pero preguntaremos a este señor, si es la Academia Española quien publica ese Diccionario que sale con tan rancias definiciones, y no siendo la Academia, sino un tal D. Nicolás María Serrano quien lo publica, ¿no querrá decir el señor Gutiérrez por qué se queja en su carta al señor Guerra y Orbe, de lo que ni éste ni la corporación de que es secretario han hecho? “¿A mí que me cuenta usted? —dirá el señor Guerra y Orbe—; critique usted los arranques neo-católicos del señor don Nicolás María Serrano, si le da la gana; pero no alegue, para rechazar su diploma, motivos con los cuales nada tiene que ver la Academia”.

Y estará en su derecho al hablar así el señor Guerra y Orbe; pero no lo estuvo cuando escribió la carta que ha sacado de quicio al señor Gutiérrez, quien debe sen-

tirse muy hondamente lastimado, según las pullas que se le han escapado al devolver su diploma, pullas que, para contestar al Secretario de la Academia, le han obligado a escribir lo que, en su nada académico lenguaje, llama él un *panfleto*, y de las cuales hablaremos en el número próximo de este semanario.

Antón Perulero, 20 de enero de 1876

II

Estamos casi adivinando lo que puede suceder en la Academia Española, cuando don Aureliano lea la carta magna de don Juan María Gutiérrez. Y ahora que en ello pensamos, es buena casualidad la de que se deban a dos Juanes las dos más grandes cartas que el mundo ha conocido: una la que acabamos de mencionar, y otra la que Juan Sin Tierra dió en el siglo XIII, y que vino a ser la base de la actual constitución inglesa.

Pero hay algo de más singular en todo esto, y es que la carta magna de Juan Sin Tierra, con ser obra de un tirano, hizo avanzar extraordinariamente al pueblo inglés, al paso que la magna carta de don Juan M. Gutiérrez, con ser producción de un liberal, tiende a hacer retrogradar a las repúblicas hispano-americanas la friolera de cuarenta y tantos siglos, pues a eso equivale el tratar de reproducir en ellas la confusión de lenguas de la torre de Babel.

Puede suceder que los académicos empiecen por afligirse mucho, al tener noticia de la repulsa que reciben, y con que no debían contar, pues, prescindiendo de que ha de serles muy sensible el perder la cooperación académica de un ilustrado varón, de cuyas luces tienen, sin duda, muy elevada idea, es claro que a nadie le sabe bien lo que *El Tribuno* llamaría una *patada*.

En efecto, parece que el gobierno de Avellaneda nombró últimamente a un mitrista director de un Banco, y el mitrista no quiso aceptar dicho nombramiento. ¿Qué hay de particular en esto? Lo extraño sería, dada la tirantez de relaciones que existe entre el gobierno y la oposición, que un individuo de ésta hubiese admitido uno de aquellos cargos que prestan asuntos para epigramas, como aquel con que Isabel II saludó a cierto personaje, que acababa de recibir un alto empleo, cuando él fué a despedirse de ella: "Hola, Fulano —le dijo—, ¡qué caro te vendes!" (1). *El Tribuno*, sin embargo, dice que el mitrista ha contestado con una *patada* a un acto de galantería; y nosotros preguntamos: ¿cómo calificará entonces dicho colega el sofión dado por D. Juan M. Gutiérrez a la Academia Española?

Muy tristes, muy taciturnos, muy melancólicos, muy macilentos, muy mustios semblantes pondrán los académicos, al tener noticia de la ordinariez con que se ha correspondido a su fineza; pero, a medida que el Secretario vaya leyendo la *carta magna impolítica*, que así debemos nombrar a la de D. Juan Gutiérrez, para diferenciarla de la *carta magna política* de Juan Sin Tierra, los

(1) La significación ordinaria de esta frase es que la persona a quien se dirige no se deja ver con frecuencia. Doña Isabel dió a sus palabras doble sentido.

buenos señores irán, primero serenándose, luego consolándose, y por fin, alegrándose, hasta el extremo de acabar llorando de risa los que habían estado a punto de llorar de veras.

Esto último sucederá, de seguro, cuando los académicos vean que D. Juan M. Gutiérrez, no contento con probar en cada párrafo de su carta que no era acreedor a la distinción con que sólo se debe honrar a los escritores clásicos, da en soltar pullas que, por su calidad, tanto como por no haberlas nadie provocado, entran en la categoría de los insultos.

Una de dichas pullas consiste en decir: que los hombres prácticos del Río de la Plata no pueden leer libros españoles, porque, para encontrar en éstos algo que valga la pena, es preciso remontarse a los tiempos de Santa Teresa de Jesús; es decir, a los tiempos de una literatura que nada de útil ofrece, según él, por más que sea pródiga en modelos de lenguaje castizo.

A! llegar a este pasaje, nadie podrá permanecer serio, aunque no sea más que por la ignorancia que en él revela el ex-miembro correspondiente, respecto a las obras científicas que España ha producido de tres siglos a esta parte; pero la alegría tomará las proporciones de verdadera algazara cuando D. Aureliano lea aquello de que, hablar aquí de pureza y elegancia a los prácticos, “les tomaría a éstos *tan de nuevo* como les causaría sorpresa recibir una visita vestida con la capa y el sombrero perseguidos por el ministro Esquilache”.

Todo, lectores míos, todo, en estas últimas palabras, convida a la diversión; el salto de la época de Santa Teresa de Jesús a la de Esquilache, que es casi un salto tan

mortal como el que dió la célebre Safo en un rapto de despecho amoroso; lo chocante de la comparación del hombre que pretende corrección de estilo, con una visita vestida a la usanza del siglo pasado; la novedad de la frase *tomar de nuevo*, que inspira la gana de exclamar: *¡tómate esa!* y la resistencia que opone el autor, no sólo a la pureza, sino también a la elegancia del lenguaje, como si de la palabra, hablada o escrita, no pudiera decirse algo parecido a lo que del arte de tocar las castañuelas dijo el autor de la *Crotalogía*, en este primer axioma de su tratado: “Caso de tocarlas, más vale tocarlas bien que tocarlas mal”.

¿Y qué dirán los Académicos, cuando D. Aureliano lea el párrafo de la *carta magna impolítica*, en que el señor Gutiérrez ataca rudamente a los españoles que aquí se han consagrado a la enseñanza, diciendo que esos hombres, salvando excepciones honrosas, tienen tan exótica locución y tan mal acento, que cuesta trabajo tomarlos por españoles, sin embargo de mostrarse competentes todos ellos en prosodia y ortología teóricas? No sabemos lo que dirán los académicos; pero, por nuestra parte, diremos que, si en la cuestión de acento es tan entendido el ex-miembro correspondiente como en todo lo demás, bien podrá sucederle a menudo lo que una vez le sucedió en París al catedrático de griego Saint Marc de Girardin, y fué lo siguiente:

Leía en alta voz cierto muchacho un pasaje de Jenofonte, cuando se vió interrumpido por el citado profesor, quien, con el tonillo socarrón y cargante de la implacable superioridad, le dijo: “¡Bonita pronunciación griega está Vd. luciendo, joven amigo! Por el acento se

ve a la legua de qué tierra de Francia es Vd. Y si no, veamos, ¿es Vd. de Marsella o de Perpiñán?” “—Señor, —contestó con humildad el pobre chico— *soy de Atenas...*”. Y ya pueden figurarse nuestros lectores la broma que entre los estudiantes se armaría, al oír la ingenua contestación con que su camarada aplastó al pedante catedrático de griego.

Pero cuando los académicos se desternillarán de risa, será cuando vean que D. Juan M. Gutiérrez, no contento con injuriarlos a ellos, como les injuria, ya tratando de atrasada a la nación española, ya haciéndoles responsables de las definiciones neocatólicas del diccionario que publica un tal D. Nicolás M. Serrano, la toma con los españoles peninsulares que aquí se consagran a la instrucción primaria, y que en nada le han ofendido, para decir que tienen locución exótica y dejo anti-estético de pronunciación etc., y, como si todo esto le pareciese poco, para vengarse de la benevolencia con que se le ha tratado en Madrid, hasta se revuelve contra los distinguidos sudamericanos que han aceptado lo que él rechaza, y especialmente contra los de la antigua Colombia, a quienes tilda de retrógrados, no pudiendo, sin duda, perdonarles el afán de conservar la pureza del idioma en que han sobresalido hombres tan respetables como Andrés Bello y Rafael M. Baralt.

¡Cómo nos pone a todos!, exclamarán los señores académicos de ambos mundos; y sin embargo, por mucho que les haya vapuleado a ellos, más duro se ha mostrado el señor Gutiérrez con sus mismos paisanos, en otros párrafos de su magna carta que analizaremos en otro artículo, donde comenzaremos a examinar las obras

poéticas y científicas del hombre que debe tenerse en grande estima, cuando desprecia un diploma dado por una de las más respetables corporaciones literarias del viejo mundo.

Antón Perulero, enero 27 de 1876

III

*Que el ratón no, queso ni el gato,
ratón son: diferentes que causan!*

Como muchos de nuestros lectores sabrán, con las palabras que acabamos de escribir en letra cursiva se forma una cuarteta sin más que pronunciar los nombres de los signos ortográficos, v. gr.:

*Que el ratón no coma queso,
Ni el gato coma ratón,
Son dos puntos diferentes
Que causan admiración.*

Y singular coincidencia es que, en la carta magna de don Juan M. Gutiérrez, sean también dos puntos diferentes los que han de causar a los académicos tanta admiración como si oyeran decir lo que en la cuarteta arriba citada se afirma respecto al ratón y al queso.

El primero de dichos puntos es el referente a la razón que expone el señor don Juan M. Gutiérrez para pretender que en la República Argentina se forme un idioma nuevo, y consiste la tal razón de la sinrazón en

decir que aquí se oye hablar muchas lenguas. Pues qué, preguntamos nosotros, ¿no sucede lo mismo en Madrid, en París, en Londres y, sobre todo, en cualquier población de los Estados Unidos? El oír hablar diferentes idiomas puede dar a las personas de criterio ocasión para estudiarlos, pero no para confundirlos, y si lo que aquí, por algunos se pretende, es hacer una lengua nacional, pretensión que nadie ha tenido en la gran república norteamericana, sin embargo de contar ya dicha república con cuarenta millones de habitantes, contra esa extravagante idea ha protestado anticipadamente la primera autoridad literaria de la antigua Academia española, que tal concepto nos merece el eminente poeta y filólogo don Andrés Bello.

Si lo que se quiere es enriquecer el idioma castellano, nadie se opone a eso, y al contrario, como dice muy bien el señor Berra, la misma Academia española, nombrando miembros correspondientes a escritores distinguidos de esta parte del mundo, ha manifestado hallarse dispuesta a generalizar por medio de su diccionario las voces creadas por el humano progreso en cualquier punto de la tierra; pero, ¿es enriquecer un idioma el atestarlo de extrañas palabras y locuciones cuando esa medida no está aconsejada por la necesidad? Vamos a ver: ¿es enriquecer la lengua castellana el decir *rol* por *papel*, *jugar* por *representar*, *habitud* por *hábito* o *costumbre*, *panfleto* por *folleto*, *provisorio* por *provisional*, entrar *a* por entrar *en* tal o cual parte y otras cosas por el estilo?

Sin embargo, el punto de la carta magna que más admiración ha de producir entre los académicos es el

enunciado por el señor Gutiérrez en esta pregunta que, aunque no parece musical, tiene tres pares de bemoles: “¿Estará en nuestro interés el crear obstáculos a una avenida que pone tal vez en peligro la gramática, pero que puede ser fecunda para el pensamiento libre?”

¡Para el pensamiento libre! ¡Cómo les chocará esta hueca palabrería a los que saben que nunca el pensamiento humano, por libre que sea, puede sentirse verdaderamente oprimido por las reglas de la gramática! Y sino, que se nos cite un prosista, un poeta o un orador que haya tenido necesidad de infringir dichas reglas para lucir las galas de la imaginación o para expresar los más filosóficos conceptos. ¿Dejarán de ser mirados como hombres de los primeros de nuestro siglo, Mariano José de Larra, el antes citado Andrés Bello y el célebre Emilio Castelar, por haber procurado mantener la pureza de una lengua que tan pobre le parece al autor de la carta magna de nuestros días? ¿Dónde están, preguntamos nosotros, las obras gigantescas de los autores que encuentran estrechos los límites de la lengua de Cervantes, para las expansiones de su *libre pensamiento*?

Los académicos dirán, con razón, que la libertad de que habla el señor Gutiérrez, se llama galimatías, y que proclamar el principio de que los que se crean grandes hombres puedan atropellar los preceptos del arte, equivale a autorizar la creación de monstruos como el tan hábilmente escrito por Horacio.

En cuanto a si los sudamericanos tienen o no interés en hablar con propiedad, mentira parece que esta duda se le haya podido ocurrir al señor Gutiérrez, quien, en su calidad de letrado, debía comprender cuánto interesa,

entre otras cosas, redactar las leyes de todo país de manera que no se presten a diversas interpretaciones, de las cuales pueden resultar más de cuatro veces horribles injusticias, tanto en la materia civil como en la criminal.

Además, ¿no es matemático también el señor Gutiérrez? Verdad es que no debe dicho señor estar muy diestro en la ciencia de Arquímedes, cuando ha tenido que meterse a traductor para dar a luz unos *Elementos de Geometría* encerrados en un 16º de 68 páginas, cosa que, a poco iniciado que esté cualquiera en los secretos de la mencionada ciencia, puede improvisar en un abrir y cerrar de ojos. Pero, en fin, algo tiene de matemático el señor Gutiérrez, aunque sólo sea por haber traducido los citados *Elementos de Geometría*, y, por lo tanto, debe saber cuánto la precisión del lenguaje conviene en ese ramo del saber humano, a que con razón se ha llamado lógica por excelencia.

¿Y no es, además, historiador el señor Gutiérrez? ¡Vaya si lo es! Nosotros conocemos un trabajo suyo que lo acredita, y no se comprende cómo dicho señor puede mirar con desdén la gramática, que tan necesaria es para la clara narración de los sucesos y para la filosofía de la historia.

¿Y no es, en fin, poeta el señor Gutiérrez? Por tal le tienen cuantos han leído obras suyas escritas en esos renglones desiguales que se llaman versos; y cuesta trabajo el creer que se rebele contra la pureza y elegancia del lenguaje un admirador de las Musas, esas hermosas pobladoras del Helicón que ni en letras ni en artes se han mostrado jamás insensibles a las seducciones del atavío.

¿Cómo, pues, se habrá compuesto el señor Gutiérrez para desdeñar la forma sin perjudicar al fondo en sus lucubraciones de letrado, de geómetra, de historiador y de poeta, y cuáles serán los adelantos que la humanidad deba a su *libre pensamiento* para que la crítica pueda disimular las faltas de elocución que en sus obras encuentre?

No conocemos al abogado, y esto dista de ser indicio favorable; pero podemos juzgar por sus trabajos al geómetra, al poeta y al historiador, y emprenderemos esa tarea a la llegada de los sastres, que no debe retardarse mucho, según el pronóstico envuelto en esta vieja seguidilla:

*La semana que viene,
Vendrán los sastres;
Si no vienen el lunes
Vendrán el martes.*

CARTA PRIMERA (1)

Señor redactor de "La Libertad":

Se me ha ocurrido a mí también terciar en la guerrilla a que ha dado lugar la misiva del doctor Gutiérrez, y suplico a Vd. se sirva insertar en su imparcial periódico las siguientes reflexiones que me sugiere este ruidoso incidente. Me tomo la libertad de explicar por mis sentimientos personales, los que creo móviles de la devolución del diploma académico, y por esta razón necesito comenzar por un poco de historia al caso.

La Academia Española de la lengua, tuvo origen en una tertulia literaria que se reunía, allá por los años de 1713, en casa de un mayordomo mayor del rey. Este mayordomo, que era marqués por añadidura, dejó al morir en testimonio de su ingenio, una copiosa y selecta

(1) La mayor parte de estas cartas son contestación al semanario de Villergas, que fué el primero en ofenderse por la devolución del diploma y en criticar la carta a la Academia. Hay, pues, en las cartas del Porteño alusiones y referencias a las opiniones del citado Antón Perulero, sin cuya lectura no se explicarían bien algunos pasajes del Porteño. (*Nota manuscrita de don Juan María Gutiérrez*).

biblioteca, si damos crédito a un panegirista exaltado del susodicho mayordomo. Las conversaciones de la tertulia recaían siempre sobre la necesidad de formar una academia, cuyo primero y principal instituto fuese trabajar un diccionario de la lengua. Para lograr este intento se solicitó el beneplácito del monarca Felipe V, quien lo otorgó “con la mayor dignación”, manifestando haber tenido antes el ánimo de resolver lo mismo que le proponía su mayordomo mayor.

Con tan soberano apoyo, se discurrió en convocar personas que compusieran este cuerpo, “que tuvo primero alma que diese vida (el rey) que material sujeto en quien infundiese”, (la academia por nacer). Los personajes que reconoce la academia por sus fundadores, fueron los concurrentes a la junta celebrada el día 3 de agosto del mismo año 1713, en número de diez, de los cuales sólo nos es medianamente conocido el incansable promovedor de feísimas ediciones, de obras raras, pero todas ya impresas, D. Andrés González Barcia. Curas, frailes teólogos, bibliotecarios reales, caballerizos de la reina, calificadores del Santo Oficio, etc. componen los nueve restantes ilustres académicos.

A Felipe V, primero de los Borbones de España, le convenía *dotar* a su nación conquistada en la sangrienta guerra de sucesión, con instituciones análogas a las creadas en Francia por Richelieu y otros cooperadores del despotismo monárquico. Dominadas las conciencias por la inquisición, la política por la concentración de todas las libertades del Reino en la voluntad del Monarca, restábase esclavizar lo único que quedaba libre en España: el idioma.

Los Académicos se prestaban de mil amores, a las intenciones del nieto de Luis XIV, y no tuvieron dificultad en poner en sus reales manos, los Estatutos de la Academia y el plan de su diccionario, adelantándose a protestarle que la Academia “sólo pretendía el grado de criados de S. M. como el más honorífico que pueden conseguir sus vasallos”, sin que se les pasase por las mientes “la intención de disputar preferencia alguna con las demás clases de criados de la Casa Real”.

Las palabras marcadas con comillas, son textualmente copiadas de los documentos que andan al frente del Tomo 1º del Diccionario de la Lengua que apareció el año 1726, esto es, a los ciento cincuenta y seis meses justos después de convertida en Academia la tertulia del Mayordomo Mayor. Por consiguiente, si por lo expuesto y copiado pareciese humilde, servil y hasta tosca la cuna académica, culpa será de ella misma que así se esmeró en hacerlo saber a la posteridad en letra de molde, y estará en su derecho cualquier americano que se niegue a pertenecer a la servidumbre de la casa real de Madrid. Ahora que se conocen los tan poco limpios pañales en que nació el ilustre cuerpo, no se tendrá por descomedida la acción del Dr. Gutiérrez que es un hombre libre y no quiere ser criado de nadie y mucho menos de los reyes de España.

Hay determinaciones que sólo pueden ser comprendidas y apreciadas por quienes respiran un mismo ambiente moral. Los americanos cuyos heroicos padres batallaron catorce años por conquistar la independencia, y gozan hoy de las instituciones republicanas, no pueden afiliarse a comunidad alguna peninsular cuyos miembros, como en tiempo de Felipe V, tienen todavía a honra be-

sar la mano de un hombre y llamarse sus criados. Serán tan sabios y honrados como se quiera los actuales académicos de la lengua; pero no tenemos noticia de que bajo el reinado del borboncito, hijo legítimo de la *honesta* doña Isabel II, hayan protestado contra el espíritu primitivo del cuerpo que componen.

Estas razones no las ha dado el Dr. Gutiérrez, sin duda porque no se le tachase con razón de descomedido; pero ahora que tenemos muestras de los pocos miramientos que se nos guarda a los americanos, bien se puede alegrarlas, como el mejor y más pertinente descargo a la devolución del diploma.

Hay plumas zafias y livianas que ignoran nuestra historia y nuestros antecedentes, y sin embargo se atreven a insultar la patria de Moreno y San Martín, haciendo burla de la independencia que fundó el primero en la razón y conquistó el segundo con la espada. Es burlarse de nuestros derechos a la independencia, es ponerla en problema, hacer apologías semanales de la política goda y sanguinaria de los Capitanes generales de la desventurada isla de Cuba.

Los cubanos aspiran, como nosotros aspiramos en 1810, a la independencia: la solicitan alegando nuestros mismos títulos de entonces, y si en esto hay delito por parte de ellos, nosotros somos solidarios de ese delito, pues, que les dimos el ejemplo. Nuestro silencio o nuestro indiferentismo a este respecto, es uno de los errores de que hemos de tener que arrepentirnos alguna vez.

Las epidemias tienen sus síntomas precursores y no deben despreciarse. Ahora pocos años pasó por aquí una comisión *científica* española, encargada, según se decía, de estudiar la naturaleza, las producciones y las ra-

zas de estas regiones de América. La comisión traía su cola que nada tenía que ver con los reinos de la naturaleza: venían detrás de ella unas naves de guerra que incendiaron la ciudad indefensa y comercial de Valparaíso, se apoderaron de las islas de Chincha; y desde sus bordos declararon por medios diplomáticos que no era paz ajustada, sino tregua consentida, la buena relación que hasta allí había existido entre la Metrópoli y aquellas sus antiguas colonias. Fué necesario que los gobiernos del Pacífico contestasen con los cañones del Callao a semejante insolencia y alejasen a las naves petulantes que salieron por cierto bien mal paradas.

Ahora se presenta no la ciencia, sino la *literatura* en estas mismas regiones, buscándonos querella por simplezas gramaticales, poniendo en caricatura a hombres del país que no conoce ni de vista, y queriendo uncirnos por la supremacía del idioma, a un carro desvencijado; atizando el fuego de nuestras luchas intestinas con las cuales nada tiene que ver; abriendo un precipicio fatal e inhumano entre los emigrantes españoles y los hijos del país. En vista de esta conducta, ¿será inoportuno traer a la memoria el recuerdo de la sociedad científica que sirvió de vanguardia a los procedimientos piráticos del Pacífico?

¡Lindo modo de servir los intereses de España en América! ¡Qué modo tan acertado de cicatrizar heridas que sangran al menor roce! ¡Cuánto deben agradecer los buenos peninsulares que viven tranquilos bajo nuestro cielo al amparo de las leyes más generosas que se conocen en el mundo, los bienes que les proporciona esa literatura!

No han procedido así los hombres de carácter noble y de verdadero saber que en otras épocas se han incorporado a la labor social del país. Hemos conocido a D. José Joaquín de Mora. Este sabio español que tenía chispa para dar y prestar, pero que sabía hacerla lucir oportunamente y con aticismo, fundó en Buenos Aires un diario cuyos artículos sobre materias de política se producen todavía en nuestra prensa.

Se guardó bien el señor Mora de caer en el ridículo de empuñar una palmeta de dómine aldeano para corregir los yerros tipográficos de los cajistas. Se guardó de zaherir a nadie, de corregir irritando; de hacer reír y de representar el papel de payaso por razones de conveniencia pecuniaria. Nos aleccionó en la historia de la literatura española; nos dió a conocer las extranjeras; nos enseñó por el ejemplo a emplear con urbanidad la lengua y la polémica y puede decirse que fundó una escuela durante el corto tiempo que permaneció entre nosotros.

Pero D. J. J. de Mora era del número de aquellos españoles que habían comenzado la reforma de su índole nativa y de su espíritu, por convencerse, como dice Blanc White, que debían olvidar lo que habían aprendido en la tierra gobernada por el torero Fernando VII, y rehacer su educación en la escuela práctica de la libertad, en Inglaterra. Para usar noblemente la lengua patria, se hicieron maestros en las extranjeras, y no se amurallaron contra las influencias de éstas, sino que enriquecieron la propia, como puede verse en las traducciones magistrales del inglés sobre economía política, sobre el jurado, sobre instituciones libres, muertas y enterradas hacía tiempo por el despotismo fanático de la política española.

...son que se los pase por las mieles «la in-
ten» don de disputar preferencia alguna con las do-
m» as clases de criados de la Casa Real ».

Las palabras marcadas con comillas, son tes-
tualmente copiadas de los documentos que andan
al frente del Tomo 1.º del Diccionario de la Lon-
guá que apareció el año 1726, esto es, á los diez
to cincuenta y seis meses justos después de coa-
vertida en Academia la tertulia del Mayor-domo
Mayor. Por consiguiente, si por lo espuesto y co-
piado pareciese humilde, servil y hasta tosca la
cuna académica, culpa será de ella misma que así
se osmeró en hacerlo saber á la posteridad en lé-
tra de molde, y estará en su derecho cualquier
americano que se niegue á pertenecer á la servi-
dumbre de la casa real de Madrid. Ahora que só
conocen los tan poco limpios panales en que nació
el ilustre cuerpo, no se tendrá por descomedia
la acción del Dr. Gutiérrez que es un hombre li-
bre y no quiere ser criado de nadie y mucho mé-
nos de los reyes de España.

Hay determinaciones que solo pueden ser com-
prendidas y apreciadas por quienes respiran un
mismo ambiente moral. Los americanos cuyos
háblicos padres batallaron catorce años por con-
quistar una independencia, y gozan hoy de las
instituciones republicanas, no pueden afiliarse á
comunidad alguna peninsular cuyos miembros,
como en tiempo de Felipe V, tienen todavía á
honra besar la mano de un hombre y llamarse
sus criados. Serán tan sabios y honrados como
quiera los actuales académicos de la lengua;
pero no tenemos noticia de que bajo el reinado

*La mayor parte de esta
carta son extractos de
un manuscrito de Villagosa que
fue el primer en fundarse
y la redución del Pphum
& en criticarle carte de la
Academia: han por estos
parte del Portico alusiones
en referencia á la opinion.
del Sr. Pombal, sin cuya
lectura nota explicacion bien
alguna sea de Portico.*

Mora es digno de recuerdo y de agradecimiento. ¿Merecerá lo mismo de nosotros, quien en la situación presente del país, cuando tantas cuestiones serias se agitan, no toma parte en ninguna de ellas, ni como economista ni como publicista, sino como cualquiera de los gracejos que llenan los rincones de los diarios bajo nombres árabes? ¿Qué idea se formarán de la ciencia y de las letras españolas los que las juzguen por el saber y la inspiración del más vocinglero de sus apasionados?

Esto mismo de hacer reír, oficio a que se dan algunas chollas vacías confundiendo la desvergüenza con la agudeza, no es para todos: no está en querer ser gracioso sino en serlo. Hay más; la gracia que sólo depende de la forma, de la mueca en el estilo y no del juego y movimiento del espíritu, no puede trasladarse de su terruño por carecer de raíz. Hay graciosos que podrán hacer reír en los bodegones donde se juntan a comer tocino los hijos de Meco; pero que no lograrán poner de buen humor a quien no está habituado a la sal de cocina. Cada lugar del mundo tiene su modismo genial, su manera de reír y hacer reír. Lo tiene entre nosotros el incorrecto *Mosquito*; lo tiene Estanislao del Campo bajo las formas campesinas; lo tuvo el viejo cómico Felipe David, salpicando los sainetes de Juan de la Cruz, con dichos familiares de nuestra sociedad, brotados de su boca como frutos espontáneos del suelo en que había nacido. Pero las imágenes, alusiones, modismos, juguetes de palabras, que pueden ser muy agudas en Madrid, por ejemplo, pasan aquí desapercibidos o hacen bostezar. *La Risa*, periódico chancista que se publicaba ahora años en aquella metrópoli, se reimprimía en Valparaíso con el título del *Alegre*, por un impresor español, esperando

ponerse rico. Pero ¿cuál sería su sorpresa cuando supo que las mujeres de Lima, le habían cambiado el título, y le llamaban *El Triste*? Las odas al ajo, al nabo y otras lindezas firmadas por los más festivos versificadores de Madrid, hacían dormir a la porción más espiritual de la población peruana.

La razón salta a la vista; es que por más que se quiera no se puede luchar contra los hechos. Entre la América y la España hay un mar por medio, y entre las costumbres de una y otra parte del mundo hay más que un océano. Las alusiones más saladas a la sociabilidad de la segunda, en una comedia de Breton, deben complacer y hacer cosquillas a los madrileños; pero a nosotros de ninguna manera. Bien que Breton, según uno de sus críticos apasionados, “rinde más culto a la forma que al fondo” y sólo sorprende por “lo inesperado de la palabra”. Esta palabra *inesperada* que despierta un recuerdo escondido en el ánimo de un asistente a los corrales de Madrid, no despierta nada en el ánimo de un pobre hijo de América que no conoce más corrales que los de las *estancias* (1).

La diversidad de índole entre las sociedades americana y española veda al crítico español que se respete a sí mismo, el ejercer su censura literaria en estas regiones de América, porque sería preciso que dejara de ser hombre para ser imparcial. Hablamos de la verdadera censura, aquella que se dirige a las ideas, a examinar si los sentimientos son naturales, si las ideas son correctas, y no de la que se encierra en el mezquino análisis de las

(1) El texto que se cita es del mismo Villergas, en unos juicios literarios que publicó en París. (*Nota de puño y letra de don Juan María Gutiérrez*).

palabras y de su prosodia. Supongamos que un crítico peninsular, coplero irreprochable y digno como el señor Barcia de fundar una Academia de la lengua, se propusiera examinar la Gaceta del año 10, y expulgar, a la luz de la *fogata* del crisol académico, las producciones de D. Mariano Moreno. ¡Qué monstruosas no le parecerían esas inmortales producciones en las cuales cada palabra es un grito de indignación, un reproche contra el régimen colonial, contra sus errores económicos, contra la barbarie de la conquista, contra los defensores de ese mismo régimen! El hervor vengativo que experimentamos los argentinos leyendo y estudiando esas páginas grabadas en acero, se convertiría contra su autor en el pecho del crítico, y su juicio no podría ser favorable ni literariamente siquiera, mucho más cuando nuestra Gaceta hormiguea en errores gramaticales, pasto apetecido para los críticos matorrangos. Y si en lugar de la Gaceta se encarase con nuestra "Lira Argentina", con las producciones de los Varela antiguos, con las de López, con las de Lafinur, con las de Luca, a quienes llamamos cantores de la independencia, ¿qué diría de bueno el entrometido?

Si como era natural, suponiendo en el crítico extranjero curiosidades propias de un espíritu cultivado, siguiera más adelante en un examen y tropezara con Berro, con Mármol, con Echeverría y con los muchos otros herederos del pensamiento y de las pasiones de la revolución, ¿qué hecatombe no haría de los versos de éstos, sangre de nuestra sangre, que tan mal trataron a la madre patria del crítico hipotético? Trizas haría los siguientes versos de Mármol proscrito, que son los primeros que nos caen a la mano:

.....

*Así nuestros mayores,
 Cuando juraron libertad o muerte,
 Amurallada el alma a los rigores
 De la indecisa suerte,
 Midieron paso a paso un mundo entero
 Sin descansar la planta ni el acero,
 Hasta mirar desde la sien potente
 De los soberbios Andes, que no había
 Un pendón español bajo los cielos
 Que coronan de América la frente,
 Y que la libertad resplandecía
 Del Andes mismo en los eternos hielos.*

*Nuestra fortuna ingrata
 Es una gloria más con que ceñimos
 Las sienes de la patria en que nacimos;
 Y allá el futuro habitador del Plata
 Lleno de admiración por nuestro ejemplo
 En cada tumba nuestra verá un templo...*

.....

Para nosotros estos versos son sonoros, bellos, nos entran al corazón como ecos inspirados del patriotismo. ¿Serían lo mismo ante el dómine, no resignado todavía a la humillación de ver al sol ponerse fuera de límites castellanos, a pesar de que la historia y la ciencia muestren que esas ambiciones son precursoras de la eterna decadencia del pueblo que las abriga alguna vez?

Ese crítico posible, dejaría de serlo imparcial para con nuestra literatura patria, toda ella trascendiendo idénticos sentimientos que los anteriores de Mármol.

Por eso fué que Mora, a cuyas cordiales advertencias tanto debieron los entonces jóvenes literatos, no quiso hacerse crítico de nuestras producciones en la *Crónica*, y se limitó a enseñar con el ejemplo, publicando un 25

de Mayo, sus preciosas *rimas* en celebridad de nuestra independencia. Así proceden los hombres de verdadero saber, y que donde quiera que están se recomiendan por su juicio, recomendando al mismo tiempo a sus conciudadanos.

Lo que nos queda por decir lo dejaremos para otro día.

UN PORTEÑO

CARTA SEGUNDA

Ahora llamemos a cada uno por su nombre. Dice *Perulero* que la carta magna del Juan Sin Tierra argentino hará retrogradar a las repúblicas americanas a los siglos de la torre de Babel. ¡Con esas venimos ahora! ¡Con qué el señor *Perulero* no puede explicarse la diversidad en las lenguas sino por medio de aquel cuento bíblico! Ya sospechábamos que el hombre andaba en filología poco adelantado, lo que no es de extrañar, pues según declaración de su paisano *Monlau*, esta clase de estudios no se cultivan en España, “no tanto por ignorancia y pereza de aprender, cuanto por falta de buenos métodos para enseñar y de libros para estudiar y leer”. Y esta declaración casera sírvale a *D. Antón* de descargo a sus vulgaridades, porque lo que no se aprende no puede saberse.

Y pues que *Vd.*, como el citado *Monlau*, habrá “aprendido tarde lo poco que sabe y de una manera incompleta a fuerza de tiempo y de averiguaciones sueltas”, no por pereza pues bien se ha movido en su vida,

sino por falta de buenos métodos en su tierra natal, no podré darle lecciones sino en términos apropiados a quien no conocerá a Max Muller, ni mucho menos a Bopp. Sepa Vd. D. Antón, que el hombre es animal parlero por su naturaleza y su destino, como es andariega la golondrina, y astuto y maligno el zorro. Tiene en sus necesidades de comunicación, el anhelo de hablar, como lo habrá notado en sus hijos, si los tiene; y en su organismo la instrumentación necesaria para emitir sonidos. Y como el hombre es racional y discurre, necesita de signos para formar, hilar y darse cuenta de sus operaciones mentales.

Estos sonidos y signos son las palabras, sin duda inventados por el hombre mismo, pues usted, que es contemporáneo de la torre de Babel y tanto crédito le da, debe también dar crédito a aquel pasaje del Génesis por el cual consta que después de haber creado Dios a todos los animales, incluso el zorro y la golondrina, llamó a Adán, y mostrándoselos, le mandó que les pusiera nombre a uno por uno. Luego Adán, que fué, a no dudarlo, el primer hombre, fué también el inventor de los nombres comunes sustantivos, si es, señor Dómine, que no nos equivocamos. Con razón tiene usted orgullo de profesar tan airosamente la gramática, pues en este oficio rivaliza usted con el primer hombre del mundo.

Consta por la historia del lenguaje que desde los lugares donde se supone el Paraíso, se derramó por el mundo conocido de los antiguos una raza de hombres, numerosa y audaz, señora ya de una lengua perfectísima que hoy es conocida en todas las naciones cultas, menos en España y en las demás naciones hijas de ella y como

ella ignorantes, no por pereza, sino por falta de buenos métodos, como dice Monlau. La historia de esa lengua es la de las lenguas actuales indo-germánicas, entre las que se cuentan el español y el alemán, las del norte y el mediodía de Europa; las cuales a pesar de su gran diferencia tienen un mismo tronco, como las ramas de un árbol. Las emigraciones, el contacto con otros hombres y civilizaciones, la influencia de los climas y de las localidades, fueron causa de que la lengua primitiva se transformase parcialmente en otras que a su vez se perfeccionaron con los caracteres de idiomas especiales; de manera que lo que según la ciencia perulera tuvo lugar en el *pronunciamento* de Babel, en sólo un día, como los pronunciamentos madrileños, que quitan y ponen rey en veinticuatro horas, fué obra de siglos y siglos, y la formación de las lenguas resultado, como toda formación en este mundo, de la larga e inconmensurable sucesión de los tiempos.

La lengua que hoy hablamos los españoles y sus descendientes, estudiada por Alderete, por Covarrubias, por Mariana, resulta que es un mosaico en que las diferentes razas y naciones que vivieron en la península tuvieron su parte, resultando las palabras con raíz fenicia, céltica, gótica, arábiga, etc. Todos estos ecos vinieron a convertirse en uno, por decirlo así, por el poder de una civilización y de una conquista victoriosa como lo fué la romana. Entonces la lengua de España, en general, fué la latina, al menos entre la gente oficial y culta. Así sucedió en América. Los conquistadores y sus hijos hablaron uniformemente la lengua española, pero quedaron vivos los dialectos infinitos de los indígenas, obrando a su vez sobre el idioma de los conquistadores, dándole

voces exóticas pero necesarias, que hacen parte del caudal del idioma español. Ninguna nación ha creado de la nada y de un soplo la lengua que habla, y la española menos que ninguna, pues la debe a sus conquistadores los romanos. Mariana, hablando de ella, dice: *Exlatinae degenerant in corruptione conflatae*, y citándole, añaden dos críticos españoles que usted no debe conocer, señor Antón: “La hija lleva de tal modo consigo los rasgos de la familia que no hay más que verla al lado de la madre para designar su relación” (1).

Así se formó la lengua española, de muchos afluentes a un río poderoso que fué el idioma del pueblo rey, en donde tomó el color que le advertimos en el *Fuero juzgo*, primero de sus monumentos escritos, en el cual la hija se pone de por sí al lado de la madre para que se note la semejanza entre ambas. El idioma latino, como muerto que es, no es susceptible ya de cambios ni modificaciones. Su gramática es la más conocida y universal de todas las gramáticas, y tiene por guardianes de su integridad a todas las universidades, a todos los hombres instruídos de la redondez de la tierra; y por esta razón es también que las lenguas afines a ella, sus derivadas, no corren riesgo de corromperse ni de empobrecerse, ni de deslustrarse, ni de perder su índole, a pesar de los contactos impuros que tengan con otras lenguas extranjeras. La constitución poderosa que les comunica el organismo primitivo, las salvará de enfermedades mortales y aun de *raquitismo*, como teme Perulero, por falta de suficientes entendederas, o talvez porque, según sospechamos por

(1) MENDIVIL y SILVELA, expatriados españoles refugiados en Francia durante el absolutismo de Fernando. (*Nota manuscrita de don Juan María Gutiérrez*).

la lectura de sus *obras*, no cuenta mucho con el poder de un elemento que tal vez desconoce a pesar de su oficio de literato.

Ha creído Perulero que cuando el señor Gutiérrez hablaba de una lengua española enriquecida con elementos que le llegaban (en este país) con la industria y la actividad, y las costumbres de la inmigración, optaba por una jerga incoherente y descosida que sólo hubiera de entenderse a las orillas del Plata, quedándonos segregados del comercio hablado y escrito con todos los pueblos de nuestra raza. Pero esta suposición sólo a Perulero, cuyo juego no es la verdad, podía ocurrírsele. El doctor Gutiérrez piensa con razón que en un pueblo cuyos órganos todos están en desenvolvimiento, en mejora y progreso, el órgano de las ideas también lo está, y que *fijarlo* sería como parar un reloj para saber la hora a punto fijo.

Piensa también que así como la creación física continúa, latente y perpetuamente, según los que entienden de ciencias naturales, el idioma está también en trabajo para hacerse más apto que hoy a la representación y al servicio de las ideas nuevas que nos trae y ha de traernos ese progreso. Pero ese trabajo y esfuerzo de la lengua se verifica naturalmente con arreglo al tipo inamovible de una gramática que está en los libros para los instruídos, y para los no instruídos en el ejemplo de lo que practican los que saben aquella gramática, que en la escuela se aprende y se perfecciona en el colegio o en el liceo. Porque es preciso no olvidar que hablamos en el supuesto de que nuestra sociedad ha de hacer cuanto es deber suyo para que se mejore y adelante todo aquello que contribuye a la civilización, y que no ha de descuidar el cultivo general de las inteligencias, modo único

de llegar a tener idiomas perfectos sin necesidad de Academias, como lo vemos en Inglaterra y en Alemania.

Don Andrés Bello, que como académico, y a pesar de su competencia, anduvo en estas materias harto tímido y conservador, no pudo menos que asentar que “una lengua es como un cuerpo viviente: su vitalidad no consiste en la constante identidad de elementos sino en la regular uniformidad de las funciones que éstos ejercen, y de que procede la forma y la índole que distingue al todo”. El mismo señor Bello es más explícito todavía a nuestro favor agregando: “Si según la práctica general de los americanos es más *analógica* la conjugación de algún verbo, ¿por qué razón hemos de preferir lo que *caprichosamente* haya prevalecido en Castilla? Si de raíces castellanas hemos formado vocablos nuevos, según los *procederes ordinarios de derivación*, que el castellano reconoce, y de que se ha servido y se sirve continuamente *para aumentar su caudal*, ¿qué motivo hay para que nos avergoncemos de usarlo? Chile y Venezuela tienen tanto derecho como Aragón y Andalucía para que se toleren sus *accidentales* divergencias, cuando las patrocina la costumbre”. La cosa va poniéndose clara, ¿no es cierto, señor Antón? Usted ve cómo tiene razón el doctor Gutiérrez para no querer prestarse a la imposible misión de fijar con tornillos académicos y peninsulares el desarrollo de un *cuerpo viviente*, porque eso sería proceder como un Procusto o como un ignorante que no permitiera a un niño el libre ejercicio y desarrollo de su musculatura.

Desengañese usted, señor don Antón, no hay cómo poner puertas a la mar y no hay tampoco cómo ponerlas a la inundación *benéfica* que se efectúa en el campo del idioma en estas vastas planicies, donde puede

usted plantar coles, garbanzos y hasta *supinos* sin que nadie se lo quiera comer, como usted quiere comerse a todo el que no habla y escribe a su guisa y según su escuela. Abra los ojos, mire a su alrededor en esta ciudad de que usted sólo conoce las calles principales y verá que el cataclismo, el salto mortal hacia atrás, nada menos que de cuarenta siglos, con que usted nos amenaza desde lo alto de sus pirámides de chanzonetas, ya se ha producido sin que la tierra haya temblado ni se hayan apagado los faroles del alumbrado. Y si no abre los ojos abra los periódicos y verá cómo los franceses Alejo Peyret, Hebelot, Choquet, nos instruyen y divierten, a pesar de que la lengua española en que escriben no tiene nada de académica ni ha pasado por el crisol consabido. El primero nos ha tomado de la mano y llevado, como un *cicerone* ilustrado, por los rincones de la exposición del Coliseo, sin que hayamos sentido la mínima dificultad en entenderle. Cosa que no ha sabido hacer usted a pesar de su purismo y de sus ínfulas de hablista.

Los otros dos tienen más chispa, más gracia, más bondad y comedimiento en el gracejo que cien Peruleros *plats* y amanerados juntos. Los tres nos dan ideas, y atendiendo, como racionales que somos, más a las ideas que a la frase, los contamos de buena voluntad entre nuestros simpáticos y útiles huéspedes. Y ya que hemos caído en los nombres propios, le recordaremos que el químico Puiggari, el fisiólogo Biale y Massé, los naturalistas y físicos Ballester, Roca Sanz, españoles todos y muy amigos de su país natal, viven entre nosotros enseñando cosas útiles y granjeándose el aprecio general, sin insultar a nadie, sin amotinar contra este país hospitalario a los mozos de tienda y a los de cordel y a los "muca-

mos" (perdone usted el atrevimiento de usar una palabra que no está en el diccionario) de las casas particulares. Pero observamos que tanto los *gabachos* como los peninsulares citados saben cosas positivas, han estudiado las ciencias, y que hacemos malísimamente en señalarlos a Perulero como modelo, pues basta fijarse en este apellidado con que ha querido se le conozca, para convencerse que no es capaz de tomar tan recomendables ejemplos. Le advertiremos que entre sus paisanos de ciencia, los hay que huelen a francés a una legua, especialmente cuando escriben, sin que sea excepción el recomendable e ilustrado Víctori y Suárez, cuyo espíritu ágil y ameno sabe instruirnos sin fastidiarnos y sin mucho lastre académico que digamos.

Seguiremos si nos lo permite la generosidad de *La Libertad*, a cuyo redactor saluda afectuosamente su servidor (y de Perulero también),

UN PORTEÑO

CARTA TERCERA

Dice Antón que *casi está adivinando* lo que *puede suceder* en la Academia, cuya historia hemos hecho, cuando conozca su secretario la carta magna de don Juan María Gutiérrez. Según esta casi adivinanza, aquellos señores sucesores de la servidumbre de Felipe V, acabarán por llorar de risa al ver la *ordinariedad* con que se responde a sus bondades y el error cometido al nombrar por su correspondiente a un quidam que no es “escritor clásico” y que a más le suelta pullas. Poco le importará al doctor Gutiérrez el bueno o mal humor que produzca su carta en la Academia de la lengua, porque a él no le interesa, según lo ha demostrado, el concepto que de sus aptitudes puede formar un cuerpo a que no quiere pertenecer, a que no pretendió pertenecer, a que no puede pertenecer, por lo mismo que no se tiene ni se tuvo nunca por escritor clásico, sino por amigo de las cosas intelectuales y siempre dentro de su país y con relación a él. Si la Academia le nombró sin merecimientos la culpa es de ella, pues antes debió informarse si el

candidato argentino podía o no serle útil, era o no digno de las altas funciones de fijar, limpiar y dar esplendor a la lengua castellana. Bueno es recordar, ya que la ocasión se presenta, que si se usa entre nosotros la palabra "literato", el oficio de tal no existe. Aquí nadie vive de las bellas letras: se emplea, por algunas personas, en su cultivo el tiempo que queda libre después de los quehaceres a que cada cual atiende forzosamente en una sociedad en que la lucha por la vida es ardiente y activa. Entre nosotros no hay Peruleros que, a la manera de saltimbanquis del diarismo, lleven el retablo de las maravillas de su espíritu de feria en feria, trocando sus majaderías por el dinero de los bobos.

Justamente porque hablaba el doctor Gutiérrez con la Academia del habla castellana, citó a Santa Teresa por compendiar en un nombre toda la literatura castellana en el mejor siglo de sus *hablistas*. Sus críticos generalmente no consideran a esos escritores sino como modelos de decir castizo, mérito a que no aspiran los hombres de profesiones liberales de nuestro país por tenerlo, con razón, por una trivialidad indigna de pensadores cuyo empeño es pensar rectamente y comunicar sus pensamientos en una forma inteligible para aquellos ante quienes se explican. Sin duda por eso dijo el doctor Gutiérrez con oportunidad que si en desempeño del encargo de volver la lengua a las edades clásicas se presentaba ante esas personas aludidas, sería recibido con la extrañeza con que lo fuera un visitante ataviado con capa y chambergo. Que no le siente bien a la Academia el recuerdo de Esquilache, ni de la aventura de las capas, se comprende, porque no hace favor a los criados de aquel que decía, con motivo de las medidas de su ministro: "Estos mis

súbditos son como los niños: gritan cuando se les quiere lavar la cara”.

Y ya que el doctor Gutiérrez, por no haber leído a los Lampillas modernos, se muestra tan ignorante de las obras científicas que ha producido la España de tres siglos a esta parte, queremos recordar una muy famosa que se relaciona con el estado de desaseo e insalubridad en que se hallaba la “Coronada Villa” en tiempos de Carlos III, cuando se amotinó su populacho por no lavarse la cara. Esta obra monumental, escrita en la cuerda en que rasgue sus *jotas* aragonesas el señor don Antón, se titula, en latín macarrónico: *Merdidium Matritense, sive de Matriti sordidus*. Sería digna materia para la lengua clásica de Perulero, ocuparse en traducir a ella las gracias de este poema compuesto por un humanista de renombre en los fastos de la literatura peninsular: Don Juan de Iriarte.

Aquello del insulto y ataque rudo inferido por el doctor Gutiérrez a los españoles que se consagran a la enseñanza, no es más que travesura de Perulero, porque no hay semejante insulto en la carta magna. Sabemos y nos consta de oídas y de vista, que el doctor Gutiérrez ha tratado con benevolencia y comedimiento a todos los españoles maestros de escuela que estuvieron varias veces bajo su dependencia. Pero esto no quita que muchos de ellos, nacidos en las aldeas de Cataluña, de Andalucía, etc., le rompieran el tímpano con los jotazos y ceceos que hacen parte del pelo de la dehesa, aun en los que saben las reglas de la gramática castellana y comen y duermen con Salvá y Martínez López como con el perro y el gato. Lo cortés no quita a lo valiente. Bien se puede enseñar las reglas de aquello que no se sabe poner en

práctica. Haga usted, señor Antón, el milagro de suavizar y casi convertir en imperceptible, como quiere la ortología, la terminación en *d* a un hijo de Molins del Rey o de los alrededores del Santuario de Montserrat. Cuando esta clase de maestros, muy buenos gramáticos tal vez, pero de pronunciación antiestética, desempeña el magisterio, dicen a cada momento a los muchachos, como el tuerto de la comedia de Gorostiza a uno a quien enseñaba a cazar con escopeta:

*Apunta como te digo,
Y no como apunto yo.*

Y en esto, que es histórico, práctico, de todos los días, que se oye por las calles y plazas, puesto que en plazas y calles se habla el catalán en español, ¿qué insulto cabe? El discípulo del Cíclope —vaya el Cíclope para hacer pareja con Safo, la del salto mortal de la erudición perulera— buenas liebres ponía en el morral a pesar del defecto físico del teórico, y debemos esperar que la organización privilegiada de los niños que beben agua del Plata convertirá en *d* suave la *d* forjada a yunque de sus maestros venidos del Llobregat. Y vea usted, señor don Antón, cómo por medio de la libertad, la franqueza y de las no trabas, se saca partido, puesto que por estos medios se logra que quien no habla bien enseñe a hablar gramaticalmente; que era lo que queríamos demostrar. Suponemos que el cuentecito o anécdota de M. Saint Marc Girardin se referirá a estos *atemienses* de Barcelona y de Sevilla, sino el cuento no pasa de una simpleza; porque, repetimos, se puede conocer las reglas ortológicas y tener una maldita modulación al hablar, diga lo que quiera el sabihondo de don Antón.

Muy poco respeto se merecerá la Academia y poquísimo será su poder en Madrid cuando a sus puertas publica *un tal* Serrano el diccionario más lujoso y atrasado que tendrá la lengua de Cervantes. Si no es capaz de evitar este desdoro para la nación, en los días en que un simple particular da a luz en Francia un admirable diccionario de la lengua francesa, ¿para qué se empeña en adquirir influencia en el extranjero cuando debería concentrar todas sus fuerzas para ejercer esa influencia en su propia casa? Ya se tome por este lado, la aparición del mamotreto del tal Serrano, ya se tome como una manifestación de cómo anda de bien parada la ciencia lingüística en España, nos parece oportunísima la alusión hecha por el doctor Gutiérrez al diccionario consabido. Y no tiene por qué tornillarse ni destornillarse de risa la Academia por semejante alusión, porque sus miembros deben estar habituados a reír hojeando otros diccionarios.

No sabemos si el señor Antón fué o no uno de los que compusieron el *Sarao* de "una sociedad de literatos" que dió a luz en París, por la casa de Rosa y Bouret, en 1853, un tomazo tremendo de 1224 y media páginas de cuatro columnas cada una. Es para alquilar balcones y para destornillarse de risa o de rabia la lectura del tal diccionario piramidal y rebarbarativo y necio; tanto más necio cuanto, en un estilo idéntico al de Perulero, muestra en cada página el prurito de divertir y de hacer reír, como va a verse copiando el texto. Nosotros no tenemos gracejo ni somos gracejos de profesión y oficio, y deseando ser amenos para con nuestros lectores al replicar a Antón Perulero, que lo es tanto, recurrimos al diccionario de la sociedad de literatos para que nos saque airoso. Abrámosle por cualquiera parte, por ejemplo, en la

palabra *jota*, y bajo de ella leemos, textualmente, las gracias siguientes: “Tañido y baile usado en España, y muy alegre por cierto cuanto más rasgueado es el punto armónico y más vivo el movimiento; dígallo sino la jota aragonesa, la valenciana y tantas otras que corren parejas en animación y jaleo con el delicioso y provocativo fandango”. ¿No reirá hasta destornillarse la Academia y cualquier racional que lea semejantes peruleradas? Pues no es esto todo. Abramos la obra de los literatos por donde debimos empezar, por la A, y leemos en la voz *arrebol* las majaderías que textualmente reproducimos: “*Arrebol*, m. Color rojo que se advierte en las nubes heridas por los rayos del sol, especialmente al salir radiante por el oriente, y a la caída de la tarde, cuando nos envía sus últimos resplandores, poniéndose”. Hasta aquí la cosa no pasa de la categoría de necia; pero vamos más adelante, llevando el tornillador en la mano para no destornillarnos como la Academia... “Colorete, afeite, especie de barniz encarnado con que las mujeres falsifican la animación languideciente o ajada de su rostro. Semejante modo de acicalarse es mucho más ridículo en las viejas, que colorando sus arrugas, lejos de regenerarse presentan unas caras como de *podridos tomates*”.

¡Tómate esa! ¿Qué tal el estilo de los literatos asociados para dar lustre a su lengua, para recomendar la cultura del país que la habla? Y luego dirá Antón que hay empeño en denigrar la nación española. Es la inquisición, el despotismo, es el carlismo, son sus propios hijos quienes en vez de tomar oficios manuales pero honestos, se echan a callejear por París, por México, por las Antillas, diciendo necedades por escrito en descrédito de

una nación que tiene y ha tenido muchos hombres de pro; son aquéllos, decimos, los que particularmente la desacreditan y los que remueven el fondo de la corriente del tiempo, en donde la España ha depositado mucho cieno que no sería prudente dar motivo para que se revolciera. Nos quedamos con la sospecha de que Antón pudo hacer parte de la sociedad de literatos; y muy poco conocemos de estilos si no descubrimos su chispa, su gracia, su buen tono, en aquellos "tomates podridos" que valen más que las manzanas de oro de los jardines de la fábula. Y decíamos que hacía parte de la sociedad porque allí, como en el sarao de Iriarte, para formarle:

*No se habló del Ruiseñor
Ni del Mirlo se acordaron,
Ni se trató de calandria,
De jilguero ni canario.*

*Menos hábiles cantores,
Aunque más determinados,
Se ofrecieron a tomar
La diversión a su cargo.*

Entre estos a quienes el comedimiento del inimitable fabulista se contenta con llamar *determinados*, debió hallarse, a nuestro entender, Antón Perulero, y sin duda ayudaba a *trabajar* el diccionario cuando asistía en París a las lecciones de griego de M. Girardin. Cuando publique don Antón su autobiografía saldremos de dudas.

UN PORTEÑO

CARTA CUARTA

Mucho inculca el señor Perulero sobre las pullas que “ha dado en soltar a la Academia” el doctor Gutiérrez, cuando si algunas hubiera en su carta serían granos de anís en comparación a las coces que la han soltado los mismos peninsulares, y muy especialmente aquellos que se dan al oficio de limpiar, fijar y pulir la lengua. Comenzando por el mismo Perulero, a ser cierta la sospecha de su cooperación en el diccionario de la “sociedad de literatos” reunida en París, véanse las lindezas que aquel salado caballero la dirige. Al comenzar del prólogo, en su primer renglón, ya la infiere el mayor agravio y le clava la más aguda pulla tachando al diccionario académico de insuficiente, “*de diminuto e inferior a la altura a que han llegado todos los ramos del saber humano*”. Tómesele el peso a lo que esto quiere decir en castellano y digásenos cuál es el concepto en que pueda tener el “literato” a la noble corporación cuyos miembros son, según él, unos ignorantes retrógrados sobre cuya inamovilidad intelectual pasan sin que las sientan, todas las conquistas del progreso humano.

Pero esto es nada. Otra pulla más acerada se encuentra en el mismo prólogo, al final de su ya mencionada primera página, donde se afirma, con citas al canto, que el diccionario (el de la Academia) no es un modelo de corrección, pues escribe *ascendientes* donde debiera escribir *descendientes* (no es nada lo del ojo) y *espirando* por *espinando* (y lo traía en la mano). A ser ciertos estos dos cargos de incorrección, resultaría que los académicos son unos perezosos e indolentes y que para ellos es lo mismo ascender que descender en materia de genealogías, morirse que espinarse, en materia de accidentes humanos. ¿Es esto tirar coces y lanzar pullas? Dejemos la respuesta a la sagacidad de Perulero.

No ha habido, y tal vez nunca haya, otro hombre más celoso del lustre de su lengua que el valenciano y literaro librero, anticuario y filólogo don Vicente Salvá, muy conocido en América por su gramática española y sus ediciones remendadas del diccionario de la Academia española y del latino de Valbuena. Pues bien, este literato español, que en medio de las tentaciones del bullicioso París, donde residió largos años, se estuvo —según confesión de él mismo y no según el dicho de su amigo Martínez López— *encerrado en su gabinete a fin de no corromper la suya con el uso de otra lengua, extranjera*. Ese mismo Salvá le ha puesto las peras a cuarto a la ilustre corporación y la ha insultado, bajo la forma literaria de una metáfora oportunísima, diciendo en el prólogo de su nuevo diccionario de la lengua española, edición de París del año 1865: “La Academia española ya no puede continuar siendo una especie de Aduana, *armada con el arancel prohibitivo de la circulación de otros géneros que los fabricados por ella*”. Usted ve, señor

don Antón, que esta es pulla de marca mayor, y tanto más penetrante cuanto que siendo las pullas muy semejantes a las cuñas, en ciertos casos, esta cuña de don Vicente es del mismo palo.

Acostumbrada la Academia a semejantes tiros, ¿qué mella podrán hacerle las pullas del doctor Gutiérrez? ¿Acaso éste ha rayado en grosero y cínico para con ella, como raya el señor Domínguez en la palabra *clitoris* de su diccionario, definiendo la cual y sabiendo, como buen gramático, que la Academia pertenece al género femenino, la acusa perulescamente de que no tiene aquella cosa *erectil*, según el mismo diccionario? ¡Esta sí que es *viruta!*

Por otra parte, la Academia es discreta y sabe que las academias de las lenguas han sido y siguen siendo el blanco de las ironías por parte de aquellos que no creen útiles ni necesarios estos cuerpos, como debe ser la creencia del mismo Antón, cuando como cómplice en el martirio de la lengua, cometido por los susodichos “literatos”, permitió que dijiesen esto en el prólogo de su diccionario: “Los diccionarios de las lenguas vivas han de perfeccionarse al paso que se vaya *completando la civilización*, y en ellos deberá acatarse la suprema ley del uso, el cual, siendo caprichoso y llamándose con razón el *tirano* de la lengua, hará caducar incesantemente unas voces para que hagan lugar a otras”. Si la lengua tiene por código la *tiranía* del uso, ¿qué caso merecerán las leyes nacidas del parlamentarismo académico? Cuando se desprecian, cuando no se respetan las leyes, el codificador que las prescribe está demás y reducido a la más insignificante condición. A ponerlo en semejante punto de vista ha

contribuido, como se ve, el mismo literato Perulero, a ser factible su presencia, armado de su gaita gallega, en el sarao de los *tomates podridos*.

La respetable Academia de la Crusca, que según creemos no tuvo sanción oficial, pero sí gran prestigio en los dominios del habla italiana, ha sido blanco de infinitas pullas, y entre otras recordamos la tan repetida y conocida, motivada por el jeroglífico que la distinguía. En vez de crisol usaba la Crusca el *cedazo*, aparato por el cual se pasa la harina, separando la flor del salvado. Pues los italianos chuscos, siempre que la ocasión se les venía a la lengua, decían que en aquel cilindro en movimiento preparaban las academias crusquenses el alimento que les convenía, haciendo alusión no a la flor de la harina sino al salvado, o como decimos nosotros, al *afrecho*. ¿Es o no pulla gruesa el parangonar a la Academia italiana con el compañero de Epicuro y de San Antón, que aquí, al menos, para que produzca buenas longanizas se le alimenta con afrecho?

Para no ser pesados como Perulero, limitaremos aquí los ejemplos del poco respeto que se guarda generalmente a las academias lavanderas de las impurezas de los idiomas. La francesa, que entre las de esta clase es la flor y la nata, no ha sido mejor tratada que sus afines, como puede verlo Perulero en mil partes y especialmente en Mr. Lanfrey, autor de la historia reciente del primer imperio. La crítica de éste no es perulera, por cierto; va a fondo y prueba que estas instituciones que tienen por objeto someter a pauta oficial el uso de una lengua y su carácter literario, son rémora más que ruedas para favorecer el movimiento adelante y acelerado de los elementos de las civilizaciones actuales.

La iglesia misma, cuyos concilios y consistorios no son sino Academias en donde en lugar de excelentísimos, como en la de Madrid, son ilustrísimos los miembros, y cuya misión es depurar, fijar y dar esplendor a la fe católica, en el crisol de la más pura y *castiza* ortodoxia; la iglesia, decíamos, ¿no ha sido víctima de retoridísimos virutazos desde Arrio hasta nuestros días? Los Peruleros y Antonés de la iglesia, desde Lactancio hasta Mr. Venillot, ¿no se han quejado amargamente de la manera poco comedida con que los ateos, los racionalistas, los deístas, la trataban y la tratan? Y cómo, gracias a Dios, aquello que humea debajo del *crisol* depurador se ha ido extinguiendo poco a poco, por escasez de resuello para soplar en los pulmones inquisitoriales, parece ya imposible contener a los desatentos tiradores de pullas contra la Academia de las academias.

Sirva este ejemplo *magno* para consuelo de Antón Perulero y para que con él mitigue las penas, cuitas y mohina que le causan las pullas del doctor Gutiérrez contra la Academia de la lengua.

Basta, por hoy, de pullas.

UN PORTEÑO

CARTA QUINTA

Damos las gracias al señor don Antón por proporcionarnos motivo para tratar, siquiera por encima, de la nociva influencia que puede ejercer sobre el rumbo de las ideas de los escritores sudamericanos, el magnetismo de la Academia. Nadie puede negar que el hombre es generalmente tanto más ambicioso de fama cuanto mayor es la que ya ha adquirido, y que conquistándola, en las letras, dentro del círculo de sus inmediatas relaciones, tiende a ensanchar ese círculo abrazando en él, si le fuere posible, los países extranjeros que hablan y escriben en su lengua materna. No puede tampoco negarse que es disculpable y hasta loable, a primera vista, la aspiración de los sudamericanos a merecer el aplauso de los extraños y a que algún día se escriba sobre sus losas: "Él también fué de Arcadia".

Pero estos instintos de una vanidad disculpable como flaqueza humana, deben reprimirse ante consideraciones más altas y de más general interés que no todos advierten. ¿Qué son las letras, qué es la literatura, considerándolas seriamente? Son, a nuestro entender, la más genuina ex-

presión, el alma de las sociedades, el *yo* de los pueblos, la fisonomía propia de una colección de hombres asociados con fines determinados, con creencias políticas idénticas, viviendo con un mismo propósito. La literatura y las letras, al mismo tiempo que son la imagen de una sociedad en cada momento de su historia, influyen en esa sociedad para que adelante y se desarrolle según la índole de sus instituciones y de la naturaleza física que geográficamente le ha cabido. La primera ley a que deben obedecer es la de la *originalidad*, porque sin ella contraen la más vulgar de las facciones, que es la de la imitación.

Los americanos del sud —a quienes la naturaleza ha colocado en una región del globo espléndida, variada y extensa más que la Europa muchas veces; los americanos que han heredado de sus padres inmediatos la independencia, y con ella el deber de mantenerla en todo su alcance y vigor, y la sagrada obligación, al mismo tiempo, de crear pueblos en donde el dogma de la república se comprenda y se ame— tienen igualmente el deber de crearse una literatura capaz de servir a estas obligaciones legadas en un testamento escrito con sangre de héroes, so pena de mostrarse débiles, apocados, degenerados.

¿Podrá conseguirse este fin si el hilo sumamente débil de nuestro caudal intelectual propio va a perderse como miserable tributario en el Mediterráneo antiguo y cien veces secular de las letras españolas? Allí se han ahogado, a pesar de su genio, los dramáticos Alarcón y Gorostiza; allí perdió su nervio y la frescura del genio Olavide, humillado ante la Inquisición; él que había llegado a ser Intendente de Sevilla y supo adelantarse en Sierra Morena a los sistemas de colonización que consti-

tuyen la grandeza de los norteamericanos. Allí han ido a esterilizarse, y algo peor, hombres como Baralt, quien después de ilustrarse en su patria como historiador de primer orden, acabó por tributar en holocausto a la Academia el fruto de un espíritu decaído, su "Diccionario de Galicismos", quedándose atrás de Capmany, como era natural, en celo y eficacia contra una influencia de que tanto partido supo sacar Larra.

A pesar de su genio, de su talento privilegiado, la cubana Gertrudis de Avellaneda formará en línea subalterna cuando la crítica llame a revista literaria a los poetas hoy contemporáneos. Heredia, mientras tanto, independiente y altanero, cantando las maravillas americanas desde la cumbre de los nevados mexicanos, de las pirámides de los aztecas, al ruido del Niágara o en el sagrado silencio de la tumba de Washington, será inmortal como esos mismos monumentos de la naturaleza, de la iniquidad de la conquista, de la virtud.

Ahora, si los sudamericanos caen en el error de considerar a las letras desde la eminencia de media pulgada en que se coloca Perulero; si para ellos ser literatos es ajustarse, como zapato a la horma, a los preceptos y prácticas de la Academia de Madrid, nos damos por vencidos y con su pan se lo coman y San Antón los bendiga.

Justamente porque respetamos a los distinguidos compatriotas que han aceptado diplomas de aquella corporación, nos vemos forzados a dejar en el tintero lo mejor del desarrollo de la idea en que nos ocupamos, desarrollo que necesitaría apelar a los nombres propios para que fuésemos bien entendidos de los que no están en autos sobre la materia.

Sin embargo, como a los muertos no se les debe más que justicia y verdad, podremos poner en pasajero paralelo al peruano Pardo y Aliaga y al argentino Ventura de la Vega. El uno es un semidiós en su patria, el otro es completamente extranjero en la suya.

Fueron ambos condiscípulos en la escuela de un sabio español por quien tenemos verdadero entusiasmo, de don Alberto Lista, hombre tan levantado en crítica literaria como sabedor en ciencias de observación: sabía hacer versos y resolver ecuaciones algebraicas, y por consiguiente inspiró sus inclinaciones a numerosos y generalmente aprovechados discípulos.

Preguntado una vez por Ochoa —el laborioso y modesto don Eugenio— de cuál de sus discípulos guardaba mejores recuerdos por los talentos, contestó que los guardaba vivísimos de Vega y de un peruano llamado Pardo. Vega se quedó en Madrid viviendo de arreglar piececitas francesas para los *corrales* y del escaso sueldo de empleado en una secretaría de la gobernación, en cuyo bufete tuvo solaz para componer su “Hombre de mundo” y su “César”, obras de indudable mérito y escritas con tan noble lenguaje y con una elocución tan nítida y selecta, que sus versos parecen compuestos en lengua polar y diametralmente opuesta a la que saca Peleruero todos los jueves. En tanto que el porteño disfrutaba del título de Excelencia y vestía casaca bordada con hilo de oro, aunque este metal le escaseaba en los bolsillos, el peruano, vuelto a su patria, emprendió la tarea de corregir las costumbres públicas y privadas de sus paisanos escribiendo con gracia, urbanidad y sensatez el “Espejo de mi tierra” y dando al teatro comedias estimadas, tendentes como el “Espejo” a corregir con el

azote de la verdadera *vis cómica* los malos hábitos sociales de Lima, restos de la servidumbre y oscurantismo colonial.

El pensador, se dejó traslucir por entre los epigramas del poeta, como no se trasluce por entre las coplas sin sal de don Antón, y el discípulo de don Alberto Lista subió a ocupar los primeros puestos públicos en la política y la diplomacia del Perú, en donde, por nuevos y más anchos caminos, halló ocasión de acrecentar su fama. Este hombre meritorio dejó al morir un hijo digno de ocupar el puesto de presidente, que hoy desempeña, mientras que los hijos de Vega tienden la mano de mendigos enderezando quintillas, tan feas como las de Perulero, al flamante monarca, pidiéndole por Dios y por su señora madre, doña Isabel, una limosna para aliviar su indigencia.

Esta disparidad de fortuna es resultado necesario del quebrantamiento de los lazos que ligan al hombre al suelo en que viera la luz. Pardo, empleando su talento y su instrucción en beneficio de su patria, cumplió con un deber que su patria le tomará en cuenta, levantándole altares en el corazón de todo peruano y estatuas en las plazas públicas de las ciudades de la república. Para la de las letras tiene un mérito que le enaltece, y es el de no tener rival, aun como simple autor de letrillas, por su originalidad, debida a que tomó sus tipos en la naturaleza que le rodeaba y en las costumbres *sui géneris* de la ciudad natal. El "Viaje de don Goyito" y el "Paseo a Amancaes", valen lo que los cuadros originales y únicos, mientras que si hubiera buscado su asunto en los mismos sitios en que los halló Mesonero Romanos, por ejemplo, no sería contado sino entre los imitadores subalternos.

¿No es de lamentar encontrarse en las obras completas de Vega, ordenadas por él mismo, con un "Canto épico" en honra del pérfido Fernando VII, celebrando uno de los muchos actos en que esta vulpeja coronada se burló del partido liberal español?

Se nos aflije el pulmón, al contemplarle encerrado en un vallecito del Tajo cantando al *Pusa*, riachuelillo que lleva el agua de una calle de Buenos Aires en día de aguacero. ¡Qué papel tan pobre hacen sus sextillas afili-granadas y limadas al lado de los valientes endecasílabos, bruscos, pero sonoros como ráfagas del desierto, con que pinta Echeverría las iras del río inmenso a cuyas orillas recibió el primer aliento de la vida y rindió el último maldiciendo al vástago de Fernando VII, brotado en el tronco de nuestra imperfecta democracia!

La originalidad es la independencia en literatura, y la independencia social y política no se mantiene y radica resucitando vínculos y sumisiones de una dependencia pasada contra la cual se protesta de palabra. La protesta en este caso debe consistir en los hechos, más elocuentes que los discursos bien peinados.

El distinguido venezolano que acaba de levantar un monumento a las letras de su república con el magnífico volumen titulado "Biblioteca de escritores venezolanos, ordenada con noticias biográficas, etc." ha querido dedicarlo a la "Real Academia española", porque "es justo, dice en la dedicatoria, al mismo tiempo que razonable, que Venezuela, en otro tiempo colonia de España, al compilar los frutos de sus principales ingenios, recuerde a su antigua *augusta* madre a quien debe el germen de civilización y cultura que hoy florece en su suelo, y dedique esos frutos, por *insignificantes que parezcan* a la

primera corporación literaria de España, para que se *sazonen* bajo su benéfica influencia". Estas frases acicaladas no tienen mucho de veraces ni de razonables. No son veraces porque los gérmenes de cultura intelectual que sembró España en sus colonias de América fueron malos y perjudiciales, como mil veces se ha demostrado, en general por muchos escritores, y en especial con respecto a Venezuela, por el señor don José María Baralt (1), antes que se sentara en los sillones de la Academia. Dice este clásico escritor en su "Resumen de la Historia de Venezuela" lo siguiente, en el capítulo XXI: "Educación pública":

"Todo guarda el más estrecho enlace en las instituciones de los pueblos, por manera que es imposible suponer un estado avanzado de civilización y de cultura allí donde los otros ramos de poder y de ventura nacional no existen; donde el gobierno es opresivo; donde el pensamiento y la acción están sujetos a trabas; donde el hombre, encerrado en límites estrechos, no ve delante de sí el premio que estimula el saber, que anima al trabajo y que inspira las virtudes sociales. Por esto la educación pública en América, y sobre todo en Venezuela, *estaba en la situación más lamentable, siendo absolutamente nula la del pueblo, y en sumo grado incompleta la de las clases elevadas, etc.*"

Estos son los gérmenes de cultura a que alude el autor de la dedicatoria; Baralt, y no nosotros, dice cuáles eran esos gérmenes, nulos o sumamente incompletos.

Ya se ha visto que no es sincero ni veraz el cumplimiento a la Academia, dirigido por el autor de la dedi-

(1) Véase la nota de la pág. 81.

catoria; tampoco es razonable, por cuanto no hay razón para pretender que sazonen los frutos tropicales del sentimiento y de la pasión en los invernáculos de Madrid a 40° 35' de latitud norte. Y si esta sazón es meramente figurada y retórica, ¿qué especie de incubación sobre esos polluelos podrá ejercer el maternal desvelo de la Academia? ¿La quiere convertir el autor de la dedicatoria en la avutarda del fabulista? Esto sería cruel y malicioso en demasía, sería una pulla mil veces peor que las que tanto apenan a Perulero.

Pero entremos en el sentido recto de la frase sujeta a examen y digamos honradamente lo que significa *sazonar frutos literarios*, cuando esos frutos se obsequian a una "corporación digna de ser *reverenciada de todos los pueblos*, etc." *Sazonar*, en este caso, es sinónimo de *acrisolar*, porque la Academia no tiene otro puchero en que sazonar las viandas del ingenio que su crisol. Un manjar bien sazonado cuele con facilidad, y eso es lo que busca precisamente el autor de la dedicatoria. Este paisano lejano, que sin duda tiene dotes propias de quien se aplica a las letras con despejada inteligencia, o es inocente de todo punto o tiene sus ribetes de malicioso, duda en que nos pone examinando su proceder. En la "introducción" desata, sobre España "*augusta* antigua madre", —como pudiéramos hacer nosotros—, una tormenta ecuatorial de rayos y chubascos contra el régimen político que inventó la España para gobernar sus colonias; régimen que, según dicha "introducción", conserva reforzado en las colonias que aún posee y despotiza a la entrada del mar Caribe y del golfo Mexicano. "Entonces como ahora, dice el introductor, ha consistido ese sistema de gobierno en considerar a los colonos indignos de

disfrutar de las *regalías* y privilegios que ampliamente concede (la España) a sus naturales y en creer que las colonias son simples lugares de granjería (vulgo ganga y cucaña), que la Providencia la ha dado para llenar sus necesidades". Creemos que bastará esta cita para que Perulero no chiste palabra más en defensa de los "distinguidos sudamericanos que han aceptado" lo que con *ordinariedad* rechaza el empecinado doctor Gutiérrez. Porque este pobre de don Antón, ocupado de la tarea de recalentar sus cuentos y sus epigramas, ni lee ni se informa de nada serio de lo que pasa en el mundo, y volverá a su aldea tan ignorante como lo es hoy del movimiento social e intelectual de la América que ha recorrido con su gaita a cuestas. Cerrando este paréntesis, dentro del cual hemos apretado a don Antón, seguiremos por un momento más analizando el fruto venezolano que debe sazonar la Academia.

Hay una chanza pesada, un juego a lo Perulero, muy común entre los muchachos, el cual consiste en hacer a un compañero simplón un favor y un disfavor al mismo tiempo, pasándole la mano por la cara para abajo primero, y para arriba después, despabilándole las narices con detrimento de esta facción central de la cara humana. Igual travesura parece que ha jugado a la España y a toda la Academia el ilustre venezolano, haciéndoles una pasada de manos, para abajo, en la "dedicatoria" y una nariguetada —no sabemos si será castizo este vocablo— para arriba, en la "introducción". En la primera, ya lo hemos visto, la España es la *augusta* madre de Venezuela. Los académicos que no se valen sino del diccionario genuino, de la primera edición en muchos tomos, le abrirían para consultarle y asegurarse de la pro-

piEDAD con que la palabra "augusta" estaba empleada por el venezolano, y leyeron: "AUGUSTO, TA, adj. Es voz puramente latina, *Augustus*, que vale santo y venerable. Por antonomasia se entiende el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. . . Y en lo profano, del emperador, aunque después el uso la ha extendido a los reyes". Bueno, dijeron, este tejido de Venezuela está arreglado al arancel de nuestra aduana, como dice el gramático valenciano; y pase. Este es el favor. Pero los desfavores llueven en pos de la "dedicatoria", en cada uno de los párrafos de la "introducción", desfavores de que no es fácil dar entera cuenta por su cantidad y extensión. Nos limitaremos a reproducir uno más: "El arribo de cada virrey o capitán general es para los colonos asunto de *gran momento* y de general consternación, porque ninguno sabe cómo obrará el *recién llegado*, ni si trae el ramo de olivas en el pecho o la espada vengadora desenvainada. En tal estado de cosas, los colonos que han descollado en las ciencias o en la literatura, ora por haberse educado fuera, o por haberse formado a esfuerzos propios, procurándose libros a hurtadillas, son los que corren el mayor peligro, pues la autoridad los mira con recelo, y a poco andar, para no ser víctimas de la dictadura, véñse obligados a emigrar a extranjeras tierras, o a *prostituir el carácter*, poniéndose al servicio de la tiranía, en cambio de una salvación momentánea, pues de poco les vale el aislamiento y el desamparo si hasta ellos alcanzan la persecución y la *muerte*. Esta era la situación *gráfica* de la colonia venezolana en 1810 y esto explica por qué la revolución fué promovida y acaudillada por los hombres más notables que aquella tenía. . . etc." Este es uno de los desfavores. La Academia, al recibirlos, tomaría en

cuenta lo castizo de la frase, el giro anticuado de toda ella, las figuras de dicción imitadas de Guevara en el "Reloj de Príncipes", de Mejía en la "Vida de los emperadores romanos", y le echaría sin duda su benigna absolución, tomándole a más en cuenta al autor su conocida devoción a las cosas de Madrid, manifestada durante su residencia en esa corte como diplomático venezolano.

Tales son las contradicciones, las pequeñeces, el feo papel en que está expuesto a incurrir un americano, cuando saliéndose de su esfera vasta y sin limitaciones va en busca de calor ajeno para sazonar a su abrigo los frutos exquisitos, llenos de aroma y colorido, que produce sin esfuerzo su imaginación.

UN PORTEÑO

CARTA SEXTA

Este *Antón Perulero* había sido una entidad retrospectiva, verdaderamente del otro jueves. Cada uno de sus números tiene el aspecto de un aparecido, de un resucitado que viene a hablar a los vivos de cosas olvidadas en este mundo. En el parto último de su montaña gramatical, se descuelga con raciocinios a favor de su "Arte" y de su "Calepino", a que hace ya una semana que hemos contestado en nuestras cartas.

Parece que el hombre rumiase signos ortográficos durante la cuarta parte de un mes, como el ratón de su cuarteta, para tener materia sabrosa con que brindar a sus suscriptores cada domingo siete. ¡Y qué variedad! ¡Qué amenidad y *competencia*!

En cuanto a esta calidad perdonémoslo a fuer de porteños cristianos y generosos. La Magdalena fué perdonada sin duda en consideración a que "*mujer que no tiene. y lo que es el. ignora; no es extraño que sin. de lo que no tiene,*" (1).

(1) *Mujer que no tiene punto
y lo que es el punto ignora,
no es extraño que sin punto
de lo que no tiene, coma.*

Es contestación a un juguete análogo de Perulero. (*Nota de puño y letra de don Juan María Gutiérrez*) Ver página 25.

No queremos hacer cuartetas por no parecernos a Perulero, a cuya habilidad recomendamos integrar la forma gramatical y rítmica de esta frase más que vizcaína.

Vamos al grano: el ya mentado número 9 levanta el telón con "Las fronteras" presentándonos un cuadro desgarrador en que figuran centenares de mujeres blancas cautivas, miles de cabezas de ganado robado por los indios, etc., etc., todo mezclado con pullas al ministro de la Guerra, a quien sólo conoce por el retrato en caricatura con que brilla el meteoro de cada jueves. Mientras tanto, este Antón Perulero que ha recorrido medio mundo, que ha visitado a México, donde debe haber indios fronterizos, ¿qué dice de útil para el país, de pertinente sobre una materia tan vital que ocupa, de preferencia a toda otra, la atención del público? Nada; hace una ensalada de chismes y consejas de beata vieja que en ninguna parte del mundo se la dejarían aliñar, porque a más de desabrida, es venenosa como salsa de hongos de mala especie. El artículo concluye haciendo saber a sus "lectores" —bien conocidos— que los militares de las fronteras se han alzado contra su jefe constitucional, que es el Presidente, a quien llama Perulero, *Gobierno*, en su ignorancia supina de lo que esta entidad representa entre nosotros.

Tratado en prosa de la manera luminosa que acabamos de ver, el asunto de las fronteras, le sigue como añadidura un episodio en renglones desiguales, con el título de "Setenta mil caballos", colocado entre dos admiraciones. Esta *silva* vulgarísima, imitación pálida de la "Desvergüenza" de Bretón de los Herreros, está plagada de ripios y de sacrificios del buen sentido a las urgencias de la rima. Cómo habrá manoseado don Antón

a Rengifo o al diccionario de la rima, para acollarar callos con caballos, enajena con vena, y sobre todo inmortales con *carcamales*, que según el diccionario de los tomates podridos vale tanto como “achacoso, enfermizo, lleno de máculas”, circunstancias que más veces conducen al hoyo que a la inmortalidad!

Si no fuera por lo celosos que son de su poder los capitanes generales de Cuba, según la introducción del consabido libro dedicado a la augusta Real Academia, aseguraríamos que parte de esta silva era plato aderezado en la perla de las Antillas por Perulero y recalentado en Buenos Aires. Y sino léanse estos renglones desiguales dirigidos al ministro, a quien no conoce ni de vista, y que tan al pelo irían a aquellos feroces mandones a quienes corfoce bien de cerca Perulero:

*Y juzga en su desprecio por la historia,
Que los que chillan hoy, tendrán paciencia,
Único medio de ganar la gloria...*

Pero el espíritu y la forma de esta silva, que merece una silbatina, están juzgados por su autor mismo calificándola, textualmente, de

*...una de esas agudezas
Que el vulgo da en llamar pampiroladadas.*

Y sepan los suscriptores iletrados del Perulero que según el diccionario del sarao de literatos, “pampirolada” tiene dos valores, tanto en singular como en plural: primero, el de salsa compuesta de ajo y de pan, y este es el más castizo y académico de sus significados; segundo, el de simpleza, necedad, cosa insustancial. En este sentido “figurado y familiar” es en el que emplea Perulero el adjetivo “pampirolada”, que viene de molde a su silva.

La tercera joya del número 9 —número que por ciertas razones nos recuerda el número del cuarto de Calamocha en la posada donde se aloja con su capitán— es el artículo III de la serie consagrada a los amores de la Academia, artículo que comienza con ratones, con queso y con otras cosas que causan “admiración” y que nada tienen que ver con Venus ni con su hijito. A esto del queso y del ratón ya hemos contestado, *similia, similibus*, con mujer, ignora, extraño, etc., etc. Nada debemos, y estamos a mano.

Lo que sigue está también contestado, desde nuestro punto de vista lingüístico, ha ya muchos días; y no porque le amanezca tarde al señor Perulero hemos de estar repitiendo una misma cosa hasta el fastidio. Creemos sí necesario, refrescarle la memoria y suplicarle que limpie bien los espejuelos, para leer la carta magna del doctor Gutiérrez, en la cual no se habla de la creación de una nueva lengua en el Río de la Plata. En ella se trata sencillamente de revolucionarse contra toda traba que en nombre de intereses que representa y sirve la Academia matritense, pudieran impedir el ensanche, en todo sentido, del lenguaje que se usa o usare en lo futuro, no a orillas del Manzanares, sino a las orillas del Río de la Plata. ¿No ha visto don Antón que el mismo Bello nos induce en estas pretensiones, parangonando a Chile y a Venezuela, y por consiguiente a nosotros, los argentinos, con las provincias de España, cuyos modismos entran en el tesoro de la lengua sin que les echen atrás los aduaneros aquellos de que habla Salvá en el prólogo de su diccionario remendado?

No enrede usted la madeja. ¿Quién ha de negar a usted el hecho de que los extranjeros que visitan a Lon-

dres y a París, hablan en esas capitales sus respectivos idiomas? Pero en esas capitales, donde la masa nacional predomina, las voces extranjeras son ecos perdidos, sin resonancia ni influencia sobre poblaciones que, rechazando cuanto no es exclusivamente suyo, no se amalgaman ni identifican con costumbres e intereses venidos de fuera. Al contrario, nosotros, que somos ciudadanos de un país de *inmigración*, nos afectamos de esas costumbres e intereses. En París todo es francés, en Madrid todo español. A Buenos Aires *todo* ha venido, está viniendo y vendrá, gracias a Dios, de Francia, de España—hasta los Peruleros—, de todas las naciones civilizadas, y en ese todo están comprendidos implícitamente los hábitos y modos de expresarse de los extranjeros que se establecen y constituyen familia en la República Argentina.

Nuestra Constitución no nos permite amurallarnos en nuestra nacionalidad, en cosas que no atañen al verdadero patriotismo. Ella nos ha constituido en una república para nosotros, para nuestra posteridad, para todos los habitantes del mundo que quieran habitar en suelo argentino. Estos huéspedes gozan de todos los derechos a que puede aspirar el hombre libre, y entre ellos el de enseñar y aprender.

¿Y cómo quiere usted que enseñe y aprenda todo racional, sea cual fuese la lengua que el maestro y el discípulo empleen, sin que a la larga se inocule con éste, en las ciencias que aprende, algunas de las formas con que el profesor reviste sus ideas? Convenga usted en que la cuestión que ventilamos no es simplemente gramatical ni de Academias: es cuestión social, y forzosamente en ella ha de mostrarse usted de pocos alcances, no porque

sea pobre de instrucción y miope de inteligencia, sino por lo poco elevado del punto en que le coloca su amor a la integridad de la lengua patria.

No habría aquí sino un modo de salvar la integridad de la lengua y de conservar su pureza. Este medio es el que empleaba, con éxito espléndido, el señor don Vicente Salvá, según, como ya dijimos, nos lo refiere él mismo en el prólogo de su "Diccionario de la Academia Española", añadido y enmendado. El señor don Vicente Salvá se encerró en su gabinete los largos años que vivió en París, sin ir al teatro, ni al instituto, ni a la Cámara, ni a oír a M. Girardin, catedrático griego; sin tratarse con nadie, en fin. Martínez López, español, le corregía las pruebas del Valbuena novísimo, el cocinero era valenciano, su ama de llaves natural de Valencia. En fin, en el gabinete cerrado a macha martillo del señor don Vicente, no se hablaba más que el Lemosin. ¿Y con qué objeto?

El gramático incomunicado con el pueblo más culto de la Europa meridional, ha contestado ya por escrito y en letra de molde: "a fin de no corromper su lengua con el uso de otra extranjera". ¡Qué tal! Esto sí que es para destornillarse y para curar a cualquiera con el argumento eficaz del ridículo, de la manía del purismo.

¿De qué más trata el artículo III del número de Calamocha? Lo que resta es una amenaza al autor de la carta magna, quien en pena de su descomedimiento con la Academia, verá quién es Callejas como crítico, expulgando los yerros gramaticales que ha cometido el doctor Gutiérrez, como poeta, como historiador y como matemático. Vamos a tener un gutierricidio. ¡Dios le asista a la víctima! A nosotros no nos importa sino los

CARTA SEPTIMA

Volvemos a ocuparnos del número 9 de *Antón Perulero*, y comenzamos por "Las fronteras". Este artículo no es sólo lo que su título indica, es a más una burla de cuanto pasa en nuestro país, en la política, en las instituciones de crédito y hasta en las costumbres, pues nos cuenta que los *ciudadanos* de cerca de la plaza de Lorea tuvieron ahora pocos días, la ocurrencia de aprovechar la lluvia para bañarse en cueros en media calle. Subrayamos la palabra *ciudadanos* para notar que esos cínicos eran hijos de este país, según la intención del periodista, quien, si se informara mejor del hecho, había de hallar que los tales bañistas eran compatriotas suyos, de aquellos que se lavan la cara cuando el agua es barata o les cae del cielo sobre su desaseo proverbial.

¡Ahora también levantará el grito diciendo que se habla *contra su tierra!* Pero ¿por qué se habla contra su tierra, ya que así llama él a las referencias históricas y a las transcripciones literales? Por sus provocaciones inmotivadas, por sus entrometimientos, por sus malignas interpretaciones. El origen de estas nuestras cartas lo prueba.

sea pobre de instrucción y miope de inteligencia, sino por lo poco elevado del punto en que le coloca su amor a la integridad de la lengua patria.

No habría aquí sino un modo de salvar la integridad de la lengua y de conservar su pureza. Este medio es el que empleaba, con éxito espléndido, el señor don Vicente Salvá, según, como ya dijimos, nos lo refiere él mismo en el prólogo de su "Diccionario de la Academia Española", añadido y enmendado. El señor don Vicente Salvá se encerró en su gabinete los largos años que vivió en París, sin ir al teatro, ni al instituto, ni a la Cámara, ni a oír a M. Girardin, catedrático griego; sin tratarse con nadie, en fin. Martínez López, español, le corregía las pruebas del Valbuena novísimo, el cocinero era valenciano, su ama de llaves natural de Valencia. En fin, en el gabinete cerrado a macha martillo del señor don Vicente, no se hablaba más que el Lemosin. ¿Y con qué objeto?

El gramático incomunicado con el pueblo más culto de la Europa meridional, ha contestado ya por escrito y en letra de molde: "a fin de no corromper su lengua con el uso de otra extranjera". ¡Qué tal! Esto sí que es para destornillarse y para curar a cualquiera con el argumento eficaz del ridículo, de la manía del purismo.

¿De qué más trata el artículo III del número de Calamocha? Lo que resta es una amenaza al autor de la carta magna, quien en pena de su descomedimiento con la Academia, verá quién es Callejas como crítico, expulgando los yerros gramaticales que ha cometido el doctor Gutiérrez, como poeta, como historiador y como matemático. Vamos a tener un gutierricidio. ¡Dios le asista a la víctima! A nosotros no nos importa sino los

suelos o entremeses del sainetón peruleresco, de los cuales nos ocuparemos como de postre en esta carta.

Nosotros no hemos pronunciado en ninguna de nuestras cartas porteñas, en bien ni en mal, una sola palabra sobre los apreciables literatos Hartzenbusch y Campoamor, cuyos escritos nos son tan conocidos como sus buenas prendas personales. Queda lavado el falso testimonio que se nos levanta. Ahora réstanos agradecer a Perulero su noticia acerca de la identidad que existe entre el diccionario del sarao de literatos, en el cual le creíamos colaborador, y el diccionario del señor don Ramón Joaquín Domínguez; entre los tomates podridos y el clítoris. No es mal sastre el que conoce el paño. De esta noticia sacamos en limpio que tan bueno es Sancho como su rocín. En adelante no extrañaremos que a las barbas de la Academia se publiquen los desatinos de un señor Serrano, puesto que a la faz del habla castellana, hablistas como Domínguez y como la sociedad de literatos, arrojan semejante basura. Contra la décima Musa, creada por la agudeza de Ventura de la Vega, no hay fuerza ni poder que valga. Esta décima Musa es el hambre.

UN PORTEÑO

POSTDATA-ERRATA: Háganos el favor el señor Perulero, si nos hace el *honor* de lavarnos nuestra ropa sucia, de no refregar en su batea la siguiente mancha, que es descuido de imprenta. Donde dice *José María Baralt*, lea *Rafael María Baralt*.

CARTA SEPTIMA

Volvemos a ocuparnos del número 9 de *Antón Perulero*, y comenzamos por "Las fronteras". Este artículo no es sólo lo que su título indica, es a más una burla de cuanto pasa en nuestro país, en la política, en las instituciones de crédito y hasta en las costumbres, pues nos cuenta que los *ciudadanos* de cerca de la plaza de Lorea tuvieron ahora pocos días, la ocurrencia de aprovechar la lluvia para bañarse en cueros en media calle. Subrayamos la palabra *ciudadanos* para notar que esos cínicos eran hijos de este país, según la intención del periodista, quien, si se informara mejor del hecho, había de hallar que los tales bañistas eran compatriotas suyos, de aquellos que se lavan la cara cuando el agua es barata o les cae del cielo sobre su desaseo proverbial.

¡Ahora también levantará el grito diciendo que se habla *contra su tierra!* Pero ¿por qué se habla contra su tierra, ya que así llama él a las referencias históricas y a las transcripciones literales? Por sus provocaciones inmotivadas, por sus entrometimientos, por sus malignas interpretaciones. El origen de estas nuestras cartas lo prueba.

Hay un hijo del país que en términos comedidos devuelve a la Academia española un diploma que le remite espontáneamente, dando razones para su devolución. ¿Qué le cabía hacer a quien no estuviese de acuerdo con esas razones? Refutarlas con el mismo comedimiento, con racionios, con demostraciones, sin encono, con la pluma, no con una macana. Perulero, al contrario, en vez, siquiera, de ejercitar a favor del ignorante que se niega a aceptar el diploma académico, *el instructivo trabajo de criticar faltas gramaticales*, que es la alta misión, confesada, del ambulante literato, se desata en improperios contra el *ordinario*, contra el *descomedido*, contra el mal poeta, contra el raquíptico matemático, contra el historiador de pacotilla, etc., cuyas obras arderán pronto en el fuego del crisol depurador del crítico de "faltas gramaticales". ¿Qué tiene que ver esto ni aquello con las témporas? ¿Qué tiene que ver la carta actual a la Academia con las obras buenas o malas, chicas o grandes, del hombre que la firma? ¿Se las manda, acaso, adjuntas con su carta a la Academia para que las sazone como las venezolanas de que ayer hablamos? No, al contrario. Conociendo el doctor Gutiérrez, según lo presumimos, que lo que ha escrito debe de estar plagado de argentinismo en el fondo y en la forma, y oliendo a insurgente a leguas, no ha querido entrarse a la Academia llevando en la apariencia amor y agradecimiento a la España oficial, y en la realidad, sentimientos muy contrarios. Este proceder nos parece ser hijo de algo, y ese algo es la honradez.

Este ejemplo debiera aprovechar como lección, más útil que las gramaticales, a alguno que fingiéndose repu-

blicano y liberal, viene a una república americana a defender encarnizadamente la conducta del gobierno español para con sus infelices colonos de la isla de Cuba, y a defender también la *esclavitud*, la venta por dinero del ser racional que por su calidad de negro no está despojado de los derechos que acordó Dios a todos los miembros de la familia humana. Al menos así lo creemos nosotros desde 1810; así lo creen los norteamericanos y sus padres los ingleses; así lo creen todas las naciones cristianas, menos los Borbones del trono español y el republicano de contrabando a quien venimos aludiendo.

¡Republicano! ¡Ah, señor, señor don Antón! Si Cicerón dijo ya en su tiempo y en su lengua —según Boileau— que concurrían pocos devotos a escuchar los sermones de usted sobre ortodoxia gramatical, también La Fontaine ha dicho, sin duda aludiendo a su republicanismo perulero:

Rien n'est plus commun que le nom;
Rien n'est plus rare que la chose.

Y muy bien que hace usted en irritarse hasta enrojecer el rostro, como las viejas acicaladas del diccionario de los tomates, contra el pícaro cangrejo que está “a punto de pedir medidas de rigor contra usted porque *habla de gramática*”. Sí señor; contra ese mentido y farisaico republicano no haya cuartel, que vaya a la horca, que lo fusilen y lo quemén como hacen con los revolucionarios cubanos los capitanes generales de aquella isla, sus amigos de causa de usted, de usted que es un eminente y genuino republicano. Nosotros podremos ser unos cangrejos en gramática; podremos pertenecer al

género de los *decápodos braquiuros* en las clasificaciones zoológicas-ortológicas de Perulero, pero en cuanto a pedir medidas de rigor, no ponemos en condicional nuestra cangrejería, y afirmamos que antes nos iríamos hasta la vereda de enfrente, reculando a pasos de verbo activo.

Ese falso republicano que está en un tris de pedir medidas de rigor contra usted, contra usted que inocentemente ejerce un oficio, trabajando en criticar "útilmente" faltas gramaticales, como si dijéramos sacando manchas con el agua Prat de la Academia a los vestidos usados; ese republicano de contrabando, decíamos, no habrá leído los errores de gramática política que usted corrige al ministerio nacional de Guerra, ni las faltas gramaticales-político-económicas que usted advierte en la riña supuesta por usted entre el gobierno y los jefes de la frontera, entre el Banco de la Provincia y el Nacional, riñas y desacuerdos que sin duda redundarán en bien de sus correligionarios republicanos los argentinos, puesto que las hace usted circular en su acreditado y juancopeteresco cartelón de los jueves.

Hace mal el susodicho cangrejo en dejarse influenciar de la política de los capitanes generales de Cuba, defendida con patriotismo liberalísimo por usted, como cosa que es de "su tierra". Aquellos caballerosos capitanes, que según parece no han degenerado de los ladrones y de mala ralea que asistieron, con Borbón y Carlos V, al saco de Roma en el siglo XV, no habrían permitido a usted, ni por un momento, esas correcciones de gramática parda que usted nos hace aquí inocentemente y al amparo de la libertad de *trabajo* que a todo el mundo concede nuestra Constitución.

Pero dejemos que refresque la concha ese animalito que camina hacia atrás en busca de Covarrubias y Alderete. Harto encendida la tendrá —como tomates del diccionario— con el vapuleo que acaba de llevar, y le cae al pobrete sobre la lluvia de supinos y gerundios con que a su vez lo felpéó don Antón. Dejémosle, decíamos, y hagamos el análisis a la gramática parda del número de Calamocha.

Leemos en la interesante sección de “Suelos” del número 9 “que unos cuantos liberales *de pega*”, es decir peruleros, según un diccionario inédito, tratan de pedir el estado de sitio para que se prohíba aquí —en Buenos Aires— *hablar de gramática*. Esta invención inocente nos muestra con su disimulo irónico, ribetado de vanidosa presunción, el espíritu con que Perulero ha plantado su tienda de géneros masculinos, femeninos, neutros, en las columnas de su juvenario, puesto que es de los jueves su periódico. Este espíritu está manifiesto en todo el número 9 y los anteriores; no hay más que traducirle de lengua castiza a la jerga en que nosotros escribimos. Nuestra traducción es la siguiente: “Estos estúpidos porteños, ignorantes, que maldito si entienden jota de nada, van a abrir tamaña boca cuando lean mis letrillas, mis odas, mis octavas, y sobre todo cuando me oigan gorjear como un ruiñón en la lengua de Cervantes, modulando las notas con arreglo al canto llano, pero castizo, de la capilla en que reza sus antifonas la sabia Academia. Pues bien, aquí de las mías. Mientras estos bobalicones y papamoscas de porteños abren tamaña boca de admiración y cierran los ojos deslumbrados con el brillo de mis frases, verdaderamente analógicas y

ajustadas a una sintaxis severa, yo, como buen prestidigitador de ferias, en el viejo y nuevo mundo, les colaré la política y los partidos intestinos en el cubilete donde creían los tontos que estaba la gramática. Así me entrometeré en camisa de once varas, y con la lectura de sus periódicos, el auxilio de algunos cuentos que me refieran los *buenos españoles*, he de revolverles más de lo que están; me vengaré y nos vengaremos, así, de los insultos y agravios que nos han inferido desde 1810, relatados por el historiador Torrente, exacto, puntual y buen español.

“Yo les mostraré cómo la gramática española es buena para alguna cosa, y como es elocuente nuestra lengua para sembrar la discordia desde los Pirineos a los Andes. Yo les mostraré cómo hicieron malísimamente en emanciparse de su augusta madre; cómo no saben gobernarse; cómo no son capaces de defenderse de los indios; cómo están sus Bancos en quiebra; sus autoridades como perros y gatos; cómo son antiparlamentarios sus diputados; cómo siendo unos pigmeos quieren “apretar las clavijas al Brasil y amenazar al resto del mundo”; cómo el ministro de Hacienda provincial es un jacobino, un Carrier; cómo los empleados de policía no hacen más que cobrar el sueldo; cómo cobra cuatro el sordo de Carapachay, a quien maté y resucitó Presidente. En fin, me ligaré con el canónigo republicano redactor del “Correo Español” y sublevaremos contra estos insurgentes toda la colonia española. Venga la tizona: ¡Santiago, cierra España, a ellos que están dormidos!”

*Dijo — y nació el del jueves.
Fiat lux Et facta est lux.*

Pero se necesita ser muy vacío de cholla, muy estéril de corazón, muy poco amigo de la humanidad, para concebir semejante plan. Y adviértase que el plan reza contra alsinistas y mitristas, según lo veremos en otra ocasión.

Ya podían estar hartos de discordia y de sangre nuestros conquistadores y civilizadores a mosquete. Sangre de heréticos, sangre de moros, sangre de indígenas americanos ha corrido a torrente en los cadalsos, en el campo de batalla, en los autos de fe.

Tapia, en su obra "Civilización en España", tomo III, pág. 95, citado por Buckle, refiere que el duque de Alba quitó la vida, en Holanda solamente, a más de dieciocho mil protestantes con diversos géneros de suplicios; y el mismo autor inglés calcula que las víctimas de aquel general de Carlos V llegaron a cuarenta mil. Según Llorente, español como Tapia, y bien informado, asegura que los quemados vivos en las hogueras de la Inquisición española ascendían al número de treinta y cuatro mil seiscientos cincuenta y ocho al comenzar el siglo en que nos hallamos. No se ha podido reducir a cálculo el número de víctimas de la ambición de Carlos y de su hijo, el cruel fanático Felipe II. En América, según la expresión gráfica de Prescott, cada planta de pie español en el nuevo mundo ha hollado el cadáver de un indígena. La guerra civil ensangrienta a la península desde antes de la muerte de Fernando VII, con cortos intervalos de paz. En Cuba hay más manchas rojas en el suelo que tallos de caña y granos de café en las haciendas salvadas de los constantes incendios... No queremos ir más adelante en este inventario de horrores.

Y ante este espectáculo ¿habrá todavía quien atice el fuego de las discordias que acaban por abrir venas en donde hierven las pasiones heredadas del pueblo de Felipe II, tipo genuino del carácter nacional de su país, según el famoso historiador de los Reyes Católicos? ¿Todavía habrá liberales embrollones que, como toros a la muleta roja de Pepe Illo o de Cúchares, embistan con los ojos cerrados por la imprevisión y la ignorancia?

UN PORTEÑO

CARTA OCTAVA

No somos tan lerdos e indecisos como quiere Antón Perulero que lo haya sido el Dr. Gutiérrez para contestar a la Academia. Entre nuestra última carta y la materia prima que probablemente nos ha de proporcionar el domingo-siete del próximo jueves, media un siglo, cuyo aburrimiento nos proponemos divertir con los presentes renglones. Y como alguna introducción hemos de darles, comenzaremos por rectificar la especie de haber estado aquel Señor “rumiando durante dos años” la contestación a la Academia.

La carta y diploma tienen efectivamente la fecha 30 de diciembre de 1873, y la contestación la fecha 30 de igual mes del año 1875. Pero esto lo que quiere decir es, que la correspondencia académica tardó en llegar a su destino, tanto o más de lo que tardaban las Reales Cédulas en tiempo de Marí-Castañas. La correspondencia académica navegó sin duda en buque de vela, que es moda clásico y *arcádico* de viajar, y no en vapor, artificio novísimo en los usos, equivalente a un pecaminoso *neologismo* en las palabras. Que la correspondencia aca-

démica navegó a vela lo prueba su demora, así como puede probarse con hechos, que la resolución sobre la manera y forma en que había de ser contestada, fué negocio de veinticuatro horas escasas. La carta contestación comienza así: *AYER he tenido la honra de recibir, etc.* Y como estas palabras se escribían el 30 de diciembre de 1875, resulta claramente que el *ayer*, no era el día 29 de diciembre de 1873 ni de 1874, sino el 29 de diciembre de 1875, día en que el señor cónsul de España (testigo intachable) mandó al Dr. Gutiérrez los documentos consabidos.

Queda aclarada la duda expresada en estos términos en el número 7 de *Antón Perulero*: “¿A qué podremos atribuir tan extraña dilación?” Este buen señor debe tener el rostro empapado en su propia saliva; tal es la frecuencia con que sin ninguna precaución escupe hacia arriba.

Aprovecharemos de esta introducción a la presente carta para esplanar un tanto las noticias con que nos da en cara D. Antón, respecto al caballero D. Juan Manuel Fernández Pacheco, en cuya tertulia nació la Academia. Según él, este señor que realmente se daba el título de marqués de Villena, sin numerarse de 2º en la serie del marquesado, como quiere el erudito Padre Feijoo, Nº 2º, azote de los *errores populares* en gramática, sólo puede ser desconocido del “cangrejo” que “ignora hasta los efectos que ha *producido la civilización* en la patria de sus mayores”. Y como esto de pasar por ignorantes no es muy grato, especialmente cuando la ignorancia recae sobre asuntos que atañen a la “civilización de nuestros mayores”, vamos a comunicar al Sr. D. Antón lo que

sabemos del marqués de Villena (D. Enrique) nieto de D. Jaime II de Aragón y de quien, sin duda, pretende Perulero hacer descender al mayordomo mayor de Felipe V.

La historia de D. Enrique se encuentra referida por muchos autores, en razón de que este personaje, digno de la fama de que goza, fué víctima de uno de esos actos de barbarie y fanatismo, de que hay por fortuna pocos ejemplos en las páginas de la historia. Era el marqués hombre de lucido talento y aplicado a la astronomía y ciencias naturales. Bastaba esto para despertar celos en el confesor del rey D. Juan el II, y para que se le persiguiera hasta echar en las hogueras inquisitoriales, en nombre de la integridad *gramatical* de la fe, las joyas intelectuales atesoradas en su gabinete y en su copiosa biblioteca... Pero será mejor que dejemos hablar por nosotros a un distinguido literato español, quien bosquejando la marcha trabajosa de la cultura peninsular, se expresa así con referencia a los siglos XIV y XV.

“La Europa no presenta un cuadro de esclavitud más horroroso que el que descubre la historia de España. La guerra continua con los Moros, naturalmente había preparado a los españoles para el más feroz fanatismo. Las ideas de honor y nobleza se habían unido íntimamente a las de fe y religión. Desdoro e infamia eran inseparables de cualquier creencia que no fuese la de los españoles. Los Moros por la enemistad nacional, y los Judíos por la envidia que causaban sus riquezas, y el odio que sus usuras producían, eran mirados como enemigos declarados del cielo, y baldón de la humanidad. Bien pronto se valieron los primeros inquisidores de esta ocasión para confundir con Moros y Judíos a todos cuan-

tos se atrevían a dudar cualquier punto de sus doctrinas y sistemas; y la *Herética pravedad*, se vió con igual poder de contaminar la sangre, que el descender de cualquiera de las dos razas malditas. Infeliz, *desde entonces*, el español que quisiese usar de su propia razón: aun más infeliz el que se atreviese a manifestar la ignorancia y estolidez de los que tomaban por su cuenta el pensar por todos los demás! Desde aquel punto todos los estudios, a que las Universidades no destinaban una borla doctoral, fueron mirados como sospechosos; todo libro, escrito en lengua inteligible, debía ser prohibido o expurgado; la ciencia de la naturaleza indicaba pacto con el Diablo, y un matemático era el Diablo encarnado. *Todo el mundo sabe la persecución contra el marqués de Villena, no obstante su emparentamiento con los reyes de España; y nadie debe ignorar que su costosa librería fué entregada a las llamas en 1434, por sentencia definitiva del confesor del Rey D. Juan el segundo.* Tal espíritu reinaba en la época en que la literatura española hizo uno de sus mayores empujes como planta que quiere desplegarse en terreno feraz, a pesar de sus impedimentos extremos. . . ”

Si el señor Perulero, quiere más minuciosos pormenores sobre el marqués de Villena, a quien no mucho debió parecerse su 2º, puede consultar la epístola LXVI del Centón epistolario del Bachiller Cibdareal, y el comentario de Fernán Núñez a las trescientas coplas de Juan de Mena.

El Centón, dice —y no creemos desagradar resucitando un texto sabroso por su sencillez y antigüedad—: “No bastó a D. Enrique Villena su saber para no morir; ni tampoco le bastó ser tío del Rey para no ser

llamado por encantador. Ha venido al Rey el tanto de su muerte; y la conclusión que os puedo dar será, que asaz D. Enrique era sabio de lo que a otros cumplía y nada supo de lo que le cumplía a él. Dos *carretas son cargadas* de los libros que dejó, que al Rey le han traído: y porque diz que son mágicos y de artes no cumplideras de leer; el Rey mandó que a la posada de Fray Lope Barrientos fuesen llevados; y Fray Lope, que más se cura de andar tras el Príncipe que de ser revisor de nigromancias, *hizo quemar más de cien libros*, que no los vió él, más que el Rey de Marroecos, ni más los entiendo que el Dean de Cidá Rodrigo; ca son muchos los que en este tiempo se fan dotos haciendo a otros insipientes e magos; e peor es que se facen beatos haciendo a otros nigromantes”, etc.

Otras muchas rectificaciones se nos quedan en el tintero; pero las ahorramos por ahora, por no alargar la introducción de esta carta: ya se presentará la ocasión, que aprovecharemos, sin necesidad de los sastres con seguidillas que espera Perulero. Para él la crítica es oficio manual y no la emprende sino con tijeras para recortar y con aguja, dedal e hilo de sastre, para remendar y surcir.

Avergonzados del cargo que se nos hace de no leer ni conocer libros españoles, y mucho más de ignorar “los efectos que ha producido la civilización en la patria de nuestros mayores”, nos propusimos informarnos del carácter que tenía en la literatura española la censura, y la chanza y el chiste, aplicados a la corrección y castigo de los vicios y defectos sociales, para apreciar así con conocimiento de causa los quilates del gracejo de Perulero. Por escasez de tiempo, nos ha sido imposible

extendernos mucho en este estudio; hemos concentrado la atención en un solo escritor, pero escritor que vale por muchos. El y Cervantes brillan como dos lumináres de primera magnitud en el cielo de las bellas letras peninsulares. Hemos nombrado a Quevedo, al *Padre de los chistes*, y accidental y no menos tácitamente, a un contemporáneo sobre el cual queremos decir, antes que nada, la opinión ventajosa que tenemos de él y que puede haberse puesto en problema por los lectores de Antón Perulero.

Nos referimos al señor Guerra y Orbe (D. Aureliano), secretario de la Academia y entendido y paciente corrector, ordenador e ilustrador de las obras de D. Francisco de Quevedo y Villegas, incluidas en la "Biblioteca de autores españoles", conocida vulgarmente con el nombre de Rivadeneira, el Sancha moderno de la tipografía española y su restaurador en Madrid.

El señor D. Aureliano, heredó de su padre la afición a la lectura de Quevedo y con ella un celo generoso por el lustre de los escritos y la memoria del más "regocijado y entretenido de los ingenios extraordinarios" de que se glorian los españoles. Estos escritos, inutilizados en gran parte por el confesor de D. Francisco, que era un *Monopanta*, corrieron la mala suerte de caer en manos inhábiles toda vez que se dieron a luz o se reimprimieron por libreros codiciosos.

El señor Orbe, aceptó por consiguiente sumamente complacido el encargo de reparar estas ofensas inferidas a la eminente gloria de su autor predilecto; y se desempeñó como honrado, publicando cuanto produjo en prosa la ardiente fantasía, el seso privilegiado, la pasmosa erudición del hombre cuyo ingenio, agudo como la pun-

ta de un acero de temple exquisito, luce repentino como el relámpago y circula por la frase con la velocidad del azogue.

Y no contento el señor Orbe con restituir a su genuino y primitivo sentido el texto original de los escritos de D. Francisco, compulsando cuanto impreso, y cuanto códice manuscrito se conserva de ellos, —le ha ilustrado con notas exquisitamente prolijas para facilitar su inteligencia—, por cuanto rebosa en hechos y en nombres propios de contemporáneos poco o nada conocidos de los modernos, y sin cuyo conocimiento serían desabridos o enigmáticos muchos de los pasajes más interesantes del autor original. Este trabajo del señor Orbe vale una verdadera resurrección de la sociedad española durante el triste reinado de Felipe V, especialmente en la parte que se relaciona con el movimiento literario y con las intrigas de la política desacertada de aquella corte, inmoral, despótica y fanática.

El señor Guerra y Orbe, no pertenece a aquellos escritores que como el que dejamos copiado, sentían la necesidad de decir lo que fué el pasado de la España, de decirlo sin paliativos y aun con ardor y viveza de colorido, para hacerle odioso y evitar las recaídas para lo sucesivo. El secretario de la Academia, participa del patriotismo cuya táctica consiste en disimular, en silenciar, los yerros de los antepasados, sean reyes, magistrados o pensadores. El criterio de un académico debe ejercerse con parsimonia, con circunspección, con mesura; hasta la indignación o la simpatía, debe manifestarlas sin movimiento alguno brusco que descomponga la tersura del cuello de la camisa o los pliegues simétricos del vestido. Un gesto fuera del compás dado por el buen

tono, sería un pecado mortal; una voz que disonase por apasionada o viva, sería otro pecado sin absolución, en el cual se guardan bien de incurrir los hombres de mundo, que por su situación, se hallan a los umbrales de palacio, en donde se toman en cuenta y se estiman los caracteres templados y acomodaticios en los tiempos actuales, inestables y difíciles.

El sabio y circunspecto D. Manuel José Quintana, digno por la constancia del carácter de ocupar un lugar al lado de Cervantes y de Quevedo; —ya idease planes de enseñanza universitaria, ya hiciera resonar los acentos varoniles de su lira en los cóncavos del panteón de los Reyes, ya narrase los hechos de los héroes de su nación, a la que tanto amaba—, dijo siempre la verdad y la dijo con la pasión de quien tiene sangre generosa en las venas. Mostró la ignorancia secular, lo malo de los métodos en la enseñanza pública; maldijo el fanatismo ciego, la insaciable sed de sangre, las dobleces del 2º de los Felipes; puso de manifiesto la codicia y crueldad de los conquistadores de América. Si es verdad que la España a pesar de esto, tributa el respeto merecido a la memoria del ilustre Quintana, también es cierto que la Academia le reprendió, después de muerto, sus extravíos liberales y revolucionarios.

Hemos leído alguna vez con verdadera mortificación el discurso pronunciado en el seno de aquel cuerpo por el sucesor del señor Quintana. No podemos refrescar la memoria con una lectura actual de aquel discurso; pero recordamos perfectamente que en él se le afeaba al señor Quintana su conducta, su filosofía crítica, atribuyendo su extravío a la influencia de las doctrinas disolventes del siglo XVIII que la contrarrevolución napoleónica y la

restauración Borbónica habían destruído, dando origen a la filosofía del siglo XIX eminentemente conservadora, respetuosa por el pasado y por las *creencias de nuestros mayores*: —Enorme irrisión conque algunos ultramontanos quisieran hacernos retrogradar aquí mismo, en las repúblicas del nuevo mundo, hacia los siglos anteriores al despreocupado siglo de los pensadores libres y de miras enciclopédicas en las investigaciones de la verdad científica. No es de patriotas, decía el sucesor de Quintana, manchar con sangre de oscuros y bárbaros indígenas americanos la fama de los Cortés y de los Pizarros, ni amenguar la gloria de los descendientes de Carlos V en el trono dominador de dos mundos. El orador hablaba a la Academia, y amoldaba sus ideas al espíritu que dominaba en ella.

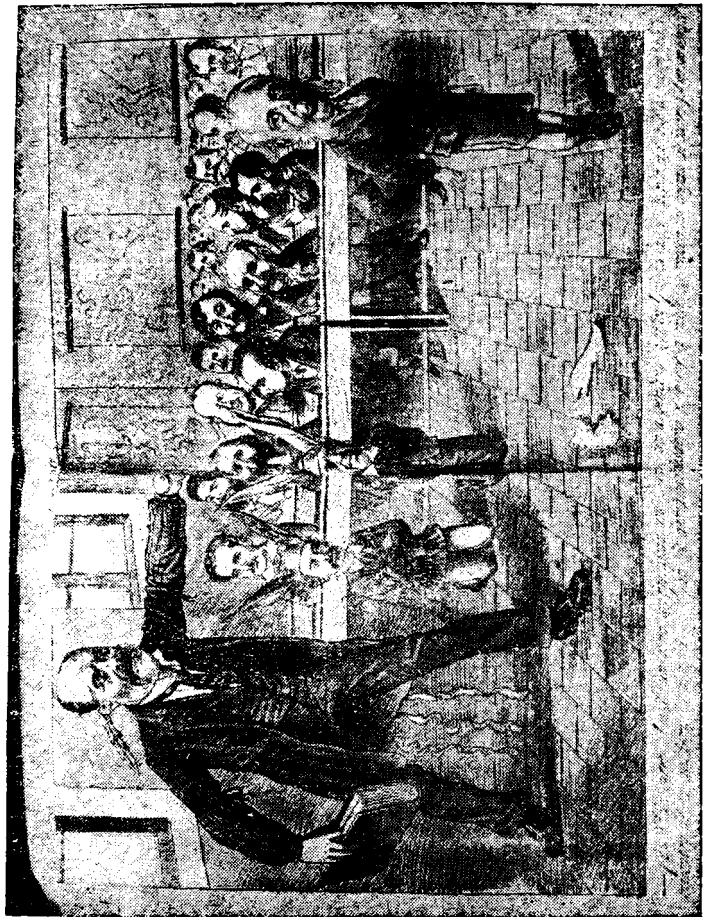
Sujeto a las mismas trabas y exigencias, no ha podido el talante del señor Orbe cernirse con la libertad debida sobre el teatro social en que tantos desaires de la justicia y de la fortuna sufrió el autor de los “grandes anales de quince días”, el traductor de Epícteto, el discípulo de Tácito y el sentido imitador de Séneca. La *introducción* a la obra de Quevedo, no puede parangonarse ni remotamente con los ensayos de Macaulay, ni con las páginas, por ejemplo, en que H. Taine hace el retrato de Milton, sarcástico, elocuente, audaz, como Quevedo; campeón de la reforma política y religiosa en Inglaterra. Aquel gigante ha sido medido con el palmo de otro gigante, y la crítica ha entrado en el camino ancho y abierto a la luz y al aire libre, fuera del cual descende al bajo nivel, en que se complace en revolcarla la mediocridad copleira de Perulero.

Tenemos en vista al escribir así, la salud intelectual y moral de nuestros jóvenes compatriotas; mostrándoles cuales son las fuentes puras y fecundas en donde deben beber la ciencia y la doctrina porque aspiran con anhelo. Y no somos injustos con los españoles. Ensalzamos a los que entre ellos nos ayudan con su hermosa lengua a pensar y sentir rectamente. Quintana, Mora, Larra, etc., son compañeros de nuestras vigiliass estudiosas, y tanto nosotros como los americanos en general, hemos demostrado con las repetidas ediciones del último, la estima y el agradecimiento que nos merecía como buen obrero en la civilización de las sociedades de su raza.

A pesar de lo dicho sobre la *introducción* a las obras completas de Quevedo, debemos confesar que es un trabajo útil aunque tímido, y a pesar de sus reticencias y melindrosos miramientos, disimulados con un lenguaje correcto, exacto, en armonía con el pensamiento poco encumbrado sobre que está levantada la fábrica del estilo académico del autor. Es útil, porque con método y orden presenta el cuadro completo de la obra complicada y varia de Quevedo; y tanto la *introducción* como las notas eruditas con que la ilustra el señor Orbe, facilitará alguna vez andamios bien basados para que se levante al singular pensador español el monumento que merece su gigantesca corpulencia. Quién sabe si esta gloria no está reservada a algún americano del sud, educado sin fajas ni andaderas académicas, en la escuela de la crítica independiente que forma ya una escuela y se impone soberana sobre la antigua superficial y vacía. Y que esta suposición no se tome por una cavilación del orgullo, porque americanos son los W. Irving, los Ticknor, los Prescott, los Motley, (*Dutch Republic*) quienes sacu-

diendo el polvo a los abandonados archivos de Madrid y leyendo con ojos de hombres libres los cronicones impresos en nuestra lengua, han sabido retratar cual fueron los Reyes Católicos, Carlos V y su hijo, Colón y sus compañeros, los conquistadores del Perú y de Méjico, dando por fondo a estas telas la vida animada y multiforme de los individuos y de los pueblos en la época en que militaron aquellos personajes en la política o la guerra. La monta estará únicamente en que los americanos del sud lleguen a ser tan libres bajo todos respectos como lo son sus hermanos del Norte. Allí, en la gran república, no se fraguan los grandes escritores en la oficina sofocante de las Academias oficiales, sino en el yunque de la ciencia libre, bajo la inspiración de la justicia, de la libertad política, y de la protección de un Dios impersonal y paterno que veda a sus hijos devorarse unos a otros por el predominio de un culto sobre otro culto.

También nosotros, aislados en nuestro rincón, hemos sacado algún provecho de la labor del meritorio señor Guerra y Orbe. Él nos hace comprender en qué consiste el chiste, el gracejo, el ingenio decididor del gran Quevedo; poniéndonos en el caso de comparar este prodigio, con sus imitadores bastardos, que sólo saben copiar al maestro en los retruécanos, en el jugueteo de las palabras, y mueven la lengua mientras dejan inmóvil el magín, entumecido por falta del calor que comunican los pensamientos originales y valientes. De Quevedo puede decirse lo que se ha dicho de Voltaire; es serio hasta en sus arranques de liviandad y de chiste. En el último y más jugueteón de sus romances inimitables, se esconden, como perlas en la ostra, una idea, un pen-



Caricatura aparecida en "El Bicho Colorado", de febrero 1º de 1876

samiento inesperado y trascendente. La vieja rebuscona de trapos en un muladar, halla con ellos, a los *abuelos del papel* en donde se escriben las leyes que gobiernan mundos: desde tan bajo lugar y asunto, nos levanta por un momento y cuando menos lo creíamos a consideraciones humanamente serias. De “el rigor a las desdichas”, de los “cuatro animales fabulosos”, de “todo este mundo de preciosidades”, pudiera decirse otro tanto añadiendo con el señor Orbe que en esos juguetes “lo bueno, lo chistoso y bello es tanto como las palabras”. “La hora de todos y la fortuna con seso” es una prueba de la íntima alianza que tiene la originalidad del pensamiento con la novedad sorprendente de los modos en que se manifiesta. Quevedo, en este juguete profundamente filosófico, como quiere con razón el señor Orbe, señala para todos los vivientes una hora en que la caprichosa Fortuna es dominada por la Razón, el juicio. Júpiter, a quien como a los demás dioses de la mitología pone en el ridículo más cómico que puede imaginar, ordena que en el mundo, en un día y en una propia hora se hallen *de repente* todos los hombres con lo que cada uno merece. Ya puede imaginarse el cuadro que va en seguida a contemplar el lector: La primera víctima es un médico que muy orondo cabalga en su mula: cógele la hora y aparece convertido en verdugo de sus enfermos. Un rico, de caudal mal habido, edifica un palacio suntuoso, y al llegar la hora fatal de la justicia, comienza a demolerse aquella fábrica, piedra por piedra, ladrillo por ladrillo, teja por teja. Un hablador que anegaba en prosa a su barrio, desatada en diluvio la taravilla, quedóse tartamudo de modo que se le *ahorcaba* la palabra en la garganta. Varios jueces reunidos para senten-

ciar un litis, y cuyas conciencias no eran muy ajustadas, en el momento de decir "fallamos que debemos condenar y condenamos", etc., dijeron al llegarles la hora: *fallamos que debemos condenarnos y nos condenamos*. A este tenor pasan de la apariencia a la realidad, los casamenteros, el poeta culto, la casada que se afeita, los codiciosos, los tramposos, los *arbitristas*, el letrado y los pleiteantes etc. sin que se escapen de la justicia implacable de Quevedo, ni el gran duque de Moscovia, ni el de Florencia, ni la serenísima república de Venecia, ni el duque de Génova, ni el Rey de Inglaterra; abrazando en su sátira moral a grandes y pequeños, los delitos de los particulares y las grandes maldades de los que se sientan en el trono.

Tanta es la riqueza y variedad de tipos sociales que caen bajo la censura y azote de Quevedo, que su chasquido se siente resonar a veces hasta sobre la espalda de Antón Perulero. No es broma. Y lo vamos a ver gracias al señor Guerra y Orbe, con quien se nos ha querido malquistar con escasísima caridad. En el escrito titulado "Casa de locos de amor", encontramos este pasaje que si no fué escrito para sayo de don Antón, no sé a quien le vendrá más a la medida: "... Y sin ver por donde fuí llevado, me hallé en un prado más delicioso y ameno que lo suelen mentir poetas de primera tonsura, que cursando los primeros años en las flores de los jardines, *pasan luego a las Indias por tesoros*, con que, según piensan, *enriquecen sus pobres papeles*": Nos parece que el sayo no puede calar mejor; como cortado por la tijera de tal maestro, que no es por cierto la tijera de los sastres de *seguidilla* que han de venir, como Mamburá, por la Pascua o por la Trinidad.

En las “Premáticas y aranceles generales”, que es uno de los papeles más agudos de nuestro agudísimo autor, hay una que ni el mismo D. Alfonso el Sabio la hubiera dictado con mayor oportunidad y justicia para países como el nuestro, expuestos a padecer de perulería y de antonitis, o de ambas pestes reunidas. La premática (pragmática) dice así:

“Los que habiendo poco que comer, y muchos comedores, se divierten a contar cuentos, gustando más de ser tenidos por lenguaces, *decidores y graciosos* que quedarse hambrientos; *por ser tontos en lana y batonados*, los remitimos con los incurables, y mandamos se tenga mucha cuenta con ellos, porque están en siete grados y falta muy poco para recojerlos”. A este capítulo de bando de buen gobierno no le falta más que el nombre propio para convencerse de la intención que tuvo Quevedo al dictarlo. Es conocidamente contra don Antón. No hay escapatoria.

En la “premática del tiempo”, otro salado papel de D. Francisco, hay algo que parece escrito por el autor leyendo en lo futuro con la sagacidad del genio. Ese algo es lo siguiente que puede matar muchos pájaros de la misma familia ornitológica de Perulero: “Item, habiendo visto la multitud de poetas con varias sectas, que Dios ha permitido por el castigo de nuestros pecados, mandamos que se gasten los que hay, y que no haya más de aquí en adelante, so pena de que se procederá contra ellos como contra la langosta”.

Notemos al vuelo que la langosta había sido también antigua conocida de los cosecheros de España; ítem, continúa la pragmática: “Otro si, declaramos por moros y turcos a todos los poetas, que, como renegando

a su patria, disfrazan los nombres con los turcos y moros...”.

Pero donde D. Francisco ha tratado peor a don Antón es en el “Origen y definiciones de la necedad”. Háganse ustedes cargo de lo que sigue y tómenle el peso: “Así mismo se declara por necio alcanforado y enemigo de su salud al que en reino ó *república estraña* se pone á alabar la suya; y si á esto añade *vituperar aquella en que se hallare*, se le libre ejecutoria de ignorante y temerario, pues aventura no menos que la vida, donde sin nota la podría conservar”.

Basta de Quevedo. Quedamos agradecidos a su elegante, comedido y erudito editor, a quien suplicamos no tome a lo serio los chismes que contra nosotros y contra el casi-Académico don Juan María, parece querer sembrar, a manera de cizaña el amigo don Antón Perulero. Es de creer que la colección completa (los 9 números salidos hasta aquí) lleguen a la biblioteca de la Academia, a tomar lugar en la sección de revistas del extranjero al lado de la “Revue des deux mondes” y de la “Quarterly Riview”. En esta suposición, muy fundada, prudente es que tomemos nuestras precauciones.

UN PORTEÑO

EL MATEMÁTICO GUTIÉRREZ

Cree *El Porteño*, partidario de la tiranía y colaborador de *La Libertad*, que en España, todo individuo que quiera publicar un diccionario, necesita para ello el permiso de la Academia, y parece ser ya cosa averiguada que el tal *Porteño* es el señor D. Juan M. Gutiérrez.

¡Acabáramos! Ahora nos explicamos aquello de haber dirigido el señor Gutiérrez un severo cargo a la Academia, por la definición católica, apostólica y romana que, de la palabra *lenguaje*, había dado un particular llamado Serrano; lo cual valió tanto como si nosotros hiciésemos al pueblo argentino responsable de las tontorías que dice y piensa el doctor Gutiérrez.

Todo provino del cráneo, como decía cierto médico, siempre que se trataba de cualquiera dolencia, sin excluir la de los sabañones, o, cuando menos, provino todo de haber el señor Gutiérrez aplicado a las cosas de España su restrictivo criterio, dando por supuesto que allí no eran dueños, como lo son todos los partidos políticos, desde el carlista al cantonal, de hacer propaganda por

medio de diccionarios, o de obras de otro género cualquiera.

En una palabra, el Dr. Gutiérrez, al quejarse a la Academia de lo que un tal Serrano había escrito, hizo un *ángulo*, según la anécdota en que se refiere la ocurrencia de cierto estudiante que hallaba defectuoso un ángulo del Monasterio del Escorial; y como un arquitecto le preguntase si sabía lo que era *ángulo*, es fama que contestó con mucha formalidad: 'Si, señor, *ángulo* es... meterse uno a hablar de lo que no entiende'.

¿Por qué haría el buen señor un ángulo tan intempestivo? ¡Vana pregunta! ¿Nos es desconocido, acaso, su amor a la *geometría*? Pues ahí, en ese ardiente amor está la clave del misterio; y vean nuestros lectores cómo hemos venido naturalmente a parar al punto a donde hoy pensábamos dirigirnos.

Por cierto que el buen Dr. Gutiérrez no ha sido siempre tan despreocupado en asuntos de religión como muestra serlo en el día, pues bien mojicato, bien beato, bien devoto, bien santurrón se ostentaba cuando escribió el prólogo de sus *Elementos de Geometría*, en el cual dijo que, sin el conocimiento del manejo del compás, de la regla y de la escuadra, los hombres *no tendrían templos dignos de la grandeza de Dios*.

Aunque el señor Gutiérrez no sea judío, ni mahometano, ni budista, etc., debemos suponer que, al escribir su prólogo, hablaba de los templos consagrados al hombre de quien sus semejantes hicieron un mártir en el Calvario y un Dios en el Concilio de Nicea, y entonces preguntamos nosotros: ¿Por qué se indigna tanto el señor Gutiérrez de que un señor Serrano viese en el *lenguaje* lo mismo que había visto él en la *geometría*?

Para nosotros tan gazmoño ha sido el primero como el segundo, y aun puede suceder que éste haya sacado de la geometría de aquél las tendencias idolátricas que muestra en su diccionario. ¡Tendría que ver eso de enfadarse el maestro porque uno de sus aprovechados discípulos había seguido sus lecciones al pie de la letra!

Pues, señores, como hemos dicho en otro artículo, el señor Gutiérrez ha podido encerrar sus *Elementos de Geometría* en un 16° de 68 páginas, siendo digno de notarse que la parte teórica de su tratado sólo ocupa las primeras 38 páginas del indicado folletito. No puede ser más homeopática la dosis de la tal teoría; y a fe que, viendo ésta, deja de parecer un chiste aquel grito de: ¡basta de matemáticas! que da el protagonista de la comedia *El Maestro de Escuela*, después de haber oído decir a los muchachos: ¡Dos veces dos, cuatro! ¡Dos veces cuatro, ocho! ¡Dos veces ocho, diez y seis! etc.

El tratado traducido por el Dr. Gutiérrez empieza por la definición del *volumen*, de la *superficie* y de la *línea*, no diciéndose nada del *punto*; sin duda porque el traductor no quiso parecerse al terrible letrado, de quien un hambriento escribiente decía:

*Cuando la tarea toma
De dictarme, le pregunto:
¿Qué pongo?, y él dice: punto,
Jamás me dice que coma.*

Con más o menos propiedad explica luego el traductor lo que se entiende por línea recta, por línea curva, y ¡cataplum!, dando uno de esos brincos a que mostró su afición cuando de la época de Santa Teresa de Jesús saltó a la de Carlos III, pasa a tratar de la circunferencia y del círculo, como si tuviera prisa de caer

en redondo, aunque tal vez lo haya hecho para acreditar-se como hombre de *pensamiento libre*, que es lo que le interesa a él, aunque a los demás nos importe un pepino; y entonces dice que la circunferencia es una línea recta que tiene todos sus *puntos* a igual distancia de otro interior que se llama centro.

No le haremos un cargo por no haber dicho “*equidistantes*”, donde dijo “*a igual distancia*”, puesto que ya sabemos que el buen señor no está por la elegancia en el estilo; pero sí, preguntaremos: ¿Y cómo sabrán los estudiantes lo que son *puntos* de una línea, no habiéndoseles explicado esto de antemano? ¡Ah, diantre! Ahora caemos en que el Dr. Gutiérrez habrá querido dar a los estudiantes ocasión de ejercitar el *pensamiento libre*, y para ello no hay nada mejor que entregarlos a las *adivanzas*, sobre todo, cuando estudian elementos de geometría.

Por eso también pasa el buen señor súbitamente, de la circunferencia y del círculo, a los ángulos; de éstos a los triángulos; luego a los polígonos, y, por fin, a los sólidos, todo ello sin haber siquiera hecho mención de las *paralelas*; de modo que, cuando en varias figuras, tales como el cuadrado, el rombo, el trapecio, etc. se habla de lados *paralelos*, *para ellos* deben ir caminando los estudiantes, si no adivinan el sentido de la palabra, y fácil es que suceda esto, una vez que no todos los hombres tenemos el pensamiento tan libre como el Sr. Gutiérrez.

Este señor explica después la relación que hay entre el diámetro y la circunferencia, ya para poder calcular cuál es la circunferencia de un círculo, cuyo diámetro se conoce; ya para lo contrario; ya, en fin, para determinar la superficie o área de cualquier círculo, y fran-

camente, no habiéndose expuesto la materia con más orden, difícil será persuadir a los estudiantes de que la circunferencia vale un poco más de tres diámetros, y de las consiguientes aplicaciones de esta verdad.

Y luego, ¿para qué se entretiene el traductor en enumerar las relaciones del diámetro y la circunferencia que se alejan de la exactitud? Con haber enseñado la $\frac{1}{3} \frac{1}{5} \frac{3}{5}$, que, si no recordamos mal, pertenece al holandés Metius, y que basta para los pequeños trabajos de agrimensores a que pueden dedicarse los que sólo estudien los elementos de geometría del Dr. Gutiérrez, había cuanto se necesitaba. Del lujo de razones que ha gastado el traductor resultan inconvenientes como el del primer problema, enunciado en estos términos: “Una plaza pública, perfectamente circular, y cuyo diámetro es de 500 pies, ¿qué circunferencia tendrá, calculándola por la 1ª razón? El número que resulte indicará el año de nuestra Era en que se inventaron los relojes de faltriquera”.

La tal razón primera es $\frac{1}{3}$, y naturalmente, el discípulo, a quien se obliga a hacer cálculos bajo tan falsa base, dirá: 1:3::500:1500.

Esto es cierto, en el año de 1500 parece que se inventó el reloj de faltriquera; pero, siendo tan inexacta como es la razón 1:3, se ha enseñado al estudiante a despreciar en la cuestión propuesta la friolera de 70 pies y pico, lo que no es poco perder en una circunferencia tan reducida.

No insistiremos en esto, porque para muestra basta un botón, y porque la materia nada tiene de divertida; pero queremos hacer constar: 1º que en los *Elementos de Geometría* que ha traducido el Dr. Gutiérrez, falta el orden, primera condición de toda obra didáctica;

2º que se prescinde de lo indispensable, como lo es, entre otras cosas, la explicación de las líneas paralelas, y se ofrece lo superfluo, y aun lo erróneo, como lo es la razón 1:3 entre el diámetro y la circunferencia; 3º que, por virtud de esto último, se enseña a plantear cuestiones, cuyo resultado equivale a llevar como verdad al campo de las matemáticas, la mofa que de esa misma verdad hizo el autor del proverbio: “Lo mismo es ocho que ochenta”, y por último, que ni aun en el tecnicismo se muestra acertado el traductor, puesto que hace femenino al *apotema*, siendo masculino, y llama *isocetes* al triángulo que tiene dos lados iguales, en lugar de *isósceles*, lo que podría pasar por errata de imprenta, si la falta no estuviese repetida.

Una reflexión para concluir este artículo. ¿Por qué, no pudiendo el señor Gutiérrez dar una obra original, se fué a Francia en busca de sus raquíuticos *Elementos de Geometría*? Cuando dicho señor estudiaba, eran sobradamente conocidos los tratados de matemáticas de Bails, de Vallejo, de Verdejo y varios otros, de los cuales pudo sacar en extracto cuanto hubiera necesitado para dar una obra más ordenada, más lógica, más clara, más perfecta, en fin, que esa con que tanto ha debido contribuir a retardar el progreso de las ciencias exactas en Chile, que fué donde tuvo lugar el parto de los montes de que hoy hemos hablado. Pero, ya se vé; acudir a las obras científicas de España, hubiera sido incapacitarse para decir más tarde que dicha nación se hallaba todavía, respecto a la instrucción pública, en los tiempos de Santa Teresa de Jesús; y eso no podía convenirle a quien más estima la popularidad rebuscada en la manifestación de incomprensibles odios, que la que se alcanza tribu-

tando culto a la justicia y sirviendo verdaderamente a la patria. Comprendemos esto, porque estamos hartos de examinar las humanas pequeñeces que en todas partes abundan, y dejando a cada cual seguir el camino que su idiosincrasia le dicte, continuaremos el que nos place a nosotros, que es el que más se conforma con el común sentir de los hombres.

Al pedido de don Juan María al Intendente de Valparaíso, solicitando una comisión de peritaje para que estudiara y se expidiera acerca de los méritos de la Geometría que acababa de traducir del francés, el Intendente ordena la formación del Tribunal, y éste da su fallo aprobatorio.

He aquí ambos documentos en nuestro poder:

“Valparaíso, noviembre 18 de 1848.

“Apláudese el trabajo que se menciona en la anterior solicitud y el objeto que con él se ha propuesto el ocurrente; y nómbrense con el fin que se pide, al Capitán de Corbeta don Benjamín Muñoz Gamero, al Agrimensor Director de Obras Públicas don Bartolomé Palacios y al Ingeniero don Augusto Charme.

MELO”.

“Señor Intendente:

“Los comisionados nombrados para examinar la Geometría del señor Gutiérrez, habiéndola considerado detenidamente, tienen el honor de informar que la encuentra mui útil para los niños i artesanos, i llenando en un todo las miras de su autor.

“Este trabajo además llena un vacío que se notaba en nuestra librería elemental i abriendo al gran número de nuestros artesanos la entrada a las matemáticas, está destinada a realizar un pensamiento social i económico.

“Dios guarde a Vd.

*Benjamín Muñoz Gamero - Bartolomé Palacios
Augusto Charme*

“Valparaíso, Diciembre 6 de 1848.

“Al interesado, para los fines que le convengan.

BLANCO ENCALADA”.

(Nota de E. M.).

ES ÉL, Y NO ES ÉL

Mi amigo Romero Jiménez tiene razón: el *Porteño* que publica unas cartas en *La Libertad*, es el señor don Juan M. Gutiérrez. Pero... no tiene razón mi amigo Romero Jiménez, porque el señor don Juan M. Gutiérrez no es el *Porteño* que escribe las cartas que ven la luz en *La Libertad*; todo lo cual se explica diciendo: que don Juan M. Gutiérrez ha dejado de ser don Juan M. Gutiérrez, habiendo querido su estrella que en él hubiese dos hombres muy distintos: uno el anterior y otro el posterior a la aparición de *Antón Perulero*.

¿Qué hay de nuevo en este fenómeno? Nerón, en el comienzo de su poderío, era tan sensible, que lloraba de pena, el angelito, cada vez que tenía que firmar una sentencia de muerte, y con el tiempo... hizo matar a su madre. Marat, antes de la revolución, brilló de tal modo por su ternura, que, el pobrecito, escribía novelas, rivalizando con Bernardino de Saint-Pierre en la dulzura del estilo, y todos sabemos con qué dureza de lenguaje

(1) Este artículo apareció en el mismo número que el anterior. (Nota de E.M.).

llegó a pedir en *El Amigo del Pueblo* doscientas mil cabezas humanas. ¿Quién no está sujeto a los cambios de carácter y de inclinaciones que las vicisitudes de la vida llevan consigo? El consejo de Horacio: *æquam memento rebus in arduis servare mentem* vale tanto como los caballos que sacan y no pagan los agentes del gobierno de Avellaneda; pero hasta hoy no ha habido más que un hombre de temperamento a propósito para seguirlo, y éste fué aquel don Antonio Ozcariz, de quien dijo el P. Isla, en su *Día grande de Navarra*:

*Que se alborote el abismo;
Que el cielo se caiga abajo,
Que el Ebro se pase al Tajo,
D. Antonio siempre el mismo.*

No, lectores, el señor don Juan Gutiérrez de hoy, no es el señor don Juan Gutiérrez de otros tiempos. El buen señor comió a la inglesa, se llenó de mostaza, y ahí lo tenéis, tirando piedras, ocupación bastante rara para un hombre de sus años. Jugó a la patriotería, lo hizo torpemente, y perdió. . . la chabeta, irreparable desgracia para quien tenía de oráculo, no sé si los humos o los ribetes. Ved, en prueba de ello, lo que hace, y decidme si no está en Babia el *Porteño* que abrigaba la ilusión de estar en Buenos Aires.

Hasta la historia ha olvidado el buen don Juan María Gutiérrez. Para él sólo ha habido inquisición, fanatismo y tiranía en España. Si Francia, Alemania, Italia y Portugal tuvieron hogueras para los herejes, todo eso sucedió en España. Si el médico español Miguel Servet fué declarado impío y mandado a las llamas por el francés Calvino, debe creerse que eso no sucedió en Ginebra, sino en España, siendo Calvino español, y francés

el libre pensador sacrificado. Si la historia refiere las matanzas de los albigenses y de los hugonotes ocurridas en Francia, miente la historia, pues sólo en España podían ocurrir sucesos semejantes. En fin, hay que acabar por creer que don Juan Manuel Rosas, el famoso Oribe, el célebre López, el bendito García Moreno y otros que teníamos por tiranos de la América del Sud, han sido reyes o presidentes en España, pues sólo en aquella tierra quiere el señor Gutiérrez que hayan tenido lugar ciertos sangrientos episodios.

Por ser fatal España en todo para el señor Gutiérrez, lo es hasta el punto de ahogar la inspiración de los americanos que allí van a lucir su ingenio. Así es que, aunque el mundo entero venere a Ruiz de Alarcón, ese ilustre mejicano está para el señor Gutiérrez muy por debajo de Heredia, el cantor del Niágara, que es un excelente poeta lírico, pero que dista mucho de eclipsar al filósofo autor de *La Verdad Sospechosa* y de *Las paredes oyen*; y aunque la reputación del argentino Vega diste también de ser inferior a la del peruano Pardo, al señor Gutiérrez le gusta más el peruano que el argentino. ¿Sabéis por qué? Pues es por la razón de pie de banco de que Heredia y Pardo han escrito en el Nuevo Mundo, que es únicamente donde los americanos pueden tener chispa, según el doctor Gutiérrez, que no la ha tenido en ninguna parte, y porque Alarcón y Vega trabajaron en Madrid, capital que no le gusta al señor Gutiérrez, en lo cual se pierde muy poco (1).

(1) Hasta ignora el Dr. Gutiérrez que el célebre Alarcón vivió menos tiempo en Madrid que en su tierra natal, donde ejerció el cargo de regidor perpetuo. Bien que, tampoco sabe que la cubana Avellaneda escribió en La Habana y en Madrid, y que lo hizo en Madrid infinitamente mejor que en La Habana.

Hasta a los hijos de Vega insulta el doctor, diciendo que piden limosna a don Alfonso, para qué se vea si el hombre estará cargado de haber tenido por paisano al autor de *La Muerte de César*, de *D. Fernando de Antequera* y de *El hombre de mundo*, obras que valen infinitamente más que su *geometría*, su *historia* y su *prosa rimada*.

Pero donde el doctor Gutiérrez se excede a si mismo, es en los párrafos consagrados a mi humilde persona.

Dice que me entretengo en rebuscar erratas de imprenta, (¡vaya una falsedad!) Que en una *silva* he parodiado la *Desvergüenza* de Bretón, obra escrita en octavas reales (¡Aprieta!) Que defiendo la esclavitud y a los capitanes generales de Cuba, cuando no hago más que desvanecer mentiras, que, no porque le convengan al doctor Gutiérrez, han de ser verdades. (¡Ya escampa!) Que, por hablar de gramática, vengo a provocar un conflicto internacional. (¡Cáscaras!) Que soy un saltimbanqui. (¡Magnífico!) Que se me debe fusilar (¡Fuego!) Que... pero ¿quien podrá recordar todas las tonterías que el Dr. Gutiérrez ha dicho en los seis garrafales artículos que lleva publicados contra *Antón Perulero*?

En fin, lectores, mirad hasta dónde le habrá sacado de quicio al buen señor el temor de verse imparcialmente juzgado, que cifra toda su esperanza de salvación en soliviantar las pasiones por los siguientes ingeniosos medios.

Dice que yo me estoy vengando de las cosas que aquí se han dicho contra España desde 1810, fecha que sólo pueden recordar, cuando de ciencias y letras se habla, los que carecen de confianza para sostener digna-

mente la discusión, y el buen señor halla la prueba de tan descomunal desatino en el hecho de haber llamado yo *ciudadanos* a los sujetos que días atrás se bañaron en una calle próxima a la Plaza de Lorea.

He aquí el argumento con que ha demostrado el señor Gutiérrez, no mi designio de ofender a la población argentina, porque eso era imposible, sino que un doctor puede descender hasta el extremo de usar bachillerías: "Los que se bañaron, dice, eran españoles; aquí no hay más *ciudadanos* que los argentinos; luego *Antón Perulero*, al llamarlos *ciudadanos*, quiso achacar á los argentinos el disparate que sus paisanos hicieron".

De modo que, para el doctor Gutiérrez, los extranjeros aquí establecidos, ni aun siquiera somos *ciudadanos extranjeros*, es decir, ciudadanos de nuestras respectivas nacionalidades. Pues bien, sepa el doctor, que todos los que no hemos perdido los derechos inherentes a la ciudadanía, somos ciudadanos de alguna parte. Sepa el doctor, que yo no tuve la intención que me supone, y que quien la ha tenido impropia de un hombre formal, es él, al decir que mis paisanos, los que se bañaron, son de los que sólo se lavan la cara cuando llueve, y sepa, por último, que, si algo me ha sido sensible en todo lo que con el baño se relaciona, es que ni él ni yo nos encontrásemos en el lugar de la ocurrencia, pues, aunque no somos niños, por más que el doctor lo parezca cuando escribe, también nos hubiera convenido remojar el cuerpo, para refrescar un poco la sangre.

Ahora bien, ¿qué debe pensarse del hombre que, no contento con lo que dejo referido, declama contra el despotismo español, mientras él pretende coartar en una República la más universal de las libertades, que es la de

la crítica literaria, y que califica la conquista de *iniquidad*, sin irse al campo de Catriel, que es donde la expresión pudiera tener sentido? Ya lo dije antes: debe presumirse que en don Juan María Gutiérrez ha habido dos hombres, uno el que en otro tiempo fué amable, bondadoso, atento, justo, y a veces entendido, y otro el que revela hoy dotes diametralmente opuestas a las que dejo enumeradas. Es él, pues, y no es él, quien, bajo el pseudónimo de *El Porteño*, manda cartas a *La Libertad*; por donde se ve que tiene y no tiene razón Romero Jiménez en lo que sobre el asunto ha dicho.

Un consejo para concluir: Cuando el ministro de la Guerra emprenda su gran campaña, puede llevar al doctor Gutiérrez consigo, para que le sirva de lenguaraz; pues, a fe, que bien *lenguaraz* se va haciendo el doctor Gutiérrez.

CARTA NOVENA

Salió el décimo, que está de codiciarse, y con él han comenzado a llegar aquellos sastres de seguidillas que nos prometía el número nueve de Antón Perulero. Estos sastres, como los visitados por Quevedo en el imperio de Plutón son “remendones y medrosos”, y vienen malísimamente aparejados, sin dedal, hincándose la aguja a cada puntada. Pero donde los sastres se sacan sangre, es en la loa del tal número décimo, titulada: *Mi actitud periodística*; en la cual, el volatín en cuerda floja, toma tantas actitudes que al fin se queda sin tener ninguna y se viene al suelo a confundirse con el payaso. “Fué parco en sus ataques”, lo que quiere decir que será glotón en los venideros; los “hipócritas de la estolidez”, le calificarán de frío, cuando menos. Se ocupó de política, “condenó los atentados cometidos en las cárceles con infelices presos”; desvaneció errores, diciendo que “el pueblo porteño era un pueblo muy sano que *tenía un gobierno muy achacoso*; en fin, como una generosa Casandra, trató de conjurar —riendo, no llorando— los malos que amenazaban a la República. Y por premio de todos estos

beneficios, en agradecimiento a tan airoas actitudes, he aquí que los *estóolidos* e *hipócritas* se levantan contra el inocente, “no le dejan caminar de ninguna manera”, le impiden tomar una actitud determinada, y le condenan al papel del niño y del anciano de la conocida y bellísima fábula que echa a perder plagiándola con estilo de plomo. Esos *hipócritas* han convertido a don Antón en un Fígaro que no tiene permiso para escribir sino “cuanto se le ocurra y le preste motivo para la crítica”, en el seno de un “pueblo sano que tiene un gobierno muy achacoso”. Obsérvese de pasada de lo que entenderá de pueblos y gobiernos representativos este don Antón, cuando nos quiere hacer pasar por elogio el más cruel de los sarcasmos.

Si entre nosotros el gobierno, esto es, los poderes públicos, nacen de la voluntad y elección del pueblo, ¿quién si no el pueblo tendrá la culpa de los achaques y dolencias de sus mandatarios?

Por la misma razón y por una lógica idéntica, “si hay abusos, ilegalidades y *torpezas*” en la conducta de nuestros actuales mandatarios, también de estas frioleras es directamente responsable el pueblo que las soporta, o las instituciones que no proveen a su remedio. Ya ve Vd. señor don Antón cómo no le ha dejado hueso “sano” al pueblo cuyo gobierno es achacoso. Sus hechos están en contradicción con sus palabras.

En otra carta hemos demostrado cómo fomenta Vd. la discordia en este pueblo, “bastante destrozado ya por desaciertos de sus prohombres”, según su opinión respetable y competente. En esto de prohombres desacertados, debe Vd. ser maestro, como que proviene de la

tierra madre de los desaciertos, en donde los generales hacen y quitan Rey, y donde los republicanos se convierten en dictadores, una vez que se apoderan del mando disputado, invocando la libertad. Estos sí que son entuertos que debiera Vd. ir a desfacer, lanza en ristre, en la patria que ama Vd. tanto. Y no andamos desacertados en el consejo, pues Vd. mismo se describe como un caballero andante de la triste figura, diciendo: "Mi propósito es *defender* a todo el que sea *injustamente* atacado, y atacar a todo el que no ande derecho". ¡Ay de los torcidos y jorobados! El héroe de Cervantes para aumento de su honra, como para el servicio de su república, resolvió irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar aventuras en pro de los menesterosos, y Vd. tiene el propósito "de defender a todo el que sea injustamente atacado". No hay, pues, atrevimiento en el símil.

Tras la *loa*, cuya urdimbre acabamos de poner a descubierto, siguen "las elecciones". Materia tan grave debía ilustrarla Perulero con la seriedad propia de un publicista de su talla y con las buenas intenciones que animan a la lealtad de su patriotismo argentino. Así es que el asunto está tratado en *seguidillas*; agudas como las puntas de su colchón, saladas como pan ácimo, y más parecidas a pujos que a seguidillas. En resumidas cuentas, ni eso son, como vamos a verlo.

El autor de las "Fábulas literarias" dijo en la advertencia de la primera edición de Madrid, año de 1782, para "llamar la atención de los jóvenes que las lean, y se *inclinen al arte métrica-castellana*, se ha añadido al fin de la obra un breve índice de los cuarenta géneros de

metros en que está compuesta...". Y efectivamente, el maestro nos da en la fábula 40 un bellissimo modelo de *seguidillas* en sus "Dos huéspedes", en el cual modelo vemos que los versos son asonantados, especialmente el quinto y el séptimo al final de cada estrofa, sin lo cual la seguidilla no tiene el carácter ni la graciosa redondez que la distingue. Todos los seguidilleros observaron esta regla, menos el maestro de trovar entre nosotros, pues las finales de sus seguidillas son libres y republicanas hasta rayar en demagogas, como puede verse en la siguiente de "Las elecciones":

*Sin embargo, parece
Que estos señores,
Están en la fortuna
Mal avenidos.
Y es muy posible
Que la lucha termine
A farolazos.*

Estos farolazos, llegan tan mal traídos y tan no llamados por ninguna terminación de los versos anteriores, que nos recuerdan a los sastres aquellos que han comenzado a llegar. Resulta que don Antón, ni siquiera sabe hacer seguidillas, y que está tan a oscuras en materia de versificación castellana como un farol apagado.

Esto en cuanto a la forma; en cuanto al fondo, quitada a la prosa de Perulero sus rengloncitos desiguales, queda el siguiente *caput mortuum* como resultado de sus seguidillas:

"El seis de febrero está al caer: ese día es el de las elecciones, de las cuales, se abstiene la oposición fundándose en desconfianzas muy justas. No habiendo tan-

tos empleos como pretendientes a ellos, quizá los desairados "armen la gorda". ¿No sería mejor nombrar los diputados por un decreto gubernativo? Así evitaríamos que la próxima farsa de las elecciones terminase a *faro-lazos*". Este es el sentido genuino de las discordantes seguidillas que no valdrían cosa aun cuando tuvieran todos los asonantes del mundo.

Después de la *loa* y de la primera jornada en seguidilla, siguen las ciencias exactas en el sainete sin sainete de Perulero, bajo el título de "El matemático Gutiérrez". ¡Dios mío! ¡Pobre doctor! ¡Lástima le tengo! Me guardaré muy bien de defenderlo. Un matemático que olvidó tratar del *punto*, es como el filósofo de la escuela de Altieri que se olvidase del ente de razón. Este doctor no tiene defensa posible: que lo defienda la Facultad de Matemáticas de que es Decano; y los aventajados ingenieros formados en las aulas que él fundó en la Universidad. Pero, ¡válgame Euclides! ¡qué pozo de ciencia matemática había sido este Antón Terutero! ¡Con qué competencia en la declinación de raíces griegas de las palabras técnicas, nos muestra que no debe decirse *la* apotema, sino *el* apotema, que el triángulo de dos lados iguales, es "isósceles" y no "isocelés"! Mientras tanto este hombre que asistió a ciertas lecciones de griego en París, ignora que *raqúitico* que quiere decir enfermo o defectuoso de la espina dorsal, no puede o no debe aplicarse a cosas intelectuales o morales, y que nosotros por ejemplo, habríamos dicho un disparate, llamando a la crítica de la geometría, o a las seguidillas, crítica raquílica, versos raquílicos. Ningún buen hablista prohijaría en sentido figurado una palabra tan inútil y tan exótica a la lengua castellana. Sin embargo se ha-

lla, es preciso decir la verdad, en el diccionario de la sociedad de literatos.

¿Y qué diremos del romance de ciego “La discordia en concordia”? Aquí sí que queda bien parado el “pueblo soberano, de puñal y porra; gente algo arrimada a la cola que hace pepiteria de su soberanía”, y otras lindezas bien intencionadas. ¿Por qué no se reducen a romance, otras escenas menos parecidas a la junta de carlistas que nos refiere Larra? ¿No hay hechos que recomienden más que el de la *Paz* a la sociedad argentina por cuyo buen crédito y dicha se desvive Perulero?

A esta buena intención asonantada, sigue un alegato, demostrando que el matemático que olvidó el punto en su geometría, es un Nerón, un Marat, y que él y no otro debe ser el autor de las cartas tiránicas que aparecen en *La Libertad*. Con este motivo se mete Perulero en camisa de once varas, y se echa en la historia, dándonos en cara con García Moreno y Rosas, en defensa de la inquisición española, la cual según Llorente no tuvo pareja, en materia de horrores, con nada de cuanto el fanatismo religioso ha producido en el mundo. Pero, entrar en rectificaciones a este artículo del número décimo, sería como agotar el mar con una concha. Ya lo comentarán los que lo lean con conocimiento de causa y tengan interés en conocer la verdad. Lo que en él tiene aire de serio y pretensiones de conocer el pasado y el presente de los hombres de su país, es un puro contrasentido y un verdadero oír campanas sin saber donde las tañen. Guardan tanta congruencia entre sí las alusiones de Perulero a nuestros hombres y nuestras cosas en el artículo “Es él y no es él”, como la guardan su consejo de Horacio, traído en latín por los cabellos, y

los “caballos que sacan y no pagan los agentes del gobierno del Dr. Avellaneda” (a quién entre paréntesis) ya comienza a tutear Antón Perulero.

Sin embargo, hagamos una última rectificación. En su escogida y copiosa librería, debe traer a mano el erudito Perulero, las obras completas del P. Isla, autor de su misma cuerda; y entre ellas al “Día grande de Navarra” y al “Método racional para curar sabañones”. Relea la primera de estas producciones, y notará que ha copiado mal una cuarteta del enemigo de los gerundios y supinos, y que se ha equivocado al creer que en ella se hace alusión al vascongado D. Antonio Ozcariz. No es de éste sino de otro Antonio grande, o Antón, a quien hace poco que tenemos la honra de conocer por aquí, de quien se trata en esta cuarteta. Los dichos cuatro versos del P. Isla deben leerse así:

*Aun cuando se seque el Ponto,
El cielo se venga abajo,
Y el Ebro se pase al Tajo,
Siempre Antón quedará tonto.*

Hasta otra vez.

UN PORTEÑO

CARTA DÉCIMA

Nuestras cartas ya no tienen objeto. No hemos venido a la prensa a defender las obras literarias de nadie. Juzgar las producciones entregadas al público, es derecho indisputable del crítico: use de él quien quiera.

En estos renglones sólo nos proponemos dar al redactor de "La Libertad" cordiales gracias por la generosidad con que nos ha facilitado sus columnas, y decir en cuatro palabras, por qué es que creemos acabado nuestro papel de corresponsales del público.

Nuestras cartas tuvieron por objeto apoyar, en el límite de nuestras fuerzas, las ideas emitidas por un compatriota que tuvo la lealtad de decir sin rebozo los motivos, porque, siendo argentino, no podía aceptar una honra que le imponía deberes que no podía cumplir.

Como esa carta llevaba una firma conocida al pie, cierto escritor de patriotismo quisquilloso, a quien no acomodaron ni las opiniones ni el proceder del autor de la carta, hizo suya la cuestión, la extravió, la personalizó, y trató de poner de su parte a carlistas y cristinos, haciéndoles creer que, rehusar un diploma despa-

chado por la Academia española, era dar un bofetón a la nación, y manosearle las crines al león de su escudo de armas. Tamaño desacato despertó las iras del pundonoroso Perulero, se cebó en quien pensaba como nosotros, y nos vimos en la necesidad de defender nuestra bandera.

No nos interesa ahora, ni sería posible resumir los diferentes puntos tocados en nuestra correspondencia, sugeridos y provocados los más de ellos de una manera descomedida e informal por nuestro advenedizo contendor.

Tenemos sí interés en poner de bulto y fijar los objetos especiales que hemos tenido en vista, y que creemos haber logrado, comenzando por desacreditar cierto género periodístico, pésimo, cuando no es manejado por plumas sesudas, áticas y bien intencionadas; género coplero y chismoso y vulgarmente decidor, importado de los barrios madrileños del Avapies y el Barquillo; género que Larra ha asimilado con sobrada razón al oficio de la *traposa*, que husmea, busca y hace suyo lo que encuentra en los muladares; género en fin que un literato de fama ha introducido entre nosotros, incubando sus larvas en el espacio de ocho días, como los insectos.

Hemos llamado la atención de los distraídos sobre las intenciones escondidas del *literato* a que aludimos; intenciones de mala ralea, vengativas, encaminadas a sembrar cizaña en el bien abonado terreno de nuestras querellas intestinas, en el cual ningún *ciudadano extranjero, honrado*, debe meter la hoz. Esto es lo esencial.

Pero, como se han tocado accidentalmente en nuestras cartas, materias sociales, políticas y literarias, cree-

mos que al tratarlas hemos abogado por los principios más sanos y más convenientes para los argentinos; demostrando, por ejemplo, que la influencia de una civilización y de una cultura intelectual, sordas a los llamados del progreso, no es la influencia a que debemos ceder, cuando nos brindan con la suya aquellas naciones europeas en donde se piensa y no se chacotea, donde la ciencia y la libertad son las alas de que se sirve la actividad humana.

Creemos, en fin, haber puesto en transparencia, como al través de un vidrio, la incompetencia que inhabilita para erigirse en Dómine, y levantar la férula, a cierto personaje, de ingenio volatilizado en el vacío, de estrecho saber, y tan poco respetuoso por su dignidad personal, que pone en la tablilla de su taller de seguidillas, un título de sainete, especie de sambenito que lo condena al ridículo y a la burla hasta de los musamuseros de colegio.

Es del caso decir también, que, en nuestras cartas, —sin esfuerzo porque está en nuestra naturaleza— hemos manifestado simpatías por los europeos, y hecho justicia a aquellos que, fuesen de la nacionalidad que fueren, nos prestan ayuda generosa y positiva para dar lustre, crédito y riqueza a nuestro país. De este número no están excluidos los españoles, alguno de los cuales hemos mentado por sus nombres propios; como tampoco han sido excluidos de nuestra justiciera imparcialidad, los distinguidos españoles que en los tiempos modernos y en los antiguos, han sabido conquistar un nombre ilustre, en las letras. Porque al fin, aunque según la opinión del señor Villergas en su juicio crítico de los poetas contemporáneos paisanos suyos, “no puede vana-

gloriarse la España de haber tenido filósofos y es quizá la nación que ha producido *mayor número de obras místicas*", no por eso carece nuestra lengua de peninsulares, a quienes el mal régimen español arrojándolos al extranjero, les proporcionará ocasión para rehacer sus estudios, ensanchar sus ideas, y despreocupar el espíritu; transformación intelectual de que hemos aprovechado los americanos, como discípulos agradecidos, de esos pocos pero meritorios españoles.

Uno de estos mirlos blancos, perdidos entre bandadas de cuervos amigos de la carroña, nos daba desde Londres la pauta sana de conducta para con el país del nacimiento cuando deja de ser "la patria": "¿Qué es la Patria —dice Villanueva en su "Catecismo moral"—, en los Estados en donde el imperio de las leyes sucede al capricho del poder? Una gran cárcel custodiada por siervos de un Alcaide inexorable y feroz. En ese caso el hombre debe desconocer su patria". A esta luz vieron muchos argentinos a Buenos Aires bajo la tiranía de Rosas, y le fueron hostiles, hasta que la luz de Caseros iluminó la mazmorra, y la querida ciudad volvió a ser digna mansión de hombres libres. Por la misma regla moral no defenderíamos nosotros en nombre del patriotismo, las leyes opresivas que pesan sobre la colonia cubana, hija que entrada en edad, aspira a emanciparse de los lazos que la ahogan.

Hemos oído también con provecho las amonestaciones que dirigía a los sudamericanos, otro peninsular asilado en Inglaterra; amonestaciones que como una preciosa herencia, aprovechamos la ocasión de legarlas reproduciéndolas, a la joven generación estudiosa del pueblo porteño.

“¿Será posible —decía el autor del “Español Constitucional” y del “Mensajero de Londres”— que la lengua en que esto se escribe esté destinada para siempre a no expresar más que ideas que el mundo civilizado no puede oír sin desdén? ¿Se verá, para siempre, obligado el que la hable desde su niñez a quitarse la máscara, cuando salga de su patria; á avergonzarse de que lo tengan por español y de la calidad de opiniones que exige su gobierno, que la España política exige? . . . No hay país español (llamo así á cuantos hablan la lengua de Castilla), que no necesite una reforma completa: completa digo, no violenta ni inconsiderada. . . Y si es que se perdona á la buena intención de un particular sin título alguno a revestirse del carácter de maestro, el atreverse á dar consejos á pueblos enteros, los que yo pondría á los Americanos son los siguientes:

“El disgusto que los estudios de las Universidades producen en los españoles que por casualidad abren los ojos lo bastante para entender su atraso, y la escasez de libros elementales en su propia lengua, les hace recurrir á la literatura francesa, cuyo idioma aprenden á entender con facilidad. El gran mérito de los principales autores de aquella nación, de la elegancia y claridad con que hasta los más medianos escriben, y del poco trabajo y cansancio que casi todos dan a sus lectores, nadie puede dudar que los haya leído. Pero si merece algun crédito un hombre que pasó su juventud en estudiar la literatura francesa, y más de trece años de la edad madura la de Inglaterra (tal ha sido la suerte del que esto escribe), es desgracia notable de los españoles que la dificultad de aprender la lengua inglesa les haga recurrir exclusivamente á los autores franceses. . .

“De las naciones modernas, sólo la Inglaterra ha gozado de una libertad moderada en todos puntos y casi ilimitada en cuanto á la imprenta. Así es que sólo en este país se han podido discutir completamente todas las teorías de gobierno, con tan pleno conocimiento de los efectos prácticos, cuanto puede nacer de una monarquía en que existen los principios y elementos de tres gobiernos, real, aristocrático y repúblicano. Sólo aquí se ha permitido á los hombres “pensar como quieran, y decir lo que piensan:” y sólo de los escritos de tales ingenios se puede aprender á pensar con solidez y discernimiento, con vigor y nobleza, sin disimulo ni hipocresía... El grande objeto á que cada nación debe aspirar es crear una literatura y un carácter intelectual propio, acomodado á sus circunstancias, aunque fundado en los principios generales é invariables de la naturaleza.”

No es pues extraño que aquellos que oyeron con atención y retuvieron tan buenos consejos, hayan tratado, en cuanto les fué posible, de iniciarse en el espíritu del pueblo en donde tienen raíces maduras las instituciones libres, por cuyo planteamiento bregan los americanos del sud desde que comenzó la revolución. Nuestra revolución tuvo el buen instinto de orientarse por aquella estrella en medio de las tormentas que ella misma iba a levantar en el mar de una sociedad inexperta, que sólo conocía la libertad como un noble instinto, como una pasión ciega aunque generosa. Moreno, el pensamiento de esa revolución, falleció en el mar, yendo para Inglaterra con el fin de captarse a aquel pueblo, que sabe por experiencia el poder de una buena

causa, como lo era la nuestra, que era la causa de la libertad del comercio y de la libertad de pensar.

En lo íntimo de la correspondencia, que por fin cerramos, no ha existido ni por un momento, la sombra siquiera de hostilidad hacia la nación española, y hacia sus hijos. Hemos mostrado, sí, suma extrañeza, al ver que un escritor liberal, precedido de cierto renombre de entendido, ingresase en el periodismo bonaerense con el pobre bagaje con que se presentó desde el primer número de su sainete de los jueves. Mostramos extrañeza al descubrir que en recompensa de nuestra liberalidad, se propusiera sembrar la desunión, amotinar el vulgo de sus propios conciudadanos avecindados en el país, contra el país mismo, contra sus magistrados y costumbres. Tanta mayor novedad nos producía esta conducta, cuanto teníamos frescos en la memoria los ejemplos de una conducta diversa seguida por escritores peninsulares; escritores, como el que dejamos citado, que poniendo los ojos en las repúblicas del nuevo mundo, se propusieron desde Europa señalarles las sendas más rectas para que llegasen a ser felices.

Nos hemos sorprendido al ver, que en desagravio de la lengua patria, de su pureza y crédito, se sacrifique en obsequio al vulgo, esa misma lengua, su literatura y las musas, haciéndolas descender al bajo nivel del romance liviano, de la letrilla murmurona y rencillosa, de las seguidillas y *tangos* africanos de la familia de las *zarabandas* y *chaconas* de la época desgraciada del poeta-rey D. Felipe el 4º.

¿Qué hombre serio podrá contemplar sin compasión a todo un crítico literario, desempeñando a un tiempo el papel de payaso y de arlequín? Entrometido como

un trago, decidor como un chispero, busca su “ordinaria grangería”, donde la buscaba la traperera de que habla Fíguro. A la manera de cierto esculapio, que según avisos *ilustrados* de los diarios, acaba de llegar de Europa con yerbas medicinales para curarnos de todo género de enfermedades, incluso el cólera-morbus, él también, viene de por ahí, a curarnos de nuestras dolencias sociales, con amapolas de once sílabas, con malvas de a ocho, y con revulsivos en forma de epigramas.

Esta es su cuerda: Pues ahorque en ella su reputación.

Pero es que nadie puede dar más de lo que tiene. Como escritor periodístico procede el aludido de la misma manera que en la crítica litera: rozando el suelo, y no pasando más allá de la epidermis de la forma, como se ve en el autor del librito citado más arriba (1).

Esta obra consta de diez y ocho tizeretazos, siendo otros tantos los contemporáneos que congrega en su sastrería. Lo primero que resalta en estas cortas páginas, es la más triste de las envidias; la envidia a los escritores favorecidos de la fortuna, a los que son ricos: así es que el “murciélagos” de Mesonero Romanos, “tuvo la humorada de hacerse editor de un periódico y halló materiales para fabricar un palacio... hizo un gran negocio con él, mientras que Larra andaba como suele decirse, a tres menos cuartillo”. Rodríguez Rubí, a pesar de su nulidad dramática, de su ignorancia del arte, de lo inhábil de su versificación, según el crítico, “se labró una reputación colosal y una posición brillante! En es-

(1) *Juicio crítico de los poetas españoles contemporáneos*, París, 1854. (Nota de E. M.).

te caso es ya demasiado transparente el móvil de crítica tan amarga, y quiere disimularle, con la habilidad que manifiestan estas textuales palabras: "No es el bien que su fama le ha procurado lo que me anima a censurar sus obras, sino la injusticia de esa fama con tan poco talento adquirida". Un autor dramático que alcanza fama y riqueza sin tener un ápice de talento, acusa de una manera cruel el gusto y el criterio de los espectadores de sus obras. Sin embargo el crítico da lugar a cada momento a que su lector haga esta observación en detrimento de la fama de que gozan los españoles de entendidos en materias dramáticas.

La imparcialidad no se busque en este crítico, ni la templanza en los juicios tampoco; circunstancia que da al librito el aire de una colección de travesuras polémicas al servicio de las pasiones de un corrillo de café. A Bretón de los Herreros lo levanta a las nubes por ser autor de la letrilla de la *Manola*, mujer de *soberana pantorrilla*, de *brío* y *empuje*, y por consiguiente vale un mundo. Sin embargo, este autor tan predilecto del crítico, es según este mismo, poeta, de pura forma, y cómico por lo inesperado de sus *palabras*, no por la fuerza de la imaginación.

Martínez de la Rosa, cuya fama había pasado los Pirineos, en gloria de su patria, es uno de los que esquila más a raíz la tijera del crítico en cuestión. Y para no dejarle guedeja a vida, le parangona con los afortunados que como Wellington y Gutenberg no tuvieron otro mérito que vencer a Napoleón el primero, e inventar el arte de imprimir, el segundo. Esto es al pie de la letra, página 42 del "Juicio crítico".

“Más fácil es criticar que producir”, dice con mucho acierto el crítico, al enderezar contra don Antonio García Gutiérrez, hombre oscuro “salido del cuartel de Leganes para elevarse á la cumbre del Parnaso español”. El autor del *Trovador* es sacrificado por su falta de buen tono, por sus fanfarronadas caballerescas, en aras del autor francés de D. Juan de Marana y de las señoritas de Saint-Cyr. Las inverosimilitudes pululan en la obra capital del teatro moderno español. “*El Trovador*, entra y sale por donde al autor se le antoja, sea á un palacio ó á un convento de monjas: el dicho de una gitana levanta la alcurnia del infeliz Trovador al nivel de la del conde de Luna”, etc. En este artículo de García Gutiérrez es en donde mejor muestra la hilacha el crítico. Sin distinguir asuntos ni ocasión, en todo lugar, derrama su salero de sainete y desde la altura del examen literario, se abaja al nivel de D. Juan de la Cruz. Habiendo comenzado García Gutiérrez su carrera dramática con el admirable y aplaudido *Trovador*, fué desgraciado con el público al presentarle otros dramas no menos bellos que el primero. Mas habiendo rayado tan arriba en el *Trovador*, parecían pálidos a su lado sus otros dramas; y esta fatalidad del poeta tienta al crítico a comparar las piezas de García Gutiérrez a los versos conocidos del soneto de Quevedo a “una nariz”, cuyos trece, a pesar de su chiste, parecen sin relieve comparados con el primero en que el autor agotó las ponderaciones posibles e imposibles sobre su asunto olfatorio. ¡Qué tal el crítico! ¡El crítico del *Trovador*!

“Hace un milagro, al hablar con formalidad”, dice textualmente el autor del “Juicio crítico”, al tomar por delante al *Excmo. señor* D. Antonio Gil y Zárate, hom-

bre, que valga lo que valiese, se ha mostrado sumamente laborioso y ha desempeñado empleos en España que sólo se dan a personas estudiosas, a sabios en sumo grado, en los países civilizados. Y tanto menos comprendemos la ojeriza del crítico, cuando al comenzar la azotaina contra el Excmo. señor Zárate, llama excelente escritor a don Antonio Ribot y Fontseré, cuyo tratado romántico de versificar no es ni siquiera tan voluminoso como el "Manual de Literatura" del primero. El amigo Ribot, debía ser un amigo "de pega", pues dice (y repite complacido el crítico) "que su amigo Villergas es un monomaniaco, lo que unido á un deseo constante de lucha y á un genio de demonios, forma de él *un tipo* particular que ni ha tenido original ni probablemente tendrá copia, como no sea en el cielo ó en el *infierno*". (Pág. 100 del "Juicio crítico"). He ahí dos calaveras, o algo más, que se inciensan recíprocamente, o que se *rascan pelo arriba*, como diría la víctima del *Sarmienticidio*. Este capítulo del "Juicio crítico" es interesante, no sólo porque en él habla por primera vez de su vida con formalidad el autor, sino porque contiene datos preciosos sobre su biografía y entre otros el de ser oriundo y nacido y parido en una aldea de Castilla, de donde pasó imberbe a Madrid el año 1834 (1).

Ya puede calcularse cuál sería de extensa y profunda la educación preparatoria que el castellanico pudo recibir en su aldea. Y que tampoco la recibió en Madrid, consta de la misma autobiografía del literato crítico, pues en ella se dice que entró de meritorio en una ofi-

(1) En rigor, Martínez Villergas nació en Valladolid, en la aldea denominada Gomeznarro, no en Castilla; y llegó a "la villa del oso y del madroño" a la edad de 17 años. (*Nota de E.M.*).

cina, en donde no le alcanzaba el tiempo sino para devorar, de cuando en cuando, un *romance* de Quevedo o una *letrilla* de Bretón. Estos fueron los Quintilianos, los Cicerones, los Virgilio en que formó su gusto literario y su carácter el temible crítico y el eximio gramático. De donde deducimos que su saber es *de a pulso*, mamado con la leche materna, pues, nos parece, que en Castilla, y más si es la vieja, debe hablarse con propiedad la lengua que lleva este nombre, así como entre nosotros todos los paisanos del campo montan bien a caballo porque comienzan a manejar el *pingo* desde antes de mudar la dentadura.

No hemos querido leer el artículo laudatorio que consagra el crítico a la merecida buena reputación del autor de los "Amantes de Teruel" y de cuentos y fábulas intachables por la intención, y la perfección afiligranada que los distingue. No hemos querido leerle decimos, temerosos de encontrar algún símil retórico como aquel del soneto a la nariz y de los dramas hermanos del Trovador. Y eso que, aquí afirma el autor de los "Juicios críticos" que va a emplear una crítica imparcial y conienzuda, y no crítica de pandilla interesada e ignorante. Si se leen con atención estas palabras, se hallará en ellas, la confesión de parte para juzgar de la imparcialidad de su crítica para con el resto del rebaño esquilado por sus tijeras de sastre que se corta las uñas.

Ese vago clamor que rasga el viento...

Esto quiere decir que hemos llegado al Lope de Vega moderno, a D. José Zorrilla, quien encerró con cien llaves, como su maestro, los preceptos, y dió paja al vulgo español porque éste no quiere comer más que paja

desde hace mucho tiempo, y la paga bien. Hemos asociado dos nombres, uno antiguo y otro contemporáneo, no con tanta propiedad como si asociáramos a Zorrilla con Castelar: El uno, ruiñeñor de la rima, y el otro *tenor* inimitable, Tamberlik de la palabra hablada en prosa.

Mucho podría decirse en descargo de los defectos que con más o menos razón se atribuyen a Zorrilla. Y aun cuando parezca un desatino, diremos que, si nos condenaran a leer las obras poéticas de Lope de Vega, todas las líricas que se encierran en el tomo 31 de la colección de Rivadeneira, nos consideraríamos conmutados de la pena de muerte, con la forzosa lectura de los ditirambos zorrilesos.

Zorrilla es un pintor de la escuela de su nación: todo en él es colorido. No se pida a sus cuadros ni severidad en el contorno, ni armonía y propiedad en la distribución de las partes de su obra; ni filosofía en el fondo de la composición. ¿Qué filosofía es compatible con la representación de un milagro; de un éxtasis de bienaventurado; con la figura de un hombre montado sobre un *mancarrón* blanco, ante el cual huyen despavoridos a centenares los valientes hijos de Mahoma?

En vez de consideraciones de esta especie, que el crítico habría sabido hallarlas en las profundidades de su magín, lo toma al pobre *payador* de la "Cruz y la media luna", al comenzar su carrera, cuando el sentimiento y la imaginación le llevaron casi niño ante el féretro de Larra, y le arrancaron aquel ditirambo eminentemente poético, y lo mejor que ha *sentido* Zorrilla, y oído en sonos vagos dentro de sí mismo. Para juzgar un poeta es necesario conmovirse como él, transportarse con él a las situaciones que le han inspirado. Si el crítico tiene,

lo que no presumimos, humos de poeta, en esta vez esos humos son de paja, porque nunca crítico alguno se mostró más prosaico que el autor de los "Juicios críticos" cuando censura la primera e imperecedera composición de Zorrilla.

Fué pronunciada con lágrimas derramadas por la pérdida más sensible que hayan experimentado las modernas letras españolas. Esta circunstancia debió hacer caer la tijera de la mano del crítico.

Pues no señor; palabra por palabra, sílaba por sílaba, como pudiera hacerlo el Dómine Zancas Largas consultado sobre el borrador de una carta de pésame, expulga, husmea y condena: este verso por inarmónico, este adjetivo por impropio; esta comparación por falta de verdad y de lógica. Es una verdadera autopsia. Y qué calma para hacerla, cuando el cadáver aun caliente de Larra está presente; la multitud conmovida y asustada le rodea, y escucha religiosamente las vagas pero lozanas e inesperadas voces del niño, imberbe, cándido, que habla de cosas verdaderamente poéticas: del vago sonido de la campana, de flores quemadas por el verano, de la paz de las tumbas, del tiempo, del porvenir, del hastío de la vida, señalando con el índice el cadáver del que todos lamentan. . . El pueblo allí reunido en aquel solemne momento declaró poeta a Zorrilla, y anduvo el pueblo más acertado mil veces que el crítico crítico.

Por lo demás ningún triunfo más fácil que el que se puede alcanzar con críticas de semejante ralea, aplicándolas a la mayor parte de las poesías líricas del Parnaso castellano moderno. Un calvario levanta el crítico al pobre Zorrilla por haber dado el epíteto de *cano* al in-

vierno, que es la vejez del año, como la primavera es la juventud: muchos españoles han usado el mismo adjetivo, según nuestro recuerdo. Y como si la cosa valiera la pena en la obra de un hombre que ha publicado los volúmenes de rimas por docenas, le llama al “cano invierno”, poético, “ripio descomunal, ripio chocante, producto de la impotencia y de la extravagancia”.

La manía de criticar del crítico, llega hasta criticarse a sí mismo: al menos crítica de su conducta en estos mundos nos parece la que se encierra en los renglones que copiamos al pie de la letra: “. . . Apuntaré también un estribillo de dicho señor Zorrilla que probaría poca cultura como manía, y *repugna á la conciencia como cálculo*. Hablo de la patrioteria con que este autor ha solicitado los aplausos de la *multitud vocinglera*, y digo patrioteria porque los raptos de nacionalidad que no están motivados por las circunstancias y santificados por la dignidad de su ostentación, *no merecen usurpar el santo nombre del patriotismo*. . . Zorrilla ha explotado la *fácil mina de ese nacionalismo ruin*, de ese miserable espíritu de localidad egoista. . . que es un recurso tan sencillo como infalible para llegar a la ovación. Firme en este propósito le *vemos afectar* continuamente un *españolismo chillon*, hueco y enfático. . . etc.”.

¿Qué extraño es que salga tan mal parado el pobre Zorrilla en este *malón de ranqueles*, cuando el famoso y nunca bien ponderado Espronceda, el Goethe y el Byron a un tiempo de la poesía moderna española, según el sentir general de sus paisanos, no es para el crítico más que un histrión cuyos versos carecen de otro mérito que el que sabía darles su autor, leyéndolos en las tertulias con habilidad mímica y con voz agradable a

los oídos? Sin embargo, en esta matanza general, en este estrago de ametralladoras a quema ropa, en este diluvio universal, hay quienes se salvan en el arca de la misericordia del crítico, en menos número sí, que la familia del patriarca. Ribot y Fontseré es uno; el otro Aiguals de Izco, y el autor de los *juicios* finales, en plural, el tercero. *Ejusdem furfuris*.

Y estos juicios se publicaban, o se imprimían en París el año 1854, por la imprenta de Rosa y Bouret, cuando aparecían en aquella capital, todas las semanas, los artículos de crítica literaria firmados por J. Janín y Sainte Beuve, modelos de ingenio, de buen tono y de ciencia. Pudieron haber tenido influencia estos excelentes modelos franceses sobre el crítico español, pero éste no podía llenar en un día el vacío que dejó en su espíritu la educación de humanista recibida en su aldea, y perfeccionada con la lectura de los romances de Quevedo y de las letrillas a las manolas, de Bretón.

UN PORTEÑO

QUE SE DEJE DE HISTORIAS

I

Tenemos a la vista un libro anónimo, que lleva por título esta longaniza: *La Historia Argentina enseñada a los niños por sencillas preguntas y respuestas*, y se comprende bien que su autor, por tonto que sea, haya omitido su nombre en la portada, pues ningún tonto tira piedras a su tejado.

¿Quién será ese señor? Tentados estábamos para gritar aquí, como suele hacerse en el estreno de las buenas obras dramáticas: ¡El autor! ¡El autor!, y no porque ahora sintamos el deseo de aplaudir, sino... para los efectos consiguientes.

¿Será ese autor el señor D. Juan María Gutiérrez? Así nos inclinamos a creerlo, ya porque el libro está diciendo a voces, por el especial gusto de su título: ¡Soy de Gutiérrez! ¡Soy de Gutiérrez!; ya porque creemos que no hay razón para que al Ser Supremo se le llame autor de todas las cosas, pues Dios, desde la creación

del mundo, sólo ha hecho las cosas buenas, dejando para el Dr. Gutiérrez las cosas malas.

Que las preguntas del libro que vamos a examinar son sencillas, está fuera de duda, pues no sólo *sencillas*, sino *simples* nos han parecido las tales preguntas, tan simples como el que las ha escrito; pero que se atribuya la misma cualidad a las respuestas, eso es lo que no podemos conceder, y allá va una de ellas para justificar nuestra rotunda negativa.

Pregúntase una vez cómo tuvo lugar el ataque dado por los ingleses a esta ciudad en los primeros años del presente siglo, y la contestación no se limita a la explicación de la forma del ataque, sino que se extiende a los pormenores de la defensa, y aun al resultado de la lucha, todo lo cual ocupa una hoja entera del libro, o sea dos páginas nutridas de menuda letra. En fin, lectores, he aquí la *sencilla* respuesta que debe dar el educando:

“R. Los ingleses concibieron el arrojado plan de dirigirse á paso redoblado y arma al brazo, directamente á la plaza actual de la Victoria y apoderarse de la fortaleza. Para esto se fraccionaron en dos divisiones: una para entrar por el Norte y otra por el Sur, á la altura de las iglesias del Colegio de la Merced y de la Residencia. Así lo efectuaron en número de más de 6.000 hombres, formando 14 columnas, partiendo de los corrales de Miserere el día 4 a las primeras horas de la mañana. Los invasores se apoderaron del Retiro después de un reñido combate en que se distinguieron los Patricios; pero, á pesar de este triunfo, muy pronto comenzaron a desmayar los soldados ingleses delante de la lluvia incesante de piedras, agua hirviendo y balas que les dis-

paraban desde las azoteas y desde las ventanas los defensores de la ciudad. El general Vandeleur se rindió en las cercanías de la Merced, entregando sus armas á los Arribeños y Patricios; el coronel Duff corrió igual suerte á pocas cuadras de San Miguel. El ataque por el Sur no tuvo mejor éxito. Dirigíalo el coronel Pack al frente de dos columnas, una de las cuales se dirigió al Colegio y otra á la plaza. El Colegio estaba defendido por los Patricios guardando el mayor silencio, y cuando los ingleses colocaron sus cañones para batir el edificio, fueron recibidos por descargas tan nutridas de fusilería que la plazoleta del mercado actual quedó cubierta de cadáveres y de heridos de los invasores. Igual suerte había corrido la otra columna mandada en persona por el coronel Pack. Ambas tuvieron que retroceder y buscar algún asilo para rehacerse si fuese posible. Reunidas estas fuerzas y todas las demás del ataque se apoderaron de la plaza de toros (el Retiro), del convento de Santo Domingo y de la Residencia, desde donde hicieron una heroica aunque infructuosa resistencia contra el indomable valor de los defensores de Buenos Aires. Al terminar esta batalla gloriosísima para Buenos Aires, el enemigo había perdido en toda la línea 9 jefes, 65 oficiales y 1.084 hombres entre muertos y heridos; 9 jefes, 97 oficiales, 1.818 prisioneros. Es decir, más de la mitad de sus jefes, la mitad de sus oficiales y la tercera parte de su tropa”.

Tal es, lectores, una de las respuestas sencillas que contiene *La Historia Argentina enseñada a los niños por sencillas preguntas y respuestas*. Las hay más lacónicas, pero también las hay doble más largas que la que acaba-

mos de copiar, y si eso es lo que entiende el Dr. Gutiérrez por sencillas respuestas, quisiéramos saber cómo serán las que dicho señor tenga por respuestas complicadas. Lo menos que exigirá el Dr. Gutiérrez en cada una de éstas, será que los estudiantes pongan en ejercicio la lengua durante cinco o seis horas.

¡Ya, ya! Se conoce que el Dr. Gutiérrez, dejándose llevar por el *pensamiento libre* que le dió la madre naturaleza, se ha propuesto formar oradores parlamentarios con las respuestas sencillas de su libro, en el cual las preguntas deberían llamarse interpelaciones, y las respuestas discursos, y no sabemos, vive Dios, si habrá estudiantes capaces de retener todo lo que el autor de *La Historia Argentina enseñada a los niños por sencillas preguntas y respuestas* quiere que contesten; pero, si los hay, puede creerse que han de dar quince y falta, en lo *respondones*, a las criadas que salen *respondonas*.

Otra duda se nos ocurre, y es la de si los niños, por bien que hayan dormido durante la noche y comido durante el día, tendrán resistencia suficiente para dar algunas de las respuestas que en su boca quiere poner el Dr. Gutiérrez, o si antes de concluir estarán acometidos por el hambre y el sueño, de tal modo, que se vean en la situación de aquellos alumnos de un antiguo colegio, de los cuales se cuenta que, ni el sueño los dejaba comer, ni el hambre les permitía dormir. Cuando menos, falta en *La Historia Argentina enseñada a los niños por sencillas preguntas y respuestas* una advertencia, en la cual hubiera sido muy conveniente prevenir a los educandos que, para poder aprender las respuestas que llama sencillas el Dr. Gutiérrez, era necesario estudiar antes el tratado de Mnemotecnia del Dr. Mata, y que sólo diesen

las tales respuestas teniendo el cuerpo bien descansado y el estómago bien repleto.

Con esto y con recomendar que nunca los maestros hicieran preguntas a los muchachos en los días de vigilia, por la dificultad de conciliar las respuestas sencillas del Dr. Gutiérrez con los preceptos de la iglesia, (a lo menos cuando los chicos se hallasen en la obligación de observar dichos preceptos, que sería cuando, por su edad, pudieran aprender las indicadas respuestas) ni tampoco en aquellos en que se saca ánima, por el temor de que surgieran en las escuelas celos y rivalidades, creyendo los alumnos que el alma que se iba a sacar del purgatorio era la del que tuviese la fortuna de no dar una de las respuestas que tan sencillas le han parecido al Dr. Gutiérrez, habría ganado mucho el compendio, cuyo título requiere, por sí solo, un largo estudio, para quien tenga el pensamiento un poco menos libre que el Dr. Gutiérrez.

Pero, aun suponiendo que todo esto se hubiera previsto, ¿estaría en su lugar el título que el Dr. Gutiérrez ha dado a su obra? No, por cierto. En el caso de que hubiera niños capaces de aprender y dar las que el doctor Gutiérrez llama respuestas sencillas, ellos serían los que enseñasen la historia argentina a los maestros, y, por consiguiente, la obra debería llamarse, para que el diablo no se riese de la mentira: *La Historia Argentina enseñada por los niños a los profesores.*

Pero este artículo se va alargando mucho, y será conveniente dejar para otro día lo que aun tenemos que decir acerca del libro titulado: *La Historia Argentina enseñada a los niños por sencillas preguntas y respuestas.*

Antón Perulero, 17 de febrero de 1876

II

La obra original (¡y tan original!) del Dr. Gutiérrez (¡y tan doctor!), cuyo título es: *La Historia Argentina enseñada a los niños por sencillas preguntas y respuestas*, empieza así: “P. ¿Cómo se llama esta parte del mundo en donde hemos nacido? —R. Se llama América. —P. ¿Quién descubrió la América? —R. Un navegante muy sabio y valiente llamado Cristóbal Colón. —P. ¿En qué año? —R. Colón vió tierra americana en la noche del 11 al 12 de octubre de 1492, y este año es el del famoso descubrimiento de América o Nuevo Mundo. —P. ¿Quién descubrió el Río de la Plata a cuyas márgenes se halla Buenos Aires? —R. Los descubridores de nuestra tierra fueron varios, pero el primero se llamaba Juan Díaz de Solís, piloto mayor del rey de España. —P. ¿Quién gobernaba entonces la Monarquía Española? —R. El emperador Carlos Quinto”.

Hasta aquí, como verán nuestros lectores, las preguntas son realmente sencillas, y algo más que sencillas, puesto que son *simples*, según dijimos en el artículo anterior, tan simples como el que las ha escrito.

Primera pregunta: —¿Cómo se llama esta parte del mundo? ¿No creen nuestros lectores que el autor de la *Historia Argentina enseñada por sencillas preguntas y respuestas* debía empezar preguntando lo qué es el mundo y las partes en que se halla dividido? ¿No les parece también que, tratándose de un continente tan grande como el en que nos encontramos, hubiera sido

conveniente dar a los niños una idea aproximada siquiera de la extensión de este continente?

Ningún escritor había imaginado hasta hoy que pudiera escribirse la historia de un pueblo, sin dar antes las nociones de geografía que son indispensables para conocer la porción de nuestro planeta ocupado por ese pueblo. Estábase reservada al Dr. Gutiérrez la originalidad de hacer lo contrario, y por eso hemos dicho que su obra podrá no ser buena, pero es original, y muy original, tan original como el pecado de nuestros primeros padres. Bien que, lo repetimos, el Dr. Gutiérrez lo que quisiera es que los muchachos pongan en ejercicio el *pensamiento libre*, y así es que ni les dice una palabra de las paralelas, cuando les enseña geometría, ni les explica lo que es el mundo, cuando les habla de las partes que éste comprende, a fin de que ellos se luzcan adivinando lo que nadie les explica, y que tanta cuenta les tiene.

Segunda pregunta: —¿Quién descubrió la América? De esta pregunta se deduce que la América tuvo que ser descubierta por alguien, y a cualquiera se le alcanza, si tiene alcances, que hubiera convenido decir algo de lo que era la América antes de su descubrimiento. ¿Cacerá de alcances el Dr. Gutiérrez? No lo creemos así; pero le sucede a dicho señor lo que al autor de una zarzuela en que se dice, hablando de América, que es un hermoso país, (como si esta parte del mundo no tuviera muchos y muy diversos países) y para él la América está reducida, cuando más, al territorio de la República Argentina.

En cuanto a la segunda respuesta, ya hemos visto lo que en ella se dice, y es que quien descubrió la América fué un genovés muy sabio y valiente que se llamaba Cris-

tóbal Colón; pero aquí paz y después Gloria. Déjase, pues, al *pensamiento libre* de los educandos el adivinar si dicho navegante obró con recursos propios, o si tuvo que contar con el auxilio de alguna nación para realizar su magna empresa. Felizmente, pocos serán los muchachos que no sepan, por habérselo oído contar a sus padres, que la tierra argentina formó en un tiempo parte de los dominios españoles; pero esto mismo les obligará a decir para su sayo: ¿Pues cómo vino a ser para España la tierra descubierta por un genovés? Y aun para hacerse esta reflexión, necesitan los pobres muchachos saber que hay una nación que se nombra España, cosa que el Dr. Gutiérrez no ha querido decirles, sin duda con el objeto de darles más en qué pensar, lo cual será muy natural para quien procura, sobre todo, el desenvolvimiento constante y progresivo del *pensamiento libre*; pero no es lo que el mundo sabio tiene por lógico y adecuado a la enseñanza de la historia.

Tercera pregunta. Singular es que, no habiéndose querido explicar a los niños lo que era la América antes del descubrimiento, ni la existencia de la nación española, quizá para que los angelitos no lleguen a comprender cuánto debe la primera a los que le trajeron la europea civilización, se les entere, no sólo del año, sino hasta del día en que el genovés Colón descubrió la primera tierra americana. Eso sí, ya que se les haga saber ésta, el escritor ha procurado no indicar, siquiera, hacia dónde vió la primera tierra americana el ilustre genovés, para que ejerciten el *pensamiento libre*, que es lo que a él le gusta, y más si ese ejercicio les conduce a creer que la tal tierra fué la isla de Carapachay.

Cuarta pregunta: —¿Quién descubrió el Río de la Plata? Contéstase a esto diciendo que hubo varios descubridores, y que el primero de ellos fué Juan Díaz de Solís, piloto mayor del rey de España; y no dará poco que hacer a los muchachos eso que se les manda contestar, pues, por de pronto, no comprenderán ellos cómo un solo descubrimiento pudo ser, en diferentes fechas, hecho por varios individuos: luego les chocará que hubiera un rey en una nación de que no se les ha hablado, y, por último, les llamará la atención el que dicho rey tuviera pilotos. ¿Por qué no quiso explicarles estas cosas el Dr. Gutiérrez? ¿Sería para dar trabajo al *pensamiento libre*? No; aquí debió acordarse de que su pregunta ocupaba el cuarto lugar, y sin duda quiso dejar a los estudiantes a la *cuarta pregunta*.

Quinta pregunta: —¿Quién gobernaba entonces la Monarquía Española? . . . Vamos, aquí ya se habla de España y de su monarquía, pero un poco tarde, lo que nos hace ver que tiene mucho de desorden eso que el Dr. Gutiérrez llama *pensamiento libre*, y notamos, además, que se sigue ocultando a los muchachos el conocimiento de la parte que la nación española tuvo en lo principal, es decir, en el descubrimiento de la América, con lo cual será difícil que, los que otra historia no lean, lleguen a saber las razones que tienen para estimar a aquellos de sus gloriosos ascendientes que, si cometieron faltas, tuvieron, entre otros méritos, el de traer a estas tierras, no sólo la semilla de la civilización, sino la noble raza a que ellos pertenecen y la hermosa lengua en que expresan sus pensamientos.

Y no decimos más, respecto al orden con que están presentados los sucesos en la *Historia Argentina ense-*

ñada a los niños por sencillas preguntas y respuestas. Por la muestra se conoce el paño, y la confusión en que han de dejar a los niños las primeras preguntas de la obra, y el haber respuestas que ocupan más de dos páginas de regular impresión, creemos que son circunstancias suficientes para que nuestros lectores comprendan cuán por debajo de una concepción mediana está la obra que hemos examinado.

¿Se recomendará esa obra por su lenguaje? Esto es lo peor que tiene, como era la figura lo mejor que tenía el chato, pelón y jorobado de que nos habla Moratín en uno de sus epigramas.

Dejemos, efectivamente, a un lado locuciones como la de que “Rojas entró *a* la República Argentina” y de que Urquiza “entró *a* Buenos Aires”, lo que ya hemos criticado en otros autores, que no saben que se entra *en*, y no *a* tal o cual punto. Prescindamos también del uso de verbos tan raros como el *expedicionar*, que no se conoce en la lengua castellana; el *prestigiar* que no equivale a dar *prestigio*, como lo supone el Dr. Gutiérrez, sino a hacer *prestigio*, o sea habilidades para engañar a los sentidos, y el activo *rehusar* en vez del pronominal *rehusarse*, que es el que hoy existe. Pasemos, en fin, por alto el adjetivo *provisorio*, que debe aplicarse sólo a lo que pide pronta providencia, y que el Dr. Gutiérrez ha confundido con el *provisional*, que es el que se emplea para calificar lo que existe *interinamente*, y veamos si, haciendo abstracción de estos nada académicos rasgos, consigue el autor expresarse de modo que los chicos le entiendan.

POESÍAS DEL DOCTOR GUTIÉRREZ

I

Antes de entrar en materia, y bien podemos hablar así, puesto que más materia que espíritu hay en las poesías que vamos a examinar; antes de entrar en materia, decimos, será bueno recordar que uno de los motivos más poderosos que tuvo el Dr. Gutiérrez para rechazar el consabido diploma, fué el saber que había un señor llamado Serrano que veía en el lenguaje un medio de tributar culto a Dios; de lo cual dedujo el ex-miembro correspondiente, que la nación española era un pueblo de devotos.

Por de contado, en España, como en el resto del mundo, hay de todo. Si de allí salió un Ignacio de Loyola, que en el siglo XVI fundó la Compañía de Jesús, allí, también, nació en ese siglo un Julián Salinas de Castro que, desafiando a la inquisición, supo burlarse del sibarismo de las comunidades religiosas, en un poema, del cual se puede formar idea por estos versos:

.....
*Y aunque era teatino,
 Tenía más de tea que de tino:
 Reluciente y sereno,
 De rostro afable, curibarto y lleno.*

*Mas, bien considerada
 De esta arpía visión la piel manchada,
 Por noticia divina
 Conocí que era el dios de la cocina.
 Besé la tierra dura,
 Y dije el miserere con mesura.*

*Traía nuestro hermano
 Un plato encima de otro en una mano,
 Que de concha servía
 A dos pintadas truchas que traía.
 Iba con presto vuelo
 (Que era también San Pedro de este suelo)
 Y hecho su cumplimiento
 Al Padre Provincial de su convento,
 Dándole el plato dijo,
 (El rostro entre temor y regocijo):
 "Tome su reverencia,
 Y perdone, que hacemos penitencia".*

Si en nuestro siglo, al tiempo de elaborarse la Constitución en 1812, hubo quien escribiese un *Diccionario Razonado* contra el progreso, con la pretensión de que el mundo siguiese viendo en el Papa el supremo legislador de la tierra, también hubo un Bartolomé José Gallardo que publicase un *Diccionario Crítico-Burlesco*, en que se hallan párrafos como este: "Que si se lleva cuenta y razón del bien y el mal que ha hecho Roma al mundo, desde que la fundó aquel hijo de su madre que diz que mamó leche de loba, hasta el tiempo de Constantino; y de este siervo de Dios hasta el siervo de

los siervos del Señor que hoy la rige *in partibus*; la suma del bien puede que sea casi cero con proporción al cuento de cuentos de mal que en el capitolio se ha fraguado contra el género humano”.

Si más tarde hubo un Balmes, digno discípulo, en religión, del ultramontano Conde de Maistre, buen contrapeso halló tan elegante prosista en el librepensador Larra. Si Zorrilla consagró su vida a ensalzar el despotismo del rey Don Pedro y el fanatismo religioso, Espronceda fué republicano y panteísta. En fin, contra los muchos poetas que no aciertan a tomar la pluma sin dirigir una imprecación a Voltaire, hemos tenido al gran Quintana, el más avanzado de los vates de nuestro siglo, el sublime cantor de la imprenta y de esta tierra americana a que llamó *virgen del mundo*, y tan adelantado era en ideas filosóficas aquel hombre, que, a su muerte, fué necesaria la intervención del gobierno para que le enterrasen en sagrado.

No es esta la ocasión de discutir quién sigue rumbo más acertado, si los escritores que mantienen la fe teológica o los que la combaten. A nuestro propósito basta el dejar demostrado que en España, como en los demás países, hay hombres que afirman y hombres que niegan, y hecho esto vamos a ver si en América, donde no escasean los espíritus reformadores, no hay o no ha habido también poetas distinguidos que canten o hayan cantado las excelencias de la religión de sus mayores.

Repasad, lectores, las obras del ilustre Bello, y una de las más notables composiciones que en ellas encontraréis es la *Oración por todos* (imitación de Victor Hugo), en que se hallan estrofas tan llenas de unción, a la vez que de armonía, como la siguiente:

*Ruega, hija, por tus hermanos
Los que contigo crecieron,
Y un mismo seno exprimieron,
Y un mismo techo abrigó.*

*Ni por los que te amen solo
El favor del cielo implorés:
Por justos y pecadores
Cristo en la Cruz expiró.*

Ved, lectores, las magnas producciones de Heredia, y en este cubano encontraréis el poeta místico, no sólo cuando dedica sus inspiraciones a *la religión*, sino hasta cuando escribe su oda al *Niágara*, y, extasiado en la contemplación de aquella natural maravilla, exclama, dirigiéndose a Dios:

*Ví mentidos filósofos que osaban
Escrutar tus misterios, ultrajarte,
Y de impiedad al insondable abismo
A los míseros hombres arrastraban.*

Pues ¿qué diremos de la cubana Avellaneda? En ella vimos siempre la inspirada poetisa y la neo-católica intolerante, siendo tal su fervor, que la mayor parte del tiempo consagró su sonoro plectro a los asuntos religiosos.

Ved las poesías del venezolano Maitín, cantor de *Jehová*; del peruano Valdés, traductor de los *Salmos*, del uruguayo Figueroa, que rivalizó con el anterior en el mismo trabajo; del mejicano Castillo y Lanzas, que vertió al castellano la *Oración* de la inglesa Hemans; de Navarrete, mejicano también, que hizo el poema eucarístico *La divina Providencia*, y por último, del argentino Echeverría, cuya sentida composición titulada *Ruego* comienza así:

*En tí, Señor, confío,
 A tí, mi Dios, me entrego;
 Mi humilde y triste ruego
 Implora tu piedad;
 No mires con desvío
 Mi llanto y amargura,
 Que aunque mi alma está impura,
 No abriga la impiedad.*

El mismo Mármol, en su inspirado canto a los *Trópicos*, no quiere mirar al cielo sin pagar este tributo a las creencias en que se ha educado:

*La luna se presenta como la virgen madre
 Que pasa bendiciendo los hijos de Jesús.*

¿Y qué? ¿Ha protestado contra estas místicas expansiones el hoy *esprit fort* Gutiérrez?

Al contrario; en la colección de composiciones selectas de poetas sudamericanos que dicho señor dió a luz en 1866, se hallan la *Oración por todos*, de Bello; el *Lux aeterna lucebit*, de Bustamante; el *Nacimiento del Redentor*, de la Avellaneda; el *Dios al hombre*, de Heredia; el *A Dios*, de Abigail Lozano, y la *Oración*, del chileno Matta; obras todas en que se hace del lenguaje un instrumento de devoción, siendo, por lo tanto, una garrafal inconsecuencia del doctor Gutiérrez el condenar en el español Serrano lo mismo que ha celebrado en los poetas del Nuevo Mundo ⁽¹⁾.

(1) No hay tal "inconsecuencia". Don Juan María es liberal, pero es deísta. Fuera de dogmas y lejos de templos, él adora a Dios como un pagano y rinde culto al Hacedor del Universo sin oraciones. A su maestro en liberalismo —Voltaire— y a todos los enciclopedistas del siglo XVIII, se les hubiera podido hacer idéntico reproche. Era la ideología más avanzada de la época. (Nota de E. M.).

Pero ¿qué decimos? El mismo doctor Gutiérrez, en sus tituladas poesías, habla con Dios en cada página, y no con el Dios de Spinoza y de otros filósofos, sino con el Dios de Moisés y con el de Pío Nono, como más tarde lo veremos; de donde se infiere que no tenía el buen señor por qué renunciar el puesto de miembro correspondiente, aunque el Diccionario de la Academia hubiera traído la definición santurrona que tanto le escoció en la obra del señor Serrano.

Dos reflexiones para terminar este artículo:

1ª El doctor Gutiérrez no quiso acordarse del poeta Mármol al hacer su colección de composiciones selectas. ¿No era Mármol poeta? Sí, pero el doctor Gutiérrez nunca fué amigo suyo y por eso no lo consideró digno de figurar en su libro. Tales son la imparcialidad y el patriotismo del autor de las poesías que vamos a examinar, y de los artículos en que ha querido negarnos a los extranjeros el derecho de escribir en esta tierra (1).

2ª El doctor Gutiérrez tiene por poetas sudamericanos a Heredia y demás *cubanos*, a Alcaraz y demás *mejicanos*, y al *centroamericano* Montúfar. Esto nos hace ver la extraña idea que de la *América del Sur* se ha formado el doctor Gutiérrez.

(1) Muy mal informado se halla Martínez Villergas en este punto: Mármol fué gran amigo de Gutiérrez. En su popular novela *Amalia* lo cita entre los escritores argentinos que la tiranía proscribió. También le dedicó poesías. Por su parte, don Juan María lo incluyó en la célebre *América Poética* y prologó sus *Cantos del Peregrino*. Al regresar a la patria, después de Caseros, se encontraron en un banquete donde se celebraba la caída de Rosas, y a los brindis ambos lo hicieron saludándose con sendas improvisaciones en verso. La de Mármol puede leerse en el tomo II de sus *Armonías*. Don Juan María, que desdeñaba la improvisación en arte, no recogió la suya en el tomo de sus *Poesías*. (Nota de E. M.).

Antón Perulero, 2 de marzo de 1876

II

No hemos pedido consejos a Némesis al emprender este trabajo; no vamos a dar al doctor Gutiérrez lo que se llama un vapuleo, ni menos a devolver a dicho señor insulto por insulto. Quédese para los espíritus liliputien-ses la necesidad de creer que, cuando a un escritor se le ofende en su carácter privado, con dicterios de baja ralea, se le ha puesto fuera del gremio literario. Ese modo de razonar es el que se le ocurre a cualquiera; y nosotros lamentamos los ataques indecorosos de que hemos sido blanco durante algunos días, no porque hayamos salido en ello perjudicados, sino porque tales ataques nos han hecho ver el encono del que nos los dirigía.

Hoy, al repasar el libro de *Poesías* que ese doctor dió a luz hace siete años, empezamos por leer el prólogo, en el cual encontramos estas palabras: "Ni siquiera se me pasa por las mientes la idea de presentarme en demanda de títulos de poeta. Aspiro, cuando más, a que se me tenga por un tributario en verso al caudal de la literatura patria".

Podrá esto ser un rasgo de falsa modestia; pero nosotros, contra la perniciosa teoría que en este particular sostiene *El Tribuno*, estamos más bien por la hipocresía de la virtud que por el cínico alarde del vicio; y declaramos ingenuamente que, ya que todos los mortales debemos obedecer en nuestros juicios al influjo de alguna circunstancia, quizá no hemos pagado nunca tributo a ninguna más que a la del buen o mal efecto que nos ha producido el mayor o menor grado de estimación en

que públicamente se han tenido aquellos a quienes hemos criticado.

Éramos amigos de don José Zorrilla, que ha escrito mucho bueno y mucho malo; pero le vimos un día infatuado, hasta el punto de decir que concebía "como un Dios" y que el mundo y él se miraban frente a frente, llegando, en fin, a llamarse, o a tolerar que se le llamase, en el anuncio de una de sus obras: *El Homero del siglo*; y para bien suyo, para que él se humanizase y no hiciera cosas impropias de un hombre de talento, le pusimos delante de los ojos cuanto había de falso y de vulgar en muchas de sus poéticas lucubraciones.

Fuimos, también, amigos personales de Espronceda; pero vimos a este no común vate aceptar, para su *Diablo Mundo*, aquel prólogo en que se le presentaba como superior a Homero, a Shakespeare y a Goethe, y quisimos probar que había en España quien protestase contra una herejía literaria que, en daño de nuestra patria, podía explotar el númen burlesco de otras naciones.

¿Hemos hecho ver en esos casos el exagerado patriotismo de que algunos mentecatos nos acusan? ¿Dábamos en ello la demostración de abrigar el sentimiento de la envidia, como estúpidamente lo ha aseverado el doctor Gutiérrez?

¡Envidia! ¿Y qué teníamos que envidiar en escritores que cultivan géneros de poesía tan diferentes de aquel a que nos habíamos dedicado nosotros? De habernos sentido alguna vez dominados por tan miserable pasión, hubiéramos envidiado los triunfos de Larra y de Lafuente, y al contrario, fuimos siempre admiradores y apolo-gistas de esos escritores satíricos, que no dejaron de tener detractores apasionados. ¿Por qué hemos celebrado a

Quintana, Hartzenbusch, García Gutiérrez, Campoamor y otros autores de nuestro siglo? Porque al mérito de sus obras unieron el de no tributarse incienso a sí mismos y el de no ingresar nunca en esas asociaciones de elogios mutuos que en todas partes han existido siempre, y que un día celebraron en Inglaterra a un Gondibert, mientras afectaban desconocer el estro de Milton, como otro día mataron en Francia, temporalmente, la *Fedra* de Racine, para dar vida a la de Pradon, iniquidades que jamás sanciona la posteridad.

Ahora bien, el doctor Gutiérrez se ostenta en el prólogo de sus poesías tan humilde como se ha mostrado soberbio al rechazar el diploma que le había mandado la Academia, y poco nos importa averiguar si, respecto a su talento poético, dice o no lo que siente. Le juzgaremos conforme a las prudentes aspiraciones que manifiesta, lo cual no hará que le tengamos en más alto concepto del que como poeta merece, pero sí nos ordenará ser menos exigentes y usar con él un tono más serio del que hubiéramos podido emplear en otro caso.

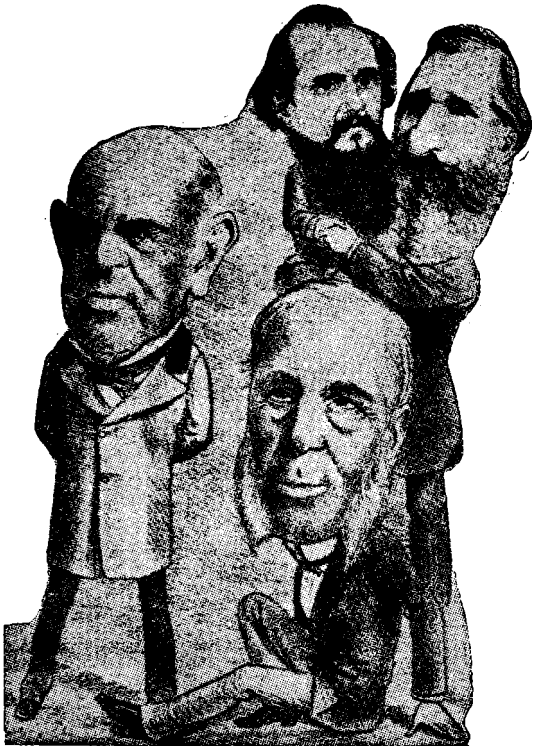
Y aquí debemos advertir, no cuánto se equivocan, sino cuánto faltan descaradamente a la verdad, los que suponen que nuestras críticas se reducen al examen superficial de las faltas gramaticales. Nosotros atendemos al fondo y a la forma, porque la forma afecta muchas veces al fondo de tal manera, que lo realza o lo desnaturaliza, según ella es más o menos afortunada. Así debía entenderlo Fenelón, cuando tanto corregía sus escritos que, según el descubrimiento que del manuscrito del *Telémaco* se ha hecho en nuestros días, empezó de seis maneras distintas la redacción del primer párrafo de dicha obra; y así lo comprenderán los que saben cuán

diferentes efectos puede producir una misma idea expresada por varios autores, haciendo llorar en unos lo que haga reír en otros, y bostezar en la mayor parte. En cuanto a la gramática, no sabemos por qué la crítica la ha de echar en olvido, cuando de ella depende que el autor no diga muchas veces lo contrario de lo que ha intentado decir. Podrán quejarse en ese punto los articulistas que escriben para ellos solos, lo que no les priva de manifestar el orgullo de que han hecho alarde al decir que ni siquiera se dignaban leer los escritos de *Antón Perulero*, cosa que sería ridícula en quien tuviese alguna celebridad, y de ahí puede deducirse lo que será en esos papanatas condenados a oscuridad perpetua; pero, porque les disguste a dichos articulistas aquello mismo que deberían agradecer, puesto que con ello pudieran aprender algo de lo mucho que ignoran, no hemos de consentir que, lo que en ellos es jerga, pase por idioma.

No se halla el doctor Gutiérrez entre los que peor escriben el castellano. Aunque tiene sus faltas, es correcto casi siempre, sobre todo, cuando hace versos; pero, ¿cuál de sus composiciones elegiremos para hallar en dicho señor algo más que un medidor de sílabas y rimador de palabras?

Empecemos por la titulada *El domingo*, ya que en ella se trata de la *Creación*, esto es, del acontecimiento más antiguo de que un hombre puede ocuparse, y he aquí lo que le dice a Dios el poeta:

Como de primavera
Las gotas puras que en el campo brillan,
Brillaron en la esfera
Al santo "fiat" de tu voz los mundos,
Mi Dios, que maravillan.



*Caricatura de Sarmiento, Gutiérrez, Avellaneda y Alsina,
por Enrique Stein*

Aquí el doctor Gutiérrez no habla como sabio, ni la crítica literaria tiene derecho a censurarle por ello; tampoco está con el moderno panteísmo germánico, ni aun con los teólogos reformistas Mosheim, Beausobre, Cudworth y otros que, a las explicaciones del Génesis, opusieron la teoría de las emanaciones de Platón. Es el poeta de la fe, de la revelación, de la católica ortodoxia; es el creyente que repite estas palabras de Moisés: “Hágase la luz, y la luz fué hecha”; que apoya estas otras de David: “Habló Dios y todo fué hecho, mandó y todo fué creado”; que corrobora las de Isaías: “He llamado al cielo y a la tierra, y los dos se han presentado”; que está conforme con las de Judit: “Habéis hablado, Señor, y todo se ha hecho; habéis dado un soplo y todo se ha creado”; y, finalmente, que dice, con la madre de los Macabeos: “Dios ha hecho el cielo y la tierra, todo lo que contienen, y la raza humana”.

Todo esto está bien; pero, ¿corresponden el entusiasmo del creyente y la sublimidad de su estilo a la magnitud del asunto? En otro artículo podremos decir lo que sobre este particular opinamos.

Antón Perulero, 9 de marzo de 1876

III

Dícele el doctor Gutiérrez a Dios que, a su *sañto fiat*, brillaron en la esfera los mundos, como las gotas de primavera brillan en el campo, y apostamos a que, al oír esto, Dios, con ser Dios, se ha quedado sin entender al doctor Gutiérrez.

Porque, en primer lugar, ¿qué son gotas de primavera? En segundo lugar, ¿de qué son esas gotas? ¿De agua, o de vino? Y suponiendo lo primero, ¿a qué gotas se refiere el autor? ¿A las del rocío, o a las de la lluvia? De cualquier modo que sea, ¿a quién se le podía ocurrir eso de comparar los mundos a las gotas? Virgilio, aun hablando por boca de un rústico, al establecer un parangón entre Roma y las poblaciones vecinas, creyó conveniente añadir: *Si parva licet componere magnis*. ¿Qué no habría, pues, agregado aquel hombre, en el caso de establecer una comparación como la del doctor Gutiérrez.

—“Pues me lucí —dirá Dios— si los mundos de que poblé el firmamento, no brillan más que las gotas de primavera, sean esas gotas de rocío o de lluvia, de agua o de vino”.

La composición continúa de este modo:

*Mares inquietos, pérfidos, profundos,
Con peces variados, escamosos,
Con rojizo coral, con perlas albas
Diste por linde al mundo. Coronados
Fueron los montes en sus frentes calvas
Por tu dedo, Señor, con fuego vivo;
La llama del volcán con nubes bellas;
Y el leve ambiente que en azul se baña
Con guirnaldas de estrellas.*

“¿Cómo? —dirá Dios—. ¿Yo dí los mares por linde al globo? Pues qué, si se trata del globo terrestre, ¿no fofman parte de ese globo los mares?”

Y tendrá Dios mucha razón para decir esto, porque, si donde el doctor Gutiérrez dijo globo, hubiera dicho tierra, ya se entendería que, observando la superficie del globo en que vivimos, había mirado el agua como linde

de la tierra; pero habló del globo, que no linda con ningún mar, y por consiguiente, atribuyó a Dios un milagro tan *escamoso* como los peces a que hace referencia.

Luego dirá Dios: “¿Conque yo he coronado con vivo fuego las frentes calvas de los montes y con guirnaldas de estrellas el ambiente leve que se baña en azul? Pues aviado estaría yo, si hubiera hecho las tonterías que me cuelga el doctor Gutiérrez”.

La obra de éste prosigue:

*En los pinos, Señor, de la montaña
El blando nido del pichón colgaste,
Y a los cachorros de la tigre huraña
En los robustos troncos abrigaste.*

“¡Hombre! —dirá Dios—. ¿Conque yo me entretuve en hacer nidos de pichones y en colgarlos en los pinos de la montaña? Lo creo porque es un *doctor* quien me lo dice; pero juraría que lo que yo había hecho eran sólo las palomas, dotando a éstas de la facultad de hacer sus nidos y de colocarlos donde les diese la gana. ¿Conque también puse los cachorros de la tigre en los troncos de los mismos pinos sobre cuyas ramas colgué los nidos de las palomas? Esto es tan extraño, que dudo mucho que mi trabajo haya durado largo tiempo, pues la paloma, animal naturalmente tímido, debe haber procurado anidar en adelante lo más lejos posible de las tigres que tienen cachorros, y si no fuera un doctor quien me lo dice, había de darle un mentís de los más solemnes”.

Luego dice el autor:

*Entre las flores del Edén perdido,
Pusiste al hombre, tu postrer hechura.
Y en sus curvos anillos escondido
Al primer seductor de la hermosura.*

Aquí dirá Dios: “Eso no es verdad; yo no puse a Adán en el Edén perdido. Adán fué quien perdió el Edén, por haber desobedecido mi mandato. En cuanto a la serpiente, tampoco la escondí en sus curvos anillos, pues, al contrario, éstos fueron los que quedaron escondidos en ella. Se equivoca, por lo tanto, el doctor Gutiérrez, y lo siento, porque un doctor no debía incurrir en tan crasos errores”.

Pero acabemos de copiar la obra dominguera:

*Y viendo que era bueno
Cuanto tu mente creó, sublime gozo
Iluminó tu faz, llenó tu seno,
Y entonces descansando
En medio al universo que nacía,
Consagraste al reposo
Las horas de este día.*

Y aquí acaba, y a esto se reduce todo lo que un asunto tan vasto como el de la Creación le ha sugerido al poeta. La cosa más trivial, por ejemplo, la simple fabricación de una cabaña, puede prestar motivo al hombre de verdadera inspiración para escribir un poema largo y nutrido de conceptos filosóficos. La Creación sólo se lo ha dado al doctor Gutiérrez para hacer veintinueve versos, que no encierran pensamiento alguno y que, prescindiendo de ciertos gordos disparates, parecen escritos con el único fin de mostrar la exigüidad de un humano cerebro.

En cuanto a la dicción poética, ¿dónde está? ¿Qué hay en la raquílica descripción que de la Creación del mundo nos da el doctor Gutiérrez, que no sea un trozo de prosa rimada? ¿En qué se parece ese estilo vulgar y totalmente desprovisto de verdaderas galas, al estilo

animado y brillante de los vates, de los que no hacen consistir la lengua de los dioses en el mecanismo de la versificación?

¡Y este es el hombre que nos habla del *pensamiento libre*! ¿Dónde se ve el pensamiento libre del doctor Gutiérrez, como no sea en el prurito de violentar la prosodia, para dar a las palabras más o menos sílabas de las que tienen, como, v.gr., cuando hace monosílabo el verbo *creó*, y cuando pone diéresis en la *i* de *variados*, para que parezcan endecasílabos dos versos que no lo son realmente, puesto que tienen, el uno una sílaba más, y el otro una sílaba menos de las necesarias?

Puede que en otros géneros sea el doctor Gutiérrez más afortunado, y eso es lo que procuraremos ver en la próxima semana.

Antón Perulero, 16 de marzo de 1876

IV

En una octavilla del libro que a la vista tenemos, prueba el doctor Gutiérrez haber sido siempre hombre de *pensamiento libre*, si por esto se entiende, no el pensar libremente, sino el escribir sin sujeción a precepto alguno de los que para ello han establecido la ciencia y el buen gusto. Dice así la tal octavilla:

¿Cuál fué mi crimen? Lo sé:
 Fué el amar la libertad,
 Aborrecer la maldad,
 Llevar la cabeza altiva;

*Jamás hundirla en el polvo,
Que ante el altar del tirano
Alzaba el tropel insano
De la turba enceguecida.*

Todos los atentados que contra la gramática y contra el arte poética podría permitirse el más torpe escolar de una aldea, en el caso de tener la mala ocurrencia de ponerse a escribir versos, se hallan aquí acumulados con una prodigalidad que inspira compasión.

Por un lado, el arte ordena y el simple buen gusto manda que, en el metro aquí elegido por el doctor Gutiérrez, todas las terminaciones de los versos sean *graves*, menos las de los cuarto y octavo, donde han de ser siempre *agudas*.

El doctor Gutiérrez ha hecho lo contrario, pues ha dado a los versos primero, segundo y tercero las terminaciones *sé*, *libertad* y *maldad*, que son *agudas*, y a los cuarto y octavo las *altiva* y *enceguecida*, que son *graves*. Todo al revés; y no pecó en dicha estrofa solamente, pues en las dos que a ella siguen se repite, en parte, la misma falta.

El efecto de estas infracciones de las reglas del arte, es de lo más antimusical, de lo más ingrato y desabrido que darse puede. Lo es tanto, que ofende al tímpano hasta el punto de no poderse concebir cómo el doctor Gutiérrez no adivinó las reglas de que llevamos hecho mención, ya que las ignorase cuando escribió una malhadada estancia, que parece hecha a propósito para descalabrar a los amantes de la poesía; y no vacilamos en añadir, que el solo hecho de no adivinar eso que el simple buen gusto sugiere a cualquiera, es una prueba paten-

te de que el doctor Gutiérrez no debe a la naturaleza una organización de las más poéticamente caracterizadas.

Esto, en cuanto al arte poética, que, respecto a la gramática, vemos en la citada estrofa dos impropiedades que no merecen disimulo, consistiendo la primera en decir que el autor lleva o ha llevado la cabeza *altiva*, porque no es *altiva*, sino *erguida*, o *con altivez*, como se suele llevar la cabeza; y la segunda en usar el chocante adjetivo *enceguecida*, sacado del no menos estrafalario verbo *enceguecer*, que nada tiene de castellano, y cuya invención no hace ninguna falta una vez que existe el *cegar*, como están en corriente ejercicio el adjetivo *ciego* y el participio *cegado*.

No es, pues, de extrañar que, quien desafueros tales comete en ocho versos en que, por otra parte, no hay grandeza alguna de concepto que pueda atenuar una licencia, siga en otras composiciones, sin apercibirse de ello, haciendo alarde de su falta de respeto a las reglas de que hemos hablado.

Así, por ejemplo, en la leyenda *guaraní*, que el autor titula *Caicobé*, se le vé rimar *suma* con *plumas* y *tuya* con *arrulla*, como se permite hablar de *la nácar*, haciendo *femenino* lo que siempre fué *masculino*.

Dirá el doctor Gutiérrez que el *pensamiento libre* no se sujeta a las trabas impuestas por los que han escrito reglas para hacer versos y escribir con propiedad; pero el adoptar el verso, cuando se puede hablar en prosa, ¿no es ya imponerse voluntariamente una traba? Y el que admite con gusto esa traba ¿por qué ha de rechazar todas las que de ella emanan lógicamente? Por ese principio del *pensamiento libre*, podía el doctor Gutiérrez poner en sus versos más o menos sílabas de las que deben tener,

prescindir de los acentos, de la cesura, de las leyes de la rima o de la asonancia, etc., siempre que así le conviniera; y ¿en qué se distinguiría entonces el bueno del detestable versificador? Por ese mencionado principio, podía también el doctor Gutiérrez apartarse de todo orden gramatical, y aun dejando aparte la consideración de que la jerga del palurdo merecería el mismo respeto que el lenguaje del hombre instruido, ¿cómo nos compondríamos para comprender a ciertos escritores los que no estuviésemos iniciados en los secretos de la jerga?

Pero si de lo dicho se infiere cuán poco debía conocer el doctor Gutiérrez el idioma castellano y las reglas del arte poética cuando escribió los versos que a la vista tenemos; si de ello se deduce también el vicio de organización que no le consintió al doctor Gutiérrez adivinar lo que el oído indica naturalmente a los hombres que han venido al mundo con el privilegio de hablar lo que se ha convenido en llamar lengua de los dioses, ¿puede subsanar en algún modo las faltas de forma en que tan frecuentemente incurre, con la riqueza de las imágenes o las delicadezas del sentimiento?

La equidad nos ordena decir que el doctor Gutiérrez no es siempre un hombre desprovisto de facultades intelectuales y afectivas, y que con gusto le vemos alguna vez encariñarse por algún objeto humano, como lo manifiesta en la misma producción que titula *Caicobé*, donde, describiendo a la heroína de su poema, tiene redondillas como las siguientes:

*Y teme perder del seno
Una joya misteriosa,
Talismán contra el veneno
De la serpiente dañosa.*

*Ya se ha engolfado en las ramas...
La oculta ya el bosquecillo,
Con sus verdosas retamas
Salpicadas de amarillo;*

*Ya circundó la laguna...
Ya atraviesa la cañada,
Cual se desliza la luna
Sobre la linfa parada, etc.*

Y luego, en el canto que dicha heroína consagra a su esposo el Sol, se leen cuartetos como estos:

*Tú, que conviertes en vapor los lagos,
Y deshaces en agua las neblinas,
Que crías, al calor de tus halagos,
Mariposas con alas peregrinas;*

.....

*Cámbiame en rayo de tu luz pintado,
En mariposa que tu luz refleje,
En árbol por la brisa acariciado,
O en tórtola amorosa que se queje.*

Aquí vemos algo que no es común, que pone al autor por encima de lo que se llama vulgo, que revela algún sentimiento y con él la capacidad de pintar sencilla y naturalmente lo que la imaginación ha concebido. Debemos reconocerlo así, porque no obedecemos a los mezquinos impulsos de animosidad al ejercer el ministerio de la crítica; pero tampoco descubrimos nada que, a nuestro modo de ver, coloque al doctor Gutiérrez a la altura de los verdaderos vates de que se puede envanecer la América del Sud, y de que ha cabido una buena parte a la República Argentina, como pronto lo demostraremos en otros estudios literarios.

Terminaremos aquí este artículo, y acaso en la semana próxima daremos fin a este asunto, que ya se va haciendo enojoso, para dedicarnos a otros que reclaman preferente atención en las presentes circunstancias.

Antón Perulero, 23 de marzo de 1876

V

Dijimos en el artículo anterior que veíamos con gusto al doctor Gutiérrez *encariñarse*; pero no pudimos pasar de ahí, porque dicho señor no llega jamás a *apasionarse*. Por eso es frío constantemente; por eso, hasta en *su fuerte*, que es la poesía patriótica, le hallamos a menudo ocupado en producir efecto con imágenes falsas y también con frases que, obedeciendo a lo postizo de la inspiración, han de presentar naturalmente muestras repetidas de la impropiedad y del prosaísmo en que incurren cuantos quieren hablar en verso *invita Minerva*.

Ahí está, para no dejarnos mentir, la composición *A Mayo*, que es la primera del tomo, y la en que más ha debido enardecerse el poeta, puesto que en ella trata de lo que siempre sugiere brillantes pensamientos a los verdaderos vates, que es la independencia de la patria (1).

(1) Esta composición le valió a don Juan María el primer premio, medalla de oro, ofrecida en el primer certamen poético que se realizó en el Plata, el año 1841. Su lectura "fué interrumpida —al decir de Alberdi— en cada idea brillante, es decir a cada paso, por aplausos ruidosos y exaltados". Y mereció la aprobación de Florencio Varela. En aquel certamen habían intervenido José Mármol, Luis L. Domínguez, José Rivera Indarte y Francisco Acuña de Figueroa. (*Nota de E. M.*).

¿Y qué es lo que el autor nos hace ver al ocuparse de tan conmovedor asunto? En lugar del patriota que pulsa la sonora lira de Píndaro, creemos descubrir una monja, trazando con incierta pluma las impresiones que de una antigua función de maitines le ha comunicado la madre abadesa.

En más de veinte páginas de prosa rimada, el buen señor no nos ofrece un solo concepto que salga de la esfera de lo adocenado, a no ser que merezcan llamar la atención aquellos rasgos de gusto monjil que abundan en la obra, tales como los siguientes.

Habla el doctor Gutiérrez de una voz profética que, dirigiéndose a los argentinos, suelta unos cuantos lugares comunes, y agrega luego:

Y la voz prosiguió: Sois escogidos

Para llevar un mundo en las espaldas.

¿Se le hubiera ocurrido a otro doctor, que no fuera el señor Gutiérrez, el decir cosa semejante a sus compatriotas? No; cualquiera otro habría nombrado siquiera *los hombros*, para poner de este modo a sus paisanos a la altura de un Atlante; pero él les hizo cargar con el mundo sobre el lomo, cual si fuesen a llevar un baúl, lo que bien merece la calificación de *cargante*. Provino esto, sin duda, de que el poeta olvidó el castellano por haber aprendido el francés, cosa que no nos ha sucedido a los demás; y como los franceses nombran *épaule* a lo que nosotros llamamos *hombro*, por *hombros* tomó las *espaldas* el doctor Gutiérrez, de lo cual resultó para muchos millones de habitantes del globo que sólo conocen la lengua española, haberse puesto *atrás* lo que debió ir *encima*, y así se convirtió en caricaturesca una reminiscencia pagana que pudo ser majestuosa.

A continuación menta el doctor Gutiérrez a los españoles, de los cuales dice cosas tan raras como esta:

*Que llevan corazón en las entrañas
Duro como el metal de sus blasones.*

Donde se vé que el doctor Gutiérrez ha tratado a los españoles tan mal como a sus paisanos; y no tanto por eso de decirles que tienen duro el corazón, sino por asegurar que llevan éste en las *entrañas*, fenómeno cuyo examen más pertenece a la crítica anatómica que a la literaria.

Pues ¿y aquélllo que el doctor Gutiérrez ha titulado *En un convite de argentinos proscriptos*? Respira dicha producción, que quiere ser patriótica, la misma vulgaridad de pensamientos que la anterior, no ofreciendo de particular, o de poco común, nada que no sea alguna gracia del tenor siguiente:

Y caigan al licor gotas de llanto.

Miren ustedes, que eso de poner a unos hombres con las copas en las manos, para que, al ir a brindar, pidan ellos mismos que sus lágrimas caigan sobre el vino que van a beber, es a donde puede llegar un espíritu extraviado en la rebusca de cuadros sentimentales. Pero, en fin, eso, aunque malo, se entiende, cosa que no sucede con lo que sigue:

*Óigase al desterrado... Como el humo
Desvaneci6 de un huracán la ira
Su sueño juvenil.*

Porque, vamos a ver, ¿adivinará nadie aquí que el doctor Gutiérrez quiso expresar la idea de que el sueño juvenil del desterrado desvaneci6 la ira del huracán, co-

mo se desvanece el humo? De cada cien personas consultadas sobre el asunto, noventa y nueve pensarán que, a los ojos del doctor Gutiérrez, el humo tiene la virtud de desvanecer la ira del huracán, y que por eso ha comparado dicho señor el tal humo, ya con el sueño juvenil del desterrado, ya con el desterrado mismo.

Pero donde el doctor Gutiérrez ha sabido apurar todo lo que hay de frívolo y de prosáico en su poético magín, es en la composición que lleva el epígrafe: *A la Patria, en el aniversario del 9 de Julio*. Esta sí que es, en el Parnaso, lo que fuera de él ha dado en llamarse *composición de lugar*, y vamos a dar una idea de sus más ingeniosos rasgos a nuestros lectores.

Hace hablar el autor a sus compatriotas en versos alejandrinos como este:

Pues jamás las antiguas cadenas cargaremos.

donde el verbo *cargaremos* es un poco chocante para cosa seria, y luego les hace decir que la leche que mamaron

Por montes y llamas propagó la igualdad,

y a fe que aquí el *propagó* está reñido, no solamente con la dicción poética, sino con la cadencia también, por el pícaro acento que tan buen efecto haría en la sílaba novena o undécima del alejandrino y que destroza el tímpano en la décima en que se halla colocado.

Pero, al fin, pronto se enmienda el vate, como lo prueban estos versos:

*¿Dónde habrá aguas tan dulces, ni tan color de perlas,
Como esas que los bosques se inclinan para verlas? . . .*

El doctor Gutiérrez alude a las aguas del Paraná, complaciéndose en que no sean cristalinas, que a eso

equivale el darlas el color de las perlas; lo que es, sin duda, original, tanto, que apostamos a que pocos lo han hecho hasta ahora, y nadie lo hará en lo sucesivo. Bien que la novedad, es, por lo visto, lo que le preocupa más al doctor Gutiérrez. Por eso, así como otros poetas han dicho que los árboles se inclinan para verse en las aguas, al expresado señor le ha dado la gana de hacer que se inclinen, no únicamente los árboles, sino los mismos bosques, capricho para cuyo cumplimiento es de absoluta necesidad uno de esos terremotos de oscilación que causan horriblos estragos. En cuanto a la gramática que en los dos versos se descubre, bien se conoce que el poeta ha leído la obra de su amigo Calderón, y con eso está dicho todo.

Pero allá van tres versos de los buenos del doctor Gutiérrez:

*¿En cuál afortunado oasis de la hermosura
El casto amor del alma arroja más ternura
Que por los ojos blandos de la argentina fiel?*

Bien extraño es, por cierto, que en esta tierra, donde hay tendencia a convertir los agudos en graves, no faltando quien diga *páis* en lugar de *país*, el doctor Gutiérrez haga lo contrario poniendo en la *i* de la palabra *oasis* lo que debiera estar en la *a*. Sin embargo, esa licencia no ofende personalmente a nadie, y así la dejaremos pasar; pero no podemos consentir la de calificar de *blandos* los ojos de las hermosas argentinas, pues es terneza y no blandura lo que se advierte en los tales ojos, a los cuales se infiere un agravio cuando se pretende dirigirles un chicoleo.

Pasa el poeta luego a describir los terrenos que hay desde Jujuy al Plata, y dice que en ellos:

A cuantos son cristianos podemos dar festín.

Es decir, que a los musulmanes, o a los hebreos y aún a los libre-pensadores, aunque sean hombres muy apreciables, no se les convida. Es hasta donde podía llegar la intolerancia religiosa del Dr. Gutiérrez, a quien tanto ha escocido luego la definición que de la palabra *lenguaje* dió un señor Serrano, sólo porque en ella se hablaba de Dios. Y por último, para acabar de convencernos de la negación de su oído musical, agrega el poeta que, en los citados terrenos,

*Tesoros hay bastantes para saciar entrañas
Que la avidez del oro atormenta sin fin.*

Como ya lo hemos dicho, en este metro no se puede acentuar la décima sílaba sin destruir la cadencia. Son las sílabas novena o undécima las que deben llevar el acento; de modo que, para que pueda pasar por verso el último de los alejandrinos citados, es preciso alterar la pronunciación de la palabra *atormenta*, diciendo *atórmenta* (esdrújulo), o *atormentá* (agudo).

Preciosos apuntes habíamos sacado de otras composiciones del Dr. Gutiérrez para prolongar esta crítica; pero no queremos hacer uso de ellos; ya porque lo dicho basta para manifestar el concepto que como poeta nos merece, el tal Doctor; ya porque tememos abusar de la paciencia de nuestros lectores, consagrandole excesiva atención a determinados asuntos.

Aquí damos, pues, por concluída la crítica de las obras del Doctor Gutiérrez, a quien todavía dedicare-

mos un artículo, para hacerle entender lo que pensará *La Academia Española*, cuando lea la carta que tanto ha dado que decir en estas regiones y tenga noticias exactas de los méritos literarios del hombre que tan desdénosamente mandó a paseo, a los que le obsequiaban con un diploma.

La obra poética de don Juan María, a mi entender, puede parangonarse con la de sus contemporáneos, a pesar de ser más escasa y más intermitente. Menéndez y Pelayo reconoce que "se aparta mucho de la vulgaridad corriente en las odas patrióticas, procede con cierta majestad solemne y vierte nobles pensamientos en el raudal de una versificación cristalina... A diferencia de muchos paisanos suyos, sabe siempre lo que quiere decir; y el cuidado de la lima no daña a la gracia y gentileza de los movimientos de su musa, clásica por instinto más que por escuela, modestamente ataviada con cierta nativa elegancia que contrasta con el abandono de Echeverría, con el desorden de Mármol, con el énfasis apocalíptico de Andrade".

José Enrique Rodó, otra voz de estudioso, afirma la calidad de la poesía de don Juan María con este párrafo: "Dentro de la originalidad americana, su sello personal consistió en hermanar con la directa expresión de las cosas propias y con el sabor de la tierra, cierto suave aticismo, cierta maestría de delicadeza plástica e ideal, que decoran la agreste desnudez del tema primitivo con la gracia interior del pensamiento y el terso esmalte de la forma. Evocó de la leyenda indígena figuras de mujer que descubren, bajo sus plumas de colores, la morbidez del mármol preciosamente cincelado, y que llevan en sus melódicos acentos algo de las blandas melancolías de la *Ifigenia* de Racine o la *Cautiva* de Chénier. En el paisaje, puso la misma nota de deleitosa poesía, la misma suavidad acariciante en el toque e igual desvanecimiento apacible del color. Dueño de un pincel exquisito, se complació en reproducir las tintas tornasoladas del crepúsculo, los cuadros de líneas serenas y graciosas, las marinas estáticas de la calma. Robó a la naturaleza regional los más encantadores secretos de su flora, y supo representar hermosamente la sensibilidad del *caicobé*, el trémulo balanceo de la *flor del aire*, a quien la rama agitada por los vientos sirve de columpio, y la lluvia de oro del *aromo*, cayendo sobre el suelo abrasado por los rigores del estío".

Ricardo Rojas —y con él cerramos el trígono de la más autorizada crítica en tres épocas—, escribe: "La ordenación de los cantos de Gutiérrez, por él mismo reunidos en series, indican que su inspiración obedeció a un plan deliberado y pautas de doctrina. Esto sólo basta para señalarlo, con rasgo individual, en la frenética ronda de los románticos. No es un gran poeta, pero es un poeta de antología, por el arte cons-

EL SECRETARIO DE LA ACADEMIA

Para terminar el asunto de que tanto se ha ocupado *Antón Perulero*, es muy posible que el Secretario de la Academia Española escriba, en prosa, algo parecido a lo que aquí se dice en verso.

SEÑOR EX-MIEMBRO CORRESPONDIENTE

*No comprendiendo bien, D. Juan María,
Cómo ha podido usted, por ser galantes,
Tratarnos con tan poca cortesía,
En la carta en que, así, cual a porfía,
Destroza el bello idioma de Cervantes;*

*Dijimos todos: ¿Si será infundado
Cuanto de este señor se pregonaba?
Y sus obras habiendo examinado,
Vemos, señor D. Juan, cuán engañado
Estuvo quien de usted nos informaba.*

ciente que guía su producción, proporcionando al poema nuevo con viejo gusto clásico, y añadiendo a la armonía del conjunto la nitidez del detalle decorativo. Sus cantos son breves y sobria es su decoración, no sólo por natural limitación de su fantasía, sino también por disciplina de su cultura. De ahí que, a pesar de su reflexivo americanismo y de los nombres indígenas con que colora su expresión, sea el más castizo de los poetas de su tiempo, notándose a la vez la precisión de su léxico y la corrección de su prosodia". (Nota de E. M.).

*Cierto es que ha escrito usted Geometría,
Salpicada de historias y novelas.
Pero ¿tiene, tan rara fruslería,
Paralelo con algo? No, a fe mía,
Pues ni siquiera tiene paralelas.*

*Es verdad, por desgracia, harto notoria,
Que una historia hizo usted, dando tormento
Al idioma citado, ¡extraña gloria!
Y además se ha probado que esa historia
Menos tiene de historia que de cuento.*

*También consta que usted, D. Juan María,
Después de sus científicas menestras,
Cultivó con afán la poesía,
En la cual solamente ha dado muestras,
De menos que mediana medianía.*

*En vista, pues, de lo que escrito dejo,
Estoy señor D. Juan, autorizado
Para decir a usted, que en el espejo
De sus obras habiéndole mirado,
No hemos visto del sabio, ni un reflejo.*

*Que, por lo tanto, usted no merecía
La distinción que le hizo la Academia,
Cuando ésta, atenta a injusta nombradía,
Expuso su buen nombre a una blasfemia,
Por pensar en usted, D. Juan María.*

*Y que, en fin, si nos vimos engañados,
No es fatal la lección que hoy se deplora;
Pues nos hará vivir escarmentados;
Y como usted, señor D. Juan, no ignora,
De estos suelen salir los avisados.*

SARMENTICIDIO

EL SARMENTICIDIO, de tanta notoriedad en su época cuanto hoy olvidado, contribuye notablemente a completar en el espíritu del lector la figura intelectual del adversario del doctor Gutiérrez. Por eso lo publicamos a continuación. Es un libelo original, casi inédito por lo raro, tanto que es difícil encontrarle, aún en las bibliotecas públicas, y enseña cómo se las gastaban los críticos de aquella época de lucha.

Así como, mediante la gentileza del escritor Ernesto Morales, utilizamos para la edición de este libro las cartas aparecidas en LA LIBERTAD y corregidas de puño y letra del autor, para el SARMENTICIDIO hemos recurrido a la primera edición del libelo, publicada en París el año 1852, también de su propiedad.

EL EDITOR



D. Juan Martínez Villergas

SARMENTICIDIO

6

A MAL SARMIENTO

BUENA PODADERA

**Rotacion, comentario, réplica, folleto ó como quiera llamarse esta
quisicosa que, en respuesta á los viajes publicados sin ton ni son
por un tal Sarmiento, ha escrito á ratos perdidos un tal**

J. M. VILLERGA.

PARIS

AGENCIA GENERAL

DE LA

BIBLERÍA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA

Quai Voltaire, 9.

—
1853

PRÓLOGO DEL AUTOR

De algunos años a esta parte han tomado los viajeros franceses el estribillo de divertir a su pueblo a costa de la nación española, llegando esta monomanía hasta el punto de que hay escritores que no han salido de Francia y publican obras voluminosas contando acerca de las costumbres de España las cosas más absurdas y extravagantes. Otros, efectivamente han viajado, pero lejos de decir a su regreso lo que han visto, forjan los mayores disparates, y lo que es peor, pagan con el insulto la hidalga hospitalidad que han recibido. Yo recuerdo haber visto en Madrid a M. Roger de Beauvoir, quien por su recomendación de literato francés, recibió las muestras de afectuosa consideración propias de nuestro carácter leal y franco. Por casualidad se había traducido un drama de dicho autor titulado *El mulato*, y la empresa del teatro del Príncipe se apresuró a poner en escena este drama, casi olvidado ya en Madrid por su escaso mérito literario, todo con el objeto de lisonjear el amor propio de M. Roger de Beauvoir, a quien dió gratis uno de los mejores palcos; de modo que este pobre hombre, sorprendido, anonadado con los agasajos de que era objeto,

apenas encontraba palabras con que expresar su gratitud. “¡Oh! —decía—. Nunca olvidaré la noble acogida que me han hecho los españoles, cuyas bondades haré conocer a mis paisanos”. ¿Pero qué sucedió? A los quince días de haber salido de Madrid, tuvo el descaro de remitir a las mismas personas que le habían obsequiado, un folletín suyo en que hablaba de los españoles como de una tribu salvaje; ponía en ridículo la ejecución de su drama después de haber dicho que le había hecho mejor efecto en el teatro de Madrid que en los de París; decía que le habían convidado a ver la función, a la que asistió no tanto por gusto como porque temía que le diesen una puñalada. En fin, sería muy largo de contar todo lo que contenía aquel innoble folletín.

Todo el mundo sabe también las patrañas que Alejandro Dumas publicó a su vuelta de España, pero francamente, los españoles no hacemos mucho caso de lo que contra nosotros digan los autores franceses, porque comprendemos la precisión en que se ven de inventar fábulas, de referir cosas extraordinarias para llamar la atención en un pueblo cansado ya hasta de los buenos libros.

En esta inteligencia bien pueden los franceses desgañitarse en la inútil tarea de desacreditar a España, seguros de que no hemos de tomar a pechos sus insultos los que tampoco agradecemos sus elogios. Pero ha llegado a mis manos una obra de *Viajes*, publicada en Chile por un tal Sarmiento, el cual, no tanto tal vez por antipatía como por espíritu de servil imitación, pone a los españoles como ropa de pascua.

En vista de esto, y no queriendo yo que circulen impunemente especies que pueden rebajar el buen con-

cepto de los españoles entre nuestros hermanos de América, he creído conveniente escribir esta refutación, que espero recibirán los americanos con su habitual benevolencia.

A D. F. SARMIENTO

¡Ay! ¡he vivido mucho!
 Como dice Timon; he visto un día
 Tributarse en Madrid, que es pueblo ducho
 En la galantería,
 Obsequios y cumplidos,
 Más finos cuanto más inmerecidos,
 A *Roger de Beauvoir*, gran literato
 Y autor, entre otras cosas, de *El Mulato*;
 Obra, a la vez, de ingenio blando y duro,
 Música sin andante y sin alegre,
 Drama del gusto gris, mulato puro,
 Es decir, medio blanco medio negro.

He visto a este escritor volver a Francia
 Dando pasto a estrambóticos errores,
 Contando muchos cuentos sin sustancia
 Y pagando en injurias los favores.
 Mas no enconado y ciego
 Castigar debo aquí la digna hazaña
 De este oscuro francés... He visto luego,
 En ese suelo de la noble España,
 Accesible al amigo y al ingrato,
 A *Dumas* el insigne literato,
 Lumbrera del Francés romanticismo,
 Autor, y más que autor de otro *mulato*,
 Porque es mulato él mismo.

He visto a este sujeto
 En la patria de Lope y de Moreto,
 País que él ensalzaba
 En tanto que a sus planes convenía,

Y emociones gozaba,
Y obsequios recibía,
Y los *Habanos* célebres fumaba,
Y el buen vino de Málaga bebía.

He visto, en fin, a este hombre
Que alcanzó con sus dramas y novelas
Un envidiable y merecido nombre,
A su vuelta ensartar mil... bagatelas;
Y haciendo a España blanco de sus iras
No diré mil... ¡millones de mentiras!

Estas cosas he visto, y sin embargo
Nunca las dí valor, pues me hago cargo
De la chispa traviesa
Y el carácter ligero
De la nación francesa,
Donde el hombre más rígido y austero
Rinde culto al feroz charlatanismo,
Y por brillar o por ganar dinero
Se burla de su padre y de sí mismo.

Pruébanos este aserto la experiencia,
Y así la desdeñosa indiferencia
Sigue al francés que afable o inclemente
Se ostenta amigo o enemigo ardiente
Y en plausos o insultos se desata,
Porque se sabe bien que de esta gente
Ni el dulce llena ni el veneno mata.

Mas si el tiro de tales badulaques
Sabemos recibir a sangre fría,
Confieso, y juro por el alma mía,
Que al ver otros ataques
No se puede tener filosofía.

¡Doble sus golpes la extranjera saña
Contra un pueblo que siempre al atrevido
Concede compasión, desdén u olvido!
Pero, en verdad, lo que a los nervios daña,

Lo que da a un español grima o tormento,
Es la conducta extraña
De un hombre como usted, señor Sarmiento.
¡Insultar a la España!
¡Lanzar contra su raza, por manía,
Una crítica injusta, brusca y seca...
Después de Cham y usted solo lo haría
El que asó la manteca!
Yo, digo lo que siento,
No le conozco a usted, señor Sarmiento,
Si no es para servirle; pero un hombre,
Mentar oyendo de Sarmiento el nombre,
Tales señas me ha dado...
Que le estoy viendo a usted pintiparado.
Si guardan bien de la verdad la valla
El informe de este hombre y mi memoria,
Parece que es usted corto de talla,
Pero gigante en la ambición de gloria:
Cosa que no censuro ni critico;
Antes bien, la comprendo y me la explico.

Siendo, en efecto, usted, de los pequeños...
Quiero decir, de breves proporciones,
No me sorprenden sus dorados sueños,
Quiero decir, sus locas ilusiones;
Que a veces los más ínfimos mortales,
Es decir, los de cortas dimensiones,
Abrigan esperanzas colosales,
Es decir, insolentes pretensiones.

Pero sí, me sorprende, lo repito,
La no envidiable hazaña
Con que, por el prurito
De hacerse singular, insulta a España
Un retoño español, vástago acaso
De la nata y la flor de aquella gente
Que aunque en número escaso
Llenar pudo ella sola un continente.

Y esto, señor Sarmiento, francamente,
Lo digo porque estoy bien convencido
De que es usted, aunque le dé tormento,
De origen español; que su apellido
Fuera, sino, distinto de Sarmiento.

Sí por cierto, mi amigo, esa palabra,
Que quizá sus orejas descalabra,
Es palabra española;
Y sirve por sí sola
Para nombrar el vástago lozano
En que crecen las uvas,
Cuyo jugo exquisito, soberano,
Llena de rico néctar sendas cubas.

Ahora bien; si la voz es castellana,
Porque fuera el negarlo empresa vana,
Aunque en contrario arguya el orbe entero,
Su apellido de usted no es extranjero;
Y no siendo extranjero su apellido
¿De dónde quiere usted que haya salido?
¿De dónde ha de salir? pregunta extraña;
¿De lo más español que hay en España!

Un medio hay todavía, si tal tedio
Le inspira a usted la castellana gente,
Para negar, en fin, lógicamente
Su origen español; pero este medio,
Que no promete grandes resultados
Y en cuestiones inténase vedadas,
Fuera un bochorno a sus antepasados,
Y una calumnia a sus antepasadas.
¡Mal medio, detestable, impuro y loco!
Ni usted le aceptará ni yo tampoco.
Pero entonces, no marra;
Esto quiere decir, yo no lo invento,
Que España, por ejemplo, es una parra
De la cual ha brotado ese Sarmiento.

Por eso me enardece
 Una conducta que, de usted en mengua,
 Ninguna humana lengua
 Podrá calificar como merece.
 Y en efecto, señor, venga un venablo
 Que el pecho me taladre
 Si no es el mismo diablo
 Quien al hijo azuzó contra su madre.
 Si señor, se lo digo francamente,
 Tal proceder el corazón desgarrar,
 Por más que alguno demostrar intente
 Que en el mundo no hay cosa más bizarra
 Que *un sarmiento subiéndose a la parra.*

¿Quién le ha prestado a usted la virulencia
 Con que a mi patria injuria; quién la tinta
 Con que imprime un borrón en su conciencia
 Cuando de España las costumbres pinta?
 ¡Quién ha de ser! la vanidad sin duda;
 Esa pobre pasión que ofusca al hombre
 Cuando tiene apetito de renombre
 Y no del genio la potente ayuda.

El afán de lucir es muy frecuente;
 Sólo que unos lo colman en la tierra,
 Ya brillando en las artes, ya en la guerra,
 Y otros por malos medios solamente.
 Hay ente que en su anhelo furibundo
 De llamar la atención en este mundo,
 Lleva calzón azul con una franja
 De color de naranja,
 Plagados de troneras los zapatos,
 Corbatín y chaleco de una pieza,
 Bastón con garabatos
 Y una especie de embudo en la cabeza.
 La vanidad humana
 Consigna a cada paso una simpleza.

Por una gloria vana
Quemó Erostrato el templo de Diana,
Y usted por vana gloria
Maldice de su raza la memoria:
Vana gloria que causa sentimiento
Y que supone, porque usted lo sepa,
Un corazón, no solo de sarmiento,
Sino de inerte y carcomida cepa.

Yo no quiero seguir el mal ejemplo
Del que fama adquirió quemando un templo,
Ni parodiar la saña
Que, ya por ignorancia o por malicia,
Muestra usted abrigar contra la España,
Un torpe alarde haciendo de injusticia.
Pero siento también mi sed de gloria:
Lanzar mi nombre anhelo cual ninguno
Al Panteón de la historia,
Como decía el inmortal tribuno;
Y voy a hacer un libro, pero miento,
Que un folleto es no más, señor Sarmiento:
Un folleto oportuno
En cuyas líneas, por pasar el rato
Y llamar la atención de cualquier modo,
Cometeré el infame desacato
De probar que es usted... *gran literato*
Y hombre de *juicio recto*, sobre todo.

J. M. V.

París, Agosto de 1853.

CAPITULO PRIMERO

Errores del señor Sarmiento, respecto a la historia, literatura y carácter de los franceses

Después de haber dirigido al señor D. F. Sarmiento la palabra en verso, séame permitido dirigirla al público en prosa, y creo conveniente explicar la razón de la forma con que prefiero hablar a cada uno. Hablo en prosa al público, porque sería muy difícil adaptar el verso a lo mucho que tengo que decirle, y hablo en verso al señor Sarmiento para no dar a este caballero por la vena del gusto; pues según lo que he podido traslucir, si el señor de Sarmiento no es un escritor eminentemente prosaico, al menos es un hombre apasionadamente amigo de la prosa; y basta de preámbulo.

Algunos de mis lectores habrán probablemente leído la obra publicada, por un tal D. F. Sarmiento, bajo el epígrafe de *Viajes en Europa, Africa y América*; y digo probablemente, después de limitar algo el número de los lectores de dicha obra, no porque yo crea que los tales *viajes* no merecen ser leídos por todo bicho viviente, sino porque no todas las inteligencias están cultivadas suficientemente o templadas a propósito para hallar atractivo en los escritos del señor Sarmiento. Tampoco quiero decir que este autor escribe mal, como suponen algunos, sino al contrario, creo que tiene tanto talento, tanta imaginación... que se pierde de vista. Además, el estudio que dicho señor

ha hecho de la lengua francesa, es un inconveniente para que entiendan su castellano los que no tienen la dicha de conocer el francés; porque este autor ha barajado de tal modo los dos idiomas, ha hecho, en fin, tal mezcolanza de palabras y de frases, que no sería posible decidir cuál es la lengua dominante en la obra a que me refiero. Así, este escritor puede envanecerse de tener pensamientos tan elevados, tan sublimes, que se escapan a la comprensión de las inteligencias vulgares, y al mismo tiempo puede jactarse de escribir en una lengua medio francesa medio española que tiene el privilegio de no estar al alcance de los españoles ni de los franceses.

Tal es el concepto que el señor Sarmiento me merece, y así no parecerá extraño que yo tenga un placer en participar, aunque no con frecuencia, de las opiniones de tan extraordinario escritor. Por ejemplo, voy a citar un parrafito de los susodichos viajes en que yo, que apenas he dado un ligero paseo por España y Francia, estoy de acuerdo con un hombre que ha recorrido las tres quintas partes del mundo. Dice así: "Hay para mí algo de tan santo en las grandes desgracias de los pueblos, que creo complicidad imperdonable el silencio siquiera, cuando otros se permiten juzgarlos mal". Yo digo lo mismo, y como el señor Sarmiento ha juzgado en mi concepto mal a la España, no debo guardar un silencio que equivaldría a una imperdonable complicidad. En efecto, el señor Sarmiento ha juzgado mal al pueblo español, como lo probaré más adelante, y no porque dicho señor carezca de talento y de conciencia, sino tal vez porque su rica imaginación se mece a una altura tan grande, que le hace ver el mundo, como a D. Simplicio, del tamaño de un cañamón.

Y esto es tan cierto que la confusión de ideas del señor Sarmiento se descubre en todas sus elucubraciones; ya pinte las costumbres de los pueblos que ha recorrido, ya contemple la naturaleza, ya examine el arte, ya en fin discurra sobre cualquiera de los puntos político-económico-literario-filosófico-sociales comprendidos en su obra, verdadero laberinto donde temo penetrar, seguro de no hallar la salida sin el auxilio de un hilo como el de Ariadna.

Pero he padecido una equivocación al decir que el señor Sarmiento pinta las costumbres, cuando sólo se entretiene a veces en repetir cuentos tradicionales como el de Roberto el Diablo que trae por los cabellos en su viaje del Havre a París: "Una vieja crónica (dice) cuenta que Roberto, hijo de un gobernador de Neustria en tiempo de Pepino...". Me es imposible continuar sin hacer algunas observaciones, y la primera es preguntar al autor, quién es ese Pepino que parece, según él, haber merecido alguna celebridad en Francia. Yo no tengo noticia de que haya figurado en la historia ningún individuo de esa fruta conocida con el nombre de *pepino*, digna cuando más de figurar en la ensalada, ni pienso devanarme los sesos para averiguarlo, que no es cosa de descalabazarse por un pepino.

Sin embargo, la analogía me dice a mí que el señor Sarmiento quiere hablar del francés Pepin, llamado en español Pipino, para evitar el equívoco; pero aunque así sea, falta saber si el autor se refiere a Pipino el *Gordo*, mayordomo de palacio, que tuvo una gran influencia en los destinos públicos, o al rey Pipino, llamado el *Breve* por su reducido volumen, como que en esta parte dicho personaje y el señor Sarmiento tendrían poco que echarse en cara, pudiendo llamarse a éste el Pipino de los sarmientos, y al otro el Sarmiento de los Pipinos. Ahora voy a concluir el período que había empezado a copiar, aunque más valdrá copiarlo desde la cruz a la fecha. "Una vieja crónica cuenta que Roberto, hijo de un gobernador de Neustria, en tiempo de Pepino, mató a su maestro de una puñalada; más tarde se presentó en la vecindad de Ruan en un monasterio, hizo reunir la comunidad, escogió la monjita más salada, y se la llevó al campo y la violó".

¡Vean ustedes qué párrafo tan elegante, tan sublime y tan desvergonzado! Pero ¿qué digo, desvergonzado? Nada de eso. Las obras deben juzgarse conforme al carácter y a la importancia de sus autores, o por lo menos, así se juzgan generalmente. Partiendo de este principio, yo acepto este párrafo, que si fuera de algún escritor adocenado como Chateaubriand, Byron, Quintana u otros zarramplines por el estilo, me parecería indigno de ver la pública luz y sobre todo indigno de

caer en manos de las púdicas doncellas; pero siendo de un hombre tan eminente como el señor Sarmiento, es incapaz de ofender a nadie, y estoy seguro de que será leído sin rubor hasta por los más acérrimos partidarios de las malas costumbres.

El mismo respeto me inspira el juicio que hace el señor Sarmiento de la literatura francesa, y es como sigue:

“Estas alucinaciones (dice hablando de la arquitectura) no carecen sin embargo de ejemplos más altos. ¿No se moriría de fastidio Buffon al oír a Saint-Pierre leer su *Paulo y Virginia*?...”.

Decididamente, el señor Sarmiento sabe mucho; pero es poco afortunado para traducir nombres propios del francés. Antes tradujo *Pepino* por *Pipino*, y ahora traduce *Paulo* por *Pablo*. ¿Ignora el señor Sarmiento, por ventura... (y no por Ventura de la Vega de quien hablaremos después) ¿ignora, digo, el profundo sabio de quien me ocupo, que el nombre *Paul* en francés es equivalente a *Pablo* en español? No por cierto; es imposible que el señor Sarmiento sea tan ignorante, sólo que, lo repito, tiene mala fortuna para esto de traducir nombres propios: siempre los hace impropios.

“¿No han dado coces los españoles, —continúa el autor—, Martínez de la Rosa el primero, contra la rehabilitación del arte romántico, ellos a quienes esta resurrección de Lope de Vega y Calderón les venía a dar papel en la historia de la inteligencia humana en que ni antes ni después tomaron parte? ¿Pueden llamarse clásicos los que no han estudiado nunca el griego?”.

Una fábrica de papel continuo necesitaría yo tener a mi disposición si fuera a escribir todo lo que me ocurre acerca del parrafito que acabo de copiar, y eso sin detenerme a criticar la palabra *coces* que hasta en una obra del señor Sarmiento me parece un si no es malsonante y chapucera. He aquí, recopilándome lo posible, las observaciones que debo hacer al citado párrafo.

Primera. Puede el señor Martínez haberse pronunciado en contra del romanticismo, pero niego que todos los españoles hayan hecho otro tanto, como lo supone el señor Sarmiento, y

para no atestiguar con muertos, diré que yo, español de los más españoles, como que nací en Castilla la Vieja, he mirado siempre con alguna predilección la escuela romántica.

Segunda. Seguramente, los antiguos poetas españoles, esos genios inmortales que rivalizaron con los autores griegos en la feliz empresa de crear un teatro nacional, no se ajustaron en las reglas del arte a los preceptos de la escuela griega; pero no por eso puede decirse que el romanticismo moderno es la resurrección de Calderón y Lope de Vega; y extraño yo mucho que un filósofo tan profundo como el señor Sarmiento examine las relaciones de las escuelas literarias de un modo tan superficial.

Tercera. Paso por alto la idea de si el señor Martínez de la Rosa ha figurado en la historia de la inteligencia humana y si ha trabajado para merecerlo; pero eso de que no tomó parte en dicha historia antes de Calderón y Lope de Vega, es una verdad de Pero-grullo, a no ser que el señor Sarmiento encuentre, allá en los vericuetos de su inteligencia, medios de probar que Calderón y Martínez de la Rosa son contemporáneos, lo que no me sorprendería mucho, porque cosas tan extrañas como ésta se ven en cada página de las obras del señor Sarmiento.

Cuarta. Que el párrafo citado tiene tal baturrillo, tal incoherencia de ideas, que se diría que lo ha producido un loco de Zaragoza, si no supiéramos que lo ha escrito el señor Sarmiento, persona dotada de un juicio tan maduro, que parece haber venido al mundo en un juicio de conciliación.

Quinta. Que, no sólo en dicho párrafo, sino en toda la obra, manifiesta el autor desconocer la lengua en que escribe, lo que demuestra que cuando los hombres se obstinan en adquirir conocimientos universales, pierden en solidez lo que ganan en extensión.

Sexta y última: Que si los modernos escritores españoles no pueden ser clásicos porque no han estudiado el griego, menos clásico será el señor Sarmiento que ni siquiera sabe el castellano.

Pero aquí es donde empieza el juicio crítico del señor Sarmiento sobre la literatura francesa. Atiendan ustedes, que es un Sarmiento el que toma la palabra:

“La literatura francesa se ha enriquecido y completado con aquellas audaces excursiones hechas en la edad media, estudiando sus costumbres, sus monumentos, sus creencias y sus ideas. Nación moderna alguna había penetrado más hondamente en el espíritu de la Grecia y de Roma. A Esquiles, Sófocles y Eurípides se siguen inmediatamente Corneille, Racine, Voltaire; a Esopo y Fedro, Lafontaine; a Tarencio, Molière; a Horacio y Quintiliano, Boileau y La-Harpe; a la república romana, la república francesa de 1793, que plagiaba hasta los nombres, llamándose Aristóteles, Brutus, Gracos, los Saint-Just, los Colloz d’Herbois y los Dantones. Los Moratines no figuran en aquel plagiado, sino como el trapero figura en la fabricación del papel, recogiendo la materia que otros han producido. Siguiendo esta ancha huella, la Francia había además desarrollado en el siglo XVIII, la lógica del espíritu humano, deprimiendo todas las otras cualidades. Rousseau, Montesquieu, Diderot, aquellos grandes retóricos enseñaron a creer que no había otro Dios sino Dios, y la Razón, la Lógica que era su Profeta; y el mundo entero puso mano a la construcción de la torre de Babel que debía salvar al género humano de la arbitrariedad en gobierno, de la superstición en religión. La obra se levantó en efecto, hasta 1793, en que sobreviniendo la confusión de lenguas, la guillotina funcionó en nombre de la humanidad, en nombre de la libertad el terror, y la diosa Razón desnichó a la Virgen María. Napoleón vino, el enemigo de los ideólogos, y por el rastro de sus victorias la barbarie y el despotismo de la Rusia penetró en París, deponiendo como sedimento de su irrupción a los Borbones, con sus nobles famélicos, sus jesuitas y su derecho divino, y todos los absurdos que la inteligencia había pretendido extirpar.

“Entonces comienza un movimiento en la literatura y en la filosofía francesa que dura aún. ¡No era pues, la lógica, tan seguro guía para la humanidad como lo había prometido el siglo XVIII! Había que reconstruir desde la base el edificio

social, y los escritores empezaron a examinar las piedras del antiguo edificio feudal, que había esparramado la revolución. Châteaubriand se encargó de restaurar el cristianismo, Lamartine de encender el apagado sentimiento religioso, Víctor Hugo de levantar las catedrales góticas y mostrar su importancia artística. Michelet y Thierry reconstruyen la historia para dar otro significado a la feudalidad, a Gregorio VII, a los conventos, a la inquisición, atenuados, perdonados, disculpados, defendidos. A los desencantados que buscaban la verdad de buena fe se siguieron los pensadores pagados, de *parte le roy*. La monarquía feudal no podía vivir sin la rehabilitación de todas las creencias y hechos que la habían engendrado. El rey *legítimo* por los cosacos debía ser santificado por su origen divino, y puesto fuera del alcance del látigo de las revoluciones. Todo marchaba a las mil maravillas, hasta el momento en que por sustituir la espúrea libertad de imprenta, por la paternal censura de la Sorbona, vióse bambolear el edificio, y en tres días desplomarse. A los Borbones legítimos por derecho divino, sucedió Luis Felipe el ciudadano rey, el rey ciudadano, la *mejor de las Repúblicas* del cándido Lafayette. ¡Si la República fuese posible! Pero la República es la guillotina, el terror, 93 y un monarca constitucional vale tanto como una República; una carta *verdad*, lo allana todo. La obra *oficial* de reconstruir lo pasado continúa entonces con nuevo afán. La filosofía se vuelve ecléctica como el gobierno, escéptica de otro modo que en el siglo XVIII. Entonces no creía sino en lo que era lógico, demostrable; ahora no cree en la razón; todo hasta el absurdo puede ser bueno, según la época y el lugar. No hay principios, no hay leyes que guíen los destinos de las naciones. Los pueblos que gimen bajo el despotismo están bien, los que han logrado asegurarse algunas libertades están mucho mejor. Luis Felipe entre tanto, sostiene para su colete que la obra de los Borbones no era mala en sí, sino que no supieron hacerla: el sacarle la espina al león, requiere más maña que fuerza; y he aquí a la Francia en plena *restauración*. Porque nadie se ha engañado sobre el alcance de esta palabra. Se restaura el mundo

destruido: restaurador se llama D. Juan Manuel de Rosas, restauradores son todos los astutos que ocultan su obra, etc.”.

Nuevas observaciones al señor Sarmiento:

Primera. En nuestro idioma no se dice: “Nación alguna había penetrado” locución medio francesa, medio española, sin ser española ni francesa; se dice: “Ninguna nación había penetrado” o “No había penetrado nación alguna”. Pero prescindo del lenguaje y convengo además con el señor Sarmiento en que Corneille, Racine y Voltaire imitaron a Eurípides, Sófocles y Esquilo, que no se llama Esquiles; concedo también que Lafontaine remedó a Esopo y a Fedro, Molière a Terencio, Boileau y La Harpe a Horacio y a Quintiliano; y digo más: supongo que algunas de estas copias igualaron o excedieron en mérito a los originales. ¿Qué consecuencias quiere de todo esto deducir el señor Sarmiento en favor de la literatura francesa y en detrimento de la española? ¿Ignora el señor Sarmiento que un buen original vale siempre más que una buena copia? Es imposible que un sabio ignore una cosa que todo el mundo sabe; pero el señor Sarmiento es tan desgraciado algunas veces que, si no dice lo contrario de lo que siente, demuestra lo contrario de lo que quiere probar.

En efecto, los nombres de los franceses citados por el señor Sarmiento son respetables; pero es una lástima que tantas inteligencias de primer orden como produjo el reinado de Luis XIV, naciesen condenadas a la imitación, sin poder nunca constituir una literatura propia, característica, nacional, como lo consiguieron en España Lope de Vega, Calderón, Tirso de Molina, Cervantes, Quevedo, y otros muchos escritores de aquel tiempo, muy superiores a los franceses en cuanto a otras elevadas dotes pues que añadieron la de la creación. ¿Me detendré a probar esta verdad? Me parece que no es necesario en lo relativo a los franceses, puesto que el mismo señor Sarmiento, su más apasionado amigo, confiesa que copiaron con talento, pero que copiaron; y respecto de mis compatriotas, tampoco juzgo preciso demostrar lo que el mismo señor Sarmiento es incapaz de poner en duda. Es una opinión sostenida por todos los hombres de ciencia y de criterio la de que la

Europa sólo cuenta dos teatros originales, que son el griego y el español, sin que esto quiera decir que otras naciones no pueden envanecerse de haber producido hombres eminentes en la literatura dramática. Efectivamente, los franceses han tenido la gloria de legar a la historia del arte los preciosos nombres de Corneille y de Molière; pero puede decirse que hasta el presente siglo no han tenido un teatro francés, como los ingleses no han tenido un teatro inglés a pesar del gran Shakespeare, ni los alemanes un teatro alemán, aunque puedan honrarse con las obras de Schiller y de Goethe. Esta honra, este justo orgullo de formar una literatura dramática nacional, sólo ha pertenecido hasta hoy a los españoles después de los griegos; y adviértase que no sólo podemos jactarnos de haber producido un teatro donde se han inspirado los más célebres autores extranjeros, sino de contar en otros géneros hombres eminentes que, a la circunstancia de haber dado al mundo excelentes obras, añaden la ventaja siempre de la originalidad, primera condición del genio en la poesía y bellas artes.

Segunda. No me parece lógico eso de que a la república romana siguió la república francesa, y me fundo para negarlo en que han pasado muchos siglos desde la una a la otra; en que si se atiende al orden cronológico son muchas las repúblicas que han mediado entre las dos citadas; en que ni por la duración, ni por el carácter, ni por la menor analogía en los acontecimientos, ni por los resultados, merece la república de Francia compararse a la de Roma; y en cuanto a la parodia de los nombres, sólo diré que hasta que el señor Sarmiento se ha tomado la tarea de ilustrarnos, yo hubiera jurado que Arístides era tan romano como yo chino.

En efecto, ya se trate de aquel famoso ateniense condenado al ostracismo por el temor que sus virtudes inspiraban a los amigos de la república, ya de otro ateniense llamado Kan Arístides, filósofo célebre por su obras y por su conversión al cristianismo, unos ciento veinte años antes de nuestra era, ya de Aelio Arístides, orador griego también, tan griego que nació en la Bitinia; ya, en fin, de Quintiliano Arístides, conocido como escritor, lo cierto es que el nombre de Arístides ha figu-

rado solamente hasta el día en la historia de Grecia, y no en la de Roma; pero puesto que el señor Sarmiento afirma lo contrario, no tengo inconveniente en creer que miente la historia, que todos los sabios son unas badulaques, y que al primero que de hoy más tenga el nombre de Arístides por griego se le debe condenar, no a presidio perpetuo, ni a la guillotina, penas leves para crimen tan espantoso, sino al horrible suplicio de leer las obras del señor Sarmiento.

Tercera. Que los Moratines no figuraron en aquel plagio (y entre paréntesis debo hacer la observación de que se dice plagio y no *plagiado*) por las sencillas razones de que el uno, D. Nicolás, había muerto algunos años antes de la revolución francesa, y el otro, aunque no muy buen español, era como su padre hijo de España, de ese país que no plagió entonces, porque nunca ha querido plagiar a Grecia ni a Roma, ni a ninguna otra nación antigua o moderna.

Cuarta. No continúo la tarea de comentar las líneas que he citado desde la página 170 hasta las 173 del tomo 1º de los viajes, porque sería el cuento de nunca acabar, y por otra parte el lector al ver la incoherencia y extravagancia del contenido, sabrá juzgar debidamente a un autor capaz de producir, a pesar de su ciencia, semejante baturrillo de ideas y de palabras. Basta decir que el juicio político-literario-filosófico hecho por el señor Sarmiento peca, no sólo de inexacto, sino de tenebroso, y prueba bien que el autor debe tomar todas las precauciones para no entrar, ni en broma, en una casa de orates, porque corre peligro de que no le dejen salir; aunque por otra parte no me atrevo a dar consejos a nadie, pues como dice el refrán: "más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la agena". Lo cierto es que si el señor Sarmiento no está loco, tiene muchas ganas de parecerlo.

Verdad es que para juzgar de las cosas con algún aplomo es necesario tener principios fijos, y yo creo, por lo visto, que el señor Sarmiento dedicando todo su tiempo a consultar las opiniones ajenas, no ha podido sistematizar las suyas, por cuya razón incurre con frecuencia en las más tangibles contradicciones. ¿Cuáles son, en efecto, las ideas del señor Sarmiento

en punto a religión? Las siguientes líneas consagradas en sus viajes a *Jeanne d'Arc* nos sacarán de dudas, si no nos dejan buenas noches.

“Una cosa hay en Ruan todavía —dice— una tradición popular, un hecho histórico fabuloso, sin ser falso. ¡Aquí está la plaza en que fué quemada viva por la inquisición la doncella de Orleáns! aquella extraordinaria pastora que se sintió un día invenciblemente arrastrada a acercarse al rey, que no conocía, pedirle el ejército, mandarlo, derrotar a los ingleses, coronar al rey y retirarse en seguida a pastorear sus vacas. Si la Iglesia la hubiese hecho una santa, yo no buscaría el origen de aquella sublime fascinación del espíritu de una mujer, aquella trasustanciación que hace de una niña un general, absorbiendo el pensamiento, el interés y la gloria perdida de la Francia. Habría sido un milagro entonces; pero la Iglesia ha repudiado a la Doncella de Orleáns, por no reconocerla mártir de obispos y de abades. Quédanos pues el derecho a salvo de mirar este raro hecho con los ojos de la filosofía, y buscar su origen en los poderes sobrenaturales que el entusiasmo da al alma humana, cuando una profunda idea la labra. Más bella es así la obra de Dios, que con la cuña de milagros y portentos que mostrarían mayor limitación de poder”.

En este párrafo se presenta el señor Sarmiento como un hombre a la vez creyente y ateo, resolviendo la dificultad de *ser y dejar de ser*. Por un lado dice, que si la Doncella de Orleáns hubiera sido canonizada, no tendría él bastante atrevimiento para sondear el origen de su metamorfosis, en lo cual lleva su respeto religioso hasta el fanatismo; y por otro lado se mofa de la Iglesia por haber repudiado a la heroína, burlándose, además, de los milagros de los santos y de Dios, que es todo lo más que puede hacer un ateo declarado. ¿En qué quedamos? Si el señor Sarmiento profesa no ya solo la religión cristiana, sino la cristiana católica, como lo da a entender por el respeto que afecta hacia los santos, debía hablar de los milagros y de cuanto a la Iglesia concierne con la veneración que ningún creyente se permita quebrantar, ni en broma; y si no tiene creencia alguna, bien podía mirar con los ojos de la fi-

losofía las hazañas de *Jeanne d'Arc*, aunque hubiese sido beatificada por la Iglesia. Esto prueba que el señor Sarmiento carece de recursos naturales y científicos para remontarse a las regiones de la filosofía, o que su catolicismo no es muy católico. Yo por mí, más me inclino a creer lo último que lo primero; porque suponer que un hombre como el señor Sarmiento, que ha leído tanto, visto tanto y corrido las tres quintas partes de la tierra, no sea un eminente filósofo, aunque no tenga pizca de filosofía, sería un abuso. No me tomaré yo semejantes libertades, porque sé que casi todos los grandes hombres tienen la fatalidad de tropezar cuando marchan por una vía negada a su especial talento. Podríamos citar en corroboración de esta verdad muchos nombres de brillantes oradores que no han sabido escribir, y de no menos notables escritores que jamás lograron pronunciar un mediano discurso; lo cual demuestra que el señor Sarmiento puede también ser un grande hombre, aunque diga mil disparates hablando o escribiendo. Y efectivamente, los dice.

Hay otra razón para que yo me guarde bien de tratar con poco respeto al autor de las obras que voy comentando, y es que casi no me atrevo a contradecirle por el temor que abrigo de no comprenderle; pues, como ya llevo manifestado, el señor Sarmiento, por un esfuerzo propio de su genio, se ha formado un idioma tan extraño, que puede decir de sus obras lo que uno que tenía muy mala letra decía de sus cartas: "Cuando yo acabo de escribir mis cartas, sólo Dios y yo las entendemos; pero a las dos horas de haberlas escrito... solo Dios". Digo, o más bien, repito esta idea, a propósito de estas palabras cuyo sentido no todos pueden comprender: "Pero la Iglesia ha repudiado a la Doncella de Orleáns por no reconocerla mártir de obispos y de abades". Para los que conocen la historia y saben que el terrible suplicio de la heroína fué sancionado por un obispo, las palabras del señor Sarmiento son inteligibles; para los que no han leído o no recuerdan esta circunstancia, el párrafo peca no sólo de oscuro, sino de anfibológico, pues realmente no se sabe a punto fijo si debe entenderse que la Iglesia ha repudiado a la Doncella de Orleáns porque no fué mártir

de obispos y de abades, o porque lo fué y la Iglesia no quiere confesarlo. Sea como quiera, el señor Sarmiento sienta una absoluta que equivale a una rebelión contra la Iglesia, y esto cuadra muy mal con el respeto que afecta profesar a las cosas sagradas, lo que envuelve una flagrante contradicción nacida de lo que antes dije, a saber: que dicho señor no tiene principios fijos. Podría decirse que el señor Sarmiento, en punto a creencias, no tiene sexo.

Concluyamos, que ya es hora, el viaje del Havre a París haciendo todavía una pausa en este ligero párrafo del señor Sarmiento.

“Esta, —dice—, es la patria de Corneille y de Boeldieu, de nuestro querido Armand Carrel, el Mirabeau del diarismo que murió cuando había encontrado que la república era todavía posible”.

Figúrense mis lectores cuánto tendría yo que escribir si fuese a hacer una crítica minuciosa de las obras del señor Sarmiento, cuando en cuatro líneas que acabo de copiar, encuentro tres disparates, pero disparates fuertes, porque los disparates de los grandes hombres nunca son flojos.

Es un disparate decir-que Boeldieu nació en Ruan, porque quien nació en dicha ciudad no es Boeldieu sino Boïeldieu, y no es de todo punto indiferente la supresión de la ï, porque esto es, como si yo dijese que el autor de la obra que voy criticando es el señor Sarmiento, lo que sería impropio y no daría plato de gusto al señor Sarmiento. Esta falta podría pasar en otro por una errata de imprenta; pero no en el autor que nos ocupa, el cual tiene la desgracia de traducir mal los nombres y escribir pésimamente los apellidos. No insistiré más sobre este particular, pues a un hombre que traduce Ibrahim-Pachá por Ibrahim-Bajá y Paulo por Pablo, bien se le puede disimular que escriba Boeldieu por Boïeldieu, Laverrier por Leverrier, Molière por Molière, La-Menais por Lamennais y otras cosas por el estilo, que no son indiferentes en ningún idioma, y mucho menos en el francés en el cual resulta con frecuencia un equívoco, sólo con la modificación de una letra o de un acento.

Es otro disparate decir que Armand Carrel era el Mirabeau del *diarismo* en lugar de, Mirabeau del *periodismo*; porque *diarismo* es un *galicismo*, y perdonen ustedes tanto consonante en *ismo*. Sin embargo, mucho me sorprende que el señor Sarmiento no haya dicho *journalismo* por *periodismo*, como dice *romancistas* por *novelistas*, *baño* por *presidio*, *jugar a la alta* por *jugar al alza*, *bonohomía*, por *bondad*, y otras muchas cosas cuya enumeración sería prolija y fastidiosa.

El tercer disparate consiste en decir que Armand Carrel murió cuando había encontrado que la república era todavía posible. ¡Cómo! ¿Un hombre tan célebre, un Armand Carrel, no había podido hacer otro descubrimiento? Pues a eso digo yo que no se rompería mucho la mollera el buen señor. ¡Vaya! ver la forma republicana no sólo en casi toda la América, sino en algunos puntos de Europa, y descubrir que la república es todavía posible, me parece una cosa equivalente a observar que el Océano tiene flujo y reflujo, viviendo en Santander, o a convenir en que no todos los libros son dignos de ver la luz pública, después de haber leído las obras del señor Sarmiento. Si al menos el ilustre y malogrado Carrel hubiese descubierto que la república era posible en Francia, ya era otra cosa: esto siquiera nos haría ver en el difunto periodista un gran poeta, ya que no un político profundo; pues puede asegurarse, y prescindo aquí de la cuestión de conveniencia, que, atendiendo al conjunto de circunstancias que forman la base de todo edificio político, la república es, por ahora, más posible en Rusia que en Francia.

Se me dirá que la república es posible en Francia, puesto que ya se ha ensayado dos veces en sesenta años; pero a eso respondo yo, que la Francia parece haberse complacido en probar la república con el fin deliberado de rechazarla, y ¿por qué la ha rechazado? Los hombres pensadores asombrados de ver la facilidad con que el pueblo francés pasa, no por los matices de una idea, sino brincando de un principio al diametralmente opuesto, han intentado investigar la causa de esas mutaciones tan repetidas como violentas, sin que uno solo, en mi concepto, haya encontrado hasta ahora la razón de este fenómeno. Dicen

que los revolucionarios del pasado siglo hicieron abominable la idea democrática por los arroyos de sangre con que la mancharon; pero si la república de 1793 cayó por el abuso de la guillotina, ¿por qué sucumbió la inaugurada en 1848, que empezó aboliendo la pena de muerte? Criticase a los republicanos de 1848, diciendo que no han tenido energía revolucionaria, y atribuyendo a esta causa la caída de la república proclamada en febrero. ¡Bravísimo! La república no puede sostenerse en Francia cuando es terrorista, ni cuando es tolerante; sucumbe cuando extermina a sus enemigos, porque ofende a la humanidad, y perece cuando es benigna, porque da valor, para conspirar, a sus adversarios. ¿*Quid fasciendum?* Si la dificultad de establecer en Francia un gobierno democrático dependiese sólo de las preocupaciones, yo diría que esta nación necesitaba todavía un siglo de progreso intelectual para conquistar su soberanía y consolidarla; pero el tiempo no basta para engendrar en un pueblo el amor a la libertad que pugna con el temperamento de sus individuos, ni para destruir esa volubilidad de carácter cuya causa principal está tal vez en el clima. No, la república no es posible en Francia, porque lucha, no sólo contra los intereses creados, susceptibles de reforma, o contra las preocupaciones que puede desterrar la civilización, o contra las costumbres que puede modificar el tiempo, sino contra los instintos, contra la misma naturaleza.

Nadie me negará que la república es, o por lo menos debe ser, compañera inseparable de la igualdad y de la libertad. Si yo logro demostrar que los franceses, a pesar de ciertas apariencias, son naturalmente enemigos de la libertad y de la igualdad, desde luego quedará demostrado que la república es imposible en Francia.

¿Y por ventura, para los que como el señor Sarmiento han visitado este país no es una verdad evidente mi proposición? Que los franceses no aman la igualdad, se conoce en el apego que manifiestan a los títulos, a las condecoraciones, a los uniformes, a todo lo que establece alguna diferencia entre los hombres. En otras naciones, cuando una persona se recomienda por una condecoración, por un título, en una palabra, por

una distinción aristocrática, se espera todavía a observar su conducta para juzgarla, y nadie logra inspirar confianza sino en virtud de sus obras. ¿Qué sucede en Francia? El que quiera aquí que la gente le deje libre la acera y que los coches se detengan a su paso para no atropellarle, no tiene más que llevar una cinta de cualquier color en el ojal de la levita; el que quiera que todo el mundo le fie, que todo el mundo le franquee su casa, no tiene más que engalanar su tarjeta con una corona de conde. Por eso los que se proponen vivir en París de la estafa, empiezan ante todo fingiéndose marqueses, condes o caballeros condecorados, y casi todos consiguen su objeto, al paso que el que no quiere o no puede recomendarse aquí por estas vanas exterioridades, es mirado con la mayor indiferencia y nadie le da un vaso de agua sin pedirle el dinero adelantado, aunque sea el hombre más digno de consideración por sus virtudes, por sus antecedentes o por otras circunstancias. ¿Qué diré de los uniformes? ¡Buena memoria debe tener el que recuerde los uniformes que ha visto en París en un solo día! Estos son numerosos en el ejército, nada más que numerosos, pero fuera del ejército son algo más que numerosos, son innumerables. Los unos pertenecen a una empresa de ómnibus, los otros a una empresa de ferro-carril, los otros al Banco, a la Bolsa, al ramo de correos, a la corporación municipal, a la casa imperial, a los tribunales, a los teatros, a las empresas del gas... ¿qué sé yo? Y es de advertir que esta carga del uniforme tan antipática, tan odiosa en otros países hasta para los que tienen obligación de llevarla encima, no es carga para los franceses que ven en ella lo que más puede lisonjear su vanidad, que hacen de ella ostentación como las mujeres de un traje de terciopelo o de un rico aderezo de diamantes. ¡Oh! al ver esto no se puede menos de convenir en que la igualdad es incompatible con el carácter de los franceses.

Pero si la igualdad es incompatible con el carácter de los franceses, la libertad es más que incompatible, es mirada por ellos casi con horror; y no hablo aquí sólo de la libertad política que cuenta entre sus más formidables enemigos a los más furibundos republicanos, tales como Luis Blanc, Cabet y en

general los socialistas, sino hasta de la libertad civil, hasta de la libertad individual. Basta aquí salir de casa para notar el prurito de la prohibición. Donde quiera que uno tiende la vista encuentra algún letrero que empieza con este ataque a la libertad: *il est defendu*, etc. Todo está prohibido, no sólo por el gobierno, sino por los particulares que inventan las trabas, no tanto por necesidad como por vanagloria. Si van ustedes a una imprenta, lo primero que se hallan a la puerta es un cartel impreso que dice: "*Les étrangers n'entrent pas ici*"; si van a un *café concert*, verán un cartel a la puerta que conduce al escenario con estas ociosas y abominables palabras: *Le public n'entre pas ici*, y en las paredes del mismo local multitud de carteles en que se advierte que nadie tiene el derecho de permanecer allí, *sans renouveler la consommation*, de hora en hora, o también para decir que *il est defendu de biser*.

Excusado es decir que en la mayor parte de los *café*s está prohibido fumar. ¿Por qué razón? Nadie lo sabe. Lo cierto es que los franceses tienen hasta pasión al cigarro, y que las señoras francesas fuman también; pero a pesar de esto, librense ustedes de encender un cigarro en una *café*, donde se puede apostar doble contra sencillo a que todos los concurrentes están rabiando por fumar, pues todos se quejarán amargamente, y no porque les haga daño el humo, ni porque ellos no quisieran tener el cigarro en la boca, sino porque en los franceses la satisfacción de un placer o de una necesidad importa menos que el amor a las restricciones. Más digo: la prohibición aquí es el primero de los placeres, la más imperiosa de las necesidades. ¿Cómo se concibe, dirán mis lectores, que los hombres aborrezcan la libertad en ningún punto de la tierra? Esto no se concibe sino cuando se ve, como no concebiríamos que los peces puedan vivir dentro del agua sino lo viéramos; pero la verdad es que los franceses con pocas excepciones, presentan este raro fenómeno: el aire puro de la libertad es para ellos lo que el aire atmosférico para los peces, lo que el gas mefítico de la tiranía para el resto de los hombres; tiene mal olor, mal sabor y no pueden respirarlo mucho tiempo sin peligro de muerte. La aversión con que los animales rabiosos miran al

agua, puede solo compararse a la que tienen los franceses a la libertad. Así se observa que en este país donde las revoluciones han producido algunas mejoras morales y materiales, desarrollado el amor al arte y elevando el vuelo de la inteligencia a la altura de su preponderancia política, la libertad ha avanzado muy poco si no ha retrocedido, cosa que no me sorprende por aquello de que el todo es igual al conjunto de las partes; quiero decir, que mal puede el cuerpo colectivo acoger lo que repugna a cada uno de los elementos que lo constituyen. ¿Acaso la libertad ha entrado alguna vez aquí en los cálculos revolucionarios? ¿No han sido los republicanos los primeros a inventar esas trabas, esos medios de represión con que los gobiernos, invocando los vínculos sociales, se abrogan el derecho de uncir a los ciudadanos al yugo de sus caprichos? Los pasaportes, esos llamados instrumentos de seguridad pública, creados más bien para destruir la seguridad individual; esos esbirros de papel, dignos agentes de una nueva inquisición, fueron inventados por los terroristas de 1793, para impedir la evasión de los nobles, prohijados después, para perseguir a los criminales, y aceptados ya por todos los gobiernos europeos para aumentar el presupuesto, aunque sea entorpeciendo los negocios y ultrajando la dignidad de los hombres inofensivos. Hundióse como era natural aquella tiranía, decorada con el nombre de república, pero no desaparecieron los pasaportes; porque en los diferentes cambios de forma, o si se quiere de nombre, que ha experimentado el gobierno en Francia, las invenciones que sofocan el espíritu de libertad han sido miradas por todas las clases como medidas de higiene, es decir, no solamente como elementos precisos de la vida social, sino como condiciones indispensables de la vida humana.

Ahora bien, diga lo que quiera el señor Sarmiento, en un pueblo donde se observa tan perseverante repugnancia hacia la libertad y la igualdad, base la una y complemento la otra de todas las convenciones democráticas, no hay término medio entre el derecho divino y la anarquía; es preciso que la autoridad impere o que los lazos sociales se rompan; y como los intereses creados, más que la civilización misma, rechazan

el estado salvaje, tratar de abolir en Francia la monarquía, es como querer destruir la fuerza de atracción que gobierna al mundo físico.

Verdad es que el carácter voluble de los franceses hace que aquí todo sea posible, en la acepción vulgar de la palabra; pero en el diccionario de la política no se llama posible sino a lo que es estable; de modo que yo no pongo en duda la posibilidad de que los franceses proclamen la república dos o tres veces en cada siglo, como ya la han proclamado dos, y casi tres veces en el período de sesenta años: lo que niego es que esta planta exótica pueda aclimatarse en el suelo de la Francia.

Además, debo advertir, que si el señor Sarmiento se contenta fácilmente con la apariencia o nombre de las cosas, la filosofía exige una perfecta consonancia entre la forma y el fondo de toda teoría elevada a la práctica; y digo esto porque creo sinceramente que la Francia ha entrado siempre en la república sin salir de la monarquía. Dantón, Marat, Robespierre, todos éstos fueron reyes absolutos, cada cual en su breve época de fortuna. Todos ellos, apoyados por los clubs, por las masas o por la Convención, ejercieron un poder monárquico menos franco que el de Napoleón, pero más intolerante que el de los Borbones; y digo que fueron reyes, aunque no adoptaron este título, porque su omnipotencia política estaba fundada en una especie de idolatría personal, pues los instrumentos de su devoción llegaron a mirar con tanto desdén u olvido las doctrinas en virtud de las cuales conmovieron al mundo, que ya no consultaban lo que era justo ni lo que era adecuado a una forma de gobierno basada en la soberanía nacional; desde luego se recibía bien y se prestaba una ciega obediencia a todo lo que emanaba de ciertas personas sagradas, inviolables, infalibles, adornadas, en fin, de todos los atributos que disfrutaban los reyes entre sus más acérrimos amigos y cortesanos.

Así, Robespierre, como todos aquellos que antes o después ejercieron la dictadura, revistiéndola bajo diferentes formas, se engañaron a sí mismos; creíanse providencialmente destina-

dos a consolidar una república y no representaron más que unas cuantas efímeras y vergonzantes dinastías, encargadas de trasladar a los Bonapartes la corona de los Capetos.

En 1830, el general Lafayette, el jefe más venerable y respetado entonces de la falange republicana, hizo conocer también hasta qué punto las tradiciones monárquicas germinan en el corazón de los franceses cuando dijo, ciñendo las sienes de Luis Felipe con la corona de Carlos X: "He aquí la mejor de las repúblicas". Por último, ocurrió la revolución de 1848, y todo el mundo sabe de qué manera Lamartine, sucesor de Luis Felipe, y Cavaignac, sucesor de Lamartine, trabajaron instintivamente, aunque contra su voluntad, para allanar al presidente de la república el camino del imperio.

Pero no atenderemos solamente a la serie de personas que en alas de una popularidad debida al talento, a la cuna o a otras circunstancias, se han impuesto a las masas con su elocuencia, con su nombre o con los mismos elementos que habían servido a la idea revolucionaria; prescindamos de esto, y fijemos brevemente la atención en las doctrinas de gobierno sostenidas en la teoría o en la práctica por los diferentes partidos que se llaman enemigos de la monarquía; si exceptuamos a un escaso número de publicistas, que nada representan a pesar de sus elevadas dotes literarias, los republicanos franceses han levantado hasta las nubes el sistema de centralización, sin el cual no conciben el gobierno; porque estos raros liberales no tienen inconveniente en sacrificar los derechos de los gobernados a la mayor comodidad de los gobernantes. Para ellos el gobierno lo es todo, diferenciándose sólo de los realistas en que prefieren el sistema electivo al hereditario, y con tal de llenar este requisito, no importa que los que mandan en nombre del pueblo tengan más fuerza, más facultades, más intervención en todos los actos del mecanismo social, en una palabra, no importa que tengan más prerrogativas de que poder abusar, que los que mandan en nombre del derecho divino.

Y no quiero hablar aquí de la comunión socialista, monstruo humanitario de mil cabezas, que si llegase a dominar un día bajo cualquier denominación, nos tendría como a los chi-

cos de la escuela, sujetos a no poder satisfacer las más apremiantes necesidades sin licencia del maestro. ¡Vaya! los *rojos* aquí son menos liberales que los *blancos*; pero al lado del gobierno fraternal de los socialistas sería tolerante el de los jacobinos, y casi demagógico el del conde de Chambord. En cuanto a mí, lo diré francamente, si me diesen a escoger entre una monarquía como la de Luis XI, y una república como la que nos han predicado Luis Blanc y Cormenin, optaría... por vivir lejos ¡muy lejos! de la una y de la otra.

No creo necesario decir más para hacer ver que el célebre Armand Carrel se equivocó en sus cálculos; pedía un absurdo, y no reparó en que la contestación a su problema era una cantidad imaginaria. Si el señor Sarmiento, en lugar de fijar exclusivamente la atención en los espectáculos, y alguna vez en las más insignificantes tradiciones de los pueblos que ha recorrido, hubiera hecho un estudio más profundo de la historia, de las costumbres y del carácter de dichos pueblos, pensaría como yo, que la república es tan posible en Francia, como la monarquía en los Estados Unidos. ¿Quién sabe si una conspiración bien urdida, un golpe dado con maña y secundado por la caprichosa fortuna, bastarían a establecer un poder *real* o *imperial* en la capital de Wáshington? Esto se comprende. Lo que no se concibe es que el poder monárquico echase raíces entre la raza norteamericana y, como ha dicho con razón un célebre poeta, "es preciso no confundir la luz del relámpago con la del día".

Se me dirá, y es cierto, que la Francia ha dado el impulso a las ideas democráticas esparcidas hoy en toda la Europa; de modo que si un día otras naciones llegan a la conquista de la libertad, lo deberán a este país, laboratorio de toda clase de teorías. No lo niego; pero los republicanos franceses se parecen a los pobres labradores, que comen pan de centeno mientras otras personas se regalan con el trigo que ellos cultivan. Es decir que no pueden tener lo que dan, y tal vez lo dan porque no lo pueden tener.

No quiero prolongar más este capítulo, sintiendo verme en la necesidad de compendiar sobre la cuestión que apenas

dejo apuntada, ideas cuya clara exposición ocuparía mucho tiempo. Concluyo, pues, repitiendo, que los franceses son enemigos de la república por sus costumbres, por su carácter y por sus ideas exageradamente organizadoras: sólo así pueden explicarse algunas páginas de su historia política. Además de lo que dejo manifestado para llegar a esta solución, diré una cosa que, estoy seguro, no podrá refutarse ni por el mismo señor Sarmiento con tanto saber como tiene y tantos países como ha visitado. Yo comprendo muy bien que la Alemania, la Rusia, la España, la misma Inglaterra se asusten a la sola idea de abandonar un camino cuyos tropiezos conocen, para entrar en otro, cuyos atolladeros ignoran; pero cuando un pueblo ha llegado a realizar un ensayo como el que hizo la Francia en 1848, esto es, conquistando la libertad de imprenta, el sufragio universal y la justicia gratuita, aboliendo las distinciones aristocráticas, el presupuesto de la casa real y la pena de muerte en los delitos políticos, asegurando la libertad de comercio, de enseñanza, de asociación y de defensa; cuando un pueblo, digo, entra en la senda de estas conquistas y renuncia voluntariamente a ellas para volver a la monarquía, decididamente este pueblo es enemigo natural de la república. ¿Qué más quiere el señor Sarmiento? La república de febrero había hecho algo más que iniciar o augurar todas las reformas de que dejo hecha mención; había hecho diputados, a los soldados, y ministros a los obreros... Pues bien; los obreros y los soldados son los que más enérgica y ostensiblemente han cooperado a la destrucción de la república. Todo esto dice más que las declamaciones de algunos publicistas, condenados a luchar con más heroísmo que probabilidades de triunfo contra la misma naturaleza. ¿Para qué?... No necesito hacer aquí mi profesión de fe: si yo tuviera un poder sobrenatural, si mi voz pudiera resonar como la trompeta del juicio final, y el mundo prestase por un momento obediencia a mi palabra, el pendón de la república tremolaría en todas las naciones; es decir, en todas... menos en Francia.

CAPITULO SEGUNDO

De cómo el señor de Sarmiento entró en París, y no París en el señor de Sarmiento

La prueba de que el señor Sarmiento no ha hecho en sus viajes el estudio que debía, está en las siguientes líneas de su carta dirigida desde París a don Antonino Aberastain. “Se toma usted —dice— extrañas libertades al escribirme; abusa usted de sus títulos de mentor de mi primera juventud, aquel buen tiempo en que usted me cubría con su mole y su prestigio de supremo juez de alzada, contra mis compatriotas, que no habrían consentido, sin su aseveración reiterada de usted, en creerme dotado de sentido común. Pero aquel auxilio tan constante, aquella decisión invariable en mi favor para sostenerme en mis primeros pasos literarios, no le autorizan a usted a decirme que mi carta sobre la isla de Mas-a-fuera *no vale gran cosa, y que en adelante escriba sobre cosas útiles, prácticas*”, etc.

¿Qué tal? Me parece que el señor Aberastain, a quien no tengo la honra de conocer, pero cuya benevolencia confiesa el mismo señor Sarmiento, es de aquellos facultativos que saben poner el dedo en la llaga. El cariño que debe tener a su protegido no le impide ver que éste ha dedicado a cosas fútiles el tiempo que podía haber empleado en estudios provechosos, y por lo visto, dicho señor añade a la circunstancia de ver claro, la de no morderse los labios para decir la verdad al lucero del

alba, si lucero del alba se puede llamar al señor Sarmiento. Hace bien el señor Aberastain; pero no solamente hace bien, sino que está cargado de razón. ¿Qué se diría de un predicador que subiese al púlpito para explicar los misterios de la religión y recitase de memoria los *Viajes del señor Sarmiento*? Se diría que el tal predicador burlaba la buena fe del auditorio diciendo cosas profanas. Pues el mismo cargo debe hacerse al escritor que emprende la publicación de sus viajes y dedica a narrar cosas triviales el tiempo que podía invertir en importantes observaciones sobre las costumbres, legislación, comercio, etc., de otras naciones; porque el publicista cuando da una obra a la prensa, es también un sacerdote que está en calidad de tal obligado a iniciar a los seres sociales en los misterios de la sociedad. Así lo entenderán todos los hombres de buen sentido a quienes

Por amor al insigne
Señor Sarmiento,
Pasión no haya quitado
Conocimiento.

Pero ¿qué hizo el señor Sarmiento después de la saludable advertencia del señor Aberastain? ¿Se enmendó? Ya se va enmendando. . . . Escribió una carta a dicho señor Aberastain desde París, diciendo que había visto a los personajes ideales de las célebres novelas de Eugenio Sue, explicando la diferencia que hay entre los verbos *flâner* y *flairer*, y ensartando ideas que no me parecen muy exactas.

“Aquel francés, terror de la Europa en los campos de batalla —dice el señor de Sarmiento—, aquel fautor y actor de las grandes revoluciones sociales que echa a rodar tronos cada diez años, es el hombre más blando, más atento, más comedido. El pueblo de blusa, como si dijéramos de poncho, el león y el diputado son iguales en sus expresiones de comedimiento. *Ayez la complaisance... soyez assez bon pour...* cien frases más comienzan o concluyen una pregunta dirigida a otro. *S'il vous plaît*, está por todas partes escrito para indicar la cuerda de una campanilla, el resorte que ha de tirarse. *Je vous demande bien pardon*, es el reproche que le hace a usted aquel a quien

por inadvertencia ha pisado un pie, codeado fuertemente, o perturbado en su ocupación. El pueblo de París tiene la religión de la *adresse*. Si el extranjero pide la dirección de una calle, una casa que busca, un *forçat*, un bandido que en otra circunstancia lo despojaría, en esta se cree en conciencia obligado a decir lo que el pasante necesita, a interrumpir su camino. Por la incertidumbre de las miradas reconoce alguno al extranjero, y se le acerca y le ofrece darle las señas que busca. Me ha sucedido ser así adivinado; echarme en la dirección indicada, perderme de nuevo, encontrar a mi hombre que me ha seguido y dádome de nuevo las señas; perderme tercera vez, y mi ángel tutelar volver tercera vez a encaminarme. Y esto le ha pasado cien veces a todo extranjero, y es fama y opinión común que sólo en Francia y sobre todo en París, se encuentra esta benevolencia pública, esta bondad fraternal. Sólo en París también, el extranjero es el dueño, el tirano de la ciudad. Museos, galerías, palacios, monumentos, todo está abierto para él, menos para el parisiense, a toda hora y en todos los días. Mostrar su pasaporte a la puerta, es mostrar un firman ante el cual se quita el sombrero el conserje. Diga usted el mayor desatino, *poisson* por *poison*, *veau* por *beau*, y ningún músculo de la fisonomía de la cara de un francés se agitará, porque el extranjero no está obligado a hablar bien su idioma; y no ha mucho que uno de mis amigos, molestado en un lugar siniestro por una turba de ebrios en andrajos, ¡cómo! les dijo apurado: “¿esto se hace con un extranjero en París? ¡Infames!” Los beodos al oír la palabra *extranjero* empezaron a deshacerse en excusas y protestas, le acompañaron en silencio hasta mejores parajes, y se despidieron confundidos y humillados. Yo sabía —me decía— que esta era mi única tabla de salvación; “haga Vd. lo que quiera en París y diga que es extranjero”. Y en efecto, de palco en palco y hablando perversamente el francés logré no ha mucho en una gran revista que se daba a Ibrahim Pachá en el campo de Marte, acercarme hasta el que ocupaba la familia real. *Mais où allez-vous, Monsieur?* me decían los guardias; yo respondía en castellano puro con calor, con energía, y el pobre municipal me dejaba pasar sospechando que algo de muy racional debía decir, pues-

to que él no entendía jota. He aquí la piedra de toque de la cultura intelectual de la nación, aunque no sea la de la instrucción del individuo”.

Algo hay de cierto en el párrafo que acabo de copiar: los parisienses, y en general, todos los franceses, se distinguen realmente por cierto barniz de urbanidad que seduce y que yo aplaudo, sintiendo sólo que esta urbanidad se acerque tanto al ridículo, inherente a toda exageración. Efectivamente, ciento y mil frases empiezan aquí por *Ayez la complaisance, soyez assez bon pour...* y ninguna persona hace un encargo a otra sin añadir: *S'il vous plait*. Hay más; la buena educación manda aquí dar las gracias a todo el que habla, ya sea para hacer un favor, ya para recibirlo; de modo que se arma un tiroteo de cumplidos, capaz de rendir al extranjero poco acostumbrado a este género de combates. Sale uno de casa por ejemplo y da al portero la comisión de tener cuidado de ella, guardar la llave, entregar tal o cual cosa a tal o cual sujeto que ha de venir a buscarla, y como si el portero recibiese en ello un obsequio se deshace en cortesías apurando el vocabulario de los cumplimientos: *Merci, monsieur, merci bien, mil remerciements*. Naturalmente uno ha de contestar con un: *Je vous remercie* o cosa equivalente, ya por el favor que recibe, ya para pagar los cumplidos que se le hacen, y entonces el portero puede decirse que se sale de quicio; inclina la cabeza, se descubre y suelta un borbotón de frases tales como: *obligé; très obligé; vous êtes bien bon, je vous suis bien redevable*.

Todo esto es verdad; pero falta saber si la política llevada tan al extremo es agradable o empalagosa. Yo creo que no cuadra muy bien al carácter español, y por consecuencia, al americano procedente de la raza española, porque nosotros que sin duda somos los primeros hombres del mundo para sacrificarnos en obsequio del prójimo, hacemos el bien sin tanta ceremonia, sin esas apariencias que rara vez nacen de la sinceridad. Por otra parte, esa recargada etiqueta de los franceses quiere también su correspondencia; de modo que el extranjero que la ignora está expuesto a que nadie le sirva, sufriendo alguna vez los chascos más incómodos por el olvido de una vana fórmula.

Me acuerdo, a propósito de esto, de un español que vivió una temporada en París, y retirándose bastante tarde una noche tuvo la desgracia de esperar a la puerta de su casa más de dos horas por ignorar lo que no todos están obligados a saber. Tiraba el buen hombre del cordón de la campanilla; contestaba el portero diciendo: *¿Qui va là?* y replicaba mi paisano sencillamente: *ouvrez la porte*, sin saber que debía añadir: *S'il vous plaît*. El portero que oía como quien oye llover la orden de abrir la puerta, dejaba caer la cabeza en la almohada y se ponía a roncar muy tranquilo, hasta que vino por fortuna otra persona de la casa que había estado de gran *soirée*, llamó, satisfizo a la exigencia del portero diciendo: *ouvrez, s'il vous plaît*, y de este modo dejó el paso libre al pobre español que ya había consentido en dormir al sereno, o por mejor decir, en dormir al diluvio, porque el clima de la Francia tiene la serenidad de estar cargado de agua las cuatro quintas partes del tiempo. Como era natural, mi compatriota se incomodó mucho con el portero el cual se disculpó diciendo que en Francia era preciso decir a todo y a todos *S'il vous plaît*; lección que el otro no echó en saco roto, pues al día siguiente cuando el portero le dió los buenos días, le contestó con la mayor amabilidad del mundo: *Bon jour, s'il vous plaît*.

Un lance análogo ocurrió con otro español, amigo mío, pero éste fué más ingenuo que el anterior. Retiróse también tarde una noche, y viendo que el portero tardaba en abrirle, dió en tirar de tal modo del cordón de la campanilla que llevaba trazas de alborotar, no digo yo a toda la casa, sino a todo el barrio. Perdone Vd., caballero, dijo el portero abriendo la puerta para evitar el escándalo, si Vd. quiere que le abra otra noche, es necesario que diga Vd. "*cordón, s'il vous plaît*". ¡Toma! dijo mi amigo en español, porque no sabía producirse en francés, y *si no plaît también*, ¿pues para qué es Vd. portero sino para abrir y cerrar la puerta? Y acompañó estas palabras con una de aquellas interjecciones que infunden algún respeto a los extranjeros.

En cuanto a mí, me es de todo punto indiferente la costumbre que tanto ensalza el señor Sarmiento; pero debo decir

para gobierno de los que tengan ánimo de hacer un viaje a París, fascinados por la halagüeña pintura que dicho señor hace de la afabilidad francesa, que antes de ponerse en camino preparen la bolsa, porque los cumplimientos de este pueblo se pagan a peso de oro. En América y en España la etiqueta es más escasa de palabras, pero muy abundante en las buenas obras. En estos pueblos que no carecen de la suficiente urbanidad para tratar a cada cual según las consideraciones que se merece, hay dos cualidades que todas las naciones envidiarían, aunque no pudieran imitarlas, si fuesen capaces de comprenderlas; éstas son la *franqueza* y la *generosidad*. Nadie dice más que lo que siente, y pocos son los que no están dispuestos a brindar al extranjero cuánto vale y cuánto posee, sin violencia, sin ese bastardo interés que todo lo desvirtúa, que todo lo envilece. Y qué conoce el señor Sarmiento, que tanto ha viajado, muchos pueblos donde la hospitalidad sea tan noble, tan espontánea como entre la raza española? Venga este señor a París, y los mismos que le apestan con sus exagerados cumplidos, desearán verle atacado de tifus, no por el placer de emplearse en su alivio como decía el Médico a Palos, sino por el provecho que se prometen de su enfermedad. El facultativo recetará mucho para dar utilidad al boticario; el *garçon* llevará por la comisión de buscar la medicina otro tanto de lo que ella cuesta; la vecina más cercana traerá una lamparilla que vale un *sou* para sacar un franco, y cuando vean que no tienen esperanza de recompensa, todos abandonarán al enfermo, dejándole expirar sin prestarle el menor auxilio, aunque para devolverle la vida y la salud tuvieran que hacer solamente el miserable sacrificio de un vaso de agua.

Nada es aquí desinteresado, y lo digo sin ánimo de ofender a los franceses de quienes tengo en otros conceptos una idea aventajada. Y no es lo peor el que nada sea desinteresado, sino el que tenga una precisión de vivir siempre en guardia, para no ser víctima a cada instante de la mala fe de los ofrecimientos. ¿Creerán mis lectores que aquí cuestan las cosas la cantidad metálica en que se anuncian? Pues nada de eso; detrás del último precio, detrás de la última palabra, viene siempre el des-

cubrimiento de un error que exige otra palabra y otro precio. Citaré un ejemplo. Si el señor Sarmiento ha estado en París, que lo voy dudando, habrá visto muchos anuncios como éste: “*Bains à 50 centimes*; por lo cual no hay extranjero que no caiga al instante en la tentación de bañarse, porque ¿quién no quiere refrescar la sangre por la insignificante cantidad de medio franco? Pues bien; toma uno la tarjeta, que realmente cuesta cincuenta céntimos, menos de dos reales de vellón, y en seguida viene el bañero a decirle si quiere jabón de olor o del ordinario, si la ropa ha de estar fría o caliente, si necesita una o dos tohallas, si prefiere el aceite o la pomada para el pelo, con otras preguntas más o menos ociosas al parecer y a las cuales, el que no reconoce el busilis, responde naturalmente: “Me acomoda esto o aquello”. Pero al salir del baño se encuentra con una lista que dice:

Por la sábana caliente	1 fr.	00 c.
Por la tohalla, íd.	1	00
Por el perfume de la ropa	0	50
Por el jabón	0	50
Por la pomada o aceite	1	00
Por el peine	0	50
Por la asistencia	0	50

5 frs. 00 c.

De manera, que creyendo uno gastar dos reales, gasta un duro, lo que siempre es sensible, aunque no siente uno tanto el duro que le llevan, como la mala fe con que se lo sacan. Debo decir que esto que refiero no le he oído contar a nadie, porque me ha pasado a mí, que he pagado mi noviciado en París como todo bicho viviente, y aun puedo dar las gracias de lo barato que me salió el baño pagando un duro en vez de dos reales, pues sé de un amigo que entró a bañarse en la *Casa chinesca* del Boulevard, y creyendo pagar sólo dos francos, según el anuncio que había a la puerta, le costó la broma media onza de oro.

Lo repito: yo no me quejo precisamente de la exorbitancia de ciertos precios, porque dueño es cada uno de fijarlos a su

gusto, y cuenta es del consumidor el conformarse o no conformarse con ellos. Lo que irrita, como llevo dicho, es la mala fe que se oculta en los ofrecimientos. Si al preguntarle a uno de qué modo quiere la ropa, el jabón y todo lo demás, dijeran que estas cosas se pagan aparte, y lo que cuesta cada una de estas cosas, nadie podría fulminar una acusación a la conciencia de los especuladores, teniendo en su mano el aceptarlas o no aceptarlas; pero sobra la razón para quejarse del engaño con que se ocultan aquí las intenciones, avivando el deseo con una charlatanería sempiterna y empleando maliciosamente frases que alejan la sospecha del interés. Esto es lo que me parece indigno, vituperable, más que indigno y vituperable, pues no sé cómo calificar la conducta de los que tentados por una avaricia grosera se despojan de todo sentimiento hidalgo hasta el punto de comprometer tal vez a un desgraciado a quien hacen pagar diez veces más de lo que puede y de lo que se proponía gastar.

Excuso decir que no es solamente en las casas de baño donde debe uno estar prevenido contra la permanente conspiración que amenaza a su bolsa: para esto puede decirse que casi todas las casas de aquí son casas de baños. Lo mejor que debe hacer el que quiera comprar algo, es acudir a las tiendas de precios fijos, y aun así corre el peligro de que le cambien lo que compra, o de que los géneros correspondientes al precio marcado sean inferiores a la muestra, o de que al entregar la pieza ajustada la quiten un adorno postizo, que es el que había avivado las ganas del comprador; porque, lo repito, aquí nunca se sabe el último precio de las cosas, puesto que nunca se sabe la última condición de los tratos.

Todavía referiré otro caso de mi noviciado en París. Fuimos una noche cuatro amigos a un teatro y, lo diré francamente, no teníamos ganas de gastar mucho dinero, por lo cual pedimos asientos de segunda galería, que costaban a dos francos cada uno. Tomamos los billetes, y no pudimos hacer uso de ellos, porque no había un solo asiento de segunda galería que estuviese desocupado; visto lo cual, fuimos a reclamar al despacho de billetes. Allí nos dijeron que podíamos cambiar nues-



Domingo Faustino Sarmiento, en 1850

tros billetes por otros, y como era consiguiente, éstos nos costaron un franco más a cada uno. Fuimos a buscar los asientos, y tropezamos con el mismo inconveniente que la vez anterior, por lo cual volvimos a repetir la operación del cambio, que nos costó dos francos más por barba, siendo esta vez los billetes de los que llaman de *orquesta*, es decir, los mejores asientos, como que son los más caros. Pero... ¿piensan ustedes que había un solo asiento de orquesta desocupado? Ni uno. En vista de esto, y con más ganas de salir ya del teatro que de ver la función, volvimos al despacho a decir lo que pasaba, pidiendo formalmente que nos devolviesen el dinero. ¡Devolver el dinero! La dificultad de dar el habla a un mudo o la vida a un cadáver, es menor en París, gracias a los progresos de la ciencia, que la de devolver una peseta al que ha tenido la debilidad de soltarla. Nada de eso; nos dijeron que nos acomodásemos donde pudiésemos; porque eso de devolver el dinero era absolutamente imposible, y tuvimos que colocarnos en el patio, esto es, en asientos de a un franco, habiendo pagado cinco, sin que nos abonasen la diferencia. Fáltame decir que nos hicieron dejar los bastones a la entrada, y que una mujer nos recogió los sombreros, todo para darnos el gusto de pagar cuatro *sous* más a cada uno, que nunca pueden tener otra interpretación aquí los buenos oficios y modales tan someramente juzgados por el filósofo Sarmiento.

Por último, referiré un caso que presencié hace pocos días, y que basta por sí sólo para hacer comprender la inmensa distancia moral que separa a los pueblos del norte de Europa, de nuestra península. Despedíanse en la calle dos amigos que tienen la costumbre de jugar todas las noches el café al ajedrez. Antes de pasar adelante, diré al señor Sarmiento, por si lo ignora, que el juego del ajedrez es, de todos los juegos conocidos, el que más habla al amor propio, el que obliga a un viejo a trasnochar con perjuicio de su salud, y a un amante a faltar a una cita, con riesgo de una repulsa; el que, en una palabra, despierta en el alma de los que a él se dedican, una pasión que degenera en vicio, por más que no comprendan tan desordenada afición los que no comprenden las maravillosas combina-

ciones de dicho juego. Digo esto para que se conciba el gran sacrificio que han de hacer dos jugadores cuando faltan a su partida de costumbre, cosa que ocurre pocas veces, y sólo en virtud de causas a que la voluntad humana no puede sobreponerse. Ahora bien, los dos amigos de quienes llevo hecha mención, se despidieron en mi presencia, entablando este curiosísimo diálogo:

—Esta noche te espero para desquitarme de las partidas que me ganaste anoche al ajedrez.

—Pues amigo, lo siento mucho, porque esta noche no puedo ir al café.

—¿Cómo que no puedes? ¡No faltaba más, sino que me abandonases después de lo mucho que ayer me quemaste la sangre con tus jaques dobles! ¡Vaya! los instantes me parecen siglos para vengarme.

—Repito, que lo siento; pero lo que es por esta noche, no me esperes.

—No lo consiento; es necesario que yo tenga pronto mi revancha.

—Ya la tendrás mañana u otro día.

—No señor, ha de ser esta noche.

—Esta noche no puedo yo ir al café.

—Pero ¿por qué? . . . dímelo francamente.

—Pues bien, lo diré francamente, no voy . . . porque no tengo dinero.

El señor Sarmiento comprenderá que esto entre españoles hubiera sido mirado como una ofensa. ¿Quién tendría valor entre nosotros para decir a un amigo que no podía ir al café por no tener dinero? Pues el referido sujeto lo dijo, como cosa muy natural; y no es lo peor que él lo dijese, sino que el otro le contestase con la mayor frescura del mundo:

—¡Ah! eso es otra cosa. Anda con Dios, y haz por que nos veamos pronto, que tengo deseos de tomar mi revancha.

No acabaría nunca si fuese a contestar las cosas de este género que he podido observar en el breve término de un año; porque esta es la piedra de toque del pueblo francés. Todo puede explicarse aquí por la pasión al dinero: el progreso cien-

tífico, literario y artístico, las afecciones privadas, el refinamiento del trato social, la agitación, la calma, todo estriba en el interés como el equilibrio planetario en la fuerza de atracción. Y es lástima. Si desapareciese este vicio del pueblo cuya historia se ha elevado más de una vez al rango de la epopeya, yo confieso que amaría tanto como a mis compatriotas a estos hombres cuyo talento reconozco y admiro. Si yo fuese escritor francés, creo que habría consagrado todas mis tareas a extinguir en este pueblo ese lunar que eclipsa muchas hermosas cualidades, y el hombre de inteligencia que se propusiese tan noble fin, daría más lauro a la Francia que todas las conquistas de sus héroes.

Dice el señor Sarmiento que el pueblo de París tiene la religión de la *adresse*; quiere decir, que todo el mundo da aquí al extranjero las señas de una calle, y esto hasta cierto punto es verdad, nada más que hasta cierto punto, pues en una población numerosa como esta es imposible que falten personas capaces de detenerse a contestar a una pregunta sencilla; pero en cambio hay muchas que se dan por ofendidas, diciendo que el que ignora algo debe dirigirse a un *commissionnaire*, y despidiendo al pobre que hace una pregunta, con cajas destempladas.

Sin embargo, justo es decir que en este pueblo tiene un hombre a todas horas más auxilio del que necesita. Si uno titubea un poco mirando el letrero de una calle o el número de una casa, en seguida viene otro a explicarle lo que desea saber. Si uno toma un coche de alquiler, está seguro de tener tanto al subir como al bajar quien le abra oficiosamente la portezuela. Pero todo esto, ¿qué quiere decir? Dinero. Prestan al extranjero el favor que no ha pedido, y el extranjero no puede agradecerlo, antes bien acaba por incomodarse con los que le hacen pagar lo que no ha mandado. Siempre se halla el mismo velo encubriendo el mismo vicio.

Una prerrogativa tiene, efectivamente, el extranjero en este país, y es la de visitar los monumentos sin más tarjeta que su pasaporte; pero esta es una preeminencia que se concede en todos los países, con la sola diferencia de que aquí puede decirse que se paga el derecho de entrar en todas partes, puesto que

hay que gratificar siempre a los que cuidan o enseñan los museos y monumentos, mientras que en España se expondría a sufrir un bochorno el que quisiera dar a ciertos empleados una gratificación, que sería mirada como una injuria. Si el señor Sarmiento ha subido a la columna de Vendome, a la de Julio, o a la torre del Panteón, o al Arco de Triunfo, habrá sido dando algo a la entrada, pues de lo contrario no habría conseguido su objeto, aunque llevase pasaportes de todas las embajadas del mundo. Y adviértase que la cuenta no es floja en ciertos establecimientos donde hay precisión de dar dinero a la primera entrada, y más dinero en cada uno de sus departamentos o secciones. Citaré, entre otros muchos ejemplos que omito por no molestar a mis lectores demasiado con un mismo tema, el famoso cuartel de los Inválidos que yo tuve el placer de visitar un día, por medio del pasaporte. Efectivamente, a la vista de este documento se abrieron todas las puertas, y muchas cabezas se descubrieron; pero tuve que dar gratificación a la entrada del establecimiento, y gratificación en cada una de las salas que me enseñaron, de modo que la curiosidad de ver un cuartel me costó, a mí, que no soy muy amigo de los militares, la friolera de tres o cuatro duros. Este es el hecho, y si el señor Sarmiento, que no sé porque razón ha de haber sido siempre la excepción de la regla, dice lo contrario, yo me inclinaré a pensar que dicho señor no ha estado en París.

Tampoco es cierto que haya en Francia esa veneración a los extranjeros que el señor Sarmiento supone. Todo menos eso; el público es aquí como en todas partes intolerante, y tal vez más, pues añadiré para refutar la opinión del señor Sarmiento, que cuando en una cuestión cualquiera un extranjero tiene razón, la tiene en todas partes, menos en Francia. Podría en caso necesario demostrar con una larguísima relación de hechos esta verdad; pero para prueba de que no siempre se guardan aquí las debidas consideraciones a un extranjero, recordaré la provocación que me hizo uno de los inválidos al introducirme en una sala donde había varios retratos de los más célebres generales del imperio.

—¿Es Vd. español? me preguntó el individuo.

—Sí, señor.

—Si estos hombres vivieran, prosiguió señalando a los retratos de sus héroes, mucho miedo causarían a sus compatriotas de Vd.

—No lo creo, le contesté yo en bastante mal francés; porque ninguno de esos guerreros tendría gana de volver a España.

El inválido disimuló el enojo que debió darle mi respuesta, y con afectada amabilidad me dió un golpecito en el hombro, diciéndome:

—Es Vd. muy joven, y no pudo encontrarse como yo, en la batalla de Ocaña.

—Es verdad, repuse; pero he oído decir a los de su siglo de Vd., que la tal batalla de Ocaña fué una escaramuza comparada con la de Bailen.

Y sin dar tiempo al inválido para lanzar la réplica que no encontraba en su imaginación, salí de aquella sala, un poco amostazado de una polémica poco atenta y no provocada por quien, como yo, iba con buenos modales a conocer una de las maravillas que tan agradablemente me han sorprendido en la hermosa ciudad de París.

De buena gana continuaría criticando, una por una, todas las páginas de los viajes del señor Sarmiento, pero confieso que esta tarea es superior a mis fuerzas, no porque no haya motivo, sino a causa de tanto motivo como hay. Además, los viajes del señor Sarmiento tienen párrafos que ofrecen tal incoherencia, tal confusión de ideas, que el diablo que los entienda. Algunas veces se me figura que la obra a que contesto no está escrita por un hombre solo, porque tendría más unidad, ni por varios autores de sana razón, porque tendría menos disparates. Es preciso, digo para mí, que el señor Sarmiento haya visitado una casa de dementes, copiado en su libro de memorias una palabra escapada del fondo de cada jaula, y formado de este monstruoso conjunto de voces muchas páginas de su obra: sólo así puede explicarse la excentricidad que domina en algunos párrafos como este que quiero copiar íntegro para que mis lectores conozcan la razón de la extrañeza que me causa:

“Don Francisco Matta me guía al ministerio, y M. Dessage, jefe del departamento político, me recibe. Este funcionario es el ojo con que Guizot ve la cuestión del Plata. Todos los días presenta el extracto de los diarios y de las noticias recibidas. “Río de la Plata” artículo de oposición, no se lee. “Denuncia el *National* el corte de los bosques”. — Recoja Vd. datos. “Nota de Deffaudis pidiendo fuerzas” — Nò se mandan. Así se maneja el mundo, así se crea la historia. M. Dessage me interroga. Quiero yo establecer los verdaderos principios de la cuestión. Hay dos partidos, los hombres civilizados, y las masas semi-bárbaras. — El partido *moderado*, me corrige el Jefe del departamento político, esto es el partido moderado que apoya a Luis Felipe el mismo que apoya a Rosas, — No señor, son aquellos campesinos que llamamos gauchos — ¡Ah! los propietarios, la *petite propriété*, la bourgeoisie. — Los hombres que aman las instituciones. . . La oposición me rectifica el ojo y el oído de M. Guizot (la oposición francesa y la oposición a Rosas, compuesta de esos que pretenden instituciones). Me esfuerzo en hacerle comprender algo; ¡pero imposible! es griego para él todo lo que le hablo. Hay un partido tomado, y un gobierno no se deja persuadir a dos tirones, aunque Deffaudis y Saint Georges, que están en el teatro de los sucesos, acrediten la competencia de la persona. En resumen:

Rosas—Luis Felipe.

La mazorca—El partido moderado.

Los gauchos—La *petite propriété*.

Los unitarios—La oposición del *National*.

Paz, Varela—Thiers, Rollin, Barrot”.

Hizo mal el señor Sarmiento en acabar aquí, pues podía haber llenado muchas páginas más de su obra, continuando de este modo, sobre poco más o menos, su serie de extravagancias:

Nicolás I	Soulouque.
Polka-Mazurca	El falansterio.
Zegries y Abencerrajes	Le Charivari et l'Univers.
Los polvos de la madre Celestina	La Aristocracia.

- $x = 3, z = 1, x = z, 1 = 3$ Montalembert y
sus secuaces.
- El buey Apis, Montemolin Sancho Panza, el
Judío Errante,
Sarmiento, etc.

Estos párrafos nutridos de incoherencias, tienen no sólo la ventaja de llenar papel, sino también la de hacer casi imposible la crítica, por la sencilla razón de que para criticar una obra es preciso leerla, y para leerla es necesario que no contenga cosas capaces de obrar una completa perturbación en el cerebro. Y pregunto yo ¿quién puede leer muchas páginas de los viajes del señor Sarmiento sin experimentar ese trastorno a que los facultativos dan el nombre de vértigo? Nadie en el mundo. Yo conozco a un sujeto que ha pasado por los cabos de Hornos y de Buena Esperanza, cruzado una porción de estrechos, y sufrido sin marearse las tempestades más atroces; pues bien, este hombre leyó días pasados unas cuantas líneas de la obra que voy criticando, y se mareó en tales términos, que si no le hubiéramos aplicado con tiempo los remedios oportunos, podía haberle costado la torta un pan. Repetida la experiencia con marineros de profesión, que han pasado sobre el agua la mitad de su vida, el resultado ha sido idéntico siempre; quiero decir que todos se han mareado leyendo dicha obra; y yo que me he impuesto la dura pena de leerla para juzgarla, confieso que sufro a cada momento con su lectura, casi, casi, las agonías de la muerte. Para evitar esto, he resuelto adoptar un sistema que puede llamarse higiénico, el cual consiste en pasar por alto aquellos párrafos cuyas primeras palabras empiezan a desvanecerme la vista y atender no diré a los que son de todo punto inofensivos, que éstos son pares y no llegan a dos, sino a los que producen menor estrago.

No creo que mis palabras puedan herir la susceptibilidad del señor Sarmiento, máxime cuando llevo manifestado, y no me cansaré de repetirlo, que los defectos en que dicho señor incurre son hijos de su excesivo chirumeñ y de su profunda sabiduría, porque así como una oveja blanca suele parir un cordero negro, el genio y la erudición enjendran a veces los

desatinos garrafales de que tan repetidos ejemplos ofrece la obra que voy examinando. Por otra parte, sería inútil una torcida interpretación a la sinceridad de mis palabras, porque aunque yo no tuviese una idea elevada del señor Sarmiento, el señor Sarmiento tiene formado tan alto concepto de sí mismo, que ninguna crítica por punzante que sea puede hacer mella en su amor propio. ¡Tontería! Mirabeau se encolerizaba contra los que oponían a sus facultades oratorias las de Barnave, Demóstenes y Ciceron, Alejandro y César, Rafael y Murillo, Newton y Descartes, Mozart y Rossini, Shakespeare y Calderón, en una palabra, todos los hombres grandes que alcanzaron la palma de la inmortalidad por la elocuencia, las armas, la pintura, la ciencia, la poesía, o por otros medios no menos elevados, han sido sensibles a la sátira, dejando ver el lado flaco inherente a la humana condición. El señor Sarmiento es el único de los grandes hombres, cuya vanidad se ha bañado en la laguna Estigia sin dejar un punto vulnerable a la maledicencia, de modo que sería temeraria la pretensión de mortificar al señor Sarmiento, verdadera divinidad, que desde la cima del Olimpo puede mirar con desdén la impotente censura de los mortales. ¡Que si quieres!

La prueba de lo que acabo de decir está en casi todas las páginas de los viajes que tengo yo la insolencia de comentar, no porque crea salir airoso de mi empresa, sino para mostrar que en este pícaro mundo nunca falta un Zoilo para un Homero. Según dichos viajes, el señor Sarmiento ha sido, como el señor Manolito Gázquez el de Sevilla, el primer galán de todas las fiestas. Todos los hombres le han oído como a un oráculo, todos han conocido su importancia, todos han celebrado en él esa sublime elocuencia que lleva de la admiración al éxtasis, y a veces del éxtasis al sueño. Veán ustedes, sino, cómo el mismo Sarmiento cuenta su entrevista con M. Mackau, antiguo ministro de marina de Luis Felipe. Dice así:

“Mi amigo el comandante Massin, compañero de viaje del Brasil a Europa, había sido destinado al ministerio de la marina, y cada vez que nos veíamos me refería los progresos que hacía en un plan de operaciones emprendido con el barón

Mackau, ministro del departamento. Cuando se habla del Río de la Plata en el ministerio, me decía, yo suelto alguna frase de inteligencia, la discusión se traba, y a lo mejor digo a mi ministro: no conozco a fondo este punto; pero ha venido conmigo un americano que le solvería a Vd. todo género de dudas. Le pico la curiosidad, y un día de estos vengo a llevarlo para que tenga una entrevista. No se pasan en efecto cinco, antes de que el comandante Massin se presente en mi habitación, radioso del placer de haberse salido con la suya. Recíbeme Mackau con la amabilidad expansiva del hombre que se siente estúpido, y le han persuadido que su interlocutor es más *inteligente*; porque el barón Mackau tiene una reputación colosal en París de ser un animal en dos pies: en la cámara no lo interrumpe la oposición a fin de oírlo decir *platinudes*, y el centro se venga de su servidumbre, riéndose de su jefe y amigo, a dejar correr las lágrimas, cuando él tiene la palabra. Hablo largamente de los acontecimientos del Plata; y como no es tan sabido como M. Dessage, no me corrige los conceptos, no me sustituye las *sanas* ideas en lugar de las mías. M. Mackau aprueba todo con un signo de cabeza y una sonrisa. Digo cuanto juzgo oportuno para edificación del ministro; su benevolencia me anima, siento que mi confusión primera se disipa, mis ideas se aclaran; cita hechos, establezco principios, *me escucho elocuente*. *Massin está contentísimo de su amigo el americano; lo leo en sus ojos animados*. El almirante continúa siempre *haciéndome reverentes signos de aprobación*; pero son tan metódicos, son tan mecánicos, que parece una palanca; mírole fijamente los ojos, y veo en ellos aquella fijeza sin mirada del hombre que no escucha, absorvido por algún pensamiento interno. Yo me detengo repentinamente en mi improvisación, y el ministro faltando el ruido de las palabras, despierta, y no sabiendo qué decirme porque no está en antecedentes, explora, tartamudea, y no acaba: hay un momento de silencio, trato de escabullirme, y Massin me aprieta la mano al salir, en signo de parabién, creyendo que he depositado alguna idea en aquel cerebro de estopa, *¡había sido tan animado mi discurso!*".

Pero si M. Mackau se dormía con los discursos del señor Sarmiento, es porque no tenía bastante inteligencia para saber apreciarlos, y realmente no sé yo cómo no se fué a pique toda la marina de Francia estando gobernada por un hombre tan *estúpido* como M. Mackau que se durmió sin dignarse oír a un *interlocutor tan inteligente* como el señor Sarmiento. ¿Cómo podía Luis Felipe dejar de caer estando aconsejado por semejantes hombres? Si yo hubiera tenido noticia de lo que el señor Sarmiento ha revelado tan tarde, creo que habría predicho la revolución de febrero con la exactitud con que los astrónomos predicen un eclipse. Porque no hay duda; cuando M. Mackau se durmió al escuchar el soberbio discurso del señor Sarmiento, probó que no servía para timonel, cargo que exige la más exquisita vigilancia. Descuidado el timón, era natural que la nave caminase sin rumbo, y marchando a la aventura, era claro que debía estrellarse en uno de los inmediatos escollos. Empiezo a creer que M. Mackau es el autor, sin saberlo, de todo lo que ha sucedido, está sucediendo y ha de suceder en el viejo mundo. Digo más; creo que los revolucionarios de 1848 derribaron a Luis Felipe, sólo para vengar la dignidad del señor Sarmiento, ultrajada por el intempestivo sueño de M. Mackau. El tiempo aclarará este misterio, o como decía Quevedo: "Ello dirá, y sino lo diré yo".

Para compensar el desaire de un hombre tan tonto como Mackau, vean ustedes qué efecto tan prodigioso produjo la elocuencia del señor Sarmiento en un hombre tan avisado como M. Thiers:

"En fin, —dice— soy introducido a M. Thiers, que no puede dedicarme sino un cuarto de hora, porque está reconcentrándose para pronunciar en la Cámara un discurso de cuatro horas. Tan fastidiado estoy de los grandes hombres que he visto, que apenas siento entusiasmo al acercarme a este diarista, historiador, estadista, financista, orador. En la calle Nueva de Saint-Georges tiene su hotel rodeado de árboles frondosos, y separado de la calle por una verja de hierro que deja ver el verde césped que alfombra el suelo. Esperábame en su jardín a la sombra de los árboles, a la orilla de un estanque lleno de

pescadillos rojos que tenían el agua en un continuo movimiento. Es M. Thiers un hombre chiquitito, moreno, cara redonda como un boliviano; su metal de voz es poco sonoro, su palabra fácil, su *aproche* alentador. La conversación se hubo entablado luego; no había momento que perder: al principio me aventuré con timidez, el chasco de Mackau me venía a la memoria; y luego exponer ideas a M. Thiers, es una tarea que se la doy, no digo a un americano, al más pintado, a un escritor europeo. Pero había tanta indulgencia en su semblante, me detenía medroso, y él me decía: "continúe Vd.". El cuarto de hora pasó, y quise levantarme. "No, todavía no, me interesa, siga Vd.". Y al fin de tantos sufrimientos tuve la dicha, tan cara para los hombres que comienzan y no tienen prestigio, de verse animados, aprobados, aplaudidos, por una de las primeras inteligencias de la tierra.

"¿Para qué he de decir a Vd. el tema de mi discurso? Conocélo Vd. y podría repetir las mismas palabras, los mismos pensamientos". M. Thiers al oírme me decía: "continúe Vd.; la cuestión toma otro aspecto que no le conocía; esto es grande, continúe Vd.". Y yo seguía, amigo; *la palabra me venía fácil y neta en francés*, como en aquellas horas de interminable charla con mis amigos. Decía todo mi pensamiento, y vi un momento la América toda y su porvenir desarrollarse ante mis ojos, claras todas las cuestiones, rodando sobre un punto céntrico, único, la falta de intereses industriales. "¿Rosas cuenta con la mayoría?" Sí, señor; sus enemigos verdaderos, de corazón, son los pocos que tienen por la regeneración de las ideas el sentimiento de la unidad de los pueblos cristianos. Mi introductor me punzaba para que no continuase en este mal camino: 'después me decía: "malo, dígale que la inmensa mayoría le es hostil".

"Preguntóme en seguida por Florencio Varela, y mi introductor se apresuró a decirle que por él le venía recomendado. Varela había dejado una agradable impresión en su espíritu, y los elogios que en la Cámara tributó a su nombre, los más exagerados aunque sobre su mérito y la fascinación de su palabra hizo el petate de Mackau, son sin duda timbres de que puede gloriarse un americano. Es Varela, en efecto, no el hombre

más instruído que tiene hoy la República Argentina, sino la naturaleza más culta, el alma más depurada de todos los resabios americanos; es el europeo aclimatado en el Plata ya, como aquellas plantas exóticas que a tres o cuatro generaciones, y mediando la cultura esmerada, recobran al fin el perfume y sabor que les eran originales. Varela ha dejado aquí amigos apasionados y entusiastas, es conocidamente el centro de la acción inteligente contra Rosas en Montevideo, y su contacto diario con todos los hombres notables que toman la gestión de aquellos negocios tan complicados, hace valer la influencia de sus modales tan cordialmente cultos, de su espíritu tan sensatamente elevado. Poniendo su nombre al frente de un diario, ha querido por respeto a sí mismo ponerse un freno para no ceder a la tentación a que sucumbió Rivera Indarte de volver injuria por injuria, en aquella lucha en que contra el razonamiento y los principios se arrojan las pasiones groseras y la violencia. Sobre todo, lo que hace de Varela un hombre inestimable en la crisis en que tiene que figurar, es su posesión completa de los idiomas modernos, que hace de él un intermedio indispensable entre los enviados europeos y los americanos interesados en la lucha. M. Thiers lo había favorecido con una distinción que rayaba en la amistad, y así nos lo expresó esta vez. Al despedirnos, M. Thiers dijo, sin duda no con otro objeto que el de prodigar una de esas amables palabras con que el francés hace feliz al que se le acerca: *“he oído con placer a este señor. Su modo de ver la cuestión es nuevo, fecundo, me interesa; no me pesa el tiempo que le he consagrado; hablaremos más despacio después: necesito más datos. Llévelo a la Cámara pasado mañana, que hago una reseña general de la política del ministerio: hablaré tres horas; no diga Vd. nada; quiero caerles de improviso”*. Yo me retiré, como Vd. puede imaginarlo, *satisfecho de mí mismo, radioso, INFLADO* y tiñendo de rosa mi porvenir de París.

“Sígame a la Cámara; voy a introducirlo a otro mundo. En la sala de los pasos perdidos soy presentado a Armand Marrast, redactor del *National* y opositor a Rosas, simplemente por desafección a Guizot. Hablamos, me escucha, *me aprueba*; pero

me pide datos escritos para hacer con ellos artículos de oposición. Pido que se escriba en el sentido de nuestros intereses americanos y no en los de la oposición, y me hace sentir que eso no le importa sino hacer la oposición”.

Por último el señor Sarmiento dice que vió a Julio Janin y a Ledru Rollin, y aunque no cuenta el efecto que sus discursos produjeron en el ánimo de estas notabilidades, es de presumir que sería como siempre, arrebatador, más que arrebatador, divino, más que divino, sarmentesco, término a donde ya no alcanza la imaginación del hombre.

Pero a todo lo que el señor Sarmiento dice acerca de sus entrevistas con las personas notables de París, tengo yo que hacer muchas objeciones, o si Vds. quieren, una objeción que vale por muchas. Yo creo que el señor Sarmiento no ha visto a ninguno de los personajes que cita, y voy a decir porqué.

Suponiendo que el señor Sarmiento haya estado en París, dudo que haya visitado a las notabilidades que cita. En esta población hay mucha gente de buen humor y malas entrañas que abusa de la candidez del prójimo para divertirse, y es muy probable que algún galopín se entretuviese en presentar al señor Sarmiento ante otros perillanes compinches suyos, preparados de antemano para representar en la farsa, uno el papel de periodista, otro el de orador, otro el de ministro, y así sucesivamente; de manera, que cuando el señor Sarmiento creía hablar con M. Mackau que se dormía, con M. Thiers que se admiraba o con M. Marrast que pedía datos para escribir artículos de oposición, estaba tal vez hablando con varios cómicos del Palais Royal, o con uno solo que supo disfrazarse y desempeñar primorosamente los tres papeles.

Las pruebas morales que yo tengo para abrigar esta opinión, son irrefragables. ¿Se concibe, en efecto, que haya podido ocurrir nada de lo que el señor Sarmiento cuenta de sus entrevistas con las expresadas notabilidades? Dice que el ministro de Marina se durmió. ¿Es posible que en este país del buen tono, un hombre de la alta sociedad, un ministro nada menos, cometiese tan grave falta de desatención? Aunque M. Mackau no tuviese talento, es seguro que tendría la educación de que

no carece la generalidad de los franceses, aun en las clases más ínfimas, y no pudiendo negarse al ex ministro esa prenda que rechaza todo acto de grosería, no se comprende la chocante aventura de que nos habla el señor Sarmiento. Así, lo repito, el individuo que dijo ser M. Mackau, no era M. Mackau, y aunque pareciese que dormía, no dormía: era sin duda un *drôle* que quiso divertirse con un *dupe*, algún cómico de aquellos que representan en las parodias del Palais Royal personajes célebres contemporáneos, remedando a las mil maravillas su cara, sus gestos, su voz y sus maneras.

Dice también el señor Sarmiento que M. Thiers estuvo muy complaciente con él, manifestando el mayor interés en escucharle. Esto sí que es pedir peras al olmo. ¡El pobre Sarmiento no conoció que aquel hombre no debía ser M. Thiers, cuya inteligencia rica y experimentada, y cuya frialdad característica son ya inaccesibles al entusiasmo. No; aquel hombre no era M. Thiers, sino el tuno del cómico que sabía parodiar con la exageración que es inherente a la farsa, las maneras elegantes de este gran político, así como había dado un viso demasiado grotesco a las de M. Mackau! Sino fuera porque siempre causa pesadumbre el hombre que en cualquier sentido hace la víctima, hubiera sido magnífico el ver al señor Sarmiento engañado por tan excelente mímico, creyendo de buena fe todo lo que veía y escuchaba, recibiendo impresiones agradables o desagradables, según la voluntad de la parte contraria; en una palabra, siendo el hazmereír de uno de esos hombres cuya crueldad va desgraciadamente acompañada del talento y del chiste para su disculpa; pero la broma era harto pesada, y el sentimiento de la compasión debía ahogar al de la risa viendo al señor Sarmiento en una situación verdaderamente lastimosa.

Por último, dice este señor que M. Marrast le pidió apuntes para escribir un artículo de oposición, manifestando que éste era su único objeto, pues nada le importaban los intereses americanos. ¡Ya escampa! M. Marrast no pudo dar semejante contestación al señor Sarmiento, porque era uno de los hombres más atentos del mundo, como su inteligencia era de las primeras de la Francia. Pero hay una consideración más fuerte

todavía. Si los intereses de Rosas estaban representados por el ministerio Guizot, como el señor Sarmiento manifiesta, es claro que los intereses de los pueblos americanos estaban representados por los que hacían la oposición a dicho ministerio. Era imposible no favorecer los intereses de los pueblos americanos, combatiendo a los que patrocinaban la política de Rosas, ¿cómo, pues, pudo decir M. Marrast que haría la oposición al gobierno, condenando sus relaciones con Rosas, sin favorecer los intereses americanos? Esto no podía caber en una cabeza tan bien organizada como la de M. Marrast. Por otra parte este célebre periodista era de aquellos que no hacían una oposición puramente personal, sino de principios. Era uno de los representantes más avanzados que en su tiempo tuvieron las ideas democrático-liberales, y por lo tanto era imposible que desamparase sus principios, que desperdiciase la ocasión de servir a los pueblos americanos, que sacrificase, en fin, sin objeto, lo que convenía a sus opiniones, a la índole de su periódico, y al combate que sostenía contra el gobierno. En vista de estas razones capaces de convencer a una piedra, puede asegurarse también que el sujeto que hizo ante el señor Sarmiento el papel de Marrast, no era M. Marrast. ¿Quién era pues? El pícaro cómico.

Hasta aquí no he dado más que pruebas morales para demostrar que el señor Sarmiento, víctima sin duda de una alucinación o de un engaño, no ha visto a ninguna de las personas que cita. Ahora voy a dar una prueba material, y ésta es concluyente.

En la carta dirigida por el señor Sarmiento al señor Aberastain, se dice lo que sigue; "Por accidente oigo a Lassalle, editor del *Correo de Ultramar*, al redactor de la *Presse* al servicio de Rosas, y a M. Pichon, el ex cónsul de Montevideo... El primero escribe, según el mismo, para que Rosas se suscriba por doscientos ejemplares, etc."

Yo no tengo el gusto de conocer a M. Pichon, ni al redactor de la *Presse* a quien alude el señor Sarmiento. Supongo que este redactor no será Emilio Girardin, porque en tal caso merecía la pena de que se hubiera citado su nombre, y en cuanto

a M. Pichon diré sólo que nadie habla de él por aquí; es posible que ya se lo hayan comido, pues tal es el duro término de los seres que llevan su nombre; pero en cambio, tengo el honor de conocer a M. de Lassalle, editor propietario del *Correo de Ultramar*, y puedo asegurar a mis lectores que no hay una palabra de verdad en lo que el señor Sarmiento dice acerca de este caballero. M. de Lassalle que es hombre veraz y tiene muy buena memoria, dice que nunca ha visto al señor Sarmiento, y que recuerda no haber oído pronunciar este nombre en toda su vida. Dice también que nunca ha tenido trato alguno con Rosas, ni su periódico se ha mezclado jamás en los asuntos políticos de la República Argentina, como tampoco se mezcla en los asuntos de Europa, pues dicho periódico no tiene ningún color, ni es otra cosa que un papel destinado a narrar imparcialmente los sucesos de la época, poniendo a los americanos al corriente de lo que pasa en el viejo mundo. M. Lassalle no tiene necesidad de probar lo que dice, porque el argumento más concluyente contra una aseveración falsa, es una negativa rotunda; pero, sin embargo, da razones poderosas para pulverizar la absurda aseveración del señor Sarmiento, cuyo nombre recuerda no haber oído pronunciar en toda su vida. Estas pruebas son indestructibles: la una está viva, permanente, visible para todo el que haya observado la conducta neutral del *Correo* en los muchos años que cuenta de existencia; la otra consiste en este sencillo razonamiento. ¿Es posible que un periódico acreditado, favorecido por millares de personas de todas las opiniones en el nuevo mundo, fuese a comprometer su porvenir por la miserable recompensa que supone el señor Sarmiento? Esto sería más que dejar lo cierto por lo dudoso, sería preferir lo menos a lo más, cosa que nunca hubiera aceptado la empresa del *Correo de Ultramar* sin acreditarse de insensata; que el mismo Rosas no podía proponer, sin incurrir en la nota de extravagante, y que sólo cabe en la mollera del señor Sarmiento, el hombre más particular del mundo, y también el hombre más célebre, si bien hasta la ocasión presente M. Lassalle y yo, hacemos memoria de no haber oído pronunciar su nombre en nuestra vida.

Ahora bien; puesto que carece de verdad todo lo que el señor Sarmiento dice, relativamente a M. Lassalle, es de presumir que no tenga mejor fundamento lo que refiere acerca a M. Mackau el ex ministro, Thiers el orador, Marrast el difunto periodista, y Pichon, que con arroz debió gustar mucho a los que se lo comieron.

No por eso quiero decir que el señor Sarmiento haya mentido; al contrario, creo que él se figura haber hablado con dichos sujetos, cuando realmente sólo ha hablado con el pícaro histrión que ahora estará parodiando al señor Sarmiento, como parodió entonces a los citados personajes.

Y a la verdad, siento que un hombre que no es chino, ni chileno, se haya dejado engañar como un chino, porque a pesar de sus rarezas veo que es liberal, y esto basta para que yo le profese algún cariño, aunque no mucho, pues creo que dicha señor no es tan liberal como él supone. Si fuera liberal no diría al señor Aberastain lo que van Vds. a oír: "Pero vea Vd. algunas cifras. La Francia tiene 35.000.000 de habitantes, y 270.000 electores, elegidos según lo que poseen y *no según lo que saben*".

El señor Sarmiento, víctima de las parodias de los franceses, tiene la desgracia de parodiar a todo el mundo. He visto una de sus obras que titula "DE LA EDUCACIÓN POPULAR" la cual es sin duda una parodia, por no decir que una copia de la obra de Avendaño consagrada al mismo objeto, tan conocida y recomendada en las escuelas de España. En sus *Viajes* ha parodiado a los escritores franceses hasta en la afectada manía de insultar a la nación española, y ahora veo que, al emitir su opinión respecto al derecho electoral, parodia a cierto ciudadano que quería *una buena república con un rey fuerte a la cabeza*.

¿En qué siglo vivimos, señor? ¿Hasta cuándo será el despotismo defendido por los liberales? ¿Qué quiere decir eso de "270.000 electores elegidos según lo que poseen y *no según lo que saben*"? ¿También el señor Sarmiento es de los que como Simón de Sismondi dicen que los votos deben pesarse en lugar de contarse? Pues permítame decirle que su opinión es en esta parte tan liberal como la de la aristocracia francesa o la de la

teocracia romana, y más perjudicial que éstas porque está menos gastada.

¡Cómo! ¿No tenemos bastante ya con la tranquila de la propiedad puesta en juego hasta aquí por los amigos del monopolio para que vayamos a sustituir o agregar ahora la triquiñuela de lo que llaman ciencia, capacidad o talento? He aquí un recurso magnífico para los déspotas, un pretexto digno de los que quieren condenar al pobre pueblo, que lo paga todo con su bolsa y su sangre, a no tener jamás representación en las cosas que tan directamente le interesan. Francamente, la cancamusa de la riqueza es menos injusta que la del saber, porque es menos restrictiva, y porque limita menos el número de los sufragios, pues en toda nación por grande que sea su cultura, hay menos sabios que grandes contribuyentes. Además, como la capacidad metálica se prueba más fácilmente que la intelectual, la restricción inventada y explotada hasta aquí por los adversarios del voto universal, es menos ocasionada al abuso que la que quieren suplir los liberales del calibre del señor Sarmiento. Una carta de pago es credencial suficiente para reclamar el derecho electoral en los países donde este precioso derecho se concede solamente a los que tienen fortuna. Pero ¿cómo se acredita la capacidad científica, literaria, artística, o industrial? ¿Por los títulos? Este sería malísimo medio, porque hay en todos los países muchos hombres que son sabios, aunque no tengan título de tales, como hay otros que tienen títulos de sabios y andan en dos pies por casualidad. ¿Cómo se formarían las listas? Habría que crear una junta de examinadores para probar la idoneidad de los aspirantes al voto, y esto no ofrecería grandes dificultades; pero lo difícil sería determinar las condiciones literarias de los electores. ¿Bastaría haber estudiado un año de filosofía, o sería preciso saber zoología y numismática? Pero este examen se evitaría dando solamente el derecho de votar a los que acreditaran su capacidad por medio de títulos, tales como los abogados, los médicos, los boticarios, los arquitectos, los albéitares y los curas. ¡Bonito cuadro electoral!

Sabido es que en ciertas carreras el talento natural se ostenta sin necesidad de títulos académicos; así hay excelentes pintores, grandes escultores y eminentes poetas, que por carecer de dichos títulos no podrían acreditar *legalmente* su aptitud, y por consiguiente estarían bajo el sistema de las capacidades intelectuales tan postergados como lo están bajo el de las capacidades metálicas. En España, por ejemplo, tenemos un Quintana, un Breton de los Herreros, un Lafuente, un Tejeo, un Piquer, y otros hombres notables en las letras y bellas artes, que no son abogados ni médicos, ni boticarios ni arquitectos, ni albéitares ni clérigos, y por consiguiente carecerían de derecho electoral bajo el abusivo sistema del señor Sarmiento, el protector de la inteligencia.

Pero quiero suponer que ninguna verdadera capacidad quedase excluida. ¿Qué se habría conseguido con esto? Tener un colegio electoral muy bueno para escribir comedias, pintar retratos, hacer bustos, embrollar pleitos, matar sanos en lugar de curar enfermos, componer jarabes y píldoras, levantar planos, herrar caballerías y cantar el *miserere*; es decir, un colegio electoral bueno para todo menos para conocer la necesidad de las reformas económicas, de las mejoras materiales, de todo lo que dice relación a la agricultura, a la industria, al comercio y al trabajo en general. Este colegio sería menos numeroso, y por consecuencia, más tirano, más exclusivista que el de los propietarios. Es imposible que un liberal de buena fe acepte semejante monopolio: eso sólo se concibe en el señor Sarmiento que, dedicado a difundir la educación primaria, no ha podido hacer su educación política.

Hasta aquí he combatido, aunque muy ligeramente, el sistema electoral de las capacidades, considerándolo sólo bajo el punto de vista de la conveniencia. ¿Cuánto habría que hablar si fuésemos a entrar de lleno en la cuestión de derecho! ¿Con qué razón puede negarse a ningún ciudadano la facultad de intervenir en el mecanismo administrativo-legal a que somete sus intereses, su vida y la de su familia? ¿Por qué un hombre, un miembro de la comunión social, ha de ser bueno para contribuir con sus brazos al cultivo de la tierra, con sus hijos a

la seguridad de la patria, y no con su voto a la formación de las leyes? ¿Quién puede abrogarse el privilegio de negar a otro hombre un derecho político emanado lógicamente del derecho natural? Cuestiones son éstas que merecen discutirse más despacio, aunque a los ojos de los que aman realmente la libertad basta enunciarlas para resolverlas. Así, concluiré este asunto diciendo, que el credo de los liberales respecto a la cuestión electoral está formulado en estas inmortales palabras de Mirabeau: "No concibo ciudadano alguno que no sea elector o elegible, representante o representado". El señor Sarmiento es dueño de aceptar o no esta doctrina, como yo soy dueño también de decir:

Que si al sistema fatal,
Del oro, pretende ufano
Suplir un abuso igual,
Será... muy republicano;
Pero poco liberal.

A la igualdad da tormento,
Fingiéndose de ella amigo;
Mas yo conozco su intento,
Y tomo la pluma y digo:
"Sébase quien es Sarmiento."

Es un hombre universal,
Cuya inspiración coloco
En la región celestial,
Pero poco... más que poco,
Poquísimo liberal.

Y aquí doy fin a este capítulo; porque el señor Sarmiento olvidando los buenos consejos del señor Aberastain no nos habla más que del Hipódromo, del jardín Mabilie y de otras varias cosas que no tienen más importancia. Sobre todo, concluyo este capítulo, porque creo haber ya probado como tres y dos son cinco, que si realmente el señor Sarmiento entró en París, París no entró en el señor Sarmiento.

CAPITULO TERCERO

En que se demuestra que el señor Sarmiento se subió a la parra provocando el golpe que hoy sufre y que probablemente no será el último

Ya tenemos al Pipino de los Sarmientos, al Napoleón de la ciencia introducido, no *en* España, como diría cualquiera que quisiera hablar con propiedad, sino *a* España como él dice, perseverando en su monomanía de escribir de modo que nadie le entienda. ¿Y saben ustedes por dónde dicho señor se nos ha introducido en España? El mismo dice que *por los caminos*, cosa que en otros nos parecería natural, pero que es extraña en un hombre cuya extravagante originalidad se aviene mal con la rutina sancionada por todos los viajeros que llevan el espíritu servil de imitación hasta el punto de andar siempre por los caminos en lugar de atravesar los terrenos áridos o llanos, secos o pantanosos por donde nunca haya pasado alma nacida, lo cual ofrecería la ventaja de la rareza, en compensación de algunos tropiezos, o si ustedes quieren, obstáculos, o lo que es igual, inconvenientes.

Una especie algo extraña, o por mejor decir, dos especies, extrañas ambas a dos, suelta el señor Sarmiento con motivo de su introducción *a España*, pues no parece sino que dicho señor se ha propuesto ser *especiero de extrañezas*. Dice que hay *dos caminos*, y se admira *de que haya diligencias*. ¿No es

esto un insulto? Sí por cierto; pero no es un insulto a los españoles sino a los americanos, a quienes supone el señor Sarmiento capaces de ignorar que la nación española tiene más de dos caminos y más de cuatro diligencias. ¡Dos caminos! Pues qué ¿no sabe el señor Sarmiento que la España como país codiciado y frecuentado desde los tiempos más remotos por los fenicios, por los cartagineses y por los romanos, conserva varios caminos de aquellos tiempos como presenta todavía otros muchos monumentos de su antigua civilización? Sólo el emperador Trajano hizo abrir tres caminos, uno en Castilla la Nueva, otro en la Vieja, y otro en Extremadura, y desde entonces hasta la venida del señor Sarmiento, en que ningún judío ha sospechado la venida del Mesías, sería harto prolijo enumerar los caminos que se han construído, sin contar el camino de Santiago, que aunque no le hayamos hecho los españoles, nos pertenece como a cualquier otro país del globo. En cuanto a las *diligencias*, sólo diré que *existen hace más de veinte años*, no sólo para la carretera de Francia, sino para las de Zaragoza y Barcelona, Valencia, Extremadura y Galicia, sin contar las de las líneas transversales, ni las *diligencias* propias, como las que debieron traer al señor Sarmiento a Europa, ni las *diligencias judiciales* en que yo he volcado algunas veces por desgracia: ni, en fin, las *diligencias precisas*, que existieron mucho antes de las galeras, y que jamás caducarán, a pesar de los caminos de hierro.

Verdad es que *diligencias* como las que describe el autor de los *Viajes* a que contesto, no se ven todos los días, y por mi parte aseguro que no tenía de ellas la menor noticia. “Y en prueba de ello, dice el mencionado autor, se mandaron hacer a Francia (*en Francia* debía decir, pues así parece que fué la nación la que hizo las diligencias) las que viajan por la carrera de Bavona a Madrid, que son las únicas que tienen *forma y comodidades humanas*.”

Como este adjetivo *humanas* (sin duda porque el autor desconoce las exigencias de la lengua en que pretende escribir) se refiere tanto a la *forma* como a las *comodidades* de las diligencias mandadas hacer, no a los franceses, sino a la Francia,

es natural que yo no tenga noticia de semejante innovación. Hemos visto diligencias más chicas o más grandes, pintadas de verde o de amarillo, que todas convienen en tener sobre poco más o menos la forma común a los carruajes de grandes dimensiones; pero lo que es diligencias con *forma humana*, francamente nunca las hemos visto en España, ni creo que el mismo señor Sarmiento las haya visto en ninguna otra parte a pesar de haber corrido las tres quintas partes del mundo. ¿Dónde, y con qué objeto han podido los hombres hacer diligencias con forma humana? Para eso sería necesario que las tales diligencias tuviesen cabeza, brazos y pies como nosotros, ojos, narices y boca, en la cara, sin hablar de ciertas diferencias sexuales, tales como llevar patillas o bigote los *diligencios*, etc. Si yo fuera capaz de abrigar ideas supersticiosas, creería que tan pronto como el señor Sarmiento entró en España, se lo había llevado el diablo bajo la rara metamórfosis de diligencia, o por mejor decir, de diligencia *con forma humana*.

Pero a seguir voy en verso
 La ya comenzada historia,
 Por la razón concluyente
 De que me cansa la prosa.

Figúrense mis lectores,
 Y calculen mis lectoras,
 ¡Qué estrambóticas noticias!
 ¡Qué idea tan ventajosa
 Dará el insigne Sarmiento
 De otros países de Europa,
 Por estas cosas que cuenta
 De la nación española!...

Dice, pues, que en las Provincias
 Las principales personas
 Hacen las leyes jugando
 A la barra y la pelota.

Delirio que sólo este hombre
 Pudiera tener, no es broma,

Como otras cosas que dice
Sólo porque se le antoja.

Salió por fin de Vizcaya,
Donde fué su estancia corta,
Yendo siempre en diligencia
De aquella de *humana forma*:

Y entró en la ciudad de Burgos
En las horas tenebrosas
De la noche, *muy contento*
De llegar tan a deshora.

Porque este hombre caprichoso
Según sus palabras propias,
Gusta más de las tinieblas
Cuando más la luz importa;

Que es como si en el momento
De ver fácil la victoria
Un general se alegrase
De haber perdido sus tropas.

Fué no obstante a ver el pueblo,
Y aquella catedral gótica
Que fantásticas quimeras
Aglomeraba en su cholla,

Pareciéndole *parduscas*
Las piedras y cuantas cosas,
Dando tormento a los ojos,
Percibir pudo en la sombra;

Porque como dice el vulgo,
Y en esto no se equivoca,
Todos los gatos son *pardos*
Viéndolos a ciertas horas.

Se acercó un sereno al punto
Y... “¿Temes la luz? Pues toma”,
Dijo acercando a Sarmiento
La linterna misteriosa,

Lo que no debió ser grato
A quien con gusto trasnocha
Por ver las cosas a oscuras,
Sin sol, sin luz y sin moscas.

Pasó luego a ver el Arco
Levantado a la memoria
Del conde Fernán, monarca
Que gobernó sin corona.

Y más lejos vió un trofeo,
Que aun los castellanos honran
Recordando la más alta
De las castellanas glorias.

Allí Rodrigo Vivar
A quien *Cid* el pueblo nombra
Concedía y celebraba
Sus pláticas amistosas

Con los príncipes y reyes
Que abrumados de zozobras
El apoyo mendigaban
De su espada vencedora.

Alzóse luego Sarmiento
Sobre la muralla tosca
Para ver aquellos campos
Tan célebres en la historia.

Y aunque nada vió, temblaba
Creyendo oír ¡oh congoja!
De las musulmanas huestes
Los atambores y trompas.

Pero nada vió en resumen,
Por ser la noche tan lóbrega,
Bien que probó sin ver nada
Emociones espantosas,

Como las obras de este hombre
 Me gustan a mí, y me asombran,
 Aunque palabra no entiendo
 De lo que dice en sus obras.

Y digo que no vió nada,
 Y no lo digo por mofa,
 No sólo porque de noche
 No es fácil ver ciertas cosas,

Sino por aquel adagio
 Del tiempo de Epaminondas
 Que dice: "No ha visto a Burgos
 Quien no ha visto el Papa-moscas."

Salió de Burgos Sarmiento...
 Pero ya el verso me estorba
 Y aquí doy fin al romance
 Y vuelvo a tomar la prosa.

Es una desgracia que la España vaya perdiendo toda su poesía, todo lo que un tiempo tuvo de pintoresco. Así lo dice el autor de los autores, el hombre singular que se daba el parabien de haber entrado en Burgos de noche para tener el gusto de no ver nada de lo que quería describir. ¿Y saben ustedes por qué va desapareciendo de España todo lo que tuvo de poético y pintoresco? El fotofobo viajero lo dice en estas pocas palabras: "Ya no se ven aquellos monjes blancos, pardos, chocolates, negros, overos, calzados y descalzados, que hicieron la gloria del paisaje español hasta 1830, cuando una nueva Saint-Barthelemy, imprevista, vino a pedirles cuenta de los autos de fe de la Inquisición."

Me atrevo a decir, con perdón del señor Sarmiento, que los frailes dominaron algún tiempo sin ser jamás la gloria de España, y que la Saint-Barthelemy de que habla, no tuvo lugar en 1830, sino en 1834, de modo, que en las líneas que he copiado, la verdad de la observación corre parejas con la exactitud de la fecha.

“Apenas se encuentran en el día en los caminos seis u ocho clérigos, continúa el autor, hechizos del fraile que está suprimido, y envueltos en sus anchos manteos y bajo el ala del sombrero que caracteriza al clero español y a los jesuítas de Roma.”

Veán ustedes qué distintos pareceres hay en el mundo. El señor Sarmiento se lamenta de que se haya reducido tanto una clase que en mi concepto no se ha reducido todavía lo bastante, y esto consiste en que el señor Sarmiento quisiera borrar del mapa a esa pobre nación a quien yo amo, por la simple razón de que es mi patria. Lo que hace falta en España son canales y ferrocarriles que den valor a la agricultura, y esto ya se va logrando por fortuna, con lo que podemos muy bien consolarnos de la pérdida de aquellos hábitos blancos y pardos, chocolates, negros y overos, cuyo contraste tenía algo de pintoresco, pero cuya poesía era ferozmente prosáica.

Tampoco es verdad que sólo se reconozca la localidad de España por los mendigos que salen a pedir limosna, que mendigos hay en todás partes; ni por las largas yuntas de bueyes que se unen a las mulas para tirar de la diligencia, cosa que sólo se ve en las montañas elevadas cuando los caminos se llenan de nieve y de hielo. Estas cosas podrían tolerarse en un chino que quisiera exagerar en su patria las costumbres de Europa, o en un europeo que se propusiera llamar la atención de los necios refiriendo patrañas de la China; pero decir tales atrocidades de España, hablando a personas, que aunque distantes de esta nación tienen motivos para conocer sus adelantos, lo repito, es un insulto; y no un insulto a los españoles, contentos con el progreso más o menos lento que les ha llevado la moderna civilización, sino a los americanos, a quienes trata de embaucar el señor Sarmiento contando cosas ridículas que todos habrán condenado al olvido tachándolas con razón de inverosímiles. Pasaron ya aquellos tiempos en que decía Lope de Vega:

El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
Hablar en necio para darle gusto;

y si el señor Sarmiento quiere dar gusto al público, es necesario que en vez de escribir absurdos siga los consejos de su prudente y protector amigo el señor Aberastain,

Abandonando la táctica
De los escritores fútiles,
Y diciendo cosas útiles
Que se presten a la práctica.

Y he querido encerrar esta sentencia en verso para mortificar al prosaico escritor que tan disgustado parece de la poesía, sobre todo de la poesía española, como se infiere de estas líneas que me tomo la libertad de copiar: "... en España todo individuo es poeta, desde el ministro de *finanzas* (*de Hacienda* quiere decir) hasta el actor de teatro, y la primera recomendación que aventura un español en favor de un amigo oscuro, es que hace muy buenos versos, lo que no prueba sin embargo que Byron ni Hugo hayan nacido por aquellos alrededores".

Desgracia del señor Sarmiento es no hablar nunca con exactitud. Pudiendo decir, que ni Byron ni Hugo han nacido en España, lo cual sería una verdad incontestable, dice que no han nacido en los alrededores, lo que es absolutamente falso, porque Inglaterra, patria de Byron, y Francia cuna de Víctor Hugo, forman con Italia los alrededores de la península Ibérica. Además, sabida es la predilección que Byron tenía hacia la poesía española, y en cuanto a Víctor Hugo, si no ha nacido en España no ha dejado de beber sus inspiraciones en ella, pues pasó sus primeros años en Madrid, haciendo su primera educación en el Seminario de Nobles. Pero suponiendo que Víctor Hugo y Byron hubiesen nacido en el Japón ¿qué deduciríamos de esto? ¿Que la España, es incapaz de producir grandes poetas? Semejante idea sólo se le puede ocurrir al señor Sarmiento, a ese buen hombre que quiere parecer literato sin conocer la literatura de su lengua nativa, quizá porque tiene también capricho de leer a oscuras para juzgar los autores tan acertadamente como a la ciudad de Burgos, donde ni siquiera vió el famoso Papa-moscas, que es como irse de Fraga sin ver la Maza, o de Benavente sin ver el reloj, o de Villalón

sin ver el rollo, o de Toledo sin ver la campana, o de Jaén sin ver la cara de Dios. Volviendo a la cuestión para terminarla, no tengo inconveniente en decir que la patria de Calderón y Quintana puede muy bien consolarse de no haber producido a Byron ni a Víctor Hugo.

Lo que menos mal me parece es la pintura que el señor Sarmiento hace de nuestros mendigos; sólo me ocurre observar que en lugar de pintar a los pordioseros de España, ha pintado a los de todo el mundo. Dice que llevan en su ropa remiendos de varios colores; pero ¿en qué país no sucede otro tanto? Gracias pueden dar los pobres, merced a la desigualdad de fortunas, mal de difícil remedio en nuestra organización social, si encuentran seda o hilo para coser sus remiendos, y no como sucedía en los tiempos a que se refiere esta seguidilla:

Una vieja remienda
 Con una mimbres;
 Ello no va curioso
 Pero va firme.

Seguidilla que no tiene estribillo, diferenciándose de las observaciones del señor Sarmiento que todas lo tienen bien o mal traído, como en la de los remiendos de los mendigos de que saca partido para decir que “sobre un fondo antiguo y raído se aplica un remiendo colorado, que quiere decir *constitución*, otro verde que quiere decir *libertad*, y otro amarillo, que *podría* significar *civilización*. Esto es lo que se llama carecer de oportunidad para las analogías o traerlas por los cabellos porque prescindiendo de la más o menos propia alegoría del colorido con que el autor quiere simbolizar las ideas, nada dice de España que no pueda decirse de casi todas las naciones europeas. En todos los pueblos regidos por instituciones antiguas, se advierte ese contraste de principios opuestos, ese zurcido de remiendos heterogéneos que subsistirá en dichos países hasta que tengan paño para hacerse un traje enteramente nuevo, y sastres que ajusten bien la medida al cuerpo nacional. Vea el señor Sarmiento lo que sucede en Francia, cuyos progresos elogia con razón: aquí sí que a fuerza de remiendos

sería difícil conocer la calidad y color del primitivo traje político.

En cuanto a la aplicación de los colores, habría mucho que hablar. Yo no sé porqué el remiendo de la *constitución* ha de ser precisamente *colorado* y *verde* el de la *libertad*; sólo sé que el *amarillo* no cuadra bien a la *civilización*, porque esta señora es, como el alma para el cuerpo, el sople vivificador que imprime acción y energía a la máquina social, y por lo tanto debe vestírsela con cualquier color que no sea el amarillo empleado hasta aquí como atributo de la muerte, y no sin motivo, pues la naturaleza misma parece haberle hecho representante de la decadencia en las periódicas evoluciones de la vegetación. Verdad es que el señor Sarmiento ha tenido cuidado de decir que el tal color amarillo *podría significar*, lo cual no quiere decir *que significa*; pero ¿porqué dice sólo que *podría*? Sin duda porque no se le ocurrió añadir *podiera* y *podiese*. ¿Por ventura, la nación española no está todavía civilizada? El señor Sarmiento dirá que no; las personas cultas dicen que sí, y esta divergencia de opiniones se comprende bien, recordando que todo es relativo en el mundo. Los blancos pintan al demonio negro, y los negros lo pintan blanco: así también los hombres civilizados aceptan como progreso todo lo que moraliza a las masas, dulcifica las costumbres, destierra las crueldades de la tiranía, cualesquiera que sean sus formas y denominaciones y tiende a la destrucción de todo espectáculo repugnante; en una palabra, todo lo establece una noble alianza entre la razón y los instintos, mientras los hombres como el señor Sarmiento no aciertan a ver la civilización fuera de la barbarie, y por eso este rabioso enemigo del género humano entusiasmado con ese circo neroniano que desgraciadamente vive aun como reflejo de la dominación romana, que tampoco ha hecho más que cambiar de forma, exclama en uno de sus misantrópicos arrebatos: "Después de haber visto los toros en España, he lamentado que hayan pasado para nosotros los tiempos *en que se quemaban hombres vivos*, para ir al cabo del mundo *a presenciar sus tormentos, a verlos torcerse, gemir*, maldecir a sus verdugos, o escoger para morir posiciones nobles, académicas, o reconocer la auto-

ridad de los caníbales que habían ordenado su suplicio como aquellos gladiadores romanos que saludaban a César al tiempo de morir, porque tan imbécil como eso es la especie humana."

Esto es gracioso, o por mejor decir; esto es horrible; pero no: esto es tonto.

Como estábamos tan atrasados en 1846 nada pudo hallar el señor Sarmiento digno de atención en la pobre España; nada más que las corridas de toros, que es precisamente el espectáculo rechazado por la civilización. La descripción que dicho señor hace de las corridas celebradas con motivo de las funciones reales, es tal vez lo mejor que su libro contiene a pesar de sus faltas de exactitud y de lenguaje. Hay falta de verdad en lo que dice acerca de los modernos *caballeros en plaza*, los cuales reciben una pensión de la real casa, pero *no una cantidad de dinero* como premio inmediato, *ni empleo alguno en las caballerías*. Hay falta de verdad en decir que el *Chiclanero* "tenía empeño en dejar muerto instantáneamente al toro, para lo cual apuntaba siempre a cierto punto que no tiene más diámetro que el de un peso fuerte, y donde el cerebro está mal resguardado" con lo cual quiere decir, *técnicamente hablando*, que lo *descabellaba*, cosa que el *Chiclanero* no ha hecho, ni tal vez intentado en su vida. Esta gracia de descabellar al toro es propia, peculiar y exclusiva de *Cúchares*, de ese famoso torero a quien los inteligentes han considerado como rival de Montes y a quien el señor Sarmiento, que no es inteligente, supone inferior al *Chiclanero*.

Las faltas de lenguaje tan comunes en el señor Sarmiento, que sin duda es el peor hablante de ambos mundos, tienen la particularidad de consistir en galicismos de palabras y de locuciones, y esto me hace sospechar que dicho señor da como obras originales las que no pasan de ser pésimas traducciones. Sólo así se comprende que llame *toreadores* a los *toreros*, *arena* (*Parène*) a la plaza, *coraje* (*courage*) al valor, *matador* (*meurtrier*) al *espada*, *bestias feroces* (*bête feroce*) a los *toros*, y que use el verbo *jugar*, (*jouer*) en vez de la palabra propia, que es *lidiar*.

Estos defectos, lo repito, revelan que el que en ellos incurre, carece hasta del mérito de la originalidad, que tampoco bastaría a disculpar tantas extravagancias, y si no fuera porque en la actualidad me rodean ocupaciones más dignas que la de buscar datos para contestar a un mal traductor, yo rebuscaría los folletines escritos por Teófilo Gautier, Julio Janin y otros literatos franceses en la época de las funciones reales de 1846, seguro de que hallaría en ellos muchas descripciones que el señor Sarmiento se apropia con el mayor descaro del mundo.

Se conoce, sin embargo, que este literato por antifrasis, ingiere algunas veces cosas de su propia cosecha en las traducciones, y entonces cada palabra que suelta es un ataque a la ciencia, y a la razón. He aquí un disparate que no ha debido traducir, porque ciertas faltas de sentido no tienen nada que ver con los galicismos, tan frecuentes en las traducciones serviles. Dice, pues, que había un balcón en el cual debían colocarse: "la reina, los príncipes franceses, la familia real, la servidumbre de palacio y una *hecatombe* de generales cubiertos de cruces, etc." ¡Hecatombe de generales! ¿Es posible que un hombre tan eminente, un hombre que escribe obras de educación, no sepa todavía la significación de la palabra *hecatombe*? Pues compadezco a la desgraciada juventud que ha de instruirse con las lecciones de un profesor que debería ir todavía dos o tres años a la escuela. Dase el nombre de hecatombe, y más propiamente *hecatomba*, al sacrificio de cien bueyes o de cien animales de diferentes especies, que los antiguos celebraban para aplacar la cólera o ganar el afecto de sus dioses. Más tarde se aplicó la misma palabra por extensión a los sacrificios suntuosos, y en general a todos aquellos en que se inmolaban muchas víctimas; pero siempre dicha palabra ha envuelto la idea del sacrificio de los seres a que se refiere; de modo que una *hecatombe de generales* no quiere decir una porción, una multitud, sino un sacrificio de muchos generales, cosa que no tuvo lugar, que yo sepa, en las funciones reales de 1846. ¡Bonita hubiera sido la fiesta!

En verdad, no es la clase militar la que menos enemigos tiene en los pueblos civilizados, pero la antipatía popular hacia

dicha clase no es tan fuerte que llegue a producir *hecatombes de generales*. Otra clase hay más contraria a la civilización que los militares, y es la de los malos escritores, la de los literatos que hacen detestables traducciones, intolerables plagios, disparates groseros; en una palabra, la de los pobres petates, que no sabiendo leer, se meten a escribir; y no veo yo lejano el día en que cada pueblo sacrifique un centenar de estos feroces bípedos de la misma manera que los antiguos sacrificaban cien bueyes. El día que se verifique una *hecatombe* de esta especie, bien puede el señor Sarmiento tomar las de Villadiego, porque si le echan el guante no tiene escapatoria.

Y en efecto, esta clase de escritores que quieren suplir con la travesura la falta de ciencia y de conciencia, son perjudiciales, no por el daño que hacen a los pueblos, a las instituciones o a las doctrinas que nada tienen que temer de tan débiles enemigos, sino por los errores, por las preocupaciones que siembran entre las gentes sencillas que reciben como artículo de fe todo lo que dicen los libros. Figúrense mis lectores qué ideas tan extrañas se habrán formado algunas personas acerca de la nación española al ver que hay quien dice en letras de molde "que esta nación es la que menos puede pretender a nada suyo en trabajos de inteligencia."

"Que entre los versificadores españoles jamás se vió un Byron, ni un Goethe, ni un Lamartine, ni un Beranger."

"Que un *vaudeville* le causa mayores sensaciones que todo el teatro español antiguo y moderno."

"Que el pueblo español no cree en la existencia del ruso, tiene al alemán por algo problemático, no viendo más que fábulas, mitos o invenciones de poetas en lo que se refiere a los suecos o dinamarqueses."

"Que en Madrid no hay más cafés donde pueda reunirse la gente de buen tono que los cafés franceses."

"Que los únicos trabajos históricos y literarios de nuestros días relativos a España, son debidos a escritores extranjeros."

"Que los puristas españoles hacen un idioma de convención que llegará a ser incomprensible, cosa que no ha de traer gran daño al mundo intelectual."

“Que Rivadeneira es el primero, por no decir el único impresor de España.”

“Que hay un Buis y un Madoz que tienen grandes establecimientos tipográficos, pero que sus máquinas de imprimir están inutilizadas porque no hay quien las entienda, ni aun siquiera quien sepa componer un tornillo que falta en una de ellas.”

“Que no se estudian las ciencias naturales.”

“Que ningún español ha hecho estudios geológicos sobre el suelo de España.”

“Que ninguna industria se ha introducido en tres siglos, salvo la fabricación de malísimas pajuelas fosfóricas.”

“Que hoy se imprime peor en España que dos siglos atrás.”

“Que no hay grabadores.”

“Que la *España pintoresca y monumental* están grabadas, o litografiadas en París para venderlas en España.”

Y en fin, dejando a un lado otras mil majaderías, “que la Matilde Díez salía siempre a las tablas a representar acompañada de un perro, de un mastín que entusiasmaba a los espectadores hasta el punto de arrancar tormentas de aplausos.”

Las personas que conocen la verdad o que han visto al señor Sarmiento la punta de la oreja, saben el caso que deben hacer de este racimo de sandeces que ya habrán condenado al desprecio. Sin embargo, estas mismas personas animadas por un santo amor a la verdad, recibirán con benevolencia, estoy seguro de ello, la rectificación de estos errores que tienden a rebajar el prestigio de los pueblos, y hasta ofenden a la moral pública a los ojos de los que ven la mentira sancionada por la institución de la imprenta. Procuraré ser breve en la refutación de estos cargos:

1º La nación que bajo el reinado de Felipe IV creó una literatura nacional que todos los pueblos cultos admiran, y en donde muchos de los más notables ingenios extranjeros confiesan haberse inspirado para escribir sus principales obras; la que en aquella misma época produjo en la pintura a los Murillos y Velázquez, rivales de Miguel Angel y de Rafael; la nación que dió a Carlos III un Florida Blanca y un Campomanes, en el siglo en que brillaron también Iriarte, Jovellanos y Bails;

por último, la nación que ha hecho una revolución en la mecánica con el descubrimiento del vapor, puede y debe aspirar a desempeñar un papel importante en los trabajos de la inteligencia.

2º No niego yo el mérito de Byron, Goethe, Lamartine y Beranger; al contrario, creo que estos ilustres poetas valen tanto, pero no más que muchos autores españoles cuyos nombres populares en todo el mundo me parece ocioso citar. Diré aquí de paso que el verso octosílabo, que el señor Sarmiento llama *metro de ciego*, dista mucho de la monotonía del alejandrino que usan con preferencia los franceses, cuya lengua, por otra parte, no puede compararse con la castellana en las condiciones armónicas tan esenciales para la entonación poética.

3º Que hay *vaudevilles* muy buenos y muy malos, sin que los buenos excedan a muchas de nuestras comedias modernas ni alcancen a muchas de las antiguas.

4º Que el pueblo español, como todos los pueblos del mundo, tiene de todo: gentes que no han saludado la geografía, gentes que la estudian superficialmente, y gentes que puedan dar lecciones de dicha ciencia al señor Sarmiento por más que este señor haya recorrido las tres quintas partes del mundo. Esto es una verdad, como también lo es que ningún español de los más ignorantes es tan ignorante como supone el señor Sarmiento, porque dudar de la existencia de la Alemania, y negar la de los suecos y dinamarqueses, no se concibe hoy en ninguno de los seres europeos dotados de razón, aunque no sepan leer ni escribir. Todavía me atreveré a decir otra cosa y es que si las ciencias, las letras, las artes y la industria tienen actualmente menos representantes en España que en Francia, no por eso puede decirse que la masa general del pueblo francés está más adelantada que la del pueblo español. Nada de eso: yo he podido observar por mí mismo a los dos pueblos, y no reparo en asegurar que los campesinos, los pastores, los hombres más montaraces de España están hoy más civilizados que la gente de humilde condición, y también más que muchos individuos de la clase media en Francia. Esto es singular: en una nación como la francesa, tan rica hoy de hombres privilegiados,

las nueve décimas partes de los habitantes son intolerantes en las cuestiones religiosas, creen todavía en las brujas, se hacen echar todos los días las cartas tomando al pie de la letra cuanto dicen los que viven anunciando la buena ventura; es decir que viven o más bien vegetan rodeados de las mismas ideas limitadas, groseras, supersticiosas de los primitivos galos. ¿Cómo se explica este fenómeno? Por la ley de compensación que rige misteriosamente al mundo moral lo mismo que al mundo físico. No parece sino que cada país tiene siempre en circulación una misma cantidad de inteligencia, de modo que, para que la naturaleza haya dotado con prodigalidad a los unos, es necesario que haya desheredado a los otros; para elevar unos cuantos millares de individuos al rango de los semidioses, rebaja otros cuantos millares de familias al nivel de los imbéciles. Nosotros, es verdad, no tenemos hoy hombres que rivalicen con Arago en la astronomía, ni con Dumas en la química, ni con Paul de la Roche en la pintura, ni con Víctor Hugo en la poesía, ni con Auber en la música, ni con Proudhon en la filosofía; pero tenemos sin embargo buenos astrónomos, buenos químicos, buenos poetas, buenos pintores, buenos oradores, en lo que tal vez aventajamos a los franceses, ya que no estemos muy sobrados de músicos y de filósofos, y tenemos sobre todo un pueblo bastante inteligente, bastante civilizado para no aceptar ya las extravagantes preocupaciones que el dominio de la ciencia no ha podido exterminar en Francia.

5º Que en Madrid no hay más que tres cafés franceses, uno en la calle de Peligros, otro en la Angosta de San Bernardo, y otro en la de Chinchilla, y son tal vez los tres cafés menos concurridos de la capital. Los tres principales son el del Iris, de un catalán, el de la Iberia, de un asturiano, y el Suizo, que es verdaderamente suizo y no francés. Después siguen el de Amato, que es italiano, el de Pombo, el del Recreo y otros ciento, más o menos brillantes y concurridos, pero todos españoles, y superiores en uno y otro concepto a los franceses.

6º Que porque en España se traduzcan algunas obras, principalmente cuando éstas se refieren a nuestra historia política o literaria, no debe suponerse que no se publican con mayor

aceptación otras originales. Esto quiere decir que la nación tiene hoy lectores para las obras españolas, y para las extranjeras, lo cual lejos de mostrar decadencia o postración, indica progreso.

7º Que los puristas son efectivamente exagerados en resucitar voces anticuadas, pero vale más esto que inundar de galicismos la hermosa lengua de Castilla, la cual por su literatura, por lo que la riqueza y extensión de los países en que se habla importa al comercio, y por lo que los mismos países pueden llegar a representar en el mundo, debe cultivarse, perfeccionarse y no envilecerse ni ensarmentarse, lo que causaría grave daño a la inteligencia.

8º Que el señor Rivadeneira es un impresor apreciable por su laboriosidad y talento, pero ni es el único ni el primer impresor de España, y no digo más.

9º Que el sujeto a quien el señor Sarmiento da el nombre de Buis, no es Buis sino Boix, el cual, efectivamente, unido en aquel tiempo con el señor Madoz, tenía un gran establecimiento provisto de máquinas útiles, porque en Madrid hay muchos que las entienden y en ninguna aldea de España falta un herrero capaz de componer un tornillo. Lo que no hay en España, ni en Europa, ni en América es una persona que apriete el tornillo que debe haberse aflojado en el cerebro del señor Sarmiento, el cual por esta desgracia anda con tanta regularidad como el reloj de un vecino mío, que tiene unas horas más largas que otras.

10º Que se estudian las ciencias naturales, y lo que es más, se estudian con aprovechamiento, con fruto, como que los que las enseñan saben lo que hacen, por no parecerse al señor Sarmiento que escribe obras de educación ignorando lo que más debiera saber, que es la lengua en que se ha de explicar.

11º Que eso de afirmar que ningún español ha hecho estudios geológicos, raya en la insensatez; porque en una nación de catorce millones de habitantes no puede saberse lo que cada uno ha hecho o dejado de hacer. Mis lectores comprenderán que en España como en todas las naciones cultas hay gente aficionada al estudio de la geología; como conocerán también

que el hombre que tales cosas ha escrito, está visiblemente inspirado por un odio profundo a la nación española, cosa que no me sé yo explicar, porque concibo el resentimiento contra un individuo, y hasta contra un gobierno de quien se ha recibido agravio; pero no contra toda una nación que no ha podido agraviar a un solo hombre, máxime cuando la nación es tan importante como España, y el hombre tan insignificante como el señor Sarmiento.

12º Que no hay ningún pueblo en el mundo donde en el período de tres siglos no se introduzca alguna industria, y en cuanto a las pajuelas fosfóricas, no sólo se ha introducido en esta industria, sino que tanto en su calidad como en su baratura llevamos mucha ventaja a los franceses. Para probar esto bastará decir que en España se usan cerillas sumamente blancas y limpias en las cuales prende la llama sin necesidad del azufre que tanto incomoda en los groseros palitroques que venden en París.

13º Que la tipografía se ha perfeccionado y se perfecciona de día en día como todo lo que es susceptible de perfección, razón por la cual se imprime hoy en España y en todo el mundo mejor que dos siglos atrás.

14º Que hay grabadores que hacen magníficas obras en cobre y acero, y si el señor Sarmiento quisiera tender una mirada por las infinitas publicaciones ilustradas que hoy se hacen en Madrid, se persuadiría de que los grabados en madera son ya tan buenos en aquella capital como en Francia. Recomendando a dicho señor entre otras cosas la *Historia de España*, ilustrada, que acaban de publicar los señores Gaspar y Roig.

15º Que la *España Pintoresca y Monumental* se han grabado y litografiado en París, pero no sabe el señor Sarmiento que los grabados y litografías son de artistas españoles, y en particular del señor D. Género Pérez Villamil, uno de los pintores más notables que hoy tiene la Europa.

En fin, que el cuento del perro acompañando a la Matilde Díez en las representaciones teatrales, no es del todo malo como invención, pero a la desventaja de su inverosimilitud

añade la palidez de su prosáica forma, porque el señor Sarmiento tiene poquísima gracia para la narración. No es creíble que la actriz española se hubiera permitido abusar de las simpatías que tiene en la corte de España, ni que el público y las autoridades hubiesen nunca consentido en semejante abuso. Lo más que pudo suceder es que el perro de la Matilde Díez se introdujese algún día entre las lunetas picado por el deseo de conocer al señor Sarmiento, porque un ente tan raro como éste debe excitar la curiosidad, no sólo de los hombres, sino la de todos los animales domésticos. Apuesto a que los gatos encrespaban la cola, y el perro de la señora Díez se quedó estupefacto al ver al señor Sarmiento.

Ya que hemos hablado de la Matilde Díez, diré que es repugnante, por no decir criminal, eso de ir a contar al público si dicha señora vive o no en buena armonía con su marido. Un paso faltaba nada más para que la obra que nos ocupa fuese un libelo infamatorio, y su autor dió ese paso insultando a personas que no le han ofendido, y cuya vida privada siempre debería respetarse. ¿Cómo el señor Sarmiento ha descendido hasta este punto?

Mas, Sarmiento no ha caído,
Ni siquiera ha tropezado.
Está donde siempre ha estado,
Siendo lo que siempre ha sido.
No señor, no ha descendido,
Porque esto no puede ser;
Pues es fácil comprender,
Sin que deba demostrarse,
Que el que no llegó a elevarse
No ha podido descender.

Y esto lo digo en octosílabos, en el *metro de los ciegos*, para que le dé más coraje al señor Sarmiento.

Quisiera yo saber porqué razón este hombre se ha mostrado tan enconado contra el actor Romea y su esposa la señora Díez, pues dedica toda una página de su libro a murmurar, no ya del mérito de dichas personas como artistas, sino de las más

delicadas interioridades de la vida privada. Mucho me he calabaceado para darme la razón de esta conducta, concluyendo al fin con explicármela de esta manera: el señor Sarmiento aborrece al señor Romea y a la señora Díez, porque aborrece a todos los españoles. Pero ¿por qué aborrece a los españoles el señor Sarmiento? Esta es una cuestión que no podré yo resolver tan fácilmente.

En primer lugar diré que en el estado normal no comprendo cómo puede un hombre odiar a todo un pueblo. La pasión del odio sólo se desarrolla en tan gigantescas proporciones cuando obra el fanatismo político o religioso, excitado por las crueldades de la guerra. Por eso no debemos extrañar que los españoles aborreciesen en 1808 a los franceses; pero, sin que se hayan borrado enteramente los recuerdos de aquella terrible contienda, puede asegurarse que no existe hoy una persona de mediano juicio, cuyos resentimientos contra el conquistador o contra determinados individuos de quienes recibiere agravio directo, se extienda a todo el pueblo francés, que no tiene ni tenía entonces culpa de los sucesos y excesos consiguientes a una lucha costosa y lamentable para todos. Concibo igualmente que durante la guerra de la independencia americana hubiese hombres en el nuevo mundo capaces de extender a todos los españoles el rencor que profesaban a sus enemigos armados; pero decidida la cuestión, restablecida la calma con la paz, y habiendo transcurrido ya tantos años, sólo un Sarmiento puede conservar vivo el odio hacia los que no hemos tenido en aquellos acontecimientos ninguna parte, ni tal vez noticia de ellos si no los publicase la historia. Hay razones además, para creer que el olvido a lo pasado debió producirse más rápidamente en los americanos separados de los españoles, que en éstos, respecto de los franceses. Terminada la guerra de la península, España y Francia dejaron de ser enemigas para ser indiferentes, no habiendo entre los hijos de ambas naciones ninguna antigua simpatía que poder resucitar, ningún lazo común que obrase más completa reacción. Los unos eran franceses y los otros españoles; hombres de distinta raza, de distinta lengua, de distintas costumbres, y hasta cierto punto, de distintas creen-

cias, quedaron como antes estaban, en ese estado que excluye todo sentimiento de odio y de amor. En América muy al contrario; la sangre derramada por propios y extraños en los combates, era idéntica, y más bien pedía reconciliación que venganza: una revolución pudo convertir por algún tiempo en enemigos a los que la naturaleza había hecho para siempre hermanos; pero ningún resentimiento bastaba a borrar el recuerdo de que toda aquella sangre había sido enviada por una misma arteria a distintas venas. Desterrados de la memoria los azares de la guerra, volvieron a estar acordes los acentos que habían parecido disonantes: los españoles disfrutaron en todos los estados independientes esa cariñosa hospitalidad que sólo se concede a individuos de la misma familia, y los americanos, pudieron viajar, vivir, establecerse en España, gozando de esas garantías genealógicas que no pueden dar los tratados de derecho internacional.

Estas ventajas recíprocas, fundadas en una afección indestructible, son superiores al gobierno y a la misma legislación. En prueba de ello podrían citarse muchos nombres de americanos residentes en Madrid, a quienes la nación española da participación en los negocios, entrada en las corporaciones oficiales, otorga en fin, todos los derechos de ciudadanía, sin exigirles fórmula alguna de naturalización, y todo esto con el asentimiento público, lo que por otra parte es muy natural. Pues qué, el hijo que tiene vida propia por que se casa o por que habiendo llegado a mayor edad se hace independiente ¿necesita alguna recomendación, alguna credencial para entrar cuando le plazca en casa de sus padres y de sus hermanos?

Inútil me parece insistir hablando de la franca hospitalidad, de la noble correspondencia de los españoles respecto de los americanos, puesto que el mismo señor Sarmiento así lo ha reconocido y confesado en su libelo. Pero entonces, ¿por qué este señor muestra tanta aversión a los españoles? ¿Cree acaso que por haber nacido en tan apartadas regiones no pertenece a nuestra raza? El apellido Sarmiento, célebre en España desde que el famoso Pedro Sarmiento de Gamboa, hizo su atrevida excursión al estrecho de Magallanes, en 1579, no ha dejado

de figurar después entre nosotros; y el alma se condeula al considerar que ese Sarmiento, a quien dedico este folleto, es tal vez descendiente de alguno de esos varones ilustres cuya tumba insulta no pudiendo arrojar sus cenizas con execración al viento. Pero aunque el señor Sarmiento probase su procedencia italiana, francesa o rusa, lo que no es verosímil, ¿justificaría por eso su conducta? ¿Por qué esa aversión a todo un pueblo? ¿Por qué? Esta pregunta, después de los arranques de misantropía que en dicho señor hemos visto, tiene una contestación que no admite réplica. Dijimos antes que el señor Sarmiento odiaba a la señora Díez y a D. Julián Romea, porque aborrece a todos los españoles: diremos ahora que aborrece a los españoles, porque odia a todo el género humano.

Me permitiré, sin embargo, observar que esa misantropía no es verdadera; es una parodia, una copia, una malísima traducción como todas las que el autor hace. La misantropía cuanto más severa es, más justa, y el señor Sarmiento infringe a sabiendas los principios de la equidad; la misantropía condena los vicios ajenos sin envanecerse de sus propias virtudes, y el señor Sarmiento se pone ronco cantando sus propios triunfos, debiendo advertirse que su poca modestia le hace forjar victorias que de seguro no ha alcanzado.

Ya hemos visto lo que dice este señor acerca de sus entrevistas con las notabilidades francesas. Veamos ahora cómo pinta una escena que tuvo lugar entre él y varios literatos españoles. Dice pues, dirigiéndose a su amigo D. Victorino Lastarria, persona de quien yo tenía noticias favorables relativamente a la pureza con que maneja nuestra lengua:

“He venido a España con el santo propósito de levantarla el proceso verbal, para fundar una acusación, que, como fiscal reconocido ya, tengo de hacerla ante el Tribunal de la opinión en América; a bien que no son jueces tachables por parentesco ni complicidad los que han de oír mi alegato. Traíame además el obieto de estudiar los métodos de lectura, la ortografía, pronunciación y cuanto a la lengua dice relación. De lo primero he hecho una pobre cosecha, y del resto, encontrado secretos que a su tiempo verán la luz. Imaginaos a estos buenos godos

hablando conmigo de cosas varias, y yo anotando: —no existe la pronunciación áspera de la *v* — la *h* fué aspirada, fué *j*, cuando no fué *f* — el francés los invade — no sabe lo que se dice este académico — ignoran el griego — traducen, y traducen mal, lo malo. A propósito, una noche hablábamos de ortografía con D. Ventura de la Vega y otros, y la sonrisa del desdén andaba de boca en boca rizando las extremidades de los labios. Pobres diablos de criollos, parecían disimular, ¡quién los mete a ellos en cosas tan académicas! y como yo pusiese en juego baterías de grueso calibre para defender nuestras posiciones universitarias, alguien me hizo observar que, dado caso que tuviésemos razón, aquella desviación de la ortografía usual establecía una separación embarazosa entre España y sus colonias. Este no es un grave inconveniente, repuse yo con la mayor compostura y suavidad; como allá no leemos libros españoles, como ustedes no tienen autores, ni escritores, ni sabios, ni economistas, ni políticos, ni historiadores, ni cosa que lo valga; como ustedes aquí, y nosotros allá traducimos, nos es absolutamente indiferente que ustedes escriban de un modo lo traducido, y nosotros de otro. No hemos visto allá más libro español que uno que no es libro, los artículos de periódico de Larra; o no sé si ustedes pretenden que los escritos de Martínez de la Rosa son también libros; allá pasan sólo por compilaciones, por extractos, pudiendo citarse la página de Blair, Boileau, Guizot, y veinte más, de donde ha sacado tal concepto o la idea madre que le ha sugerido otro desenvolvimiento. Lo que daba más realce a esta peroración era que, a cada nueva indicación, yo afectaba apoyarme en el asentimiento unánime de mis oyentes. Como ustedes saben... decía yo, como ustedes no lo ignoran... ¡Oh! estuve admirable, y no había concluído cuando todos me habían dado las buenas noches”.

Ya lo ven ustedes: el señor Sarmiento se llama *fiscal reconocido*, cuando dice que trata de levantar el proceso verbal a la nación española. Le ha faltado decirnos los nombres de las personas que reconocen su competencia fiscal; pero probablemente lo ha omitido por no citar su propio y único nombre.

Buena debía estar la conversación del señor Sarmiento con aquellos *pobres godos*, entre los cuales cita a D. Ventura de la Vega, si en efecto tal escena tuvo lugar, porque yo, como Quevedo decía en su magnífico *octosílabo*:

Con mi licencia lo dudo

o por mejor decir, no lo dudo, lo niego, y voy a decir por qué. La casualidad ha hecho que el señor de la Vega (D. Ventura) haya venido a pasar la temporada de verano en París. Yo que lo sabía fuí a verle tan pronto como recibí la obra en que el señor Sarmiento se permite decir cosas tan estupendas, citando nombres propios, y D. Ventura de la Vega, voto nada sospechoso en la cuestión, porque precisamente es paisano del señor Sarmiento y no tienen ningún interés en ocultar la verdad, me contestó delante de varias personas, que no sólo es falso lo que dice en las líneas que más arriba he copiado, sino que recuerda no haber visto en Madrid al señor Sarmiento. ¿Qué tal, lectores míos, tengo yo motivos ahora para dudar que el jactancioso viajero haya estado en París? Empiezo a creer que tampoco ha estado en España y que sus descripciones de Europa son malas traducciones de obras de viajes, zurcidas por medio de algunos párrafos estrambóticos que ha intercalado con el laudable fin de tributarse incienso. Sin embargo, no tengo empeño en negar que haya estado en París, en Madrid y aunque sea en Mozambique: basta a mi propósito hacer ver que si ha visitado estos países, no ha sabido escribir sobre cosas útiles, como lo hubiera deseado el señor Aberastain, y que ni siquiera ha dado de las costumbres de Europa una idea que se aproxime a la verdad, con lo cual ha burlado las esperanzas de sus compatriotas.

Dueño es el señor Sarmiento de decir que en España no hay autores, ni escritores, ni sabios, ni economistas, ni políticos, ni historiadores, ni cosa que lo valga, por más que en todos los ramos indicados tengamos hombres de reputación europea; pero eso de asegurar que en América no se leen los libros españoles, me choca a mí, por lo que debe chocar a los paisanos del señor Sarmiento, los cuales prueban lo con-

trario en el ilustrado apoyo que prestan a la librería española. En cuanto a mí, cansado estoy de ver, tanto en Madrid como en París, hacer remesas y más remesas de libros españoles a todos los pueblos americanos que hablan la lengua castellana, y claro es que no habría en Europa quien remitiera tantos libros españoles, si no hubiera en América quien supiera estimarlos.

Voy a tomarme la licencia de hacer una corrección en las líneas que he copiado, en justo desagravio de los hombres de talento, de los buenos escritores americanos, cuyas obras y fama han llegado hasta nosotros. Donde dice el señor Sarmiento: *y nosotros allá traducimos*, debe decir: *y yo allá traduzco*.

Por último, la conclusión de la supuesta escena ya no me choca, sino que me escandaliza al ver que haya en el mundo un hombre capaz de imprimir estas ridículas palabras: "*¡oh! ¡estuve admirable!*" Francamente, esa es ya demasiada vanidad para un hombre solo; pero este rasgo tiene su mérito, y aunque nunca haya estado dicho señor *admirable*, no deja de admirarme su modestia, porque... lo diré en *octosílabos*:

No admirarme era mi intento,
 Pero haré la confesión
 De que, desde este momento,
 El admirable Sarmiento
 Me llena de admiración.

Y nadie llegue a indicar
 Que es mi admiración culpable,
 Pues yo osaré replicar:
 Que el mundo debe admirar
 A un hombre tan admirable.

Mucho más podría decir, pero más vale dejarlo. Al escribir este folleto no me ha guiado el designio de ridiculizar a un hombre a quien no conozco, sino el de vindicar a mi patria, revelando las inexactitudes en que ha incurrido el señor Sarmiento relativamente a las cosas que están a mi alcance. Mi

folleto por consiguiente ofrece todo el interés de una concienzuda rectificación, aunque carezca de importancia literaria, como es natural, porque desgraciadamente mi capacidad no corresponde a mi deseo: yo no pertenezco sino como cantidad infinitesimal al número de los autores españoles. Creo con orgullo que llevo al autor cuyos extravíos he censurado la ventaja de amar la verdad y reconocer mi impotencia; pero en cuanto a mis dotes intelectuales y literarias, soy un pobre diablo, menos que un pobre diablo: soy el Sarmiento de la nación española.

He querido consignar también, a pesar de algunos zascandiles cuyos esfuerzos pesan poco en la balanza de la opinión, que entre los españoles y nuestros hermanos de América median lazos indisolubles de simpatía, y ojalá que el señor Sarmiento, persuadido de esta verdad, enmendase sus yerros demostrando a sus paisanos que, no sólo pueden conservar su independencia, sino consolidarla y robustecerla prefiriendo la amistad de España, su aliada natural, a la de otras naciones que aspiran a extender su dominación, destruyendo las costumbres, la lengua, la raza, en una palabra, borrando hasta el recuerdo de las antiguas glorias americanas. El día que el señor Sarmiento siga mis consejos, abandonando sus caprichos de afectada misantropía, teniendo en más la satisfacción de servir a su patria que la de adquirir una triste celebridad solicitada por ridículos medios, podrá reconquistar como ciudadano el lugar que ha perdido en la estimación de las personas sensatas, y yo me apresuraré a suavizar el efecto de esta crítica dando un suplemento que diga: "El señor D. F. Sarmiento es un mal escritor, pero es un buen patriota."

Aunque digo que es mal escritor, no por eso me retracto de los elogios que le he tributado en este folleto. Verdaderamente, yo encuentro razones para creer que dicho señor es un grande hombre a pesar de sus faltas, pero veo que tiene muchas faltas a pesar de ser un grande hombre. Cormenin, el artista literario más hábil que yo conozco para hacer retratos, se vería muy apurado para dibujar el rostro moral del señor Sarmiento, producción híbrida, compuesta de átomos unidos más bien por

la fuerza de afinidad que por la de cohesión, cuerpo a la vez diáfano y opaco que refracta y refleja por intervalos los rayos de la luz. Consideren ustedes cuán difícil será para mí lo que sería casi imposible para el mismo Cormenin. Sin embargo, haré una tentativa, no tanto para probar mis fuerzas como para compendiar cuanto me sea posible los rasgos característicos y contradictorios de la fisonomía moral del señor Sarmiento. Pero para no desmentir a este señor en la peregrina idea de que todos los españoles hacemos coplas, voy a ejecutar en verso un trabajo que me sería imposible desempeñar en prosa. He aquí mi obra que puede figurar en la trasera de un calesín.

RETRATO DEL INSIGNE Y NUNCA BIEN
PONDERADO D. F. SARMIENTO

*Profesor de viajes, aprendiz de literato y misionero providencial
para servir... de estorbo a la educación primaria.*

SONETO.

Este escritor de pega y de barullo
Que delira, traduce, o no hace nada,
Subir quiere del Genio a la morada,
De sus propias lisonjas al arrullo.

Fáltale ciencia, pero tiene orgullo.
La paz le ofende y la virtud le enfada:
Es ciego admirador de Torquemada
Y enemigo mortal de Pero-Grullo.

Tal en resumen es mi pensamiento
Acerca de ese autor que lleva el nombre,
O apellido, o apodo, de Sarmiento.

Nada hay en él que agrade ni que asombre:
Carece de instrucción y de talento;
En todo lo demás es un grande hombre.

ÍNDICES

ÍNDICE ALFABÉTICO DE LOS NOMBRES DE PERSONAS
CITADAS EN "CARTAS DE UN PORTEÑO"

- A**
Acuña de Figueroa, Francisco, 158, 176 (nota).
Adán, 45, 170.
Aiguales de Izco, Wenceslao, 143.
Alarcón, Juan Ruiz de, 65, 116.
Alba, Fernando Alvarez de Toledo, duque de, 88.
Alberdi, Juan Bautista, VIII, IX, XI, XXIV, XXV, 176 (nota).
Alcaraz, Ramón Isaac, 160.
Alderete, Bernardo, 46, 86.
Alfonso XII, 117.
Alfonso el Sabio, 7, 105.
Andrade, Olegario V., 182 (nota).
Argerich, Juan Antonio, XXVI.
Arquimedes, 28.
Arrieta, Rafael Alberto, IX.
Arrio, 63.
Avellaneda, Gertrudis Gómez de, XV, 66, 158, 159.
Avellaneda, Nicolás, XVI, 21, 115, 127.
- B**
Bails, Benito, 112.
Balmes, Jaime Luciano, 157.
Ballester, 50.
Baralt, Rafael María, 24, 66, 70, 81 (nota).
Barrientos, Fray Lope de, 94.
Beausobre, 167.
- B**
Bello, Andrés, XXV, 24, 26, 27, 49, 78, 157, 159.
Berra, Francisco B., XI, XXV, 26.
Berro, Adolfo, 41.
Bialet Massé, Juan, 50.
Bilbao, Francisco, XXI.
Bilbao, Manuel, XXI.
Blanco Encalada, Manuel, 113 (nota).
Blanco White, José María Blanco, 36.
Boileau-Despreaux, Nicolás, 84.
Bopp, Franz, 45.
Borja, Francisco de, príncipe de Esquilache, 9, 22, 53.
Bretón de los Herreros, Manuel, 40, 76, 117, 136, 139, 143.
Buckle, Enrique Tomás, 88.
Bunge, Carlos Octavio, XI.
Bustamante, Ricardo José, 159.
Bustillo, Eduardo, XIX.
Byron, Jorge, lord, 142.
- C**
Calderón, Fernando, 180.
Calvino, Juan, 115.
Campo, Estanislao del, 39.
Campoamor, Ramón, 81, 163.
Cancio, Juan. (V. Mariano de Vedia).
Cané, Miguel, IX.

- Cané, Miguel, hijo, XI, XXVI, XXVII.
- Capmany, Antonio de, 66.
- Carlos III, 54, 109.
- Carlos V, 85, 88, 98, 100, 150.
- Cassandra, 121.
- Castelar, Emilio, XIII, 27, 140.
- Castillo y Lanzas, José M. del, 158.
- Catriel, Cipriano, 119.
- Cervantes Saavedra, Miguel de, XXVII, 27, 56, 86, 95, 97, 121.
- Cibdareal, Fernán Gómez de, 93.
- Cicerón, 84.
- Cíclope, 55.
- Clérice, Carlos, XVI.
- Colón, Cristóbal, 100, 150, 152.
- Constantino, 156.
- Cortés, Hernán, 98.
- Costa Alvarez, Arturo, XI, XXII.
- Covarrubias y Orozco, Sebastián de, 46, 86.
- Cruz, Juan de la, 39, 137.
- Cudworth, Raúl, 167.
- Charme, Augusto, 113 (nota).
- Chenier, Andrés, 182 (nota).
- Choquet, 50.
- D**avid, 167.
- David, Felipe, 39.
- Díaz de Solís, Juan, 150, 153.
- Domínguez, Luis L., 176 (nota).
- Domínguez, Ramón Joaquín, 61, 181.
- Duff, Alejandro, 147.
- E**cheverría, Esteban, IX, XI, XXIII, 41, 69, 158, 182 (nota).
- Epícteto, 98.
- Epicuro, 62.
- Escosura, Patricio, XVI.
- Espina, Salvador, 13.
- Espinosa, Baruc, 160.
- Espronceda, José, 142, 157, 162.
- Esquilache (V. Borja).
- Euclides, 125.
- Feijóo, Fray Benito Jerónimo, 91.
- Felipe II, 88, 89, 97, 100.
- Felipe IV, 134.
- Felipe V, 32, 33, 52, 96.
- Fernández-Guerra y Orbe, Aureliano, XX, 3, 4, 14, 15, 16, 18, 19, 20, 22, 23, 95, 96, 98, 99, 100, 103, 104.
- Fernando VII, 36, 69, 88.
- Figaro (V. Larra).
- G**allardo, Bartolomé José, 156.
- García Gutiérrez, Antonio, XV, 137, 163.
- García Moreno, Gabriel, 116, 125.
- García Velloso, Juan José, XXVI.
- Gil y Zárate, Antonio, 137, 138.
- Girardin, Emilio de, XXI.
- Girardin, Marco, 23, 55, 58, 80.
- Goethe, Wolfgang, 142, 162.
- Gómez, Juan Carlos, VIII.
- Gondibert, 163.
- González Barcia, Andrés, 32, 41.
- Gorostiza, Manuel Eduardo de, 55, 65.
- Groussac, Paul, IX, XI, XXVI, XXVII.
- Guevara, Antonio de, 74.
- Gutenberg, 136.
- Gutiérrez, Juan María, VII, X, XI, XII, XX, XXI, XXIII, XXIV, XXV, XXVI, XXVII, XXVIII, 3, 4, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 27, 28, 29, 31, 33, 34, 40 (nota), 47 (nota), 48, 49, 52, 53, 54, 56, 59, 61, 63, 72, 75 (nota), 78, 80, 83, 90, 91, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113 (nota), 114, 115, 116, 117, 118, 119, 125, 145, 146, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 167, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182 (nota).

- H**artzenbusch, Juan Eugenio, XX, 2, 5, 81, 163.
Hebelot, 50.
Hemans, Felicia, 158.
Heredia, José María, 66, 116, 158, 159, 160.
Homero, 162.
Horacio, 27, 115, 125.
Hortelano, Benito, XVII, XVIII.
Hugo, Víctor, 157.
- I**saías, 167.
Isabel II, 21, 34, 68.
Isla de la Torre, José Francisco, 115, 127.
Iriarte, Juan de, 54, 58.
Irving, Wáshington, 99.
- J**aime II, 92.
Janín, Julio, 143.
Jenofonte, 23.
Juan II, 92, 93.
Juan Sin Tierra, 20, 21, 44.
Judit, 167.
Júpiter, 103.
- L**actancio, 63.
Lafinur, Juan Crisóstomo, 41.
La Fontaine, Juan de, 84.
Lafuente, Modesto, 162.
Lamas, Andrés, 16.
Lampillas, Francisco José, 54.
Lanfrey, Pedro, 62.
Larra, Mariano José de, XV, 27, 66, 99, 121, 122, 125, 129, 135, 140, 157, 162.
Larrañaga (V. Romero Larrañaga).
Lista, Alberto, 66, 68.
López Barrientos (V. Barrientos, Fray Lope de).
Lope de Vega (V. Vega Carpio, Lope Félix de).
López, Francisco Solano, 116.
López, Vicente, IX, 41.
López, Vicente Fidel, VIII, IX.
- L**oyola, Ignacio de, 155.
Lozano, Abigail, 159.
Luca, Esteban de, 41.
Lugones, Leopoldo, XI.
Luis XIV, 33.
- L**l Lorente, Juan Antonio, 88, 125.
- M**acaulay, Tomás, 98.
Magdalena, María, 75.
Mahoma, 140.
Maitín, José Antonio, 158.
Maistre, José de, 157.
Marat, Juan Pablo, 114, 125.
Mariana, Juan de, 46.
Mármol, José, 41, 42, 159, 160, 176 (nota), 182 (nota).
Martínez, Teófilo, XXI.
Martínez López, 54, 60, 80.
Martínez de la Rosa, Francisco, 136.
Martínez Villergas, Juan, VII, IX, XII, XIII, XIV, XVI, XVII, XVIII, XIX, XX, XXV, XXVI, 31 (nota), 40 (nota), 130, 138, 160 (nota).
Mata (Dr.), 148.
Matta, Guillermo, 159.
Meco, 39.
Melo, 113 (nota).
Méndez, Gervasio, XIX.
Mendivil, 47 (nota).
Mena, Juan de, XXVII, 93.
Menéndez y Pelayo, Marcelino, IX, X, 182 (nota).
Menéndez Pidal, Ramón, XI, XXVI.
Mesonero Romanos, Ramón, XV, 68, 135.
Metius, 111.
Milton, Juan, 98, 163.
Mitre, Bartolomé, VIII.
Moisés, 160, 167.
Molins (V. Roca de Togores, marqués de).
Monlau, Pedro Felipe, 44, 46.
Monrúfar, José Batres, 160.

- Mora, José Joaquín de, 36, 39, 42, 99.
- Moratin, Leandro F. de, 154.
- Moreno, Mariano, 34, 41, 133.
- Mosheim, Juan Lorenzo, 167.
- Motley, Juan Lothrop, 99.
- Müller, Max, 45.
- Muñoz Gamero, Benjamín, 113 (nota).
- Napoleón, 136.
- Navarrete, Manuel de, 158.
- Némesis, 161.
- Nerón, 114, 125.
- Núñez, Fernando, 93.
- Obligado, Pastor Servando, XIX.
- Obligado, Rafael, XI, XXVI.
- Ochoa, Eugenio, XVI, 67.
- Olavide, Pablo de, 65.
- Olivera, Carlos, XI.
- Oribe, Manuel, 116.
- Oyuela, Calixto, XI.
- Ozcariz, Antonio, 115, 127.
- Pack, Denis, 147.
- Palacios, Bartolomé, 113 (nota).
- Pardo y Aliaga, Felipe, 67, 68, 116.
- Pedro el Cruel, 157.
- Pelliza, Mariano, XI, XXI, XXVI.
- Peyret, Alejo, 50.
- Píndaro, 177.
- Pío Nono, 160.
- Pizarro, Francisco, 98.
- Platón, 121.
- Pluton, 121.
- Prescott, Guillermo, 88, 99.
- Prieto, Casimiro, XVI, XIX.
- Procasto, 49.
- Puente y Apezchea, Fermín de la, XX, 3, 5.
- Puiggari, Miguel, 50.
- Quesada, Ernesto, XI, XXVI.
- Quesada, Vicente, XI.
- Quevedo y Villegas, Francisco, XII, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 104, 105, 106, 121, 137, 139, 143.
- Quintana, Manuel José, 97, 98, 99, 157, 163.
- Racine, Juan, 163, 182 (nota).
- Rengifo, Diego García, 77.
- Ribot y Fontseré, Antonio, 138, 143.
- Richelieu (Cardenal), 32.
- Rivadavia, Bernardino, X.
- Rivadeneyra, Manuel, 95, 140.
- Rivas, duque de, XV, XVI.
- Rivera Indarte, José, 176 (nota).
- Roca Sanz, 50.
- Roca de Togores, Mariano, marqués de Molins, 4.
- Rodó, José Enrique, IX, 182 (nota).
- Rodríguez y Díaz Rubí, Tomás, 135.
- Rojas, Diego de, 154.
- Rojas, Ricardo, IX, 182 (nota).
- Romero Jiménez, 114, 119.
- Romero Larrañaga, Gregorio, XVI.
- Rosa y Bouret, 56, 143.
- Rosas, Juan Manuel de, IX, 116, 125, 131, 160 (nota).
- Sain-Marc-Girardín (V. Girardín Marco).
- Saint-Pierre, Bernardino, 114.
- Sainte-Beuve, Carlos Agustín de, 143.
- Safo, 23, 55.
- Salinas de Castro, Julián, 155.
- Salvá, Vicente, 54, 60, 61, 78, 80.
- Sancho Panza, 81.
- San Juan de la Cruz, 8.
- San Martín, José de, X, 34.
- Santa Teresa de Jesús, 8, 22, 53, 109, 112.
- Sarmiento, Domingo F., VIII, IX, XII, XVII, XVIII, XIX, XXIV.
- Sastre, Marcos, IX.
- Segovia, Antonio María, XX, 2, 5.

- Selva, Juan, XXVI.
Séneca, 98.
Serrano, Nicolás María, 13, 19, 24,
56, 81, 107, 108, 155, 159, 160, 181.
Servet, Miguel, 115.
Shakespeare, Guillermo, 162.
Silvela, Manuel, 47 (nota).
Simón, Julio, XXV.
Sísifo, 11.
Solar, Alberto del, XI, XXVI.
Spinosa (V. Espinosa Baruc).
Stein, Enrique, XVI.
- Tácito, 98.
Taine, Hipólito, 98.
Tamayo y Baus, Manuel, XXIV.
Tamberlick, Enrique, 140.
Tapia, Eugenio de, 88.
Terán, Juan B., XI.
Ticknor, Jorge, 99.
Torrente, Mariano, 87.
- Urías, 18.
Urien, Carlos, XXVI.
Urquiza, Justo José de, 154.
- Valbuena, Antonio de, 60, 80.
Valdés, José Manuel, 158.
Vallejo, 112.
- Vandeleur, mayor, 147.
Varela, Florencio, XI, 41, 176 (nota).
Varela, Juan Cruz, 41.
Vedia, Mariano de, XI, XXVI.
Vega Carpio, Lope Félix de, 139,
140.
Vega, Ventura de la, XV, XVI, 67,
68, 69, 81, 116, 117.
Venillot, 63.
Verdejo, 112.
Victoria y Suárez, 51.
Vicuña Mackenna, Benjamín, IX,
XXIV.
Villanueva, Joaquín Lorenzo, 131.
Villena, Juan Manuel Fernández
Pacheco, marqués de, 91, 92, 93,
94.
Virgilio, 168.
Voltaire, 100, 157, 159 (nota).
- Washington, Jorge, 66.
Wellington, Arturo Wellesley, du-
que de, 136.
Wilde, Eduardo, XI.
- Zaballos, Estanislao S., XI.
Zinny, Antonio, IX.
Zorrilla, José, XV, 139, 140, 141,
142, 157, 162.

I N D I C E

Introducción	VII
Carta de la Academia Española	2
Diploma	4
Carta al Sr. Secretario de la Academia Española	5

DE DON JUAN MARÍA GUTIÉRREZ

Carta Primera	31
" Segunda	44
" Tercera	52
" Cuarta	59
" Quinta	64
" Sexta	75
" Séptima	82
" Octava	90
" Novena	121
" Décima	128

DE DON JUAN MARTÍNEZ VILLERGA

Amor con Amor se paga (I)	15
" " " " " (II)	20
" " " " " (III)	25
El Matemático Gutiérrez	107
Es él, y no es él	114
Que se deje de historias (I)	145
" " " " " (II)	150

Poesías del Dr. Gutiérrez (I)	155
" " " " (II)	161
" " " " (III)	167
" " " " (IV)	171
" " " " (V)	176
El Secretario de la Academia	183
Índice alfabético de los nombres de personas citadas ...	279

SARMENTICIDIO

Nota del Editor	187
Prólogo del Autor	191

CAPÍTULO PRIMERO

<i>Errores del señor Sarmiento, respecto a la historia, literatura y carácter de los franceses</i>	199
--	-----

CAPÍTULO SEGUNDO

<i>De cómo el señor de Sarmiento entró en París, y no París en el señor de Sarmiento</i>	221
--	-----

CAPÍTULO TERCERO

<i>En que se demuestra que el señor Sarmiento se subió a la parrá provocando el golpe que hoy sufre y que probablemente no será el último</i>	249
Soneto a D. F. Sarmiento	276